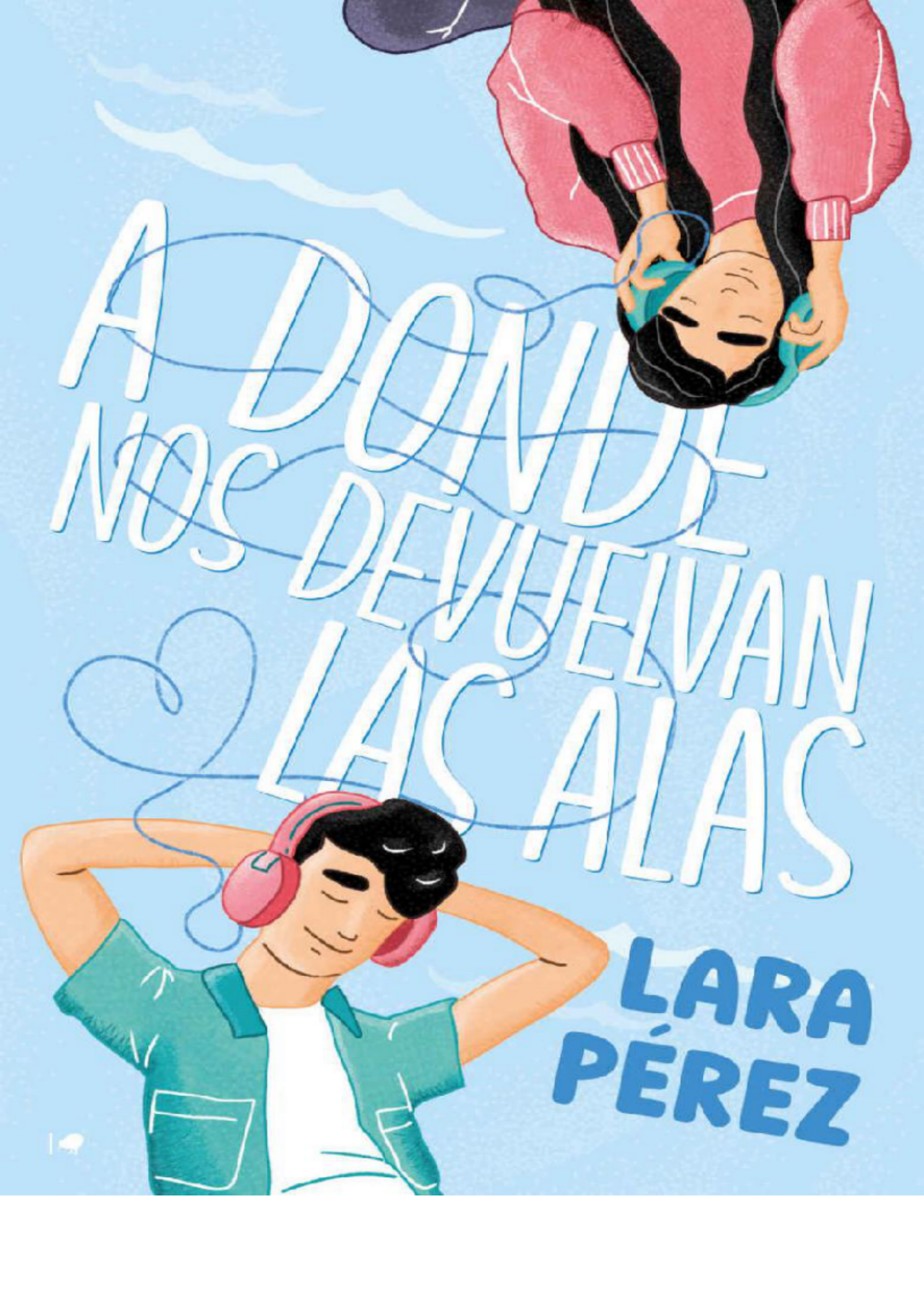
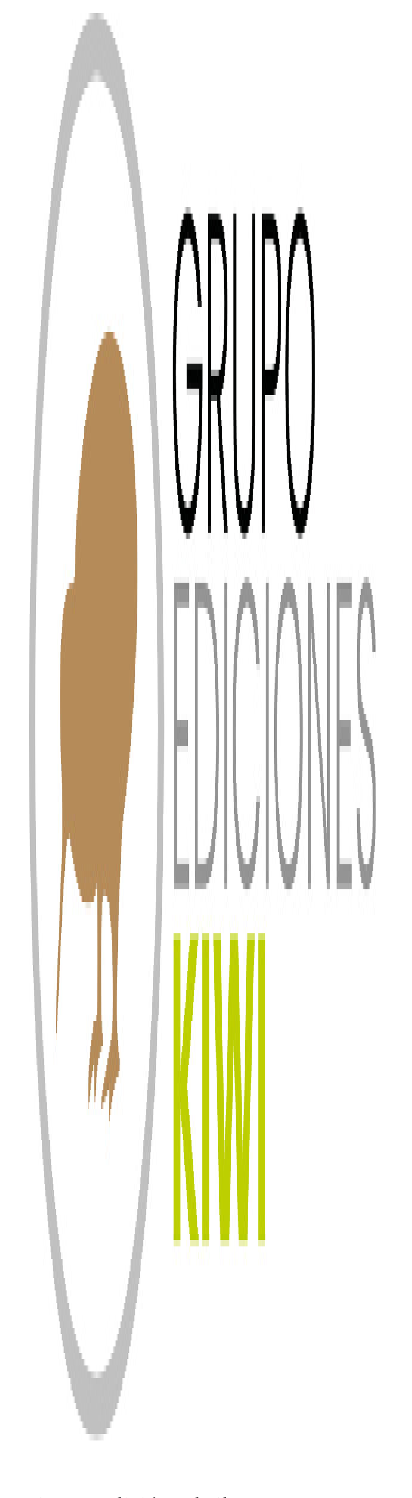

A DONDE NOS DEVUELVAN LAS ALAS
LARA PÉREZ

Copyright

EDICIONES KIWI, 2024
www.grupoedicioneskiwi.com
Editado por Ediciones Kiwi S.L.



Primera edición, abril 2024

Corrección: Ana María Benítez

Gracias por comprar contenido original y apoyar a los nuevos autores.

Nota del Editor

Índice

Para esas personas que se han sentido como un pájaro enjaulado alguna vez; sé que duele no poder alzar el vuelo.

CAPÍTULO 1

Hailey

> «El futuro pertenece a aquellos que creen en la belleza de sus sueños».
>
> **Eleanor Roosevelt**

Mientras me bajaba del autobús, no podía creerme que, por fin, después de recorrerme más de dos mil millas, con una mochila atada a la espalda, vieja y roída, como único equipaje, hubiera llegado a Seattle. Me sentía como si hubiera sobrevivido a un apocalipsis: destrozada, exhausta y muerta de hambre. Pero iba a ser mi primer año de universidad, porque después de tanto esfuerzo en los últimos años para obtener buenas calificaciones… Lo había logrado. Y ahí estaba. En Seattle. Porque hacía tiempo había tomado la decisión de estudiar, de obtener más de lo que podía ofrecerme Arkansas. Y así era la vida: cuando tomabas una decisión, después debías sufrir las consecuencias. Y en mi caso sentía que cada jodido esfuerzo había merecido la absoluta pena.

—¿Por qué no funcionas? —gimoteé delante de la máquina. Apreté el botón con tanta fuerza que el dedo se tornó blanco—. ¡Jodido primer mundo!

—Como sigas así, terminarás por estropearla… —Me giré al escuchar una voz. Era una señora que mascaba chicle de una forma exagerada y me miraba desde un mostrador con cara de pocos amigos. Supuse que sería una de las trabajadoras de la estación, ya que vestía un uniforme verde con el logotipo de la empresa.

—No funciona.

—Es difícil que funcione si no escoges qué billete quieres.

—¿Dónde… dónde debería pulsar?

—¿A dónde quieres ir? —preguntó.

—Pues… yo… Bueno, en realidad… —Nerviosa, comencé a juguetear con un mechón de pelo rebelde—. ¿A Seattle?

—¿Seattle? ¡Ya estás en Seattle!

—UW. Voy a Washington University —susurré con la voz temblorosa.

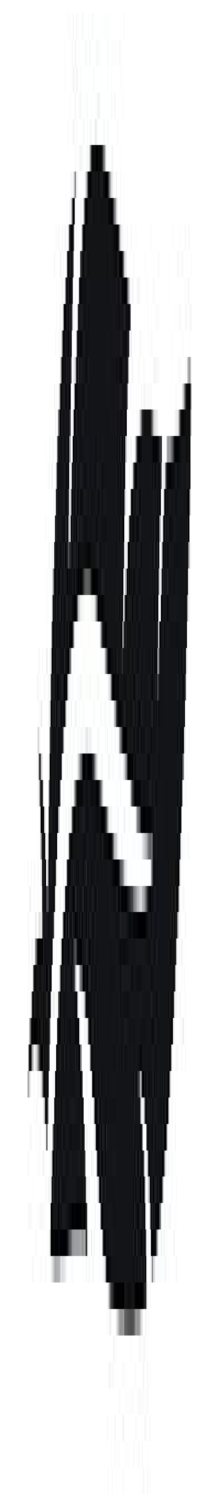
—Ten. —Me tendió un papel que había salido disparado de la máquina y me indicó la salida.

La estación de autobuses de Seattle poco tenía que ver con la de Arkansas, en la que solo había una línea con un autobús viejo y oxidado que olía a estiércol y soya, con una infraestructura pobre y antigua. En cambio, la estación de Greyhound era nueva e imponente. Tenía al menos tres pisos, con un montón de árboles y plantas en su interior que le daban un aspecto agradable, escaleras que se movían solas y ascensores que hasta el momento solo había visto en televisión. Era imponente y yo me sentía diminuta e insignificante ante tanta ostentación.

Caminé hacia la salida observando todo a mi alrededor, con mi mochila sobre el hombro y el teléfono móvil, ese que me había comprado hacía apenas un mes para asegurarme de que tendría acceso fácilmente a papá y a Jacob. Dudaba que mi antiguo teléfono, ese que había heredado de Sam, mi novio, no fuera a dejarme tirada a la primera de cambio.

Esperé mi turno en la cola para coger el último autobús, que me dejaría en el campus y así podría realizar el papeleo pertinente como estudiante de primer curso en Filología Inglesa. Y hasta ahí mis planes. Después tocaría improvisar.

Aproveché el recorrido hasta el campus para llamar a papá y decirle que, tras tres días y medio y un bocadillo de un dólar y alguna chocolatina como único alimento en mi estómago, había llegado. También le escribí un mensaje a Sam, que no respondería hasta bien entrada la noche, cuando ya no pudiese continuar trabajando en el campo.



Había soñado cientos de veces con el campus. Me imaginé cómo sería

cada mínimo detalle, desde la cantidad de edificios de piedra que habría hasta el minúsculo dibujo grabado y tallado que tendría cada ventana. Y solo podía decir que cualquier imagen preconcebida que tuve alguna vez en la cabeza se fue al traste, quedando completamente eclipsada, cuando descubrí que la realidad era infinitamente mejor. Estaba alucinada. Saqué mi teléfono e inmortalicé lo que veían mis ojos, para que papá pudiera verlo también. Había jardines enormes repletos de árboles y plantas, estudiantes por todas partes, coches de modelos de los que jamás había oído hablar y edificaciones enormes que en Arkansas bien podrían pasar por rascacielos.

Caminé durante un buen rato hasta llegar a la secretaría y entré decidida a completar la documentación necesaria. Todo eran datos sencillos, hasta que tuve que decidir qué asignaturas quería cursar. Había leído muchísimo sobre todas las opciones que se ofrecían y me había costado horrores decidirme, tanto que ahora que lo tenía delante volvía a dudar. Una vez que había completado cada hueco en blanco, se lo devolví amablemente a la señora de pelo rizado y con gafas que me observaba impaciente.

—Señorita Peterson… —me llamó justo cuando agarraba el pomo de la puerta—, no ha rellenado dónde va a residir.

—No tengo alojamiento —admití mirando al suelo.

—¿No tiene alojamiento? —repitió, mirándome por encima de las gafas y alzando una ceja.

—No he encontrado nada que pueda permitirme, por ahora —aseguré pestañeando con lentitud.

—Entiendo. —Asintió con la cabeza sin dejar de mirarme—. ¿De Arkansas? —preguntó mirando el formulario, sorprendida. Supuse que no solía haber demasiados estudiantes de Arkansas por aquí, e imaginé que acababa de descubrir que no poseía una gran suma de dinero en el banco. De hecho, de no ser por todo lo que había estudiado hasta lograr que me concedieran la beca para el alumnado en riesgo de exclusión social, jamás hubiera podido permitirme estar aquí. Ni en ningún otro sitio, para ser francos. Así que no, no tenía ningún sitio donde hospedarme, ni ningún lugar al que pudiera llamar hogar mientras estuviera aquí, al menos hasta que encontrara un trabajo que me diera ingresos para sobrevivir y así poder invertir el presupuesto de la beca en un apartamento. Fui consciente de cómo me juzgaba en silencio, de cómo reparaba en mi ropa con desaprobación, y yo era consciente de que nada tenía que ver con el resto de los estudiantes. Yo había nacido en Arkansas, en uno de los lugares más inhóspitos y humildes de Estados Unidos, declarado uno de los estados más pobres.

Me despedí amablemente y salí. Ya tenía todo lo imprescindible para comenzar el curso dentro de una semana, lo único

que necesitaba era encontrar un trabajo con urgencia y un apartamento donde quedarme. No podía ser tan complicado.

Caminé hasta sentarme a la sombra de un árbol con un folleto de ofertas de trabajo y comencé a llamar a todas en las que no requerían un mínimo de experiencia, aunque no eran muchas. Recibí un *no* como respuesta en cada una de ellas y solo me quedaba una a la que llamar.

—¡Hola! Mi nombre es Hailey Peterson y he visto la oferta de trabajo como camarera que ofrecéis. No me importa hacer horas extras ni trabajar en turno de noche. No tengo experiencia en servir en mesa ni en barra, pero sé cómo hacerlo, aprendo rápido, y tampoco tengo problema en vestir uniforme. Necesito este trabajo; acabo de aterrizar en Seattle desde Arkansas y necesito un trabajo que me permita comer algo cada día.

—¿Sabe cómo tratar con la gente? —preguntó una voz de mujer. De no más de cincuenta años, diría.

—¡Por supuesto que sí!

—Pásate mañana por aquí, serán dos meses de prueba. Cobrarás tus honorarios el último día de cada mes. Seiscientos dólares. Trabajarás de lunes a viernes de seis de la tarde a once de la noche.

—¿Está de broma? ¿Seiscientos dólares por veinticinco horas a la semana? —dije sin poder creérmelo.

—Hailey, puede que en Arkansas haya vivido un acceso limitado a la comida, pero en Seattle como mínimo hará las tres comidas esenciales con un salario justo. En el Skils Bar servimos comida, por lo que puede comer lo que quiera. Como propietaria, no me gustaría que ninguno de mis trabajadores se desmayara por falta de alimentos. —Sonreí ante su tono amigable.

—No se va a arrepentir, señora… Moore —dije, comprobando el nombre en el folleto.

—Llámame Ava.

—No voy a decepcionarla, Ava. Gracias por la oportunidad. No sabe cuánto necesitaba este trabajo.

—Tengo la sensación de que no vas a decepcionarme, Hailey. Hasta mañana.

Después de más de treinta llamadas, al fin alguien me había dado una oportunidad. Estaba feliz. Había sido mejor de lo que creía. Trabajaría solo veinticinco horas por semana y me pagarían un dineral. Ahora solo faltaba ponerme manos a la obra para encontrar un apartamento. Había visto en la entrada un cartel de anuncios de alojamientos, así que me acerqué a mirar si habría alguno interesante. Todos me parecían excesivamente caros, excepto uno. Una chica, Mía, buscaba una compañera de piso por doscientos dólares e iba a ser mío. La beca me cubría lo justo y necesario: alojamiento, matrícula de la

universidad y libros. Llamé al número de teléfono y, para mi fortuna, me encontré con una chica desesperada por encontrar a alguien con quien repartir gastos. Creo que hubiera dicho que sí aunque quien llamase, en lugar de ser una inofensiva chica de Arkansas, fuese un asesino en serie.

No hablé demasiado con Mía, pero parecía que no iba a pasar demasiado tiempo en el apartamento, ya que me confirmó que a menudo se quedaba en casa de su novio: Scott. Lo que eran buenas noticias, porque si no congeniábamos tampoco tendría que compartir demasiado tiempo con ella, aunque me encantaría tener una amiga.

CAPÍTULO 2

Hailey

No recordaba la última vez que dormí más de seis horas seguidas, supongo que cuando fui un bebé. Tampoco era capaz de recordar si alguna vez había dormido sin pasar frío, y es que sin duda en Seattle tenía un nido caliente que olía a lavanda. Nada comparado con mi cuarto de Arkansas, en el que se colaba el frío de la calle por cada rendija de mi ventana. Y no olía a lavanda. Olía a hierba fresca del campo. Y rara vez me despertaba con el olor a café en las fosas nasales, eso era algo nuevo.

Me desperecé, apartando las sábanas de mi nueva cama. Me levanté y fui directa a la cocina persiguiendo ese olor, haciendo que mis tripas rugieran con fuerza. También era nuevo para ellas ese olor a café recién hecho.

—¡Buenos días! —canturreó Mía. Le devolví el saludo y me hizo un gesto para que tomara asiento enfrente de una enorme taza de café. También había cereales de colores y galletas de chocolate—. ¿Instalada? —preguntó con una amplia sonrisa.

—Solo he traído una mochila. —Me encogí de hombros. No me llevó más de quince minutos colocar en los cajones las pocas pertenencias que poseía.

—¿No comes Lucky Charms? —inquirió extrañada, llevándose una cucharada enorme de cereales de colores a la boca.

—Ni siquiera sé qué es eso. —Me reí avergonzada.

—¿Hablas en serio? ¡Los cereales! —exclamó dirigiendo la mirada a la taza—. Son los mejores cereales del mundo. —Puso los ojos en blanco y llenó mi taza con cereales hasta arriba—. ¿Qué se desayuna en Arkansas? —Me aclaré la garganta. Era una pregunta inofensiva, pero Mía no tenía ni idea de dónde venía.

—Avena con leche y, con suerte, alguna galleta en oferta de la tienda de alimentos más cercana —murmuré mientras probaba esos deliciosos cereales. Joder. Estaban riquísimos.

Mía era agradable, lo descubrí anoche cuando llegué a nuestro apartamento y había pedido un perrito caliente para recibirme. Era la primera vez que comía uno y estaban deliciosos. Mía estudiaba Diseño de Moda. Era rubia, con una melena larga y bonita, ojos color miel y

una sonrisa encantadora. Le gustaba la ropa extravagante y odiaba el negro, era fan de Rihanna y de la literatura manga. También era animadora del equipo de fútbol y salía con uno de los jugadores del equipo universitario, Scott.

El apartamento era increíblemente grande y bonito. Tenía un cuarto de baño para mí sola y una pantalla plana de al menos cincuenta pulgadas en el salón, con Netflix y un puñado de cosas que yo había descubierto ayer por primera vez mientras Mía me observaba como si me salieran dos cabezas. En el sofá cabrían unas seis personas y en la cocina otras tantas. Había armarios gigantes en el cuarto que no lograría llenar en la vida, ni siquiera frecuentando grandes almacenes podría permitirme tal cantidad de ropa. Mía me enseñó las sales de baño, y yo simplemente me conformaba y alucinaba por el tamaño de aquella bañera y con el ilimitado acceso a agua caliente.

Mía se despidió de mí y yo decidí salir a pasear mientras mataba el tiempo antes de ir al Skils Bar. No vivíamos muy lejos del campus y tampoco estaba demasiado lejos del trabajo. Tenía la ubicación perfecta.

Iba distraída, mirando a cualquier lugar y a ninguna parte, y cuando me di cuenta comenzaba a oscurecer. Miré el reloj y apenas tenía media hora para llegar. Mierda.

Corrí tan rápido como podía, intentando entender las indicaciones del maldito GPS, hasta llegar al bar un minuto más tarde de las seis. Nunca había tenido un móvil con esas características y me gasté los ahorros de un año entero para comprarme el más barato que había en la tienda.

Ava me dio un abrazo, que me resultó sorprendentemente agradable, y me explicó el funcionamiento del local y mis tareas de camarera. No era necesario vestir uniforme, y Ava me presentó a mis compañeros.

Una pequeña melodía de guitarra interrumpió nuestra conversación detrás de la barra. No tenía ni idea de dónde provenía y tampoco reconocí qué música era. Pero era lo suficientemente hipnótica como para hacer que se me erizara la piel. Hasta que cesó y se oyeron unos pasos provenientes del piso de arriba y el crujir de las escaleras de madera anunciando la bajada de alguien. Y cuando le vi… Casi podía jurar que en mi vida alguien me había dejado tan impactada. Metro noventa, ojos azules como el océano y cabello negro como el azabache. Tenía el rostro angular, la nariz perfecta y unos labios gruesos con un fino aro plateado atravesando el inferior. También tenía otro aro atravesándole la nariz. Vestía todo de negro, haciendo mayor contraste con el color de sus ojos. Apenas saludó, cogió un botellín de agua y regresó al piso de arriba.

Pronto nos vimos envueltos en la rutina del bar y, cuando

quise darme cuenta, ya había terminado mi turno.

—Tú debes de ser la nueva —dijo alguien, sorprendiéndome. Era él. El chico de la guitarra. Estaba sentado al otro lado de la calle fumando un cigarrillo. Me miró de arriba abajo, frunciendo el ceño—. ¿De dónde has sacado esa ropa? —curioseó.

—¿Qué le pasa a mi ropa?

—Parece sacada del contenedor. —Se encogió de hombros.

—Es todo lo que tengo —musité dolida. Y era cierto. Aquel pantalón vaquero y roto, y aquel jersey negro, era casi todo lo que poseía. No contaba con un gran armario, apenas unas cuantas prendas sacadas de alguna ONG que donaba ropa—. ¿Trabajas aquí? —titubeé.

—No. —Se rio como si hubiera dicho algo gracioso.

—¿Entonces qué haces aquí? —quise saber.

Tenía ese «algo» que a veces no podíamos explicar con palabras cuando conocíamos a alguien. No era porque fuese guapo o porque me sintiese perdida en aquel lugar al que acababa de llegar. Era porque podía leer en él cosas. Era porque nos cruzábamos con miles de personas a lo largo de nuestras vidas y solo muy pocas captaban nuestra atención. Era como si algo hubiera prendido. Era un fósforo de una cerilla. A veces me preguntaba con cuántos de todos esos desconocidos podía llegar a conectar si llegara a conocerlos y, en cambio, ahora con solo mirarle, sentía que ya habíamos tropezado como por arte de magia.

—Todos tenemos un sitio al que ir, todos somos nosotros mismos en algún lugar y todos volvemos a donde nos hace felices. Y, si tú aún no tienes un sitio que te hace sentir bien, deberías buscar la forma de encontrarlo.

—¿Por qué serías feliz aquí, en este bar?

—Buenas noches, Hailey. —Se puso en pie, me sorprendió que supiera mi nombre.

—No me has dicho cómo te llamas —pregunté cuando ya me había dado la espalda para emprender el camino a donde fuese que iba—. Para estar en igualdad de condiciones, chico de la guitarra.

—Soy conocido como «el *quarterback* del equipo de fútbol», «el capullo» o «Carter» —dijo sarcástico—. De todos los apodos el tuyo es mi favorito, chica de las pestañas. —Guiñó un ojo, sacando a relucir el tamaño de mis pestañas. Eran negras, largas y densas, tanto que parecía que siempre llevaba máscara puesta—. Pero creo que puedes llamarme Aiden. —Me regaló una sonrisa antes de continuar su camino. Yo me fui en la dirección opuesta.

Cuando llegué a mi apartamento, me fui directa a la cama, dejándome caer sobre aquel colchón. Revisé el móvil, me sorprendió el silencio de Sam, ningún mensaje o una llamada. Era como si hubiera desaparecido. Tenía un mensaje de papá preguntándome qué

tal estaba y diciéndome que me echaba de menos. Y yo a él. Mía también me había dejado un mensaje avisándome de que no dormiría en casa. Y Emily, mi mejor amiga, que había conseguido una beca como la mía para Columbia, me había escrito para contarme cómo fue su primer día, y estaba segura de que estaría igual de emocionada que yo. Emily tampoco tenía demasiados recursos, sus padres tenían una pequeña panadería y algunos cultivos. Y, al igual que yo, soñaba con ser algo más, con alcanzar una vida mejor, en la que como mínimo no hubiera que privarse de imprescindibles para vivir o jamás doliera la barriga de hambre.

Permanecí un buen rato mirando al techo en la oscuridad de la noche antes de dejarme llevar por el sueño, y entonces oí una carcajada soltada con ganas proveniente del piso de arriba. Era una risa masculina, y el culpable había conseguido que me recorriera un escalofrío y me diera un vuelvo el estómago. Era una risa bonita.

CAPÍTULO 3

Aiden

«Te dolerán tanto las manos de sostener lo que no se puede que al final no tendrás otro remedio que abrir el puño y dejar ir».

Edisson A. Cajilima Márquez

El entrenamiento de esa tarde me había dejado exhausto. Con la vuelta de las vacaciones, el inicio del nuevo curso y la que probablemente fuera la temporada más importante para los Washington Tigers, el entrenador nos había hecho jurar frente al escudo del equipo que íbamos a comportarnos y entrenar duro durante toda la temporada. No había conocido persona más persistente que el entrenador Smith.

—Quédate unos minutos, Carter —pidió el entrenador mientras el resto de mis compañeros se iban al vestuario. Me acerqué a él, quitándome el casco y colocándolo bajo el brazo—. Esta temporada habrá agentes muy importantes en el público, algunos ya tienen el ojo puesto en ti. Es una gran oportunidad, Carter.

—No me interesa.

—Carter, a todo el mundo le interesa. A tus compañeros les interesa, es el sueño de cualquier chaval que esté dentro de un equipo.

—Pero no el mío. Yo no quiero entrar en la liga profesional. Tengo otros planes y otros sueños. No voy a aceptar ninguna oferta —admití, marchándome cabreado.

Siempre la misma historia. Yo no elegí ser el jodido *quarterback* del equipo, no escogí ser uno de los mejores ni tampoco que todo el mundo deseara ser yo. No me gustaba ser el centro de atención a cada fiesta que iba, no quería que la mitad del campus se girase a mirarme cuando pasaba. Y, por mucho que fuese una ventaja en ocasiones, me agobiaba todas esas chicas intentando llamar mi atención. Sobre todo Spencer, la jodida capitana de las animadoras. Era un maldito grano en el culo. Y todos ellos me hacían sentir especial, tenía tantos ojos puestos en mí que sentía un peso enorme sobre mi espalda. Y lo único que deseaba era terminar la universidad solo para desprenderme de esa mochila.

Me duché rápido y caminé con prisa hacia mi primera clase, Derecho Penal. Arrastraba esa asignatura desde primer curso. Siempre me pregunté por qué demonios existía esa materia en Economía y Gestión.

Entré por la puerta del aula 45, que estaba llena de estudiantes de primer curso. Subí las escaleras y me senté al fondo, en el extremo izquierdo. Saqué un bolígrafo y un par de folios para tomar notas. Volví la vista al frente y mis ojos se encontraron con los suyos. Pude notar cómo la sangre descendía de mi cara. Ella aún no me había visto. Subió hasta el fondo y se sentó en el extremo derecho. Solo estábamos ella y yo en la última fila. ¿Cómo era posible? Entre todos los jodidos estudiantes y entre todas las malditas optativas… Tenía que ser ella con la que compartiese una.

El profesor Johnson se presentó como cada año e hizo su ritual de dejar en evidencia a los estudiantes de primero con su mítico «ponte de pie y preséntate». Te hacía pasar vergüenza. Levantarte delante de cien estudiantes y contarles quién coño eras o por qué estabas allí.

—Peterson, su turno.

—Soy Hailey Peterson y vengo de Arkansas. —Se oyeron risas y cuchicheos. Me giré un poco para fijar mi vista en ella.

—¡Ya me parecía que olía a estiércol! —murmuró una chica de pelo rojo.

—¿Dónde te has dejado el tractor? —se burló un chico con gafas y jersey.

—¡Menuda paleta! —silbaron algunas chicas.

—¡Ya basta! —gritó el profesor Johnson—. Carter, su turno —dijo mirándome, provocando el suspiro de algunas chicas.

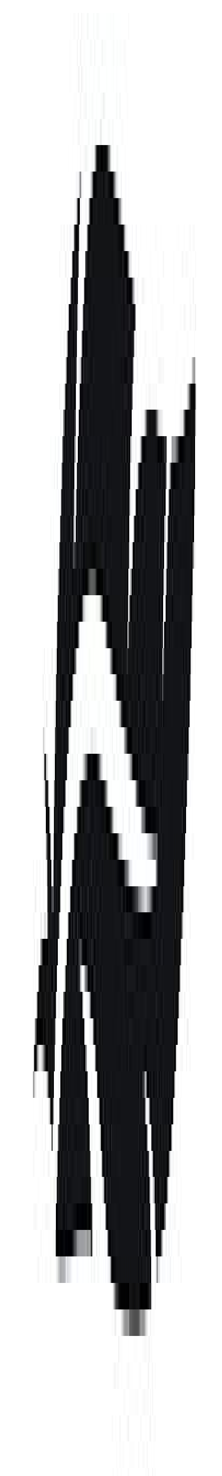
—Todo el mundo ya sabe quién soy. Ahorrémonos las presentaciones —farfullé sin levantarme siquiera de mi asiento.

Me levanté tan pronto como la clase llegaba a su fin, me colgué la mochila al hombro y bajé las escaleras tropezando por el camino con una melena larga y negra, y unos ojos verdes, gigantes y con unas pestañas negras, largas y densas.

—Aiden —saludó con una sonrisa.

—No me dirijas la palabra, Arkansas. —Pasé de largo sin mirarla.

—Me llamo Hailey —susurró en un hilo de voz.



Como cada día, fui al UW Medical Center. Me sabía el camino de

memoria hacia la habitación 302, conocía el número exacto que había de peldaños si subías por las escaleras o los minutos que tardaría en llegar en ascensor. Conocía la melodía que formaban los conjuntos de máquinas, con todos sus pitidos y ruidos… Largos, cortos e intermitentes. Sabía el número exacto de habitaciones que había, cuántos pacientes albergaba cada cuarto y las dos emociones principales. La tristeza y la alegría, porque allí no se podía sentir otra cosa diferente. Predominaban exclusivamente esas dos.

Entré en el cuarto, todo estaba como siempre. Me senté en la silla y dejé que pasase el tiempo hasta que anocheciese, entonces me iría. Hay médicos que dicen que los pacientes en coma pueden oírte si les hablas y sentirte. Yo no sabía qué creer. A veces venía y le contaba cómo me había ido el día. En cambio, otras veces solo miraba las manecillas del reloj moverse. Supongo que tampoco tenía nada que contarle. Antes de irme le daba un beso en la frente y le susurraba que abriese los ojos; a veces esperaba unos segundos, mirándola a ver si surgía el milagro, y otras simplemente me iba tan pronto como lo decía. Porque no iba a despertarse. No volvería a abrir esos preciosos ojos azules, no volvería a sonreírme ni tampoco volvería a enfadarse conmigo. Todos lo habían asumido hacía tiempo. Todos menos yo. Y yo era lo único que la mantenía conectada a esa máquina que le proporcionaba vida.

Regresaba a casa, dando un paseo, cuando me encontré sentada en un banco a Hailey, frotándose con una mueca de dolor la rodilla derecha.

—¿Todo bien, Arkansas? —pregunté, acercándome un poco a ella. Sorprendiéndola.

—Me llamo Hailey —gruñó enfadada.

—Vas a ser un blanco fácil en la UW, Peterson —apunté, sentándome a su lado. Sacándome la cajetilla de tabaco del bolsillo.

—¿Por ser una paleta de Arkansas y oler a estiércol? —dijo imitando el tono con el que se habían dirigido a ella esa mañana.

—¿Y esa cicatriz? —pregunté, mirando con curiosidad su rodilla. Estaba atravesada de lado a lado y de arriba abajo por una cicatriz que, se notaba a leguas, estaba mal cosida. Aquello tuvo que dolerle.

—Un accidente. —Se encogió de hombros, restándole importancia—. Esta mañana me has dicho que no te dirigiese la palabra, ¿qué ha cambiado?

—Que ahora no estamos dentro del jodido campus de la Washington University.

—Ya lo pillo. El *quarterback* del equipo de fútbol, que ni siquiera sé qué demonios significa eso, tiene que ser un capullo con la paleta de Arkansas. —Clavó sus ojos en los míos. Ya la habían puesto

al día.

—Por lo que veo, ya te han informado.

—No. Lo cierto es que nadie me ha dirigido la palabra si no era para soltar algún comentario despectivo o insultarme directamente. Pero absolutamente cada grupito de chicas con las que me he cruzado hablaban de Aiden Carter. Muchas, del tamaño de tu pene. Algunas despechadas, y otras buscando la forma de llamar tu atención. También me he puesto al día acerca de tu reputación, y déjame decirte que eres un completo imbécil. Aunque, después de lo de esta mañana en clase del profesor Johnson, ya me había quedado claro —dijo mordaz—. Admito que tuve que buscar qué demonios eran los Washington Tigers, y me he sentido idiota después de toda la información que encontré por no haberlo visto cada vez que entré en la página de la universidad. —Me dedicó la sonrisa más falsa que había visto nunca y yo se la devolví.

—Me gustas, Hailey Peterson.

—Pues tú a mí no, Aiden Carter —respondió con franqueza—. No me gustan en absoluto los tipos como tú.

—¿Estás seguro de eso, Peterson? —murmuré, casi rozando su oído.

—Tengo novio —dijo levantándose, visiblemente alterada.

—No te he propuesto un *tour* por mi cama.

Nos retamos con la mirada durante un rato, hasta que al final Hailey bajó la mirada, riéndose. Tenía una risa bonita.

—Nadie sabe que toco la guitarra, Hailey —reconocí—. Y quiero que siga siendo así. Nuestro secreto.

—A mí me gustaba patinar sobre hielo. Tampoco quiero que nadie lo sepa. Nuestro secreto.

—¿Por qué? —pregunté sorprendido.

—¿Por qué te lo cuento? O ¿por qué me gustaba patinar?

—Ambas —asentí.

—Para estar en igualdad de condiciones. Si yo revelo el tuyo, tú puedes revelar el mío. Es lo justo. Es una buena forma de tener atado al otro, ¿no crees? Tu secreto por el mío —dijo levantándose. Se colocó un mechón de pelo detrás de la oreja y agarró su mochila, que había dejado posada en el suelo—. Hasta otra —se despidió.

—¿No vas a contarme por qué dejaste de patinar? —grité para que pudiera oírme en la distancia.

—¿Quién dijo que lo haya dejado? Esa es otra historia y demasiado larga, por cierto —gritó, girándose y riéndose mientras caminaba hacia atrás—. ¡Te vas a quedar con las ganas de conocerla, Carter! —Se dio la vuelta y continuó su camino.

CAPÍTULO 4

Hailey

Cuando esta mañana me levanté para enfrentar mi segundo día de clase, estaba emocionada. Hasta que entré en la facultad, donde tenía mi primera clase del día y cada par de ojos con los que me cruzaba se giraban para mirarme a mí. A mí, que nunca en la vida nadie me había mirado. Y, a medida que avanzaba, a las miradas se les unían susurros, risas y burlas. Hasta que las vi. Y entonces me pregunté cómo era que no lo había visto antes, si estaban por todas partes. Fotos mías, ridiculizándome. Mi cara pegada encima de un espantapájaros, mi cuerpo lleno de estiércol, rodeada de animales, subida en un tractor… En alguna se podían leer insultos. Yo solo las miraba. Me acerqué a una de ellas y la arranqué, sosteniéndola en la mano. ¿Por qué demonios me hacían eso? ¿Qué demonios podía haberles hecho yo? Corrí hacia el baño intentando alejarme de aquel enjambre de buitres, me acerqué al lavamanos y me eché agua en la cara.

—¿Qué demonios le pasa a la gente de Seattle? —farfullé para mí misma.

—No son ellos. Eres tú. —Oí una voz detrás de mí. Levanté la vista y miré a través del espejo, encontrándome con Aiden. Me miraba con los brazos cruzados, apoyado en la pared. ¿Qué hacía en el baño de chicas? O ¿es que me había equivocado? Ay, madre. Esperaba que no.

—¿Disculpa? —dije cabreada.

—¿Te has visto? —preguntó enarcando una ceja, mirándome de arriba abajo y después clavando la mirada en mis ojos.

—Tengo veintidós años, me he mirado al espejo al menos una vez al día durante toda mi vida. Así que así, a ojo, te diría que me he mirado en el espejo al menos unas ocho mil veces —respondí sarcástica. Aiden me sonrió sin que ninguno de los dos apartase la vista del espejo. Parecíamos retarnos.

—La pregunta no es si te has mirado, Hailey, sino si has llegado a verte. —Me quedé de piedra porque no sabía qué contestar. Nunca pasé demasiado tiempo frente al espejo, solo me había visto reflejada para quitarme las legañas por la mañana y comenzar el día.

—No puedes venir con esa ropa vieja todos los días, ni tampoco caminar con los ojos abiertos de par en par como si nunca hubieses visto el mundo. No puedes quedarte mirando fijamente la variedad de comida que desconoces o la cantidad de esta en la cafetería. Porque la gente es cruel. Puede que en Arkansas nadie se fije en el aspecto de los demás, puede que nadie te juzgue y puede que así debiera ser. Pero en Seattle, y principalmente en Washington University, sí.

—Es lo único que tengo —bisbiseé con tristeza.

Era cierto que el dinero de la beca me cubría lo necesariamente imprescindible: apartamento, facturas y universidad. Supuse que con mi trabajo podría permitirme comprarme alguna ropa, pero no había venido aquí para gastar el dinero. No era esa mi idea. Quería ahorrar, quería enviarle dinero a papá, aunque él no quisiera aceptarlo, o guardarlo hasta que hubiera lo suficiente como para hacer un pequeño viaje con Sam, Jacob y papá. También sabía que eso era soñar muy a lo grande, porque probablemente ni papá ni Sam podrían cerrar el taller o la carpintería unos días para viajar fuera de Arkansas. Sencillamente porque necesitaban cada maldito centavo. Así que supuse que no habría problema porque yo gastase el dinero en ropa nueva o saliera a comprarme un helado de chocolate de vez en cuando.

—Lo sé. Y ellos también lo saben —aseguró, acompañándose de un gesto de cabeza.

—No sé cómo salir ahí afuera ahora mismo —admití derrotada.

—Peterson, ahora mismo salir ahí afuera sin que nadie se atreva a decirte alguna idiotez es la cosa más sencilla que te depara la UW. —Soltó una carcajada y yo simplemente le miraba sin entender lo que quería decir—. Vas a salir de este baño caminando al lado del *quarterback* del equipo de fútbol.

—Ya lo pillo, Carter —gruñí pasando por su lado, abriendo la puerta con una sonrisa.

Efectivamente, nadie se atrevió a decirme nada. Solo me miraban y luego observaban a Aiden. Imaginé que se preguntarían por qué demonios un tipo como Aiden iba caminando al lado de alguien como yo.

Llegamos diez minutos antes a Derecho Penal. Aiden se sentó en la misma fila y el mismo lugar de la otra vez y yo me senté a su lado.

—Pensé que no querías que te dirigiese la palabra —susurré sacando los apuntes.

—Solo es una tregua, Peterson. No soy fan de los matones de patio. Y no iba a dejarte salir sola de aquel baño —confesó. Me giré a mirarle. Tenía la vista clavada en el frente, pude ver el inicio de una

guitarra tatuada en el antebrazo y una clave de sol en uno de sus dedos. Supongo que me quedé más tiempo del necesario mirándole, porque de pronto se giró enarcando una ceja.

Cuando la clase se dio por finalizada, recogí rápido mis cosas, preparada para irme corriendo a mi siguiente clase. Entonces recibí una notificación a mi móvil y todo pareció darme vueltas. Porque aquello que leía no tenía ningún sentido. Sam no podía hacerme esto, y mucho menos así. Pero, lejos de sorprenderme, era como si algo en mí ya lo supiera.

Sam:
Hailey, siento no haber casi respondido a ninguno de tus mensajes y colgarte las llamadas. Es mejor así. Mírate, estás en Seattle. En cambio, yo sigo aquí, en Arkansas, y los dos sabemos que jamás tendré otra vida, principalmente porque me gusta esta. La carpintería, el campo… Eres demasiado buena y soñadora como para haberte parado a pensar en dónde quedaba lo nuestro si te ibas. No hay un nosotros, Hailey. En unos años estarás graduada en Filología Inglesa y yo seguiré aquí, siendo el mismo. Tú no te has ido para volver a Arkansas, te has ido para encontrar tu lugar en el mundo. Siento que sea de este modo, con un mensaje cobarde, pero no podía hacerlo de otra manera. Cuídate, Hailey. Cuídate y ve a por todo. Cumple todo lo que soñabas y vive. Vive todas aquellas cosas de las que oíamos hablar, aquellas que leías en las novelas de la señora Milles, aquellas que nosotros, con suerte, solo podíamos vivir a través de la televisión.

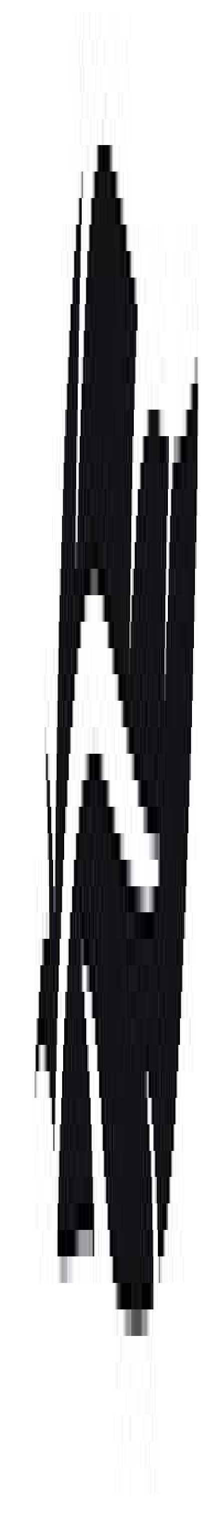
«No hay un nosotros, Hailey».

Leer aquello había dolido, por mucho que yo ya lo supiera. Pero Sam tenía razón. Yo no había llegado hasta aquí para regresar en unos años a Arkansas. No había luchado para eso. Y yo lo sabía. Lo pensé cientos de veces. Sam y yo soñábamos en diferentes escalas; mientras él soñaba con una cosecha de las buenas en la siguiente temporada, yo soñaba con Washington University, Columbia o Standford cuando solo tenía un dólar en el bolsillo. Cuando tenía un rato libre, aprovechaba para ir a la biblioteca de la señora Milles. No podía llevarme ninguno a casa, pero podía leerlos allí, podía continuar soñando a través de vidas ficticias, y allí tenía acceso a Internet. A veces creía que era demasiado ambiciosa e ingenua. A veces me sentía mal por desear lo que papá no podía pagarme, lo que Sam jamás obtendría, lo que la mayoría de mis amigas, excepto Emily, no vivirían nunca. Pero yo me había dejado la piel para estar ahí, y tenía que estar orgullosa de ello.

No sabía cómo debía sentirme al respecto. Sam acababa de romper conmigo y yo, sin embargo, no sentía ese vacío en el pecho del que hablaban las novelas románticas. Tampoco me salían lágrimas ni sentía un dolor desgarrador atravesándome el cuerpo. Quizá porque mi subconsciente ya se había hecho a la idea de que llegado este día pasaría. Nunca habíamos hablado de qué pasaría cuando me fuera, simplemente porque sabía con certeza que no le hacía ninguna gracia que me marchara. Aunque intentara disimularlo, no me había pasado desapercibido el desagrado que le producía saber que me quería ir, que escogía mis sueños por encima de él. Pero siempre había tenido claro cuál era mi objetivo y eso no lo iba a cambiar nadie ni nada, ni siquiera el amor. Así que supongo que ambos sabíamos que todo terminaría. Quizá siempre faltó una última conversación para zanjarlo como debíamos, pero en los últimos meses la brecha que se había formado entre nosotros ya era demasiado amplia y ni siquiera tenía sentido hablar del tema.

—¿Va todo bien, Arkansas? —gritó Aiden desde la puerta, provocando que todos los presentes nos miraran. Algunos comenzaron con las mofas una vez más, otros pasaron de nosotros y algunas chicas me miraban como si quisieran arrancarme la cabeza. Supuse que porque por algún motivo el *quarterback* del equipo de fútbol no estaba siendo tan capullo conmigo como se esperaba.

—Me llamo Hailey —grité, enseñándole el dedo corazón. Le vi sonreír antes de salir por la puerta.



—¡Tienes que venir! Todo el campus estará —rogó una vez más. Mía

llevaba un buen rato intentando convencerme para que asistiese a una fiesta que se celebraría esa noche en el campus por el inicio del curso.

—No sé, Mía… —dudé, mordiéndome el labio inferior—. No creo que sea buena idea —admití desviando la mirada.

—Hailey, ¿cuántas veces has ido a una fiesta en Arkansas?

—Ninguna —reconocí—. No tengo nada que ponerme, Mía. ¡Mírame! Solo tengo tres pantalones y cuatro jerséis, un vestido verde con un agujero en la manga, un peto de pana azul, una falda vaquera desgastada y unas cuantas camisetas pasadas de moda, por no hablar del abrigo marrón una talla más grande. No puedo aparecer así en una maldita fiesta llena de estudiantes de la UW y ser una vez más la cabeza de turco. Por no mencionar que no tengo ni la menor idea de lo que se hace en una fiesta —dije, tumbándome bocarriba en mi cama.

—Te dejaré algo y mañana saldremos de compras para renovar tu armario —propuso tumbándose a mi lado, tomando la misma posición que yo.

—Renovar… —Me reí—. Esa palabra me suena grande, Mía. Nunca he comprado ropa. Lo que tengo es sacado de mercadillos benéficos u organizaciones sin ánimo de lucro que ofrecen ropa usada gratis, lo que los ricos no quieren porque se pasa de moda. No he entrado en una tienda en mi vida ni he visitado grandes almacenes jamás. —Empezaba a preguntarme qué demonios hacía allí. Estaba completamente fuera de lugar en un sitio como la UW.

—Vamos a hacer una cosa. —Se levantó veloz, saliendo de la habitación y perdiéndose en su baño—. Empezaremos por hacerte las uñas. —Regresó trayendo una lima, unos alicates, tijeras… Todos aquellos utensilios los había visto antes en el taller de papá, pero en un tamaño considerablemente superior.

Mía me caía bien. Hablamos un poco sobre mi vida en Arkansas, le hablé de papá y Jacob, de Sam y nuestra reciente ruptura, de Emily… Le hablé del campo, de la vida de los campesinos y de las injusticias, de los pequeños negocios con lo que debían sobrevivir las familias. También de cómo había llegado hasta aquí, cómo recorrí medio país en autobús, y se rio cuando admití que los únicos aviones que conocía eran los que veía en el cielo cuando me tumbaba en la hierba a descasar del calor sofocante en verano. Veníamos de mundos diferentes y habíamos vivido cosas distintas; envidiaba la vida de Mía. Cuantas más cosas me contaba, más alucinaba porque las brechas entre la sociedad fuesen tan visibles y grandes.

—¿Te gustan? —preguntó, enseñándome el resultado. Me había puesto un color rojo cereza. Me gustaban—. ¡Ahora vamos a buscar un vestido que te haga estar cañón!

No sé la cantidad de prendas que Mía sacó de su armario,

dispuesta a dejármelas, y no sé cuántas me obligó a probarme hasta decidir qué iba a vestir. Tenía la sensación de que era un hecho que iría a esa fiesta pese a no haberlo confirmado.

Me miré en el espejo y me quedé con la boca abierta. Quien me devolvía la mirada en el espejo era otra Hailey. Llevaba el pelo suelto, limpio y liso como una tabla. Un vestido plateado tan ajustado que se ceñía a mi cuerpo como una segunda piel. Unas sandalias negras con un tacón bajo y cuadrado. Y me había puesto máscara de pestañas y un pintalabios rojo. Estaba… guapa. Era la primera vez que me fijaba en mí y me veía así.

—Ojalá tuviera estas curvas —gruñó Mía—. Joder, las mujeres de Arkansas estáis hechas de otra pasta.

Scott pasó a recogernos y Mía hizo las presentaciones. Parecía agradable. Y era tan guapo como Mía. Durante todo el camino, Scott nos habló de los entrenamientos, del primer partido de los Washington Tigers y de cómo había mejorado su forma física desde la temporada pasada. Yo no tenía ni idea de fútbol americano, nunca había despertado mi curiosidad, pero parecía que era algo importante en la universidad. Y no solo para los miembros del equipo. Mía me aseguró que ya me pondría al día en lo que a fútbol americano se refería y que era casi una obligación ir a apoyar a los Tigers en cada partido que se jugara en casa.

La fiesta se celebraba en el campus. Todo estaba decorado e iluminado por cientos de luces de colores, con mostradores con bares improvisados y música por todas partes. Nunca había visto tanta gente junta. Me fijé en cómo las demás chicas iban vestidas y se lo agradecí enormemente a Mía. Por primera vez no me sentía fuera de lugar con mi atuendo.

Caminaba detrás de Mía y Scott, mirándolo todo como quien ve el mundo por primera vez. Y era que realmente lo estaba haciendo. Nos unimos a un grupo de chicos que Scott saludó con el puño. A juzgar por la constitución, estaba casi segura de que era el resto de los miembros de los Washington Tigers.

—Ella es Hailey —presentó Mía. Sentía las mejillas arder, no necesitaba presentación, no me gustaba ser el centro de atención ni aunque solo fuese por unos segundos.

—Hola, Hailey. Soy Trevor —saludó un chico rubio de ojos marrones. Fue secundado por Tyler, Cameron, Zac, Tommy… Todos parecían agradables.

—Aunque te vistas de otra manera, sigues siendo de Arkansas —se burló una chica de media melena, alta y con ojos tan claritos que parecían grises.

—Cállate, Spencer —gruñó Aiden.

—Es la capitana de las animadoras. Es una víbora —me

susurró Mía al oído.

Nunca había bebido algo que no fuese tequila barato y del que se fabricaba en las pequeñas licorerías de Arkansas. Esta noche había probado varias bebidas diferentes y no estaban nada mal. La noche fue bien, todo iba bien hasta que Mía desapareció con Scott y yo me quedé sola con el resto de los Washington Tigers.

—¿Puedo preguntarte algo? —dijo Aiden acercándose.

—Claro que sí. Eso no quiere decir que vaya a responderte. —Esbocé una sonrisa.

—¿Por qué bajas la cabeza, Hailey? Te he visto cuando alguien se acercaba a hablar contigo; bajabas la cabeza. También lo hacías cuando Spencer soltaba algún comentario hiriente. ¿Por qué no te defiendes? El mundo va a verte como tú te veas. No agaches la cabeza delante del primer idiota que te encuentres. No eres inferior, Hailey, no te sientas como si lo fueras y mucho menos actúes como tal.

—No quiero tener problemas —aclaré, encogiéndome de hombros.

—Vas a tener muchos problemas en la UW, Peterson.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Estás en una fiesta con los Washington Tigers. Eres amiga de Mía, que es la abeja reina del campus, y ahora mismo estás hablando con el *quarterback* del equipo de fútbol. Por no mencionar que te han visto salir de un baño conmigo. Te aseguro que si lo que quieres es pasar desapercibida te estás equivocando de compañías.

—No soy tan idiota como para no haberme dado cuenta de que desde que pisé el campus esta noche no han dejado de mirarme ni un solo segundo —murmuré, y contuve el aliento cuando me golpeé con sus ojos.

Percibí que estaba a punto de decir algo, cuando una chica de piernas kilométricas se acercó, apartándome a un lado y lanzándose directamente a su boca, donde fue recibida. Observé cómo le susurraba algo al oído y cómo ella sonreía cálidamente.

—Hasta otra, Arkansas —se despidió siendo arrastrado por aquella chica a algún lugar, sin darme la oportunidad de responderle.

Imbécil.

Era hora de volver a casa. Me despedí de los chicos y crucé por entre la multitud de estudiantes hasta encontrar la salida. Caminaba en el más profundo silencio, aún en la distancia se escuchaba de fondo el murmullo de la fiesta y la música. Había sido una noche agradable y llena de experiencias nuevas.

Antes de acostarme, me miré de nuevo en el espejo durante un rato. Francamente, me gustaba esa Hailey.

CAPÍTULO 5

Aiden

—¿Te cuento un secreto? Voy a cambiar de carrera y estudiar Psicología. —Cuando Tyler decía algo así, podías esperarte cualquier cosa.

—Y yo voy a hacerme estrella de Hollywood —solté sin pensar—. No tienes pinta de psicólogo, sino más bien de baterista de un grupo de *rock*. O de estrella de surf que reniega de su fama. O de escritor de novela erótica que busca inspiración en las fiestas de fraternidad.

—Vale, pero sé escuchar. Y eso es imprescindible para ser psicólogo. —Me dirigió una sonrisa de niño bueno y paciente que me hizo reír.

—¿Qué demonios te pasa? —Solté una carcajada.

—Estoy en ese momento de crisis existencial de inicio de curso, donde te replanteas todo. —Se sentó en el sofá, a mi lado, y soltó un suspiro largo—. Necesito fichar por algún equipo, Carter. Yo no lo tengo asegurado como tú, y si no lo consigo debo tener un plan B.

—Estás en tercer curso de Odontología. Eso ya es un plan B.

—No, no lo es. No quiero pasarme el resto de mi vida limpiando bocas sucias o arrancando dientes podridos —lloriqueó. Me eché a reír.

—¿Por qué no sales a dar una vuelta? —sugerí.

—¿Con quién? Tú hueles a noche de sexo y alcohol, y tienes una pinta horrible. Necesitas una ducha con urgencia. Zac me ha dicho que tiene que ir al taller porque alguien le ha rayado su preciosa moto del siglo dos antes de Cristo y Tommy me aseguró que va a tener la polla ocupada todo el día —dijo, desesperado, mientras me lanzaba un cojín—. Y Savannah está furiosa conmigo porque le he dicho que no quiero asistir a la acampada anual de las animadoras en el Lago Diablo en Colonial Creek.

—Sal a correr o intenta convencer a alguno de los chicos —dije, bostezando mientras me acomodaba más en el sofá.

—Me voy al bar a tomarme una cerveza —gruñó—. ¿Con quién has pasado la noche y dónde? Dices que no duermes con

mujeres, pero luego nunca regresas a dormir aquí. Estoy empezando a creer que tienes una doble vida, Carter —bromeó.

—A lo mejor la tengo. —Moví las cejas rápidamente, arriba y abajo.

—Lo único que tienes es un trauma, porque siendo el hijo del dueño de Gravity S. L. compartes piso conmigo y aquí en este edificio, tan simple y normal en comparación con tu cuenta del banco. Por no hablar del pedazo de apartamento que tienes en el centro de Seattle. —Se giró a mirarme con burla mientras cogía las llaves de casa, como esperando una respuesta que sabía que no iba a tener. A Tyler le encantaba provocarme y sabía todo de mí, así que tenía munición de sobra para hacerlo.

—Lárgate de una vez, Tyler. ¿Alguna vez te han dicho lo intenso que eres? —gruñí.

—¡Y tú date una buena ducha, capullo! —gritó, cerrando la puerta tras de sí. Casi podía verle sonreír.

Tyler y yo nos hicimos amigos cuando teníamos nueve años. Era el primer día de colegio y el resto de los niños se metían con él por llevar ortodoncia y gafas. Le llamaban «Tyler el Ogro» o «Tyler Gafotas». Él se enfadaba, y aunque no lo admitiese estaba más dolido que enfadado. Pero hubo un día que lo cambió todo. Había otro niño, el que acabaría convirtiéndose en el matón del patio. Estaba insultado a una niña, Darcy. Darcy llevaba un corte de pelo horrible, vestía casi siempre con un chándal rojo y azul que le quedaba pequeño, y su barriga sobresalía notablemente por encima de la camiseta. Aquel niño la insultaba a menudo, pero ese día en concreto le pegó y soltó cientos de comentarios humillantes en el patio del recreo, desde «fea» a «pez globo» o «gorda». Entonces Tyler lo empujó por detrás y comenzó a pegarle para defender a Darcy, que ya no podía controlar las lágrimas. Cuando creyó que ya había sido suficiente, se levantó y le dijo con toda la seriedad de un niño de cinco años que nunca jamás se atraviese a volver a insultar o a pegar a una chica. Recuerdo que aquella mañana el patio enmudeció y yo sonreí sin quitarle la vista de encima a Tyler, porque aquel niño había sido muy valiente y sabía que tenía que ser mi amigo para el resto de mis días. Nunca deberíamos decirle a alguien lo gordo que nos parece o si está demasiado flaca, porque nunca sabes cómo le afectará a la otra persona. Puede que ya tenga un problema alimentario o, si no lo tiene, tal vez termines provocándoselo. Por suerte, Darcy siguió siendo como ella quería. Volvimos a coincidir en el instituto y ya no llevaba aquel peinado tan feo. Lucía una melena larga y llevaba ropa de su talla.

Con Tyler he vivido todos los grandes acontecimientos de mi vida. En el instituto fuimos a la misma clase, teníamos el mismo grupo de amigos y, entre clase y clase, nos dedicábamos a tontear con chicas.

Aquello solo era un avance de lo que pasaría desde el último curso de instituto hasta los primeros años de universidad. A veces incluso competíamos por ver quién de los dos ligaba más. Hemos caminado juntos y casi siempre en la misma dirección hasta Washington University. Hemos vivido nuestra primera borrachera, con su consecuente resaca, en la primera feria del verano del cuarto curso de instituto. Nos hemos dado nuestro primer beso con una chica el mismo día y jugando al estúpido juego de la botella. Hemos probado demasiados deportes juntos hasta descubrir que lo nuestro era el fútbol americano. Y también nos hemos acompañado en los peores momentos, como cuando murió el abuelo de Tyler y él se negaba a soltar el abrazo del ataúd cuando llegó el momento de enterrarlo. O cuando tuvimos que sacrificar a mi perro, Babas, porque era tan anciano que ya apenas podía levantarse. Se murió soltando todas las babas que podía, dando homenaje a su nombre. Tyler era un amigo de esos que simplemente están. Sin nada más. Sin esperar nada a cambio. Un amigo y punto. Y tenerlo en mi vida era un jodido placer, porque sencillamente era el mejor tío del planeta.

A veces he tenido que lidiar con amistades interesadas por ser quien era. Supongo que para el resto del mundo ser el hijo del dueño de Gravity S. L. era la puta hostia. Incluso cuando lo más probable era que la mayoría no tuviesen ni idea de qué es Gravity S. L. realmente, pero sí conocían la fortuna de mi familia y sí conocían lo que significa apellidarse Carter.

Mi padre, Adam Carter, era el CEO de Gravity S. L., una empresa que inicialmente se basaba en crear petróleo en sectores petroquímicos, energía eléctrica y gas. Teniendo en su poder la gran mayoría de pozos de petróleo del mundo. Él prefiere llamarlo «oro negro». También era el mayor accionista en tecnología. Gana veinte mil dólares la hora y cada año su fortuna se incrementa en treinta millones de dólares. Y continuaba creciendo a un ritmo desorbitado. Todo eso eran factores que hacían que tuvieras que mirar con lupa tus amistades y desconfiar de cualquier cara amable que se te acercase. Y huir de cualquier mujer.

Había incontables razones por las que nunca iba a tener pareja. La principal era que no creía en el amor, y no lo hacía por un buen motivo: nunca había conocido el amor de ningún tipo. Ninguna mujer se me había acercado porque realmente viera algo en mí. Habían visto un apellido y mucho dinero acompañado de una cara bonita, porque sería mentir si dijera que no era consciente del efecto que tenía en las mujeres, pero nunca nadie se había acercado desinteresadamente. En mi mundo también era habitual casarse joven y casi siempre con una mujer que también contase con una gran fortuna, cosa que jamás haría. Jamás me casaría con una mujer por

negocios y eso que mi padre ya tenía a la candidata perfecta para mí, como había hecho con mi hermano Kaden. Eso jamás pasaría. Me acostaría con muchas mujeres y no pasaría demasiado tiempo con ninguna fuera de la cama. Tampoco permitiría que nadie se me acercase demasiado.

CAPÍTULO 6

Hailey

Cuando era pequeña adoraba jugar con los neumáticos rotos que ya no servían y que habían quedado olvidados por el taller de papá. Me gustaba llenarlos de piedras, flores y cualquier cosa que encontrase en el campo. A menudo entraba en los campos de cultivos y jugaba a saltar de un montón de paja a otro, y alguna que otra vez regresaba a casa con alguna herida nueva o un moratón doloroso que ponía de los nervios a papá y a mamá. Luego llegó Jacob para compartir mis travesuras con él. Nos escondíamos de mamá, nos tirábamos tierra el uno al otro y jugábamos a ver quién de los dos llegaba más mojado a casa después de una tarde saltando en los charcos. También jugábamos a ver quién escupía más lejos o apostábamos quién de los dos atrapaba más gusanos. Obviamente, ganaba siempre Jacob, porque cuando él no me veía vaciaba algunos de mis gusanos en su tarro. Recuerdo la llegada de Jacob como uno de los acontecimientos más felices de mi vida. Los nueve meses que permaneció dentro de la barriga de mamá se me antojaron eternos. No me cansaba de acariciar la pronunciada barriga de mamá, le depositaba besos, y todas las noches me acercaba y le susurraba que me moría por conocerle. Como si Jacob desde allí dentro pudiera oírme.

Adoraba trabajar con papá en el taller, compartíamos mucho tiempo juntos mientras mamá atendía a Jacob. Y luego cuando se hizo mayor prefirió el campo antes que el taller, así que cada mañana se iba con mamá a la cosecha y nos juntábamos a la hora de comer. Aunque no tuviésemos nada más que un plato pequeño de arroz que llevarnos a la boca, era nuestro momento en familia. Y era especial. O tal vez los especiales eran ellos.

Cuando mamá se fue, papá y yo seguíamos ocupándonos del taller. Aunque yo tenía que echarle una mano a Jacob, ya que él solo no podía con todo. Trabajábamos más horas, pero a ninguno nos importaba. En los últimos años, cuando debía esforzarme más por aprobar las asignaturas, papá me obligaba a irme a casa pronto para poder estudiar y él y Jacob continuaban trabajando.

Emily vivía en la casa de al lado. La familia Crowl eran buenos amigos de la nuestra y Emily y yo habíamos nacido casi el

mismo día. Era como una hermana para mí. Supongo que crecer puerta con puerta y siempre juntas nos hizo ser inseparables. Ambas teníamos sueños que volaban alto y éramos el apoyo de la otra sin importar las circunstancias o las consecuencias. Por eso, cuando Emily recibió la carta de admisión tres días antes que yo, era incapaz de alegrarse por aquel sobre y por ella misma. Fue entonces cuando un día, sentadas en la acera, llegó el repartidor de correo y me tendió el sobre blanco brillante con el sello de Washington University. Lo abrí y ambas comenzamos a llorar de la emoción. Emily, más que yo. Supuse que también lloraba su emoción propia, aquella que había retenido durante tres días por el simple hecho de que yo tal vez no lo hubiese conseguido.

Cuando tenía trece años, vi a una mujer tirando un puñado de comida en buen estado en el contenedor, así que sin dudarlo me metí dentro y rebusqué sacando todo lo que podría servir, y me topé con unos patines para hielo. Eran blancos, negros y violetas. Estaban nuevos, apenas tenían unos rasguños. Los miré con determinación y me los probé, eran justo de mi talla. Supongo que aquellos patines estaban hechos para mí, porque aún sin saber si algún día podría usarlos, y con la certeza de que probablemente no, me los llevé a casa.

Tenía catorce años. Salí a caminar, siempre lo hacía cuando estaba triste o las cosas no iban bien, como si caminando huyera de los problemas, hasta que llegué a la zona alta de Bearden. Ya ni siquiera aquella zona se consideraba parte de Bearden, porque había prosperado notablemente en los últimos años. No parecía que estuviéramos en el mismo lugar. Continué caminando, topándome con una pista de hielo enorme y un puñado de niños patinando. Me acerqué a la valla con ilusión, me quedé un rato mirándolos, y luego reparé en el cartel con la lista de precios. Estaba claro que jamás podría probar mis patines. Pero en mi cabeza siempre rondaba el «¿por qué no?». Entonces volví con mis patines otro día, era de noche y no había nadie. Era el momento perfecto para colarme y probarlos. Y ahí fue cuando descubrí que había encontrado mi vía de escape. Aquel día había experimentado la felicidad mezclada con la libertad, había encontrado las llaves que abrían mi jaula, y sentía mis alas tan grandes que nadie jamás podría arrancármelas nunca. Eso tenía que enseñárselo a Sam.

Conocí a Sam cuando éramos niños. Habíamos jugado juntos y habíamos crecido en el mismo lugar, pero no fue hasta que coincidimos en el pequeño trozo de tierra que albergaba. Aquel chico de ojos negros y tez morena me miraba con complicidad y empatía. Me regaló una naranja que acababa de recolectar e hicimos el camino de regreso a casa juntos. Desde aquel día no volvimos a separarnos. Nunca hablamos sobre ser pareja, no hubo una conversación sobre qué

éramos, simplemente lo sabíamos y punto. Compartíamos tiempo juntos. Charlábamos de cualquier cosa, la mayoría banalidades, aunque no faltaban las conversaciones profundas. No teníamos mucho en común; él soñaba con ampliar su cosecha y su ganado sin dejar de lado la carpintería, y yo quería salir de Arkansas, ir a la universidad y vivir. No estábamos hechos el uno para el otro, pero yo siempre había creído que cuando querías a alguien no importaba ser cero por ciento compatible. Me equivocaba completamente.

CAPÍTULO 7

Aiden

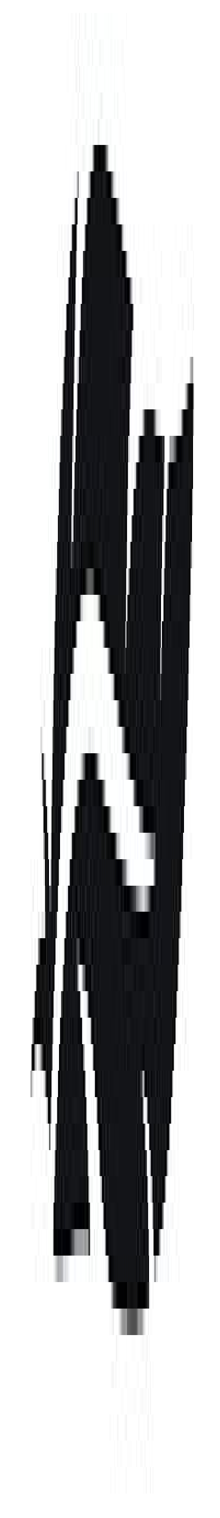
Probablemente en este instante fue la primera vez que me di cuenta realmente de que Hailey Peterson tenía una historia muy jodida para contarte al mundo. Estaba literalmente dentro de un contenedor de basura recogiendo restos de alimentos sin ningún tipo de reparo, como si lo hubiera hecho cientos de veces. En una reacción automática, alejé la mirada, dejando que conservara la dignidad. Pero después la miré por encima del hombro mientras metía algo en una bolsa y salía del contendor pegando un salto, riéndose por algo, y entonces vi a un niño y a una anciana hablando con ella. Según me iba acercando me fijé en las ropas desaliñadas, rotas y sucias que vestían, en el aspecto tan demacrado que tenían, y casi podía percibir el olor nauseabundo que desprendían.

—¿Qué haces, Peterson? —pregunté sin acercarme demasiado al contenedor.

—No podían meterse dentro del contenedor. El pequeño era demasiado bajito aún y a su abuela le faltaba agilidad. —Suspiró pesadamente—. Pensé que nunca más tendría que meterme dentro de uno —gruñó sacudiéndose la ropa—. No me malinterpretes; por suerte no he tenido que llegar a ese límite, pero sí lo he hecho en ocasiones, especialmente cuando veía a alguien tirar algo que aún valía la pena conservar.

—¿Y por qué lo has hecho? —pregunté, encogiéndome de hombros.

—Porque yo sé lo que es que te duela el estómago de hambre —reconoció—. Puede sonar asqueroso, pero no sabes la cantidad de comida aprovechable que tiráis los ricos y que son un absoluto manjar para los pobres. —Se sacudió un poco más los pantalones y se marchó. Simplemente se dio media vuelta y desapareció.



Tocar la guitarra en el Skils Bar era como rebobinar en el tiempo. Era

como sentir que todo estaba en su sitio otra vez, que la vida seguía su curso natural, sin baches ni piedras, sin dolor ni sufrimiento.

Estaba en el piso de arriba, había un pequeño estudio donde ensayaban los artistas que venían a dar algún concierto.

—¡Eh, chico de la guitarra, Vic ha preparado un nuevo cóctel para que probemos! —Sonreí, dejando la guitarra sobre el suelo.

Desde que sabía que Hailey trabajaba aquí, no había vuelto a venir. No quería que descubriera nada de mí. No quería que supiera nada que no supiese el resto.

Vic era uno de los camareros, llevaba trabajando aquí al menos tres años, y era el sobrino de Ava. Siempre buscaba la forma de ampliar la carta de bebidas y nos obligaba al resto a probarlos. En esta ocasión estaba realmente bueno.

Regresé al piso de arriba y continué tocando, estaba vez *Tears in Heaven* de Eric Clapton. Y cuando terminé guardé mi guitarra.

—Es muy bonita —susurró alguien, sobresaltándome. Me giré, encontrándome con aquellos iris verdes, grandes e intensos. Tragué con dificultad.

—Eh, ¿qué pasa? ¿Estás llorando? Joder.

Delante de mí, dejó las cervezas en el suelo y se apoyó contra la pared.

—Pasan muchas cosas. Pasa que echo de menos a papá y Jacob. Apenas consigo hablar con ellos, porque sé que están demasiado ocupados, y siento que me estoy alejando. Siento que me he ido de casa y que ya sus problemas no son los míos. Siento que soy otra persona y, sin embargo, no sé todavía quién soy, a dónde quiero ir o qué demonios hago aquí. Y ahora mismo me gustaría estar en mi casa; oliendo a campo y pasando frío y hambre, pero al lado de papá, ayudándole en el taller y pendiente de que Jacob estudiara para luchar por una beca que lo sacase de allí —sollozó, secándose las lágrimas con el dorso de la mano.

—No te sientas culpable por no conformarte, Hailey.

—No me siento culpable por ello. Supongo que no estoy teniendo un buen día.

—Te invito a un helado.

—¿De chocolate? —preguntó sonriendo.

—De lo que quieras, Peterson.

Caminamos hacia mi coche y, cuando arranqué, pude notar que Hailey no había estado en muchos vehículos. Lo observaba todo alucinada. También era cierto que mi coche era un modelo exclusivo de unos cuantos millones de dólares. No pasaba desapercibido.

—¿De qué lo quieres? —pregunté después de pedir el mío.

—De chocolate.

—¿Y nada más? —Enarqué una ceja.

—¿Qué más se puede pedir? —murmuró. La miré, atónito, durante unos instantes.

—Por un dólar más puedes añadir *toppings* u otra bola de helado.

—Pídelo como quieras —dijo, mordiéndose el labio inferior.

Finalmente, pedí un helado de chocolate con otra bola de vainilla y oreo, y para mí pistacho con caramelo.

—Gracias —musitó, llevándose una cucharada de helado a la boca—. Es el segundo helado que me como en toda mi vida —confesó —. ¿Puedo preguntarte algo?

—Claro que sí. Eso no quiere decir que vaya a responderte. —Sonreí, repitiendo sus mismas palabras de la otra noche, mientras nos sentábamos en un banco en la calle, bajo la luz de las farolas.

—¿Alguna vez has sentido que estabas justo donde tenías que estar y a la vez sentir que no es tu sitio? —Aquella pregunta me había pillado con la guardia bajada.

—Cientos de veces. —Suspiré pesadamente—. Supongo que todo el mundo ha estado perdido alguna vez. La vida no viene con manual de instrucciones ni brújulas que señalen el norte, y tal vez no sea el norte lo que tengamos que buscar. Creo que simplemente hay que seguir nuestro instinto y dejarnos llevar.

—Ojalá fuera tan sencillo. Ojalá pudiera guiarme por mi instinto o dejarme llevar, pero no puedo. Yo no. He llegado hasta aquí y ya no puedo cambiar la dirección o dar la vuelta.

—Claro que puedes, Hailey. La vida está llena de rotondas, cruces y salidas. Puedes ir a toda pastilla y puede que te estrelles en alguna curva, supongo que es ley de vida, pero también puedes cambiar el rumbo cuando te apetezca si crees que el camino que escogiste antes de salir no es el que quieres. —Me giré a mirarla, tenía los ojos vidriosos y le temblaba el labio inferior—. No has venido aquí solo a graduarte en algo. Has venido a descubrir el mundo que hay fuera de Arkansas, a encontrar tu lugar en la Tierra y a descubrirte a ti misma. Has venido a vivir, Hailey. Sin miedo.

—No pareces tan capullo —admitió sonriendo, llevándose el último trozo de helado a la boca.

—Gracias, Peterson. Era justo lo que esperaba como respuesta —respondí con ironía.

—He oído que seguramente te escojan para jugar en la liga profesional.

—Sí, seguramente lo hagan —gruñí, aclarándome la garganta.

—¿Por qué parece que no estás feliz?

—Porque no lo estoy, Arkansas. Solo te he invitado a un helado, no para que intentes inmiscuirte en mi vida —espeté, perdiendo el control. No me gustaban las preguntas personales ni

sentirme analizado.

—No seas tan capullo, Carter. Me importa una jodida mierda tu vida. Solo estaba intentando mantener una conversación trivial, pero ya veo que he fracasado con éxito —farfulló irritada, levantándose y tirando la tarrina vacía en una papelera.

—¿A dónde vas? —exclamé, levantándome en el instante en que se daba media vuelta y emprendía camino hacia abajo.

—¡A casa, te estabas volviendo una compañía bastante desagradable! —gritó imitándome.

—La próxima vez que tengas un mal día no esperes que te invite a un helado —respondí.

—Nadie lo había pedido. —Me sacó el dedo corazón y casi pude ver un atisbo de sonrisa. Menudo carácter se gastaba.

No me moví del sitio hasta que vi que Hailey solo era un puntito minúsculo en la distancia, ni siquiera cuando mi móvil vibró con la entrada de un nuevo mensaje.

Cuando entré en mi cuarto, me encontré a Spencer encima de mi cama. Tenía las mejillas y los labios encendidos, los ojos brillantes, los pezones erizados y el pelo revuelto a conciencia.

—¿Quién coño te ha dado permiso para entrar en mi cuarto? —espeté con rabia. No me gustaba que invadieran mi espacio personal, pero menos me gustaba que lo hiciesen sin invitación.

—Tyler me dijo que no estabas y me pareció buena idea esperarte. —Se levantó, acariciándome el torso.

—¡Te dije que si te encontraba ahí ibas a despertar al demonio! —se burló Tyler desde su cuarto.

—Fuera —dije abriendo la puerta, cabreado.

—¿Estás de broma? Llevo una hora esperando por ti y no pienso irme así.

—Spencer… Puedes irte por tu propio pie o puedo cogerte y tirarte, literalmente, en el pasillo del edificio desnuda. No vuelvas a aparecer por mi casa y ni se te ocurra volver a poner un pie dentro de mi cuarto. —Rápidamente, cogió la ropa que había dejado esparcida por todas partes y comenzó a vestirse, soltando una retahíla de insultos bajo mi mirada y la de Tyler, que se había unido al espectáculo.

—No vengas a buscarme —escupió al pasar por mi lado.

—Nunca lo hago. —Sonreí de medio lado y cerré la puerta de un portazo.

—¡Imbécil! —gritó mientras lanzaba algo contra la puerta provocando un golpe seco.

—Tyler… —llamé a mi compañero de piso—. Como vuelvas a dejar entrar a alguien a mi habitación, juro que me encargaré personalmente de que no fiches por ningún equipo, porque pienso

partirte las piernas para que no juegues ni un solo partido —gruñí en su cara.

—¡Carter, saca tus manos de encima de mi chico! —Su novia, Savannah, intervino saliendo del cuarto de mi compañero riéndose.

CAPÍTULO 8

Hailey

No podía dormir. Y por primera vez no era por el frío, ni hambre. Era otra sensación, era una duda asentada en mi cabeza desde hacía días, era la idea de que no tenía ni la menor idea de saber quién quería ser. Y yo siempre había tenido las ideas muy claras. Siempre había creído saber en quién quería convertirme.

Salí de la cama y abrí la ventana, quizá un poco de aire fresco no me vendría mal. Mi habitación tenía vistas a un parque y tenía unas escaleras de emergencia justo al lado. Miré hacia arriba y me encontré con unos pies colgando desde la azotea y el inconfundible humo de un cigarro. Algo me impulsó a subir, aquel extraño había llamado mi atención. Las diminutas escaleras poco tenían de efectivas si realmente ocurriera alguna emergencia. Estaban colgadas de la pared, con unos peldaños en los que apenas cogía un pie.

—¿Hailey? —Aún no había subido los últimos escalones cuando oí mi nombre. Miré hacia arriba y me encontré con aquellos iris azules que tan hipnotizada me habían dejado la primera vez que los miré.

—¿Aiden? —susurré—. ¿Qué haces aquí?

—¿Y tú?

—Vivo aquí. Con Mía.

—Yo también —respondió con el ceño fruncido. Creo que no tenía ni idea de que yo era la compañera de piso de Mía.

—¿Qué haces aquí? —interrogué.

—Pensar en mi futuro —reconoció.

Me senté a su lado y lo observé. Llevaba un chándal negro, con la capucha de la sudadera puesta y un mechón rebelde de pelo en mitad de la frente.

—Creo que deberías dejar de pensar tanto en el futuro. Es impredecible. Pocas veces ocurre tal cual creemos que lo hará. Y asusta. Levantar la vista al frente y ver un horizonte repleto de opciones da vértigo. Y, sea lo que sea, va a ocurrir de todas formas. Nos guste más o menos, o por mucho que nademos a contracorriente, no podremos evitarlo.

—Cuando era niño soñaba con ser algún día el *quarterback* de

Los Angeles Rams. Iría a Columbia y allí me ficharían porque haría las mejores temporadas con esfuerzo, entrenamiento y dedicación. Estudiaría lo mismo que ahora y algún día sería un gran empresario en Los Ángeles —reveló.

—¿Y qué ha cambiado? Porque está claro que todo eso aún puedes hacerlo. No lo de Columbia, pero sí lo demás. Creía que no te interesaba el fútbol americano.

—Todo ha cambiado. Absolutamente todo, Hailey. Incluso las cosas que pensé que nunca lo harían ahora son diferentes —susurró con un ápice de tristeza.

—Yo quería entrar en el equipo de patinaje cuando llegase a la UW —murmuré.

—¿Y qué pasó? —indagó clavando sus ojos en mí. Noté cómo afloraban los nervios, me recorrió un escalofrío.

—La rodilla. La pierna en general. —Me llevé una mano hacia justo encima de donde tenía la cicatriz y la toqué por encima del pantalón.

—¿Qué te pasó?

—Ya te lo he dicho, Carter. Es una historia demasiado larga. No me gusta que la gente sepa demasiado de mí. Y tengo la sensación de que a ti tampoco. No te metas en mi vida y yo me mantendré alejada de tus asuntos —bromeé, aunque en el fondo era cierto.

—Has descubierto mi sitio favorito, Arkansas. Estás en todas partes. ¿Qué será lo siguiente?

—¿La azotea? —pregunté sorprendida.

—Puedes tumbarte y contar las estrellas, puedes ver las formas de las nubes y adivinar figuras. También puedes huir del mundo o tostarte en verano. —Esbozó una sonrisa—. Además, es toda una atracción y requiere de mucho equilibrio subir hasta aquí sin caerte —bromeó tumbándose en el suelo. Lo imité. No sé el tiempo que pasamos allí, uno al lado del otro.

—¿Cómo es Arkansas? —dijo de pronto.

—La capital, Little Rock, está muy bien. Con los años se ha ido desarrollando cada vez más hasta convertirse en un importante nudo de comunicaciones y núcleo industrial. Y su nombre deriva de una pequeña roca, La Petite Roche. No he ido demasiado, apenas dos veces y ambas para comprar semillas para la cosecha cuando papá no podía ir. Yo vivía en Bearden, es uno de los sitios más pobres. Y no hay mucho. Está lleno de campos, cosecha y animales. Pequeños negocios familiares y casitas construidas con el esfuerzo, el amor y la fe de los vecinos. Sobre todo fe. Porque si perdías la fe ya no te quedaba nada en un lugar como aquel. —Sonreí con tristeza. Era imposible no pensar en papá y en Jacob—. Por si estás planeando las vacaciones del próximo verano, que sepas que no te lo recomiendo en

absoluto —añadí para ahuyentar los recuerdos. Giré ligeramente mi cara, encontrándome con la suya a unos centímetros. Me estaba mirando. Nos quedamos un rato así, observándonos, hasta que nos interrumpió el sonido de un nuevo mensaje entrando en su buzón:

Cassie:
Te espero en mi habitación 😊

Pude leerlo en la pantalla. Enarqué una ceja hacia él, dejando los ojos en blanco.

—¿Una cita? —curioseé.

—Yo no tengo citas —aclaró.

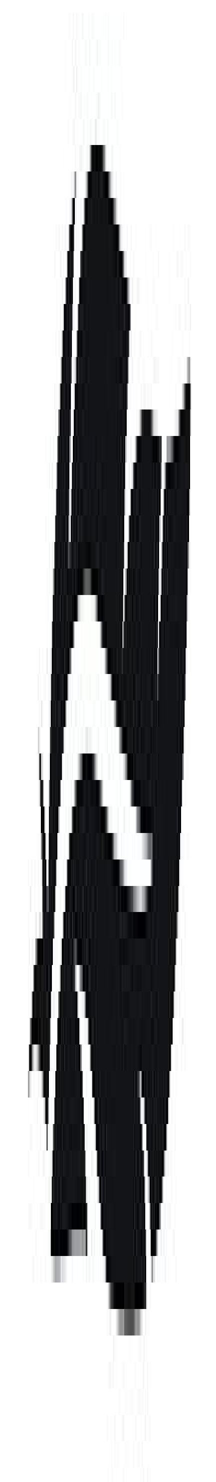
—Ni tampoco novias. Pero sin embargo… No es raro encontrarse alguna chica hablando de ti y su agradable experiencia en tu cama… —apunté con descaro.

—No es *mi* cama —aseguró con desdén—. Si quieres probarme algún día ya sabes dónde encontrarme, vecina —dijo, levantándose del suelo y caminando hacia las escaleras.

—¡Imbécil! —grité cuando ya había desaparecido de mi vista.

—No te vayas a caer al bajar, Arkansas. En el tercer mundo no tenéis escaleras de emergencia —se burló. Será capullo.

—Descuida —contesté entre dientes, aunque no estaba segura de si podría oírme.



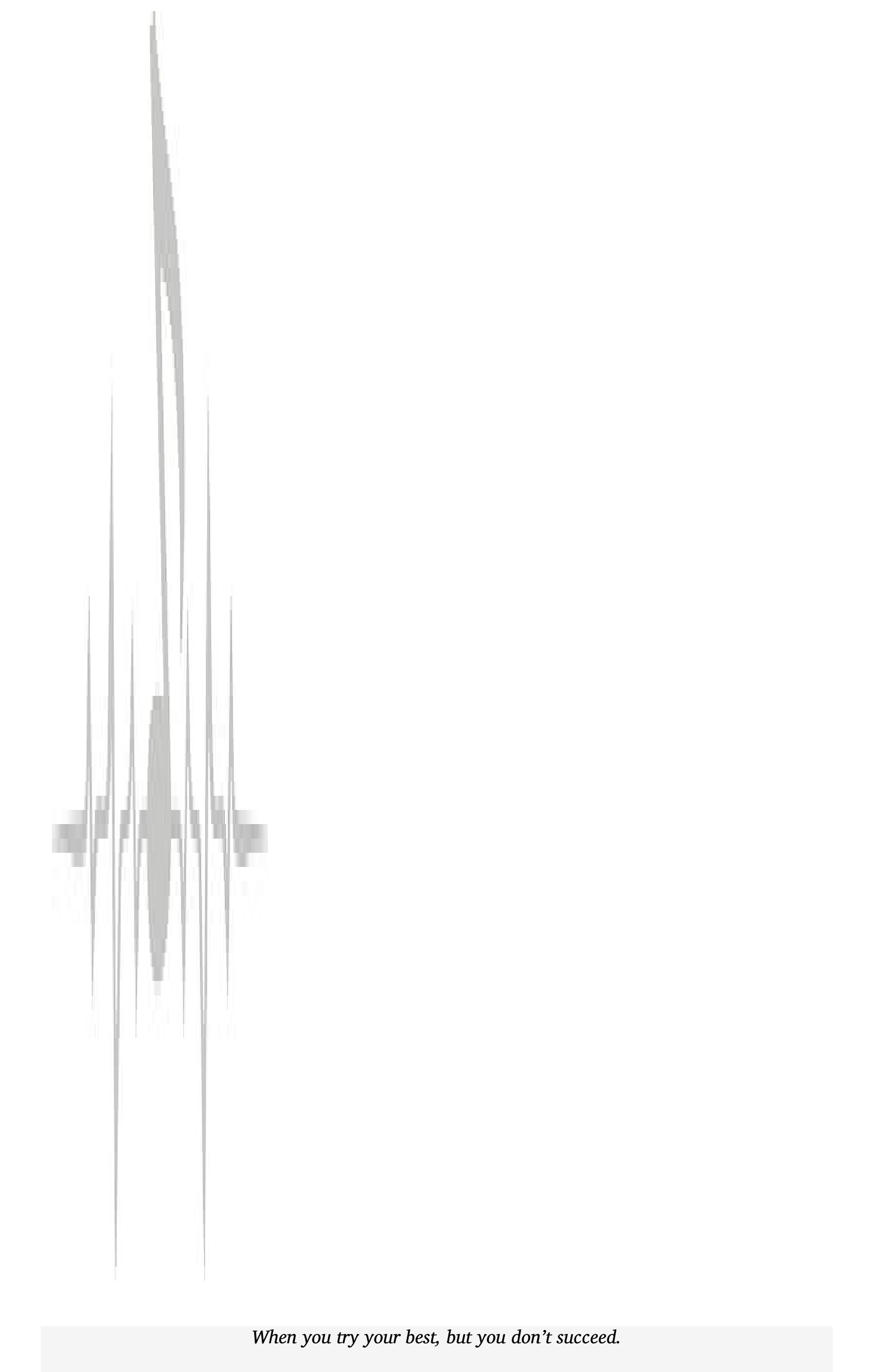
Nunca había ido de compras. Jamás había oído que mirar escaparates

podía ser una afición y nunca había entrado en tiendas tan grandes y con un catálogo tan amplio para escoger. Dejé que Mía me aconsejara y me dejé llevar por ella, aunque no demasiado. Aún no tenía definido cuál sería mi estilo, pero fuese cual fuese no sería tan extravagante como el suyo.

Me dolía la cabeza y creo que estaba a punto de explotarme. Tenía demasiadas cosas en la mente, demasiadas sensaciones nuevas, y mucho miedo para ponerme a lidiar con ellas.

Me preparé una infusión de té rojo, tan pronto llegué a casa, y me tomé un analgésico antes de tumbarme en la cama. Ni siquiera me molesté en guardar la cantidad de ropa nueva que me había comprado, ni la compra del supermercado. Me dolía horrores, y solía sufrir de migrañas, así que decidí tumbarme un rato en la oscuridad de mi cuarto o no sabía cómo iba a presentarme en el Skils Bar sin morir en el intento.

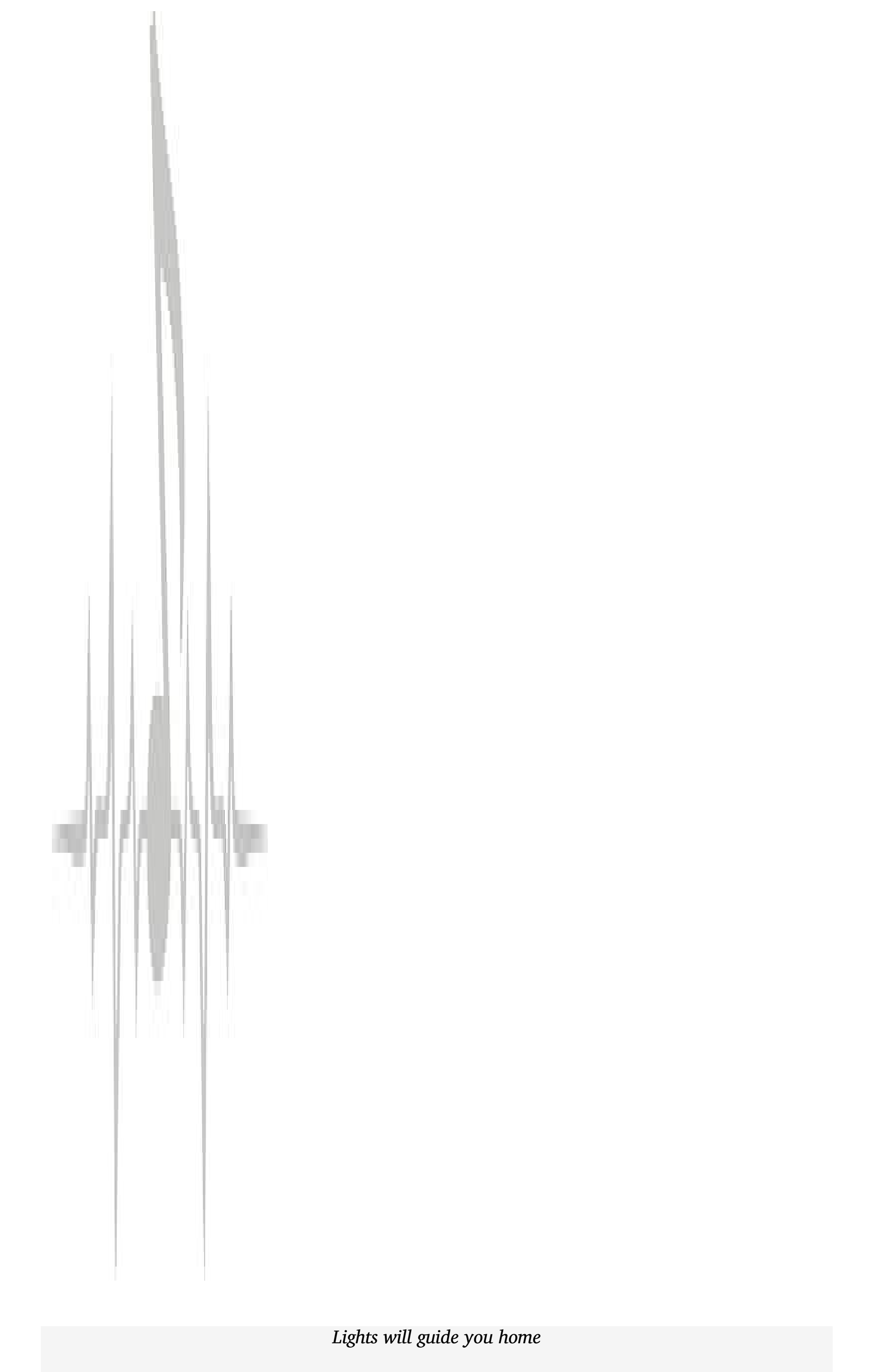
Apenas llevaba veinte minutos en la más absoluta paz, cuando oí una melodía, una voz tenue, pero cálida, suave y bonita. Ese tipo de voz que te atrapaba. De pronto se detuvo y comenzó a sonar con más fuerza, acompañada de las cuerdas de una guitarra. Conocía esa canción: *Fix You* de Coldplay.



When you try your best, but you don't succeed.

When you get what you want, but not what you need.
When you feel so tired, but you can't sleep.
Stuck in reverse
and the tears come streaming down your face.
When you lose something you can't replace.
When you love someone, but it goes to waste.
Could it be worse?

Quien estuviera cantando y tocando de aquella manera tenía talento. Había conseguido erizarme la piel solo con una melodía. Canté en bajito la siguiente estrofa hasta que terminó la canción, siguiendo el ritmo, dejando que mi voz se mezclara con la de aquel desconocido.


Lights will guide you home

and ignite your bones.
And I will try to fix you.

En alguna pausa entre una canción y otra me quedé dormida. Profundamente dormida, y para cuando volví a abrir los ojos ya había atardecido y llegaría un poco tarde a trabajar. Tocaba correr. Revisé mi teléfono, encontrándome con una llamada perdida de papá. Luego le llamaría. También repasé mis mensajes: algunos de Mía y unos cuantos de Emily.

En nuestra tarde de compras, Mía me habló de las redes sociales. Yo no tenía ninguna, pero sabía de qué iban. Mi antiguo teléfono no tenía internet ni aplicaciones. En cualquier caso, ¿qué fotos iba a subir yo? Como mucho un neumático de tractor en el taller de papá, mi cara llena de grasa después de pasarme horas engrasando las cadenas de las bicicletas viejas y oxidadas de los vecinos, o Jacob y yo hasta arriba de tierra después de pasarnos horas en la cosecha. Ni siquiera podría haber subido una foto con Sam, en una cita como la de cualquier otra pareja, porque sencillamente no teníamos tiempo para citas. Tampoco podría haber subido una foto con Emily el día de nuestra graduación, porque no teníamos un vestido bonito ni tampoco se celebraba nada en el instituto de Bearden. Eso de las togas, los discursos emotivos y las grandes fiestas no existía allí ni había nada que se le pareciese. Recordaba aquel día perfectamente. Arkansas atravesaba una de las olas de calor más fuertes de la historia. La sequía era tal que llovían, literalmente, pájaros. Caían al campo como gotas de lluvia por el calor sofocante. Emily y yo íbamos a ir juntas a nuestra graduación cuando ya habíamos recibido la carta de admisión. Habíamos soñado cientos de veces con ese momento, porque después de todo era nuestro gran día. El día que lo habíamos logrado, el día que supondría un antes y un después en nuestras vidas. O eso creíamos, pero las previsiones meteorológicas no nos lo permitieron. Recuerdo haberme puesto muy triste, porque yo quería ir a recoger el diploma, tocarlo con mis propias manos y mirarlo hasta que me sangrasen los ojos. Porque aquella cartulina hizo posible Seattle. Entonces papá y Jacob salieron a comprar los ingredientes para hornear algunas galletas de avena, gastándose los pocos ahorros que teníamos, y darme una sorpresa. Recuerdo cuando subieron a mi cuarto con las galletas y se tumbaron encima de mí en la cama, dándome lo que nosotros llamábamos «un abrazo de oso». Papá me confesó lo orgulloso que se sentía de mí y Jacob dijo que era la mejor hermana del mundo. Nos pasamos la mayor parte del día en casa, bromeando, jugando y hablando de las más absolutas trivialidades y recordando a mamá, algo impensable si no fuera porque era imposible permanecer fuera de casa. No había tiempo para demasiados momentos así. Y ahí, en mi cama de noventa, con un puñado de

galletas, papá, Jacob y yo no necesitábamos nada más para ser felices.

Los viernes solían ser días ajetreados en el Skils Bar. Se acababa la semana y todo el mundo quería despejar la mente con una cerveza acompañando una hamburguesa. Cuando entré por la puerta, me recibió el murmullo habitual del ajetreo.

CAPÍTULO 9

Aiden

Era sábado. Pero, aun así, el entrenador nos hizo hacer una sesión. El primer partido de la temporada estaba a la vuelta de la esquina y algunos chicos del equipo se habían tomado la semana de forma bastante relajada, algo que no sentó nada bien al entrenador Smith y su mal humor habitual. Tanto que amenazó con que haríamos sesiones dobles entre semana, yendo a entrenar con el equipo femenino. Estaba machacado.

Después del entreno fui al UW Medical Center, hasta la maldita habitación 302. Todo estaba igual, con la única diferencia de que había alguien dentro: mi hermano, Kaden.

—Hola —saludó con un ligero movimiento de cabeza. ¿Qué hacía él aquí?

Kaden era mi hermano mayor. Era alto, de ojos azules y vestía de traje, lo que le daba un aspecto duro e imponente.

—Mañana es el cumpleaños de papá. Vendrás, ¿verdad? —preguntó, sentándose en una de las sillas.

—No.

—Aiden… —masculló, apretando con fuerza la mandíbula—, se va a cabrear. Sé que tienes tus razones para estar enfadado, pero ya deberías tenerlo superado.

—Tú no lo entiendes. —Negué con la cabeza—. En cualquier caso, no voy a ir. No va a dirigir mi vida, Kaden. No lo hará como hace contigo o como hizo con ella.

—Yo estoy donde quiero estar, Aiden —aseguró. Estaba convencido de que mi hermano se autoconvencía de ello a menudo—. Y tú… No lo odias por eso. Es otra cosa. ¿Qué pasó entre vosotros para que lo rechaces de esa forma?

—Tu sueño era ir a Yale y terminaste en Columbia. Querías licenciarte en Derecho y, en cambio, cursaste Arquitectura. Pero terminaste siendo el director de Gravity S. L., con papá en la sombra haciendo y deshaciendo a su antojo. Y tienes una novia, Sophie, que es la hija del mayor accionista de papá, porque él te empujó hacia ella —recité cansado, pasándome una mano con frustración por la nuca—. Joder, Kaden… Ni siquiera te gustan las mujeres y piensas prometerte

con Sophie. Eso no es estar donde quieres estar, en absoluto —dije evitando responder a su pregunta.

—Soy el director de la empresa familiar y no me arrepiento de esa decisión. Y voy a prometerme con Sophie porque nos conviene a los dos. Eso no quiere decir que vaya a dejar de follarme a quien me dé la gana.

—Eres un cobarde.

—¿Y cuál es tu plan, Aiden? Por ahora imagino que desafiarle. ¿Y después? Cuando descubras que las cosas siempre van a ser como él quiere, ¿qué vas a hacer? O lo que es peor… ¿Vas a arruinarte la vida por el simple hecho de joder a papá? —Estaba cabreado, podía notárselo—. Y en cuanto a ella… Está muerta, Aiden. Jodidamente muerta, y es hora de desconectarla. Tienes que tomar la decisión de hacerlo.

El silencio que se instaló en la habitación después de aquellas palabras era ensordecedor. Era tan estridente que me removió por dentro, así que me di la vuelta y salí precipitadamente por la puerta. Necesitaba huir.

Sabía que era imposible ganarle a mi padre sin que mi carrera ni mi vida se vieran afectadas. Pero me importaban una mierda las consecuencias. Hacía tiempo que todo lo hacía. Estaba cansado de los excesos, de las noches sin fin con alguna chica, de los secretos, de la hipocresía de mis padres, de la doble cara de Kaden, y necesitaba huir de todo eso. Incluso de mí mismo.

Llegué a casa en un mar de sudor y subí directamente a la azotea, me tumbé en el suelo sin importarme la lluvia y dejé que me calara hasta el alma.

—¿Un mal día, chico de la guitarra?

—¿Qué coño? —farfullé sobresaltándome. Me di la vuelta hasta encontrarme con la culpable, que casi me provoca un infarto—. ¿Qué demonios haces? Te vas a helar —dije sin dejar de mirarla, creo que ni siquiera pestañeé. Estaba en el otro extremo de la azotea, hecha un ovillo en una esquina y literalmente empapada.

—Tú también y parece que no te importa —apuntó caminando hacia mí—. No has respondido a mi pregunta. —Hailey se tumbó a mi lado, sin importarle la lluvia.

—A veces desearía ser un pájaro. Volar tan alto, atravesar ciudades que para ellos solo son un trozo de tierra más, hasta llegar a su próximo destino. Sin nada más, sin hilos invisibles que te aten a algo, sin mochilas rebosantes de piedras. Me siento encerrado en una jaula, preso de mis propios sueños —admití con frustración y rabia. Llevaba tanto tiempo encerrado que sentía la jaula cada vez más pequeña—. ¿Responde eso a tu pregunta?

—Es curioso que yo siempre me haya sentido diminuta e

invisible en un mundo que no para de girar. Y, en cambio, en este instante, ser invisible es justo lo que tú deseas —sopesó—. A mí también me gustaría ser un pájaro para poder volar libre, moverme por el mundo, ligero, y llegar a todas partes. Los patines siempre me hacían sentir así; imparable y libre. Supongo que como a ti la guitarra. Eran mis alas, porque subida en ellos llegaba a cualquier lugar. No había hambre, ni frío, ni preocupaciones. Solo yo… —Esbozó una sonrisa, cauta, con cierto aire de tristeza—. No he vivido grandes cosas, Aiden. Al menos no las típicas cosas que se deberían vivir a mi edad. He vivido otras… Casi siempre crueles. Pero te entiendo. A veces yo también me siento encerrada.

—Bueno… Ahora puedes vivirlas —dije, tragando con dificultad—. Estás en Seattle. No hay nada que no puedas hacer.

—No puedo patinar —aseguró.

—¿Por qué no?

—Porque me duele —respondió acariciándose la rodilla. Tuve la sensación de que esas palabras escondían mucho más que un simple dolor físico y tuve que hacer grandes esfuerzos para no ahondar en ello. No sabía nada de Hailey, pero tenía la certeza de que ese era un tema prohibido. Y no iba a indagar, porque si lo hacía corría el riesgo de que ella quisiera saber por qué tocaba la guitarra o por qué odiaba que la gente lo supiera. O peor aún… Conocer todas mis sombras.

—Entonces deberías ponerle una tirita —susurré.

—No es tan sencillo, porque si lo fuera no me sentiría en una jaula y tú tampoco. —No estábamos hablando de heridas físicas, por mucho que no lo dijéramos en voz alta—. Las heridas a veces duelen tanto que la única forma de salvarte es tratar de olvidarlas. Una tirita, si la mojas se cae, si sudas se cae, si la llevas durante mucho tiempo… Se cae. Y, cuando se cae, vuelve a sangrar.

—Siempre podemos poner un montón de tiritas. Una encima de otra.

—A veces no nos queda ni un resquicio de piel —susurró paralizándome. Era cierto. A veces no teníamos ni un centímetro de piel sin algún rasguño. Y, cuando la miré, supe que ella ya lo sabía. Que había entrado sin permiso al pozo de mi alma. Lo que no sabía era cómo—. Te vi la espalda en uno de los entrenamientos. Pasaba por allí y me quedé un rato viéndoos; estabas sin camiseta. ¿Cómo te las has hecho?

—No te metas, Arkansas —gruñí furioso. Me levanté con ímpetu y me fui. No iba a permitir que nadie hurgara en mi vida de aquella forma.

Hailey había logrado que dolieran todas las heridas profundas que había sufrido, y no tenía ninguna armadura para protegerme de los recuerdos. Me había quedado totalmente expuesto. Y eso me

llevaba también a lugares profundos de mi mente en los que llevaba años sin entrar, vivencias dolorosas y oscuras que no quería revivir de nuevo. La odiaba. Odiaba que tuviera este poder, que fuera capaz de desnudarme el alma y verme por dentro. Y odiaba el irremediable hecho de que el tiempo no curase las heridas, eso solo eran mentiras, el tiempo con suerte lo único que hacía era hacerlas soportables.

CAPÍTULO 10

Hailey

Cada semana estaba más adaptada que la anterior a mi nueva vida. Mi día se resumía en levantarme temprano, desayunar, darme una ducha de agua caliente y vestir algo que no estuviera sucio, viejo o roído. Después asistía a todas mis clases, regresaba a casa y repasaba los nuevos apuntes del día hasta que comenzara mi turno en el Skils Bar.

Había conocido a Liam en clase de Fundamentos de Crítica Literaria. Compartíamos otras asignaturas, pero en la de la profesora Wilson compartíamos asiento. Al principio no manteníamos ninguna conversación. Llegábamos, nos sentábamos uno al lado del otro y cuando finalizaba la clase nos despedíamos. En aquel momento ya me parecía un chico agradable, al menos no me miraba por encima del hombro ni me lanzaba algún comentario mordaz. Hubo un día en que la profesora Wilson no pudo asistir y Liam me invitó a un café en la cafetería del campus: «Eh, Hailey, nos vamos a tomar un café». Me agarró del brazo y tiró de mí, casi arrastrándome. Y, a partir de ahí, nos convertimos en amigos. Por lo visto, los estudiantes de la UW, para haber nacido en el primer mundo, tenían demasiados prejuicios. También se habían burlado de Liam en su primer año de universidad por ser de descendencia asiática y africana, pues al parecer sus rasgos llamaban demasiado la atención.

—Esta noche dan una fiesta los Tri Delta —cuchicheó, casi rozando mi oído para que no pudiera oírlo nadie más. Le miré con un signo de interrogación—. ¿Qué? —añadió cuando reparó en mi expresión.

—¿Qué demonios son los Tri Delta? —bisbiseé inclinándome hacia él un poco más.

—La hostia, Hailey —rebuznó—. Necesitas urgentemente una clase de primeros auxilios universitarios en el campus de la UW —se burló—. Los Tri Delta son la fraternidad mixta que solo cogen a aquellos que tengan la cualidad de deportistas y estén dentro de algún equipo. También están los chicos más sexis de todo el campus. —Sonrió, moviendo las cejas con agilidad de arriba abajo. Volví la vista al frente y la profesora Wilson nos fulminaba con la mirada, por lo que ahí terminó nuestra conversación dándonos por aludidos. Era la

última clase del viernes, y cuando sonó el timbre indicando el final salimos disparados del aula.

Llamé a papá y Jacob, y parecían contentos. Sabía que mi marcha de casa supondría un respiro para ellos. Al fin y al cabo, era una boca menos que alimentar. Podrían invertir ese dinero que me correspondía en más alimentos para ellos, quizá en algún capricho, o simplemente ahorrarlo. Y conociendo a papá seguramente haya optado por la última opción. El taller cada vez demandaba más trabajo. Pronto comenzaría la temporada de cosecha, y todo el mundo tendría algo que reparar. Pero podrían arreglárselas sin mí. Hablamos durante un buen rato acerca de las clases, Seattle y el apartamento. Podía sentir el orgullo de papá reflejado en el tono de su voz y también la ilusión y las ganas de Jacob, que siempre fue tan soñador como yo. También me preguntaron por Emily, y lo cierto era que no habíamos encontrado un hueco para llamarnos. Nos habíamos conformado con una buena cantidad de mensajes al día, pero nada podía compararse con escuchar su voz. La echaba de menos y si pensaba demasiado en ello me entraban unas ganas terribles de llorar, porque no tenía ni la menor idea de cuándo volveríamos a vernos.

Había pasado un mes, pero sentía como si hubiesen transcurrido años, porque por mucho que cerrase los ojos todo había cambiado. Mi vida había dado un giro de ciento ochenta grados y no fui tan consciente de ello hasta que escuché a papá y a Jacob hablando de comprar nuevas semillas, de reparar las ventanas de casa con el dinero que se podrían ahorrar con mi ausencia o la necesidad de cambiar las ruedas de la bici de Jacob, que ya estaban llenas de remiendos y parches, con la esperanza de que no se desinflaran con el primer bache del asfalto. Sentía todo eso demasiado lejano, como si unos meses atrás yo no estuviera en mitad de la nada, con las dos ruedas de mi bicicleta pinchadas y una bolsa de cosas que había encontrado rebuscando en la basura a cuestas. Como si no hubiera tenido que hacer el camino de vuelta a pie, arrastrando la bici bajo la tormenta y empapándome hasta los huesos con la certeza de que cuando llegase a casa la temperatura no sería muy diferente a la de fuera. Todo había cambiado y no podía evitar sentir una punzada de dolor en el pecho al descubrir que para ellos todo seguía igual mientras que yo dormía en una cama cómoda y caliente, gozaba de calefacción y agua caliente ilimitada, y podía permitirme tener un frigorífico lleno de comida. Y saber que probablemente esa noche, mientras yo me comería un plato caliente de pasta con carne, ellos quizá tuvieran que irse a la cama con el estómago medio lleno… me partía el alma. Así que se me ocurrió una idea mientras charlábamos por teléfono, y era que cuando cobrase mi primer sueldo les enviaría una cesta de comida con pasta, legumbres, conservas y una caja de

Lucky Charms para que probasen ese manjar. Porque nadie podía morirse sin probar esa delicia. Probablemente tendría que pedirle ayuda a Liam o Mía para enviar toda esa comida, porque yo no tenía ni la menor idea de cómo hacerlo. Ni siquiera sabía que se podía enviar cualquier cosa a cualquier lugar, lo descubrí cuando Mía le envío una caja con un regalo dentro a su hermano por su cumpleaños, nada más y nada menos que a Australia. Si podías enviar algo hasta Oceanía, imaginé que dentro del mismo país sería más sencillo.

Una vez que colgué la llamada estuve tentada de subir a la azotea y mentiría si dijera que no lo hice por temor a encontrarme con Aiden. Había metido la pata mencionando que había visto su espalda desnuda y había reparado en sus cicatrices. Aquel día paseando por el campo de entrenamiento de los Washington Tigers, me quedé mirando aquella espalda con congoja, como un sollozo que no podía salir, atrapado en el fondo de mi pecho, y cuando se giró mostrándome el rostro ese sentimiento fue más palpable. ¿Por qué Aiden tendría la espalda llena de cientos de cicatrices diminutas? Las mostraba al mundo sin vergüenza y, en cambio, había notado que era un tema prohibido. Me pregunté qué explicación tendría para ellas, porque desde luego la gran mayoría del campus tuvo que reparar alguna vez en aquellas diminutas marcas, por mucha tinta que tuviera tapándolas.

CAPÍTULO 11

Aiden

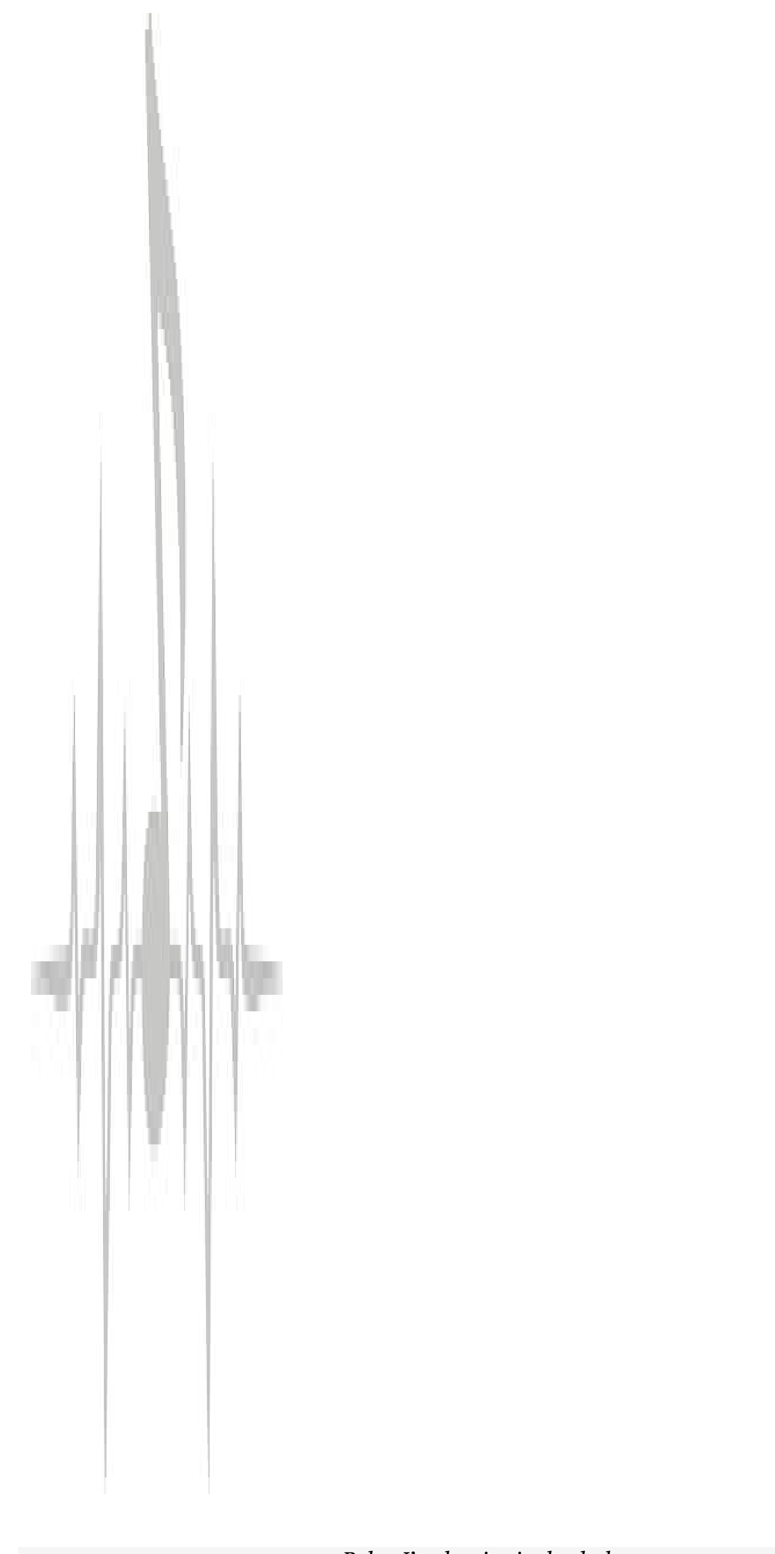
Tenía muchas cosas malas ser el *quarterback* del equipo; ser probablemente el chico más popular dentro del campus y fuera de él por mi apellido, pero la peor de todas era las malditas invitaciones a las fiestas de fraternidad y sentir que no puedes negarte a ir. Odiaba las fraternidades. Eran una jodida secta. Esta noche sería la primera fiesta que celebraban los Tri Delta.

En Washington University había tres fraternidades más, con casas que bien podrían pasar por mansiones: Koppa Alpha Theta era la de las animadoras de fútbol americano, baloncesto, *rugby*, *hockey*… Era sin duda la más tóxica de todas. Todas las chicas competían por ver quién triunfaba más. Pi Kappo Alpha era la de los artistas, músicos, pintores, escritores… Cada año diseñaban, cambiaban y decoraban de forma diferente la casa. Leta Pse, aquí entraban en juego los más gilipollas de la UW. Siempre buscaban pelea con otras fraternidades, pero algo bueno debían tener sus fiestas porque todo el mundo continuaba hablando de ellas semanas después. Y lo eran, por experiencia propia sabía que lo eran.

Lo último que quería era asistir, pero, si no lo hacía, mañana todo el mundo especularía. Así que iría, me tomaría unas cuantas copas, las suficientes como para no recordar dónde me encontraba, y me llevaría a alguna chica a una de las habitaciones de la casa. Después me iría de la fiesta y habría cumplido con las expectativas de lo que se esperaba de mí.

Mientras esperaba a que la fiesta comenzara, me planteaba subir a la azotea. Aquel sitio que siempre había considerado mi refugio, el fuerte del jardín de un niño, y del que Hailey había dinamitado todos los cimientos por el aire, desprotegiéndolo tanto que ya no lo sentía como un lugar al que huir, sino como el epicentro de todo. No eran un secreto mis cicatrices, pero, sin embargo, nadie jamás las había mirado así. El resto del mundo iba a creer lo que yo quisiera, pero Hailey no lo haría, porque ella miraba el mundo con ojos de dolor, crueldad y sufrimiento. Llevaba la tristeza anclada a sus iris verdes y no iba a tragarse la misma historia que el resto. Así que decidí sacar la guitarra, que era mi otro refugio, y solo bastó con

rasgar un par de veces las cuerdas para sentirme en paz. Esta vez toqué Perfect de Ed Sheeran y canté el estribillo.



Baby, I'm dancing in the dark

with you between my arms.
Barefoot on the grass,
listening to our favorite song.
When you said you looked a mess,
I whispered underneath my breath,
but you heard it.
Darling, you look perfect tonight.
I found a woman, stronger than anyone I know.

Tuve que detenerme a mitad de la canción debido a la insistencia de una llamada. Mi padre. No iba a cogérselo. Seguramente estaba furioso por no haber asistido a su fiesta de cumpleaños y simplemente querría echar toda su bilis contra mí por haber dejado al descubierto nuestra desestructurada familia, o me habría echado en cara que no fuese como Kaden. Después obligaría a mi madre a llamarme para amainar la tormenta que él mismo había provocado, convirtiendo todas nuestras grietas en abismos de vacío. Y quizá más tarde vendría a verme Kaden para decirme lo idiota que era o lo equivocado que estaba, y yo simplemente dejaría que dijera lo que quisiera o tal vez le soltaría todas las tristes verdades de cómo se estaba jodiendo su vida por seguir las directrices de nuestro padre.

Siempre había tenido buena relación con Kaden, hasta que yo me alejé por completo del camino que mi padre quería para mí y él continuó con sus pautas. Ahora ya no hablábamos de fútbol, ni quedábamos para ver alguna película con una pizza, ni tampoco nos contábamos a quién nos habíamos follado cuando solo éramos dos adolescentes adentrándonos en el mundo del sexo. Últimamente, casi siempre manteníamos conversaciones que yo no quería tener y que él solo creía que las deseaba tener. Una vez más, por orden de Adam Carter. Así que tampoco solía responder a sus llamadas ni mensajes, básicamente porque no tenía ningún interés en joder más nuestra relación ya irreparable, ni dar pie a brechas de mayor calibre entre ambos. Sencillamente porque nada podría mejorar y lo último que quería era declararle la guerra a Kaden también.

CAPÍTULO 12

Hailey

Cuando llegó el amanecer examiné mi cara en el espejo, y fui consciente de que había vuelto a llorar por heridas que creía perdidas en el fondo de algún cajón. Heridas que pensaba que lo único que quedaban de ellas eran diminutas astillas, piezas que terminarían convirtiéndose en polvo a la larga. En cambio, había descubierto que seguían ahí, intactas, aunque cicatrizadas. Me hablaban del dolor al que me había aferrado durante tanto tiempo, la ira, el sufrimiento, la culpa. Con el tiempo había aprendido que esos espacios vacíos eran tan importantes como el resto. Me había aferrado a la esperanza de que nunca más volvieran a sangrar y comencé a preguntarme si alguna vez dejaron de hacerlo. Probablemente no, pero era más sencillo autoconvencerse de lo contrario.

Me levanté de la cama y caminé, quitándome la camiseta frente al espejo. Me di la vuelta y acaricié la enorme cicatriz, roja y gruesa, que me atravesaba la espalda de lado a lado. Y después me giré, mirando la que tenía en la barriga, mucho más pequeña, pero más profunda. Me quedé un buen rato ahí plantada, mirándolas en el reflejo, hasta que un rayo de luz entró por la ventana atravesando el cuarto y me aferré a esa delgada franja de luz distante, como si fuera la única esperanza que habría para mí. Y tal vez lo era.

Durante años mi vida había sido un constante ciclo de trabajar en el taller con papá por las mañanas y en el campo por las tardes. Luego me pasaba las noches concentrada hasta casi el amanecer, estudiando y revisando mi vida, mis heridas, mis sueños y los lugares de mi propio corazón que habían salido volando alto como una hoja en otoño. Y ahora, si lo miraba en perspectiva, aquellos tiempos me resultaban agotadores frente a los que estaba viviendo en esa nueva etapa. Pero, a pesar de lo mucho que sufría, las noches que pasaba inclinada sobre el escritorio siempre resultaron satisfactorias. Porque algo en el fondo de mí sabía que todo aquel esfuerzo sería mi salida de Arkansas.

Me preparé una infusión, cogí un abrigo que había comprado con Mía y subí a la azotea. Por algún motivo sentía que aquel cuadrado servía como refugio. Tal vez por su altura. Desde allí arriba

todo parecía pequeño, incluso los problemas.

Me tumbé en el suelo con la vista clavada en el cielo, mayormente nublado, disfrutando de los pequeñísimos rayos de sol que se colaban a través de este.

—Este es mi sitio, Arkansas. —No hacía falta levantar la vista para saber de quién se trataba. Noté cómo se tumbaba a mi lado—. Has estado llorando —dijo reparando en mí. No habíamos vuelto a hablar desde que en esta misma azotea metí mis narices donde no debía. Desde entonces nos habíamos cruzado o coincidido en el Skils Bar y nos habíamos evitado.

—No. Es la alergia —bromeé, sorbiéndome la nariz—. ¿Qué significa tu nombre? —pregunté. Llevaba un buen rato pensando si nuestra existencia en el mundo venía con una etiqueta.

—Fuego —murmuró con el ceño fruncido. Temblé—. ¿El tuyo?

—Te vas a reír —aseguré—. Hailey significa «campo de heno». Sí, he de reconocer que mis padres fueron ingeniosos, teniendo en cuenta dónde nací. A mi madre le encantaba el campo. —Sonreí tímidamente. A menudo, y más frecuentemente desde mi llegada a Seattle, pensaba en si el hecho de que me llamara «campo de heno» era un aviso de que no podía cambiar el destino. Como si estuviera encadenada a los campos, como si todo lo que me había esforzado fuese en vano porque aquello ya estaba allí escrito, y nada más y nada menos que en mi nombre.

—¿Está…? ¿Muerta?

—Murió hace seis años dando a luz. Jacob y yo íbamos a tener un hermanito, pero no fue bien. Ni mamá ni el que iba a ser nuestro hermano lograron sobrevivir. Todo se complicó y no pudimos hacer nada. Murió delante de nosotros. En Bearden no tenemos hospital. Mamá dio a luz en casa con papá y rodeada de las vecinas, que habían asistido a otros partos. Todo iba bien hasta que se dieron cuenta de que el bebé no estaba colocado como debía y además tenía el cordón umbilical enredado en su cuello. Recuerdo que mamá empujaba como si se le fuese la vida en ello, y papá y las vecinas lo intentaron hasta el final. Pero mamá siempre fue más inteligente que el resto del mundo y ella… lo sabía. No sé cómo, pero ella sabía que ninguno de los dos iba a salir de esa, porque de pronto dejó de empujar y se despidió de mí, de Jacob y de papá.

—¿Cómo lo aceptaste? —murmuró. Noté un atisbo de dolor en su voz.

—Poniéndole una tirita —me atreví a bromear—. No lo sé, supongo que porque sencillamente ella me lo dijo mirándome a los ojos. Fue lo primero que dijo después de parar de empujar: «Me voy a morir». Fue tan rotundo, tan claro que no había duda de que era un

hecho. Solo lo estaba confirmando con la absoluta certeza. Y después vi cómo cerraba los ojos. Ahí ya lo había aceptado. —Suspiré—. A menudo confundimos la aceptación con la ausencia de dolor, pero son cosas totalmente diferentes. Yo había aceptado que jamás iba a volver a ver a mamá, pero eso no quiere decir que me doliese menos, porque se me había roto el alma del mismo modo.

—A mí me aterra pensar en la muerte.

—A todo el mundo le asusta, Aiden. Nadie quiere morirse, pero por muy veloz que corras terminará atrapándote —afirmé.

—¿Qué planes tienes para hoy? Hay una feria al otro lado de Seattle —preguntó cambiando de tema.

—¿Me estás proponiendo una cita? —Me reí sorprendida.

—Por supuesto que no, Peterson. Pero empiezas a darme pena. Cuando no estás en clase, estás en la azotea o trabajando. ¿Cuándo vas a empezar a vivir? —Me miró de una forma que me heló por dentro—. Te espero en media hora al otro lado de la calle.

Vi cómo se deslizaba por las escaleras de emergencia con agilidad. Me quedé cinco minutos más allí tumbada, hasta que fui consciente de que Aiden tenía razón. Tenía que vivir, tenía la oportunidad de hacerlo y la estaba desaprovechando. Tenía que hacer algo para remediarlo.

Había comprado tanta ropa con Mía que tenía demasiada para elegir. Terminé decidiéndome por un pantalón vaquero negro ceñido y un jersey de punto negro, con unas botas militares. Cogí un bolso amarillo con pequeñas florecillas rojas y verdes y dejé mi pelo suelto, cayendo en cascada. Me animé a aplicarme máscara de pestañas como me había enseñado Mía; me daba un aspecto salvaje.

Caminé hasta la calle de enfrente, y aún no había llegado cuando reconocí el coche de Aiden. Era imposible no hacerlo.

—No podías haberte comprado un coche menos llamativo… —gruñí, una vez que me había peleado con el cinturón de seguridad.

—Yo creía que habías visto muchos coches así en Arkansas —se burló.

—¿Qué? —dije cuando me di cuenta de que se había quedado mirándome de una forma extraña. Como si me estuviera viendo por primera vez.

—Nada. —Negó con la cabeza y se aclaró la garganta—. Te ves bien con esa ropa —reconoció, esbozando una media sonrisa. Esas simples palabras hicieron que me hirviese la sangre en mis mejillas. Volvió la vista al frente y arrancó el coche, haciendo rugir el motor. La primera vez que me subí en ese coche recuerdo haber mirado todo con ojos de halcón, porque era alucinante. El único vehículo del que disponíamos en Bearden eran las bicicletas, y si necesitabas moverte muy lejos utilizábamos el autobús.

Reparé en la música que parecía reproducirse en la pantalla y cómo Aiden repiqueteaba con sus dedos en el volante siguiendo el ritmo. Me pasé medio trayecto debatiéndome entre hacer alguna pregunta o seguir callada e inmóvil. Por más que lo observaba, no conseguía encontrar ninguna emoción clara en su rostro. No sé si le agradaba el silencio o si esperaba entablar una conversación; me recordaba a una charca después de una tormenta, cuando el agua se quedaba en calma y nadie diría que minutos atrás la superficie estaba siendo golpeada con furia por la insistente lluvia. Así que opté por recostarme y seguir mirando por la ventana, emocionada, el corazón de Seattle. Aquella ciudad estaba llena de vida. Había edificios enormes, parques con frondosa vegetación que te incitaban a querer perderte por ellos, calles repletas de tiendas, cafeterías, bares… En casi todas había algún rincón con encanto por descubrir. Llevaba un mes en esta ciudad y nunca me había acercado al centro, me sentía idiota.

—¿Has visto eso? —grité señalando a una pareja que hacía acrobacias con fuego en la calle. Miré a Aiden, que me observaba con una sonrisa en la cara.

—He nacido en Seattle, Hailey. Lo he visto muchas veces. —Se rio. Fue una risa suave y tímida. Aiden no parecía alguien que se riese con frecuencia, pero aquel sonido me provocó un revoltijo de algo desconocido en el estómago—. ¿Cómo es posible que aún no hubieras visto la ciudad? —murmuró. Creo que era una pregunta para sí mismo más que para mí—. ¿Alguna vez has ido a una feria? —añadió.

—Una vez. Jacob y yo habíamos oído que había una feria a las afueras de Bearden y nuestros padres nos prometieron que nos llevarían. Durante semanas trabajábamos en el taller alguna hora de más, y cada centavo mis padres lo guardaban en un bote. Ni Jacob ni yo entendíamos para qué trabajábamos más o por qué se guardaba tanto dinero en vez de gastarlo en comida. Nosotros solo queríamos ir a la feria. Cuando llegó el día, estábamos muy emocionados. Cogimos el autobús por la mañana temprano y pasaríamos el día allí. Fue uno de los mejores días de nuestras vidas. Jugué con otros niños, aunque tuviese que pagar para disfrutar de las atracciones, pero aquel día casi pude sentir que no existían las clases sociales, que era una niña normal con una familia que no tenía que hacer malabares ni pasar hambre para sobrevivir. Jacob y yo regresamos a casa con algún juguete, y comimos un bocadillo de lechuga con una carne y un refresco. De postre pedimos un helado de chocolate y ahí descubrí que era mi favorito. —Sonreí recordándolo—. Papá enfermó a los pocos días. Descubrí que mis padres apenas habían comido en semanas para que pudiésemos disfrutar de un día de feria como una familia normal.

Ahí entendí por qué existía aquel bote lleno de dinero, y la vida acababa de darme una lección. La felicidad no podía medirse en la fortuna. Tenía doce años e iba a conseguir el dinero necesario para que lo viese un médico. —Me aclaré la garganta y dejé de mirarle para centrar la vista de nuevo en la ciudad.

—¿Y qué hiciste? —preguntó. Tragué saliva con dificultad.

—En la zona alta había un burdel… —Apreté mis ojos con fuerza—. Me ofrecí. Solo podrían mirarme y tocarme. No habría sexo ni tampoco podrían exigirme nada.

—Hailey… —susurró, mirándome con una mezcla de pena y dolor.

—No pasa nada, Aiden. Aquello hizo que pudiese salvarle la vida a mi padre. Cuando llegamos al hospital, tenía una anemia enorme… Necesitaba transfusiones, y por suerte yo tenía su mismo grupo sanguíneo —bisbiseé con una sonrisa—. Mereció la pena. —Me encogí de hombros.

Aiden redujo la velocidad cuando enfrente de nosotros había un descampado que nos recibió con una pancarta en la que se podía leer: «Bienvenidos a la feria invernal». Al parecer se hacía una en cada estación del año. Aparcamos un poco más allá. Caminamos unos cuantos metros hasta la entrada de la feria y pagamos el *ticket* antes de pasar. Dentro, todo estaba lleno de enormes casetas de madera con techos de teja en las que vendían productos de todo tipo: artesanales como mermeladas y mieles, joyas, comida y bebida, ropa, libros… Cualquier cosa que quisieras podrías encontrarla allí. Y más allá, a lo lejos, las luces de las atracciones y de una noria parpadeaban con el atardecer, que ya empezaba a devorarlo todo a su paso. Había muchísima gente dentro del recinto. Era mucho más espectacular e imponente que a la que había ido yo. El ambiente era precioso, con la colorida noria girando con las montañas de fondo y la gente divirtiéndose y disfrutando de la tregua que nos daba la lluvia.

Aiden propuso dar primero una vuelta por todos los puestos. Se detuvo en uno que vendían instrumentos, tenían guitarras de todos los estilos. Luego nos paramos en un puesto de libros y, mientras Aiden agarró una novela policiaca, yo abrí *Orgullo y prejuicio* de Jane Austen, la cual era una edición única. Continuamos con los puestos de comida, se me hacía la boca agua con todos aquellos olores inundándome las fosas nasales.

—Las ferias están muy infravaloradas. La mayoría de la gente solo viene a divertirse, comer y beber, pero nadie repara en la cantidad de cosas curiosas y únicas que venden en los puestos. Como aquella guitarra azul que había en el puesto de instrumentos; era una edición limitada de los setenta y ha sido tocada por grandes guitarristas del *rock* como Ritchie Blackmore —aseguró, llevándose el

último trozo de las patatas que habíamos comprado para compartir.

—¡¿En serio?! Ritchie Blackmore fue un hito, hacía magia con sus dedos.

—Un momento… —Se detuvo de golpe—. ¿Por qué conoces a Blackmore? —preguntó entornando los ojos, mirándome con una mezcla de desconfianza y sorpresa. Me reí.

—Mi padre era un fanático del *rock* y en casa teníamos un pequeño tocadiscos destartalado que se negaba a dejar de funcionar y un único vinilo que reproducía varios temas de Ritchie —expliqué. Aquel tocadiscos estaba lleno de historia. Mi padre lo encontró abandonado en la calle en uno de sus viajes a Little Rock a por semillas y vino desde la capital cargando con aquel aparato, que ni siquiera sabía si funcionaría.

—Mierda —murmuró mirando a lo lejos. Iba a girarme justo cuando tiró de mí de forma violenta, haciéndome trastabillar. Impactando contra su pecho con furia—. Hay un grupo de los jugadores del equipo con las animadoras aquí; he visto a Spencer y a Cameron.

—¿Y? —pregunté enarcando una ceja. En ese momento, separándome un poco de él, fui consciente de lo cerca que estábamos. Nos quedamos un rato en silencio, sin decir nada, solo mirándonos. Aspiré su aroma, a limón y menta.

—No… pueden… verme contigo, Arkansas —dijo separándose. Ya veía.

—Si no quieres que la gente te vea conmigo es tan sencillo como no acercarte a mí, Carter. —Le empujé con fuerza, haciendo que chocara con la pared de madera de una de las casetas.

—No es eso, Hailey —susurró intentando detenerme, pero ya era demasiado tarde. Porque yo ya caminaba en dirección a la salida y buscaba el contacto de Mía para rogarle, sin muchas explicaciones, que viniera a buscarme.

Mía y Scott pasaron a recogerme, y no mencioné que había llegado hasta aquí con Aiden. Y, cuando me dejaron en casa, corrí hasta el cuarto de baño, abrí el agua caliente y llené la bañera tragando el nudo de mi garganta. Estaba enfadada y dolida. ¿Qué demonios le pasaba a ese imbécil? No me importaba que se avergonzase de que le viesen conmigo, pero no hacía falta que me tratase como si fuera una rata de alcantarilla.

CAPÍTULO 13

Aiden

Inspiré hondo.

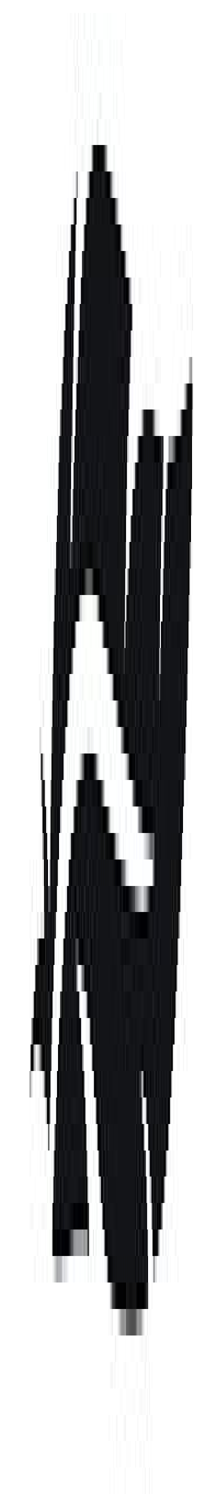
El ambiente olía a lluvia, mi olor favorito, y también a electricidad. El ambiente estaba cargado de ella y una oscuridad había cubierto el cielo por completo. El viento aullaba y diminutas piedras me azotaban todo el cuerpo. El abismo llegaba hasta mí en todas direcciones, negro y profundo. La cascada de agua que solía verse desde allí arriba casi había desaparecido, engullida por la lluvia. La piedra que formaba la abrupta pared del precipicio funcionaba como desagüe por donde se deslizaba el agua.

Durante unos segundos tuve la sensación de haberme perdido. No reconocía el paisaje de frondosa vegetación que se extendía ante mí. Una ráfaga de viento mezclado con gotas me golpeó el rostro. Miré al cielo, cargado de nubes negras, y vi el destello de un relámpago. Le siguió otro y, segundos después, el eco de los truenos resonó sobre mi cabeza. Segundos más tarde comenzó el aguacero. Llovía tanto que las formas parecían desdibujarse un poco, como si empezaran a desvanecerse y solo fuera un paisaje de acuarela. Y, aun así, aquel sitio seguía pareciéndome espectacular. Ahí, sentado al borde del abismo y lejos de la ciudad, con mi guitarra y una cajetilla de cigarros a mano, no necesitaba nada más.

Descubrí Rattlesnake Ridge un día cualquiera, un día que aparentemente iba a ser normal. Me senté en el borde de la roca, en la cima, con las piernas colgando, y me quedé mirando fijamente la superficie del enorme lago que había enfrente. Entonces recibí una llamada que iba a cambiarlo todo aún más. Iba a tener que enfrentarme a dejar ir a quien más quería, y algo para lo que nunca estamos preparados son las despedidas. Sobre todo cuando sabemos que será la última, que jamás vas a volver a sentir a esa persona y que por más que sea una despedida no puedes decir adiós mirándola a los ojos. Y duele. Pero primero el dolor te paraliza. Aquel día sentí como si se hubieran detenido las manecillas del reloj, porque después de colgar mi teléfono lo lancé con fuerza al precipicio y me quedé allí, inmóvil, con la vista clavada en algún punto. Y no me moví hasta que Tyler vino a buscarme y me encontró horas después para llevarme al

UW Medical Center. Lo que no sabía cuando atravesé aquellas puertas de cristal que se abrían con lentitud era que iba a atravesarlas cientos de veces más y que ese día solo había sido el principio y no el fin.

Regresé al sendero y bajé hasta el aparcamiento, me subí al coche y estaba a punto de llegar a casa cuando sin darme cuenta estacioné enfrente del UW Medical Center. Me desabroché el cinturón y levanté la vista hasta la planta de la habitación 302, me sabía exactamente cuál era su ventana. Me bajé del coche y subí de forma mecánica. Saludé a las enfermeras, celadores y médicos que me encontraba, como si fuera uno de ellos. Y cuando el ascensor se abrió oí un barullo, unos gritos fuertes de quien descubría que los milagros existían. Y era que Harper, la niña de diez años de la habitación 301, había despertado después de tres meses. Y la familia explotaba en felicidad mientras yo contemplaba la escena en el suelo, aplastado y destrozado. Me di la vuelta y corrí hacia el coche. Ya no podía entrar en la 302, solo sentía una fuerte necesidad de huida.



El fin de semana se había pasado volando y no existía peor forma de

empezar el lunes que con Derecho Penal a primera hora. Me senté en la misma fila y asiento de los últimos dos años y esperé a que el profesor Jackson apareciera. No giré mi rostro, pero no hacía falta para saber que unos asientos más allá y en el otro extremo se encontraba Hailey. De haber sabido que alguien podría vernos jamás la hubiera llevado a la feria, ¿en qué demonios estaba pensando? No podían verme con ella, era como lanzarla de cabeza al fuego. ¿Y por qué demonios no podía mantenerme lejos? Me costaba horrores. No sé si era la forma que tenía de mirarlo todo o cómo me miraba a mí cuando nuestros ojos se encontraban. Lo hacía de forma desinteresada, sin querer ni esperar nada a cambio. Seguramente porque ella aún no sabía quién era yo, y yo apenas sabía quién era ella. Mientras fuera así, no habría problema. Para Hailey solo era Aiden, el chico de la guitarra y el *quarterback* popular de la UW. Pero no sabía nada de mí y, maldita sea, cómo me gustaba eso. Creo que por esa razón no me importaba compartir alguna conversación en la azotea, porque Hailey era inocente. No había ni rastro de juego sucio en ella, pero, aun así, debía mantener las jodidas distancias. Hailey había empezado a husmear más de lo permitido. Si le tendías la mano, se te subía a los hombros en un abrir y cerrar de ojos porque era genuina.

Solo al final de la clase centré mi atención en ella. Llevaba un vestido gris con unas medias negras y unas botas militares del mismo color. Llevaba el pelo recogido en un moño mal hecho, dejando caer por su cara algunos mechones, y sonreía mientras hablaba con un chico, Trevor, que habitualmente se sentaba en la primera fila. Y, como yo era de tercer curso, habíamos coincido en esta misma asignatura desde primero. Me fijé en su dentadura blanca y en sus labios carnosos, haciendo que su sonrisa fuera bonita.

«¿De qué demonios estarán hablando?», me pregunté.

En los últimos días, habían bajado considerablemente las mofas, los insultos y los comentarios despectivos hacia la chica de Arkansas. Supongo que, cuando no te afectaban las opiniones del resto y no podían hacerte daño, a la gente ya no le resultaban divertidas. Y es que si le habían molestado alguno de los comentarios que le habían soltado no pareció importarle ninguno.

Se despidió de Trevor, regalándole una sonrisa mientras se colocaba un mechón de pelo detrás de la oreja. Caminaba hacia la puerta justo detrás de mí. Apenas se había girado unos centímetros, pero los suficientes como para haber reparado en mí y fulminarme con la mirada.

—¿Ocurre algo, Peterson? —Sonreí a su espalda.

—Tú —dijo sarcástica, sin mirarme. Seguía caminando en la misma dirección.

—Creo que eres la única mujer en todo el campus a la que le

molesta mi presencia —me burlé sin poder esconder la sonrisa. La oí resoplar.

—Tengo dos teorías —dijo acompañándose de un gesto con la mano—. El resto de las mujeres, o bien tienen un gusto de pena, o simplemente están tan mal de la cabeza como para poner sus ojos en un imbécil como tú, Carter. —Se giró a encararme sin previo aviso, haciendo que impactáramos levemente. Quedando demasiado cerca. Olía a cereza y a cítrico, con un ligero aroma a vainilla y lavanda mezclado. Era una combinación curiosa y exquisita. Me quedé más tiempo del necesario en sus ojos, pero es que el verde de sus iris y esas pestañas tan largas y densas me lo impedían.

—Puedes hacer una encuesta. Claro… que te llevaría bastante tiempo. Son demasiadas chicas en estos dos años en Washington University, y mi tercer año te aseguro que ha empezado por todo lo alto. —Le guiñé un ojo—. Tampoco podría facilitarte una lista, porque una de mis reglas es que en la cama no se preguntan nombres. —Sonreí de medio lado.

—Vaya… Tienes el ego por los suelos —gruñó sarcástica—. ¿Nunca te lo han dicho?

—Normalmente, me dicen lo jodidamente bien que se lo hago —susurré acercándome más a ella, haciéndola retroceder hasta que su espalda chocase con la pared que daba al pasillo de los baños.

—Lo dudo —susurró agitada.

—¿Me estás retando, Peterson? —Me relamí el labio, jugueteando con el aro plateado que atravesaba mi labio inferior—. Porque deberías saber que me encantan los retos y que no suelo perder.

—¿Qué demonios estás haciendo, Aiden? —susurró respirando con dificultad, empujándome ligeramente. No fui consciente de lo cerca que estábamos, ni en qué momento mi mano terminó agarrando la suya, hasta que Hailey nos separó. Y yo noté un escalofrío recorriéndome la médula, haciendo que soltase su mano con brusquedad, como si me quemase.

Hailey se escurrió, dejando la pared vacía. Caminaba con paso ligero y no aparté la vista hasta que dobló la esquina, fuera de mi campo de visión. Entonces volví a la realidad. Todo estaba vacío y en profundo silencio, no había ningún estudiante despistado, absolutamente nada, y no me había dado cuenta de que no quedaba nadie. El mundo había desaparecido, literalmente, y durante unos minutos solo habíamos existido Hailey y yo.

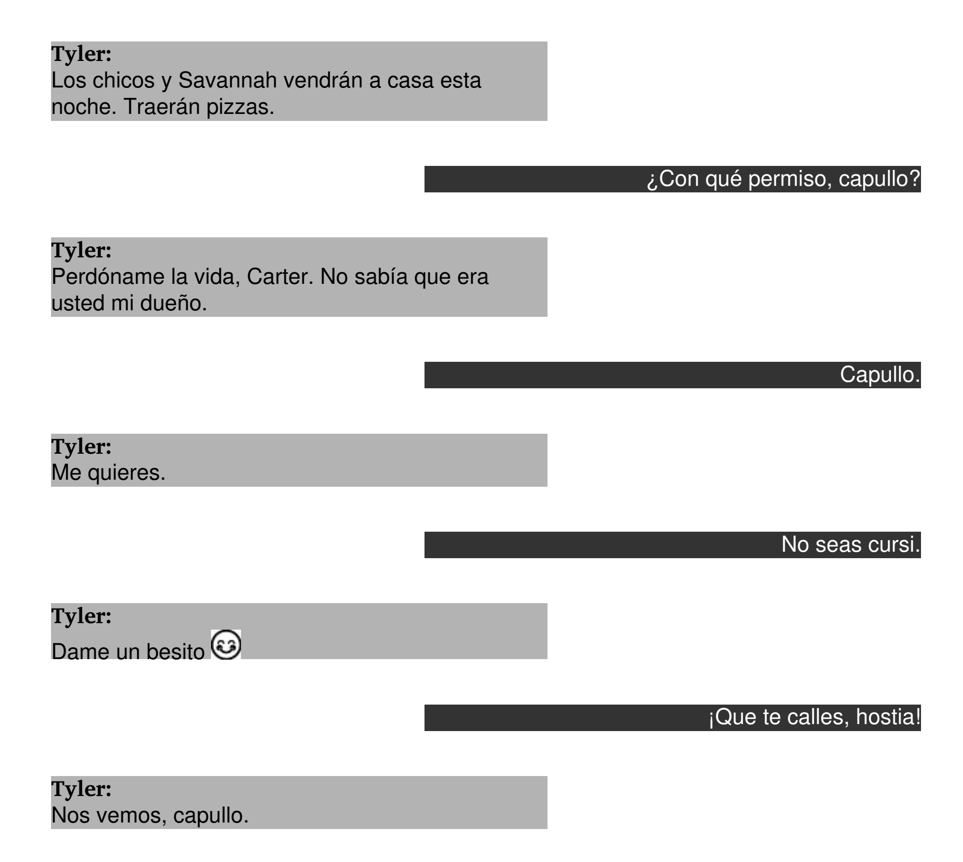
¿Qué cojones acababa de pasar? ¿Había tonteado con Hailey? La hostia.

Ya era tarde para ir a mi segunda clase del día, así que opté por irme a la cafetería a por algo de desayunar. Aunque después de lo

ocurrido, y con una sensación extraña recorriéndome el cuerpo, lo único que deseaba era encerrarme en mi cuarto.

Kaden:
¿Cuándo vas a pasarte por casa?

Referirse a la casa de mis padres como *casa* me parecía demasiado hasta para Kaden. Hacía años que no vivía ahí y hacía una larga temporada que no la visitaba. Ni siquiera iba a responderle, aún no entendía por qué continuaba insistiendo, ya había dejado claro en innumerables ocasiones que no quería tener ningún tipo de relación con mi padre. Y poner un pie en aquel lugar era directamente relacionarme con él.



CAPÍTULO 14

Hailey

Estaba a punto de meterme en la ducha cuando la puerta de mi baño se abrió con fuerza, impactando contra los azulejos. Me sobresalté. Me giré enseguida con el ceño fruncido, encontrándome con Mía apoyada en el marco de la puerta con una sonrisa de oreja a oreja. Era evidente que acaba de salir de la ducha, pues todavía tenía el pelo húmedo y se había cambiado de ropa.

—¿Alguna vez has probado la *pizza*? —Enarcó una ceja, ampliando más su sonrisa. Negué con la cabeza—. Lo que me temía… —gruñó—. Sube al piso de arriba cuando termines. Habrá *pizzas* y cervezas. ¡No tardes! —gritó desapareciendo por la puerta.

Me habría gustado poder darme una ducha larga, quedarme de pie debajo del agua ardiendo, tal vez llenar la bañera con sales y relajarme aprovechando que no tendría que ir a trabajar, puesto que estaban reformando el techo del Skils Bar. Quería que todo el estrés acumulado del día se fuera por el desagüe como el agua llena de espuma. En cambio, no tardé más de cinco minutos en ducharme. Evité mojarme el pelo y repasé mentalmente cómo se había vestido Mía, teniendo en cuenta que solo debía subir un piso, así que opté por un pantalón vaquero y una camiseta.

No utilicé el ascensor, pues prefería subir y bajar por las escaleras, ya que me parecía más práctico y no tenías que esperar turno. Mientras subía peldaño tras peldaño, me pregunté quién demonios vivía en el piso de arriba, ya que Mía jamás había mencionado nada referente a nuestros vecinos. Toqué el timbre y no habían pasado ni cinco segundos cuando choqué con unos ojos azules. ¿Cómo demonios no se me había pasado por la cabeza?

—¿Te has perdido? —preguntó, cruzándose de brazos.

—No sabía que vivías aquí. Justo en el piso de arriba —gruñí pasando por su lado, haciendo chocar mi hombro con el suyo.

No había llegado al salón, donde se encontraban todos, cuando me giré y le miré con los ojos entornados. Era él. Era Aiden quien tocaba la guitarra y cantaba, era él con quien me dormía de fondo algunas noches y quien me erizaba la piel. El chico de la guitarra. No lo mencioné, me giré y continué mi camino hasta

sentarme al lado de Mía. Los chicos me saludaron entre bromas y Scott me tendió una cerveza. En cada ocasión pude analizarles con determinación. Había oído todas las historias acerca de los jugadores del equipo de fútbol, ya que a menudo solían ser el tema de conversación, sobre todo en las chicas. Y después de haber tenido un ínfimo contacto con ellos, pero muchísima observación, había descubierto que poco tenían que ver con esos rumores.

—Ese debe de ser Matt —anunció Cameron.

—¿Quién coño es Matt? —preguntaron Aiden y Tyler al unísono.

—Vamos en la misma clase. Al parecer se ha trasladado de Standford a la UW este curso. Le he dado la dirección por si le apetecía pasarse —explicó.

Me creía fuerte, una superviviente, cuando lo cierto era que desde hacía demasiado tiempo no había sido más que una víctima llena de miedos e inseguridades. Pero había aprendido a asumirlo, a dejar de mirar al pasado y clavar la vista en el presente y en las cosas que sí estaban en mi mano. Y la vida acababa de demostrarme que solo había sido una completa hipócrita conmigo misma. Estaba temblando y había notado todas mis suturas explotar por dentro, me encontraba en carne viva. No pestañeé, no me moví y creo que ni siquiera respiraba. Me mordí el labio hasta notar el sabor metálico de la sangre en un intento de no derramar ninguna lágrima.

—Ella es Hailey —me presentó Cameron.

Iba a decir algo, pero me estaba mirando con esos ojos y sonreía de esa forma asquerosa y repelente que tantas veces se había colado en mis sueños. Se acercó a mí y por instinto me alejé, apretándome contra el sofá en que me encontraba sentada, deseando que tuviera un agujero negro que me engullera. Agarró mi mano con diversión, podía ver en su cara lo que estaba disfrutando, y me guiñó un ojo. Quería vomitar.

—Encantado, Hailey —susurró.

—¿Va todo bien? —preguntó Mía, alarmada.

—Estás pálida —apuntó Tyler.

Me limité a asentir y bajé la vista. Comencé a hiperventilar y salí a toda prisa, pidiendo una disculpa que dudaba que hubieran llegado a escuchar. No podía estar ocurriéndome esto.

Abrí la ventana de mi habitación y subí por las escaleras de emergencia hasta la azotea, allí arriba no podría alcanzarme. Rebusqué en mi interior la más ligera traza de felicidad y no la encontré. Solo había vacío. El dolor del pasado era ese vacío que se empeñaba en llenarlo todo. Me había engañado a mí misma creyendo que lo había superado. Vivía con una careta puesta para no enfrentarme al dolor y romper a llorar. Así había sido todo más fácil,

escondiendo el dolor que no soportaba más y que nadie era capaz de imaginar. Había llegado a Seattle para empezar de cero y resultó que el pasado corría más deprisa que yo, alcanzándome.

—¿De qué le conoces? —Oí. Aiden se acercaba hasta mí con una cerveza en cada mano, tendiéndome una. Se sentó a mi lado y sacó un cigarrillo.

—Ojalá pudiéramos cambiar el pasado. Rebobinar hasta el minuto exacto y simplemente eliminarlo. Porque lo malo del pasado es que tampoco se puede olvidar. Ni con el tiempo. Porque las cosas que dejan cicatrices no desaparecen —susurré secándome las lágrimas—. Dicen que nuestros primeros recuerdos comienzan el día en que abrimos los ojos por primera vez, y no es cierto. Solo recordamos los golpes, las decepciones y los errores en mayor medida. Somos incapaces de recordar cómo fue nuestro quinto cumpleaños y, sin embargo, podríamos describir a la perfección aquel día en que, corriendo en el asfalto, nos caímos raspándonos las rodillas. O aquel día en que el niño del pupitre de al lado se divirtió humillándonos en clase. No es justo recordar los momentos que duelen y aferrarnos a ellos, porque todos lo hacemos. Nos aferramos y marcan irremediablemente el desarrollo de nuestra personalidad. —Di un sorbo largo a la cerveza. Y me recosté contra la pared, mirando las estrellas. Aiden me imitó.

—Eso no responde a mi pregunta, Hailey.

—No quieres conocer la respuesta, Aiden —sollocé, rascándome la piel.

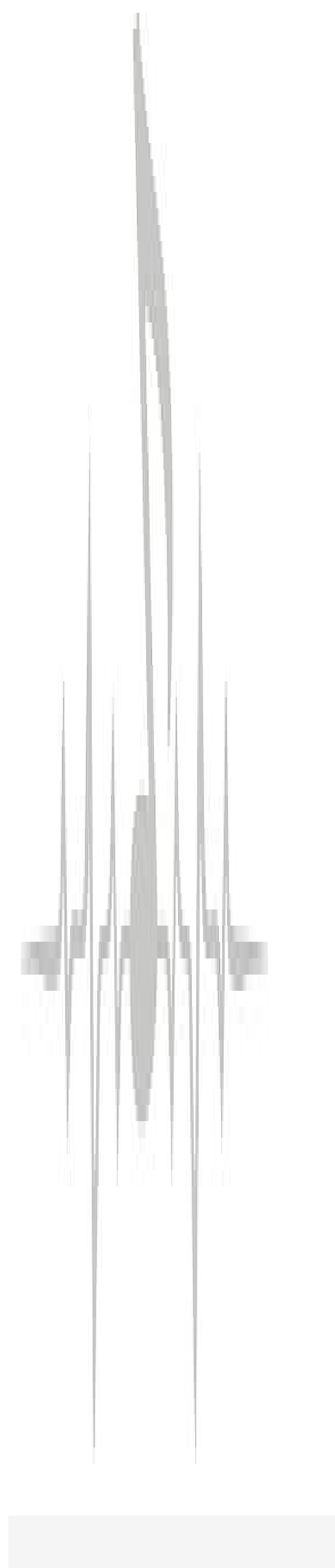
—Parecía que hubieras visto un fantasma, Hailey. Huiste… No es una jodida broma. Si no quieres contarme quién coño es ese tío o por qué actuó como si no te conociese, cuando es evidente que no es la primera vez que os veis… Lo entiendo. No voy a obligarte a contármelo. Pero vas a tener que aprender a gestionarlo, porque ese tío estudia aquí, en Washington University. No vas a poder huir siempre, Hailey.

—Sí que puedo… —dudé.

—No. Nadie puede. Tarde o temprano terminarás encontrándotelo en algún lado. No puedes encerrarte en casa ni esconderte. La próxima vez que le veas tienes que enfrentarlo. —Sacó su teléfono móvil y conectó los auriculares, tendiéndome uno—. Huyamos del mundo juntos. Quedémonos contando las estrellas hasta que eclipsen a los monstruos que hay debajo de nuestras camas —susurró, haciéndome temblar. Agarré aquel auricular y me lo llevé a la oreja.

Permanecimos tumbados canción tras canción. Sonaba *I don´t want to miss a thing* cuando oí a Aiden cantar flojito a mi lado. Me giré a mirarlo, encontrándome con el azul de sus ojos, que justo se habían

girado en mi dirección. Sonreímos y me uní en la siguiente estrofa. Tenía una voz suave y fuerte al mismo tiempo.



Could stay awake

just to hear you breathin'.
Watch you smile while you are sleepin',
while you're far away and dreamin'.
I could spend my life
in this sweet surrender.
I could stay lost in this moment forever.
Every moment spent with you
is a moment I treasure.
Don't wanna close my eyes,
I don't wanna fall asleep.
'Cause I'd miss you, babe…
And I don't wanna miss a thing.

—Deberíamos irnos a dormir —sugirió. Asentí.

Bajamos las escaleras uno detrás del otro. Yo bajé primero y vi cómo Aiden se colaba por el hueco abierto de su ventana, y unos cuantos peldaños más abajo le imité.

—Eh, chico de la guitarra —susurré a gritos, sonriendo y esperando que alcanzara a oírme. Unos segundos más tarde se asomó a la ventana, mirando hacia abajo, donde yo asomaba mi cabeza hacia arriba—. Tengo demasiados agujeros por dentro —admití seria. No sé por qué, pero me resultaba sencillo abrirme a él.

—Yo también los tengo, chica de las pestañas. —Sonrió. Habíamos utilizado los apodos por los que nos habíamos llamado la primera vez que nos encontramos.

No dijimos nada más. Nos miramos con una sonrisa de ventana a ventana durante unos segundos y después nos perdimos en nuestras respectivas habitaciones. Aún no me había metido en la cama cuando recibí un mensaje:

Número desconocido:
Me has oído cantar. Igual que la guitarra… Es un secreto.

Sonreí.

Una vez robé una sandía. Igual que el patinaje… Es un secreto ☺

Ya sabes…, tu secreto por mi secreto.

En cualquier caso, lo de esta noche no ha ocurrido. Solo fue una pequeña tregua en un momento de debilidad. Todavía no te perdono que me hayas dejado tirada en la feria.

Chico de la guitarra:
En realidad no te he dejado tirada. Fuiste tú quien

se fue.

Te daba vergüenza que te viesen conmigo.

Chico de la guitarra:
Eres de Arkansas y yo tengo una reputación que mantener.

Ha vuelto el capullo.

Creo que me gusta más el otro Aiden.

Chico de la guitarra:
Buenas noches, Peterson.

Y te equivocas, no me da vergüenza que me vean contigo.

¡Que te jodan, Carter!

Me metí en la cama, escondiéndome entre las sábanas, y por fin me sentí en absoluta calma, liviana y sin tanto miedo. Aiden había arrastrado la sombra de Matt a otro lado, llevándose consigo el pasado y los recuerdos. Aunque yo sabía que solo era la calma antes del huracán.

CAPÍTULO 15

Aiden

—Es el partido más importante de la temporada. Si hay algún ojeador de los gordos te aseguro que será entonces. —Tyler y yo llevábamos un buen rato hablando de los últimos partidos, de cómo había mejorado el equipo respecto a la temporada pasada y de la forma en la que se notaba que era un año importante y todos anhelaban lo mismo: algún ojo puesto sobre ellos.

—Gracias por no meter presión, capullo —ironizó Tyler sentándose a mi lado en el sofá, colocando un bol de palomitas entre nosotros.

—Será un partidazo —lo tranquilicé con una media sonrisa.

—No vas a aceptar ninguna oferta, ¿verdad? —dijo cambiando la expresión, dejando paso a una seriedad que en pocas ocasiones relucía.

—No me gustan los hombres, lo siento —intenté bromear.

—Carter… —bufó—. No sigas con eso. No arruines tu sueño por un capricho.

—Tengo otros sueños —aseguré sin convicción. Porque si lo pensaba a conciencia no tenía ninguno. Quizá la música podría convertirse en uno, pero ¿realmente quería eso? No, claro que no. No quería subirme a escenarios ni hacer giras, y mucho menos tocar delante de gente.

—Puedes tenerlo todo, Aiden —afirmó—. Puedes ser la estrella de Los Angeles Rams o de cualquier equipo, puedes ser el empresario más codiciado del país y puedes tocar la guitarra en cualquier garito cada noche de tu jodida vida. Puedes abarcar todo eso, Carter —dijo elevando el tono—. En el equipo hay compañeros que se van a quedar atrás. No van a fichar por ningún equipo y deben empezar a buscarse un plan B. No es justo que tú desaproveches ese tipo de oportunidades solo por desafiar a tu padre. En cualquier caso, vas a desafiarlo igual fichando por Los Angeles Rams.

—Tú no lo entiendes —gruñí, llevándome un puñado de palomitas a la boca.

—Sí, sí que lo hago. Pero no me pidas que esté de acuerdo con ese tipo de venganza que has emprendido contra él y por la que estás

determinado a arruinar tu vida por el simple hecho de pasarle por encima. Porque lo vuestro no es un simple roce de padre e hijo, es otra cosa más oscura. Es un odio más profundo que te consume.

—No te metas en esto, Tyler —amenacé.

—Me meto porque eres mi mejor amigo y porque no quiero ver cómo mandas todo a la mierda por alguien que no merece ni un segundo de tu tiempo, Aiden —dijo levantándose cabreado del sofá, dejándome solo.

El ruido del portazo casi me dejó sordo. Tuve la sensación de que el silencio en aquel momento estaba lleno de ruido, de sombras, luces y rabia. Me pregunté si serían mis demonios gritándome desde las tinieblas. Si pretendían salir o solo querían llamar la atención para recordarme que seguían ahí. Que no se habían ido y que probablemente nunca lo harían.

Tyler siempre me hacía replanteármelo toda una vez más, siempre lograba asentarme una nueva duda, un nuevo dolor de cabeza. A veces era como una bofetada en toda regla, de esas que ni siquiera sabes que vienen, de las que además del dolor que te producen te pillan por sorpresa. Y era que, en el fondo, aunque jamás lo admitiría, sabía que tenía razón. Me sentía como un pájaro enjaulado, pero con las llaves de la libertad en las manos, acariciando con las yemas de los dedos la cerradura y apartándome volátil de ella.

Por fortuna mis pensamientos se vieron interrumpidos por un nuevo mensaje:

Jena:
¿Qué planes tienes para esta noche?

Había conocido a Jena en uno de esos eventos benéficos, aunque nada tuviesen que ver precisamente con las buenas causas. Nos habíamos enrollado un par de veces y había descubierto que no tenía ningún interés en mí fuera de la cama, lo que lo hacía todo infinitamente mejor, pues no tenía ni por qué comportarme de forma amable con ella si tenía un mal día. Quedábamos, casi siempre en su apartamento, follábamos y sin intercambiar más que unas cuantas palabras nos despedíamos. No sabía mucho de ella; era la hija de un magnate de la tecnología y de una de las diseñadoras más respetadas del país. Estudiaba Diseño de Moda, supongo que quería seguir los pasos de su madre. Tendría más o menos mi edad, y al igual que yo odiaba el mundo en el que por nuestras familias estábamos obligados a movernos.

Acepto la invitación.

Jena:
Te estoy ofreciendo una noche de sexo desenfrenado, no tomarnos un refresco *light* en el bar de la esquina.

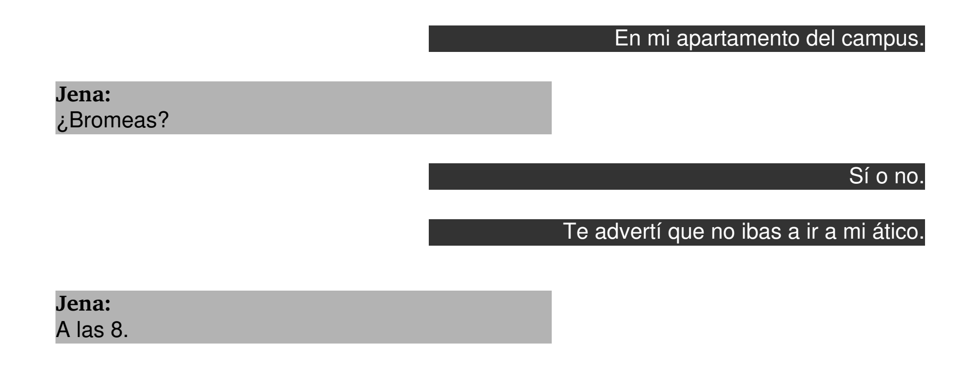
Sonreí. Una cosa era cierta, y es que era directa como un dardo al blanco de la diana. Y tenía un humor de mil demonios, tanto que temía medirme con ella por miedo a perder.

Jena:
A las 8 en punto en tu apartamento.

No irás a mi apartamento.

Jena:
El mío está ocupado y necesito salir de aquí ya. Eres mi única jodida opción y nunca te he pedido nada. Tampoco suelo rogarle a nadie.

Que Jena me hablase de ese modo y con tanta franqueza me hizo suponer que algo jodido debía rondarle.



Le envié la dirección y no volvimos a intercambiar ni una palabra. Tenía un ático en el centro de Seattle y era muy selecto con quién dejaba entrar. Yo apenas lo utilizaba, más que alguna vez volviendo de fiesta, cuando me iba a dormir allí, o algún fin de semana que necesitaba desconectar. No era un secreto que poseía ese ático. De hecho, alguna vez había celebrado pequeñas fiestas con Tyler y el resto de los chicos exclusivamente, sencillamente porque me fiaba de ellos.

Me fui a la ducha y preparé algo de comer antes de que apareciese Jena. Eran casi las ocho cuando reparé en que ella tampoco pasaría desapercibida si alguien la viese rondando por el campus, ya que solía salir en las noticias frecuentemente y alguna que otra vez había sido la protagonista de la semana por algún escándalo. La peor

parte de la fama era esa; siempre caminábamos con algún periodista siguiéndonos las espaldas, aun cuando lo único que te la proporcionaba era ser el hijo de algún pez gordo.

CAPÍTULO 16

Hailey

Caminé hacia la pista de hielo del campus y me quedé un rato mirando cómo algunos estudiantes se deslizaban por la superficie. Algunos impartían clases, otros iban por libre y algunas parejas practicaban danza sobre hielo. Todos ellos tenían algo en común: disfrutaban del momento.

Hubiera vendido mi vida al diablo por solo un segundo de vuelta al pasado, colándome en la pista de hielo a hurtadillas y disfrutando de la soledad, del silencio… Siempre había sentido que sobre el hielo no había recursos limitantes, dolor, ni podrían alcanzarme las injusticias de la pobreza. Me había equivocado por completo. Posé mi mano por acto reflejo sobre mi rodilla y la apreté hasta que los dedos se tornaron blancos.

A menudo soñaba con ingresar en el equipo de patinaje de la universidad, aun cuando sabía que no podría hacerlo. Me dormía imaginándome dando vueltas sobre la pista y aprendiendo algún salto nuevo. Había evitado buscar información acerca del patinaje en Washington University, pues solo serviría para hurgar en heridas medio cerradas. Hubo un tiempo en que los patines eran casi lo único que tenía. Hasta que me lo arrebataron. De forma cruel, dolorosa y despreciable.

No podía evitar envidiarles. Cada segundo que pasaba mirando a aquel puñado de estudiantes disfrutando de lo que yo añoraba, sentí el dolor corroerme por dentro.

—Recordando viejos tiempos, ¿eh? —Oí. Esa maldita voz. Noté un temblor recorrerme desde la punta de los pies. Dudé en girarme—. ¿Cómo termina una marginada en Washington University?

Me levanté de la grada y le vi justo sentado detrás de mí. Iba a irme… Sin embargo, me quedé allí plantada, clavando mis ojos en él.

—Es sorprendente la de casualidades que depara la vida, Hailey —susurró sonriendo. Me daba asco oír mi nombre en su boca —. Pero lo más sorprendente es haberte encontrado en un piso lleno de los Washington Tigers. ¿Con cuántos te has metido en la cama para que acepten respirar en el mismo espacio que tú?

La opresión que me aplastaba el pecho aumentaba por momentos, conforme los recuerdos escapaban de los rincones de mi mente para llenarme de imágenes y sentimientos que no quería revivir. La angustia, la culpa y la rabia impactaron en mi cuerpo con tanta fuerza que fue como recibir un atropello.

Corrí hacia la salida y aún podía escuchar la carcajada de Matt en el aire. Corrí hacia casa, hacia ese bloque de ladrillos rojos que se había convertido en mi hogar, y subí a lo alto de la azotea. A aquel lugar que se había convertido en mi paz, en mi calma, en mi refugio.

Un temblor incontrolable me sacudía el cuerpo pese a estar hecha un ovillo en el suelo. Las lágrimas brotaban sin amainar, pero lo peor era la sensación de asfixia. La mezcla de emociones era tan dolorosa que me aplastaba, me robaba hasta la última pizca de aire y me dejaba desesperada, aturdida y atemorizada.

—¿Qué ocurre, Hailey? —Aiden se acercó a mí con cautela, dejando un espacio prudencial entre ambos. Estaba guapo, jodidamente guapo, y aun en mi estado era imposible no percibirlo.

—Sácame de aquí. Llévame a cualquier lugar, Aiden. Aunque solo sea por unos minutos, por favor —supliqué con la voz ahogada y rota.

—Vamos. —Me tendió una mano, que agarré como si fuera la única que quedaba en el universo.

—¿A dónde? —susurré de forma mecánica. Ni siquiera había procesado la respuesta cuando emití la pregunta.

—Al fin del mundo —respondió contundente.

No pronunciamos palabra mientras bajábamos las escaleras de emergencia. A diferencia de otras veces, esta vez lo hacíamos despacio, con extrema lentitud. Tampoco cuando cogimos el ascensor para bajar al garaje ni tampoco cuando ya nos habíamos puesto en marcha. Íbamos en un profundo silencio, como si nos hubiéramos profesado un infinito mutismo.

—Es aquí —anunció deteniendo el coche. Habíamos conducido a las afueras de Seattle. Estábamos en un aparcamiento de tierra y las vistas que tenía delante hubieran dejado sin aliento a cualquiera. El otoño tenía una belleza especial. Siempre me habían gustado los tonos anaranjados y marrones con los que se teñían los campos, las hojas que se desplomaban sin previo aviso, dejando los árboles desnudos a excepción de los nidos de los pájaros. Jacob y yo jugábamos a saltar sobre las hojas y oír cómo crujían. Competíamos por ver quién de los dos terminaba resbalando antes, llevándose un buen golpe en el trasero. El otoño les daba un color único a las hectáreas de cultivos y a las granjas.

—¿Qué hacemos aquí? —pregunté mientras caminábamos por

el terreno rocoso hasta encontrar una piedra plana que sobresalía. Y nos sentamos. Me estremecí al sentir el aire frío de la cima.

—Encontré Rattlesnake Ridge un día cualquiera, huyendo. Porque, como tú, también tengo de qué huir. A veces creo que la vida me trajo hasta aquí por algún motivo. Era como si el destino supiera que necesitaba una conexión con el mundo. Como unos brazos que te arropan del frío, del dolor, porque en cuanto me senté en esta piedra, dejando que mis pies colgaran al aire, sentí una inmensa paz recorrerme por dentro. —Respiró hondo y asintió. Un gesto casi imperceptible con la cabeza.

—¿De qué huyes tú? —susurré.

—¿Qué te persigue a ti? —atacó.

Buena jugada, Aiden. Sonreí.

Permanecimos callados mientras el sol descendía despacio delante de nosotros. Era precioso. Aiden estaba sentado a mi lado, con las manos apoyadas en la roca, y me quedé sin aire cuando clavé mi vista en él y los últimos coletazos del sol impactaban en su rostro. A la luz del sol, percibí que el azul de sus ojos era tan clarito que parecían grises y se apreciaban pequeñas motas verdes. No me había pasado desapercibido el contraste que provocaba con su tez morena.

—Si pudieras elegir un lugar, un único sitio para visitar… ¿Cuál escogerías? —preguntó con la vista clavada al frente.

—El mar —respondí rotunda—. No he ido nunca a ningún lugar, pero siempre he querido ver el mar —reconocí—. Cuando era niña, papá y mamá me enseñaron a nadar en Beaver Lake. Recuerdo lo atemorizada que estaba cuando vi tal cantidad de agua, y por un segundo maldije la idea de insistirles para que me llevaran a nadar. Papá vio la duda asentada en mi rostro, y sencillamente corrió hacia mí, empujándonos y haciéndonos impactar con fuerza contra el agua. Ese fue mi primer contacto con el agua. Puede parecer violento o brusco, pero fue justo como tenía que ser, quitándome el miedo de un plumazo. —Esbocé una sonrisa cálida, perdiéndome en el recuerdo—. ¿Puedo preguntarte algo?

—Vas a hacerlo de todas formas —farfulló.

—¿Cómo descubriste la guitarra? —Era una pregunta que llevaba tiempo rondándome. Sabía que guardaba la música como un secreto; por alguna razón no quería que nadie lo supiera. Lo cierto era que Aiden me despertaba demasiada curiosidad. Desde que lo conocí, vi algo en su mirada. Un fuerte anhelo de algo, la sombra de la culpa, una lucha interna. Y luego vi su espalda llena de cicatrices. Esa fue la confirmación de mis sospechas: Aiden Carter tenía una historia.

CAPÍTULO 17

Aiden

Notaba un cosquilleo en todo el cuerpo mientras admiraba el paisaje. Las vistas continuaban asombrándome. Acantilados escarpados se sumergían verticales en las aguas de las cascadas, pozas y lagos. Desde lo alto, podía ver las pequeñas praderas que rompían esa línea de roca.

—*¿Cómo descubriste la guitarra?* —preguntó clavando sus ojos en mí. Temí encontrarme con sus iris verdes y que pudiera ver algo en mí. Hailey tenía ese poder, lo había descubierto sin apenas hacer demasiado esfuerzo, había nacido con una capacidad innata para descifrar sombras.

—Desde pequeño la música había despertado mi interés. Quise tomar clases, pero por más empeño que puse mis padres no dieron su brazo a torcer. En aquel entonces no le di demasiada importancia a la guitarra. Pero todo cambió un día. Tenía dieciséis años y estaba enfermo, había cogido una gripe por bañarme en un lago helado en una excursión de instituto. No era una buena idea, pero Tyler me había retado. Y yo jamás rechazo un reto —rememoré —. Me había quedado solo en casa. Estaba en el sofá y busqué algo que ver en la tele, topándome con un documental que recogía los grandes guitarristas de la música. Entonces lo sentí con la piel erizada. Necesitaba una guitarra y me la compré. —Tragué con dificultad. Esa no era toda la verdad, pero Hailey no tendría por qué saberlo.

—¿Y aprendiste así sin más? ¿Sin tomar lecciones? —dijo sorprendida.

—Como tú con los patines, Arkansas. ¿O podías permitirte unas clases? —dije mordaz. En un intento de frenar que continuara indagando más.

—Imbécil —dijo entre dientes, y desvió la mirada.

Hailey tampoco quería que yo indagara sobre su vida, por eso no había insistido. Porque, al igual que yo, no estaba dispuesta a abrirse de aquella forma. Y por ese mismo motivo, por irónico que pareciese, no me importaba en absoluto regalarle pinceladas de mí. Y porque sabía que su curiosidad, a diferencia de los demás, no estaba teñida de malas intenciones. Porque otra certeza que tenía de Hailey

cuando la miraba era que no le recorría ni un resquicio de maldad.

—Solo contigo. —Sonreí.

—No es eso lo que he oído por ahí —aseguró con cierto tono de picardía.

Miré hacia arriba y el cielo se había vuelto completamente negro. Un trueno retumbó sobre nuestras cabezas y una corriente de aire revolvió un mechón de Hailey. Una gota aterrizó en mi mejilla.

—Deberíamos volver al coche —sugerí.

—¿Por qué? —susurró, clavando su mirada en mí. Yo hice lo mismo. Nos contemplamos con intensidad, como esperando a que ocurriese algo que no terminaba de llegar.

—Porque nos estamos empapando —musité cuando vi cómo el agua comenzaba a calarnos. Mojándonos el pelo, la ropa, los zapatos…

—Tumbémonos —propuso tomando el control. ¿Acaso estaba loca?—. Mamá siempre decía que el agua arrastraba cualquier cosa. Dejemos que arrastre nuestras pesadillas al precipicio, que las empujé con tanta fuerza que las haga estallar contra el suelo hasta olvidarnos de ellas. Vamos a dejar de huir por unos instantes y vamos a ganarles la partida, aunque sea cambiando las reglas del juego —explicó tumbándose en la roca, mirando al cielo. Dejando que la lluvia siguiera calándolo todo. Ya no había nada de nosotros seco. Hailey tenía el pelo pegado a la cara, y diminutas pero firmes gotas de lluvia se deslizaban por todas partes hasta desembocar en sus labios. Me quedé un rato mirando su boca. Más tiempo del permitido. Sonreí mientras me tumbaba a su lado, sin poder creerme realmente que estuviera haciendo aquello.

—¿Alguna vez has sentido un miedo constante? A cualquier cosa; a fracasar, a lograr aquello que tanto deseabas, a cumplir sueños, a la soledad… Ese miedo que se mete en las entrañas y echa raíces —murmuré cerrando los ojos.

—La peor parte del miedo es que casi siempre viene acompañado de la tristeza. Poniéndonos una venda en los ojos, impidiéndonos disfrutar de las cosas preciosas que nos brinda la vida. Y quizá seamos nosotros mismos los que casi siempre buscamos los miedos. Los elegimos nosotros y no ellos. Tenemos miedo a la soledad, al sufrimiento, a la tristeza, a la muerte… Porque no sabemos cómo gestionar todas esas emociones que la sociedad ha impuesto como negativas. —Hizo una pausa para tragar saliva y colocarse un mechón de pelo tras la oreja—. Cuando estaba triste, mamá siempre me decía que llorara, que las lágrimas curaban el alma y que si no me salían buscase la forma de sacarlas. Y tenía razón, porque después de llorar sientes un alivio inmenso. Si lo guardas dentro, solo haces una pelota que te ahoga cuando se queda sin espacio. Papá siempre dice que,

pase lo que pase, siempre escoja el camino que me haga feliz.

—Si siempre escogiéramos el camino que nos hace felices, no tendríamos que lidiar con ese tipo de emociones —razoné.

—Y entonces no nos sentiríamos como un pájaro enjaulado. —Sonrió. Había dado en el clavo—. Pero es que sentir todo eso también está bien. Necesitamos estar tristes, perdidos y derrotados, dejar que el miedo nos invada el organismo para recordarnos que sentimos y estamos vivos. Y hay emociones que van de la mano. Por ejemplo, el amor. El amor duele y negarlo es una idiotez. Duele si te rompen el corazón, pero también duele si no lo hacen. Te va a doler cuando veas a la otra persona triste, cuando la relación esté abajo de la montaña rusa o simplemente cuando tenga un mal día. Puede que sea una tristeza bonita, pero al fin y al cabo es una presión en el pecho. —La miré. Tenía los ojos cerrados y sonreía.

—El amor es para los débiles —aseguré. No iba a explicarle por qué, pero era algo que había aprendido, vivido y confirmado. Era una certeza de cimientos sólidos.

—El corazón va por libre, Aiden. No se rige por reglas, límites o normas. Hace y deshace a su antojo, y siente lo que le da la gana —aseguró. No iba a rebatirle, tendría que darle demasiadas explicaciones—. Algún día te enamorarás y tendrás que darme la razón.

—Te invito a cenar —propuse en un arrebato e intento de desviar el rumbo de la conversación.

—¿A un restaurante? —preguntó incorporándose.

—Sí… A no ser que quieras volver… Yo… —dudé al notar que me observaba como si tuviera dos cabezas.

—Nunca he ido a un restaurante. Nunca he comido fuera de casa y no tengo demasiado recorrido gastronómico —dijo de carrerilla. A veces se me olvidaba que Hailey no había llevado una vida normal.

—Tienes que probar las hamburguesas —aseguré, ayudándola a bajarse de la piedra.

—No sé si te has dado cuenta, pero estamos empapados. —Se señaló la ropa. Me había olvidado por completo de la lluvia o del frío—. Creo que vamos a tener que dejar la hamburguesa para otro día. —Sonrió decepcionada.

La tormenta seguía encima de nosotros y no había amainado ni un ápice. Pusimos rumbo al coche y, por el camino, nos resbalamos en varias ocasiones debido al barro que había provocado el aguacero. No fui consciente del frío que hacía hasta que nos subimos al coche y oí el choque de los dientes de Hailey cada vez que tiritaba. Por suerte, siempre llevaba una toalla en el coche y un par de sudaderas.

Apenas llevábamos un par de minutos en la carretera cuando

escuché la respiración acompasada de Hailey. Llevaba un buen rato dándole vueltas a algo y no sabía si sería una buena idea, pero estaba dispuesto a descubrirlo.

Conduje hasta el centro de Seattle y no desperté a Hailey hasta que había estacionado el coche.

—Eh, chica de las pestañas, despierta —murmuré, agitándole con suavidad el hombro. Bostezó, abriendo los ojos y apoyándose en el reposacabezas.

—¿Ya hemos llegado? —preguntó con voz soñolienta.

—Sí —asentí con franqueza.

—¿Dónde estamos, Aiden? Esto no es el garaje de nuestro edificio.

—Estamos en mi ático. He pensado que, como estamos hechos una mierda, podríamos pedir las hamburguesas a casa. Y, mientras, darnos una ducha con agua caliente —sugerí rascándome la nuca.

En ese instante no estaba tan seguro de lo que estaba haciendo. No había sido una buena idea. ¿Realmente quería que Hailey descubriera que estaba en posesión de un ático en el corazón de Seattle? No, desde luego que no. Ni siquiera sabía cómo pudo pasárseme por la cabeza esa idea, pero ya no podía dar marcha atrás. No podía decirle que no quería y dejarla en la puerta de su apartamento. Porque, aunque fuese tan capullo como para hacerlo, me faltaban cojones para hacérselo a ella.

—Me alegro de que no me hayas llevado de nuevo a casa. No quiero volver, no por ahora —dijo con tristeza.

Cuando esa tarde la encontré en la azotea, llorando y hecha un ovillo, sentí que algo iba mal. No sabía mucho de Hailey, pero era fuerte, valiente y peleona. No se venía abajo como un castillo de naipes por cualquier cosa. Luego me encontré con sus ojos, y esta vez lo único que vi fue tristeza y dolor. Un dolor inmenso atravesándole el alma. Y yo había aprendido que hay obstáculos contra los que no se puede hacer nada por muy dolorosos que nos resulten, y ella se encontraba frente a uno de ellos.

CAPÍTULO 18

Hailey

Entramos en el ascensor y Aiden apretó el botón de la última de las más de treinta plantas con las que contaba el edificio. El ascensor se paró y unos segundos después las puertas de acero de color bronce, a juego con la sobria decoración, se abrieron, mostrando un enorme *hall* engalanado con grandes maceteros con plantas, lienzos con imágenes abstractas y un suelo blanco por el que se escuchaban nuestros pasos. Caminamos hacia la única puerta que había y atisbé una duda en el rostro de Aiden cuando introdujo la llave en la cerradura.

Todo era amplio y elegante. Desde el salón, con un enorme sofá azul y una mesa de centro de cristal, hasta las alfombras, con motivos geométricos. Aiden me ofreció un pequeño *tour* por su casa. El ático contaba con dos habitaciones con camas kilométricas y provistas de grandes vestidores, dos baños con bañeras de hidromasaje, un gimnasio, una sala de cine, un salón y una cocina. Todos los espacios estaban acompañados de enormes ventanales que iban desde el techo hasta el suelo, con unas vistas que quitaban el aliento. No sabía nada de lujo ni de moda, pero sabía que cada metro cuadrado de aquel ático estaba decorado con muebles elegantes de diseño. Incluso, encontrándonos en la planta 34, habían diseñado una enorme terraza con una piscina y jardín con cuatro palmeras, dos hamacas y un minibar. ¿Quién coño era Aiden Carter? Dudaba que el resto de los estudiantes de Washington University albergaran todos aquellos lujos. Incluso Mía, que venía de buena familia, no poseía tanta riqueza. Tenía muchas dudas y preguntas, estaba llena de curiosidad, pero no dije nada. Tenía la sospecha de que Aiden estaba terriblemente incómodo con mi presencia pululando por los rincones de su casa, así que no mencioné nada al respecto.

—Puedes darte una ducha mientras voy pidiendo las hamburguesas —rompió el silencio—. Hay toallas en el baño… Y te buscaré algo que puedas vestir —añadió.

Asentí ligeramente y caminé hacia el baño, el cuerpo me pedía una ducha a gritos. Me había olvidado por completo del frío y de mi ropa mojada, y no fui consciente de lo helada que estaba hasta que noté el agua caliente impactando contra mi piel. Cuando corté el

grifo, me puse un albornoz blanco que atisbé a ver colgado en una percha junto a las toallas, y me dirigí a la habitación de invitados. Sobre la cama había una camiseta negra que, a juzgar por el tamaño, pues me llegaba por la mitad del muslo, diría que era suya. Me peiné y volví a la cocina en busca de Aiden.

—No sabía si eras alérgica a algo o si había algún alimento en concreto que no fuera de tu agrado, así que he pedido un surtido de minihamburguesas diferentes con patatas, aros de cebolla y salsas —anunció mientras colocaba las hamburguesas, con una presentación espectacular, sobre la mesa del salón. Sonreí, sentándome en el sofá de manera que no se notase que debajo de la camiseta no llevaba nada más, pues mi ropa interior tampoco se había salvado de la lluvia.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —Cogí otra hamburguesa, le quité el papel y me dejé caer en el suelo, sobre la alfombra en la que estaba sentado Aiden.

—Supongo. —Se encogió de hombros.

—¿Por qué no vives aquí?

—Prefiero vivir cerca del campus —mintió. Sé que lo hacía, pero no dije nada—. ¿Echas de menos Bearden? —quiso saber. Reflexioné unos minutos sobre eso.

—Es raro —reconocí—. No echo de menos Bearden. Cuando llevo la vista atrás, lo único que veo son sombras y algún arcoíris a lo lejos. No echo de menos la falta de recursos continua, ni la cara de preocupación de papá cuando el día de trabajo en el taller no fue tan bien como debería. Ni tampoco dormirme con frío o ver la cara de tristeza de Jacob cuando un día más las ruedas de su bicicleta no lograban inflarse al décimo intento. Tampoco echo de menos los días de trabajo en el taller ni las tardes de estudio hasta que me doliesen los ojos. —Suspiré—. Pero sí echo de menos los abrazos de papá, la risa de Jacob, las conversaciones acerca de nuestros sueños con Emily. Les echo de menos y me aterra no saber cuándo volveré a verlos. Es muy difícil comunicarme con ellos, no siempre que llamo a papá puede cogerme el teléfono y otras tantas veces no está Jacob al lado para ponerse un minuto al otro lado de la línea. Al menos Emily tiene un teléfono decente, que logró comprarse hace apenas un mes gracias a su nuevo trabajo, y por el que se puede hacer videollamadas desde Columbia —admití.

—Se te ilumina la cara cuando hablas de ellos —susurró.

—¿Tú tienes hermanos? —titubeé.

—Sí. Kaden —respondió, dejando ver un atisbo de dolor cruzándole la cara.

Nos vimos interrumpido por el tono de llamada de Aiden. Se podía leer el nombre de una chica.

—¿No vas a responder? —pregunté enarcando una ceja.

—No. —Se encogió de hombros.

—¿Aiden Carter rechazando una posible noche de sexo? —bromeé.

—Estás en mi casa, con nada debajo de esa camiseta y con ausencia de sexo desde sabe Dios cuándo. Creo que aún puedo tener una noche de sexo si quisiera —respondió clavando sus ojos en mí, haciéndome ruborizar. Maldita sea.

—No eres mi tipo, Carter —gruñí.

—¿Estás segura de eso? —me susurró al oído, y su respiración me hizo cosquillas en el cuello. Se había movido y noté sus dedos acariciando uno de mis muslos. Me mordí el labio por inercia. En ese momento descubrí lo mucho que podía vibrar. Una sacudida. La punzada entre mis piernas. La humedad instantánea. El cosquilleo en la piel. La necesidad en las terminaciones nerviosas. Una explosión. Yo no sabía que mi cuerpo podía reaccionar de ese modo. Sentirlo todo solo con el roce de un susurro.

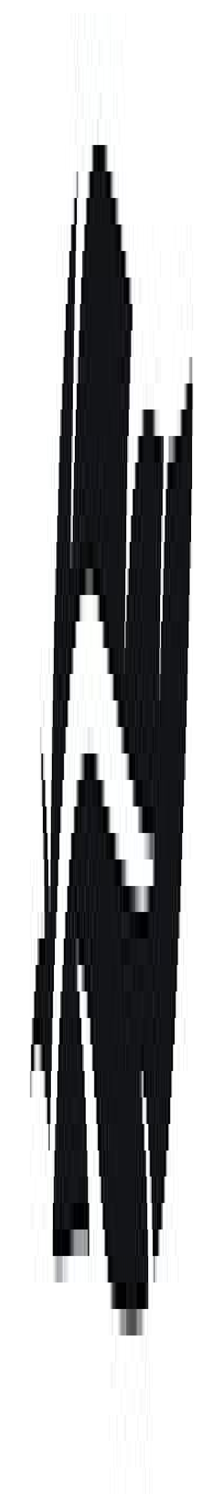
—No juegues conmigo, Carter —logré pronunciar con la respiración entrecortada.

—Ya no aguanto más, joder… —intervino de pronto. No sé cómo, pero me levantó en un movimiento brusco hasta empotrarme con fuerza en la pared. Estrelló su boca con la mía. Su lengua recorrió cada recoveco, cada rincón, enredándose con la mía en una lucha casi salvaje, mientras me pasaba las manos por los muslos y me alzaba como si no pesara nada. Crucé las piernas alrededor de su cintura y me fundí con su boca, como si fueran una sola. De repente el sonido de su teléfono se coló entre los jadeos, los suspiros y las respiraciones agitadas que llenaban el aire del salón, haciéndonos regresar a la realidad. ¿Qué demonios estábamos haciendo?—. ¡Mierda! —gruñó separándose de mí, cogiendo el teléfono. En ese momento aproveché para correr hacia la habitación donde había dejado mi ropa secando y me vestí con agilidad.

—Tienes que irte —dijo cuando regresé al salón, en un tono que hubiera helado el mundo.

—No hace falta que me lo pidas —escupí.

Salí del apartamento veloz, y para mi fortuna había un taxi parado justo en la calle de enfrente.



Luchar contra uno mismo era agotador.

Contra el hecho innegable de que no se podía borrar el pasado. Porque las cosas que han ocurrido no se pueden cambiar, por mucho que sueñes, una y otra vez, que vuelves a ese momento. Al punto exacto en que todo se desmoronó. Y volver ahí solo sirve para revivirlo una vez más.

El lunes había llegado en lo que tardaba en aparecer un pestañeo. Estaba en la cafetería esperando a Liam para nuestro café matutino y me sentía observada. Porque lo estaba. Sabía que lo estaba. En algún lugar del campus estaba Matt. Intercambié un par de mensajes con Emily y respondí a una llamada de papá. Él y Jacob viajaron a Little Rock el sábado a por semillas y pudieron disfrutar de un bocadillo de carne y una porción de tarta con chocolate de postre. Además, Jacob me contó que papá le había regalado una bicicleta de segunda mano, y me quedé sorprendida cuando papá me contó cómo logró los doscientos dólares. Al parecer, en su viaje a Little Rock compró un boleto de Powerball a un dólar y ganó doscientos cincuenta dólares, lo que le permitió gastar el dinero en una nueva bicicleta para Jacob y dejar los cincuenta dólares restantes para comer. También se emocionaron cuando recibieron la enorme caja de comida que le envié, y papá me regañó por haber gastado mi dinero en ellos. Y aunque me aseguró que no lo necesitaban y que podían apañárselas solos, y teniendo la certeza de que era cierto, sabía que aquella caja era un respiro durante un tiempo. Aquellos alimentos hacían que al menos durante este mes pudieran ahorrar algo.

—¿Y ese ojo? —Me reí cuando Liam apareció con el ojo derecho morado.

—¿Qué clase de amiga eres? —Fingió ofenderse mientras tomaba asiento a mi lado—. He quedado con un chico que conocí por una de esas aplicaciones de Internet.

—¿Y te ha pegado? No sabía que te gustaban este tipo de prácticas… —me burlé, rozándole el ojo mientras hacía una mueca de dolor.

—Ojalá fuera eso —gruñó malhumorado—. Habíamos quedado en Denny Park para dar un paseo y romper el hielo. Todo iba de maravilla hasta que un tío se abalanzó sobre mí, dándome un puñetazo en el ojo. Al parecer ese pirado era su exnovio —explicó—. Y no quiero hablar más de mi nefasta cita —amenazó apuntándome con el dedo.

Nos tomamos el café dando un paseo por el campus, aprovechando que, al fin, había salido el sol. Y después nos dirigimos a nuestra primera clase.

CAPÍTULO 19

Aiden

Habíamos ganado el partido más importante de la temporada. Los Washington Tigers lo habíamos logrado. Veía las celebraciones de júbilo del entrenador, de mis compañeros, de las gradas, que rompían en aplausos y coreaban nuestros nombres. Localicé a Hailey entre la multitud, al lado de Mía y Liam. Los tres aplaudían con ímpetu y vi la sonrisa de Hailey, amplia y más bonita que nunca. Y yo no me sentía para nada tan feliz como los demás.

Me fui directo a los vestuarios mientras mis compañeros celebraban el triunfo. Y casi había terminado de recoger cuando oí el repiqueteo de unas pisadas entrando.

—¿Carter? —Me giré al oír la voz desconocida—. Soy Michel Brown, formo parte de equipo técnico de Los Angeles Rams. —Me tendió una mano, que terminé aceptando con reticencia.

—Un placer —murmuré entre dientes.

—No pareces muy alegre por la victoria. Eres la estrella del equipo, se supone que deberías estar celebrándolo fuera con el resto —aseguró—. Voy a ser franco, Carter. Te queremos en el equipo. Ficharás por tres temporadas. Supongo que, teniendo en cuenta quién eres, la módica cifra de trescientos mil dólares la temporada te parecerá una miseria. —Se rio con vergüenza—. Pero ninguna oferta que puedan hacerte superará eso.

—No me interesa —dije con la voz entrecortada.

—¿Cómo? —Negó con la cabeza—. En una entrevista, su padre aseguró que sería un orgullo para él verte jugar en los Pittsburgh Steelers, ¿es por eso? ¿Porque quieres fichar por los de Pensilvania?

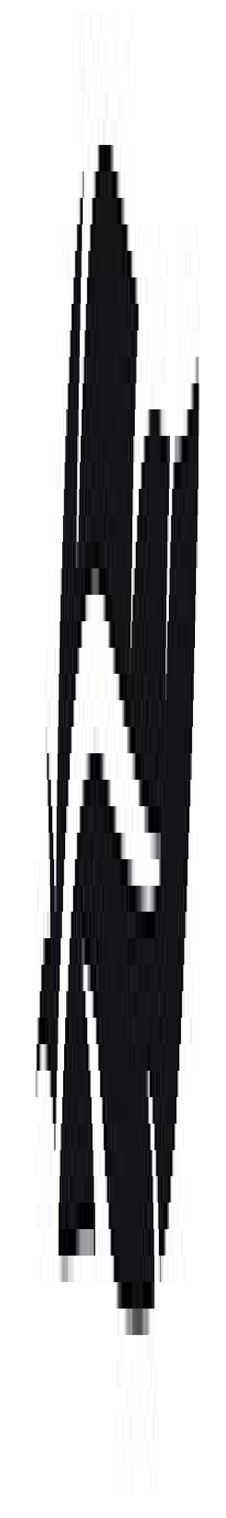
—No —negué, soltando un bufido.

—Sé reconocer cuándo alguien me miente a la cara —apuntó—. Tú quieres aceptar esta oferta y nosotros vamos a esperarte hasta que termine la temporada. No sé qué demonios te pasa por la cabeza ahora mismo ni que conflictos internos debes resolver. ¿Una chica? ¿Tu familia? ¿Tu padre? En cualquier caso, solo debes mirar por tus sueños. Dónde quieres estar y quién quieres ser. —Apoyó la mano en mi hombro con demasiada confianza—. Chaval, déjame darte un

consejo. Tengo cincuenta y tres años, y he descubierto en numerosas ocasiones que de lo único que me arrepiento es de no haber hecho cuando tuve la oportunidad aquellas cosas que me llevarían a la cima de mis sueños. La vida es cortísima, Carter. Hoy estamos aquí, manteniendo una conversación irrelevante e injusta si tenemos en cuenta las guerras que se desatan al otro lado del charco. Con trescientos mil euros sobre la mesa, que pretendes rechazar, y miles de personas muriéndose de hambre. Y todo puede cambiar en un segundo. Porque de camino a casa puedo tener un accidente mortal y jamás llegar a ver a mi mujer y a mis hijas. Pueden diagnosticarte una enfermedad que sepulte tus sueños, o lo peor de todo, Carter, que dejes pasar el tiempo. No hay peor bala en el mundo que el tiempo. Y es que tan solo se necesita un segundo para el que mundo se tiña de negro y ya nada vuelva a ser lo mismo. La vida empieza y termina casi el mismo día, solo dura una milésima de segundo. —Me miró con intensidad y yo no me atrevía casi a mirarle. Era como si él ya conociera todo de mí—. Te dejo mi tarjeta con mi contacto. No seas un capullo y llámame. —Me tendió una tarjeta, que terminé guardando en mi cartera, y se despidió con un apretón de manos y un par de palmaditas en la espalda.

Me senté en uno de los bancos del vestuario y pensé en esos sueños que un día tuve, y me costó encontrarlos. Había pasado tanto tiempo, y habían cambiado muchas cosas, que empezaba a creer que solo se trataba de un pasado difuso. Me dolía pensar en la posibilidad de haberlos perdido. Me dolía y, sin embargo, era incapaz de correr a buscarlos.

Lo cierto era que la presencia de Michel Brown me había hecho sentir una implacable esperanza por cosas a las que había renunciado hacía mucho, y el recuerdo de mis propios sueños olvidados me había herido.



Como era tradición, cada victoria se celebraba de fiesta, pero

especialmente tratándose de una victoria tan importante para gran parte de los miembros del equipo. Pues era de esperar que a muchos de ellos les llegaría una llamada que cambiaría sus vidas en los próximos días.

Los chicos habían decidido ir al QNightClub, era una de las discotecas más exclusivas de Seattle. Cuando entramos nos recibió el barullo de la gente agolpándose al ritmo de la música. En ese instante sonaba *Peaches* de Justin Bieber. Caminamos hacia la barra a por algo de beber y me quedé de piedra cuando me encontré con la mirada de Hailey, que acompañaba a Mía y esta estaba demasiado ocupada felicitando a Scott. Estaba tremendamente guapa y *sexy*. Llevaba un pantalón vaquero negro que se ajustaba a sus piernas como una segunda piel, un top negro con diminutas perlas blancas adornando el escote y unas sandalias de tacón negras. El pelo moreno le caía en cascada, tan largo y liso que sus puntas rozaban el comienzo del pantalón. Se había echado máscara de pestañas, haciéndolas aún más largas y espesas si es que eso era posible. Y llevaba los labios de un rojo intenso. Joder… No era un secreto que Hailey era guapa y tenía unas curvas de infarto. Incluso los primeros días en el campus, cuando vestía esa ropa vieja y llevaba el pelo en una trenza desecha, había recibido todo tipo de comentarios. No había pasado desapercibida su belleza. Había oído por el campus los comentarios de muchos chicos y hasta fui consciente en ocasiones de la envidia que despertaba en las mujeres. Porque, mientras las chicas con las que solía enredarme se pasaban horas frente al espejo, Hailey ni siquiera se peinaba por la mañana. La primera vez que la vi ya me había quedado prendado de sus ojos verdes. La jodida chica de las pestañas era condenadamente atractiva.

—Enhorabuena por el triunfo. —Sonrió cuando me acerqué a ella. Desde que salió de mi ático fui consciente de que nos evitábamos, y de eso hacía más de una semana. Ni siquiera cuando fui al Skils Bar a tocar la guitarra intercambiábamos más de un saludo. Había dejado de frecuentar tanto ese bar, y no era por ella. Sino porque ya no tenía sentido que fuera allí, porque atravesar aquellas puertas estaba comenzando a doler y ya no me sentía en casa. Más bien me sentía como un extraño en un lugar que conoce a la perfección, pero que jamás le ha pertenecido.

—Ha sido un gran partido —reconocí mientras me llevaba la copa que había pedido a los labios.

—Cuando regresaba a casa, he oído a un tipo hablando por teléfono, diciéndole a quien estuviera al otro lado de la línea que te había hecho una oferta —aseguró mirándome con intensidad. Mierda.

—Michel Brown. Forma parte del equipo técnico de Los Angeles Rams. —Suspiré, dándole un trago largo a mi bebida.

—¿No era que querías fichar por los de California? —Sonrió. Hailey no era ingenua, sabía a dónde quería ir a parar.

—Es complicado —dije cansado. No quería mantener esa conversación.

—No lo es. —Se encogió de hombros, optando una postura seria—. No sé quién eres, Aiden Carter, eres difícil de leer. A veces creo que eres un muro infranqueable con los cimientos más sólidos que he conocido hasta el momento, y en ocasiones veo que solo se trata de un castillo de naipes a punto de volar por los aires.

—No me gusta que me analicen —dije mordaz.

—Los sueños tienen fecha de caducidad, Aiden, y no hay que dejar escapar las posibilidades que nos regala la vida. —Me miró seria, clavándome los ojos. Sentí que podía leerme por dentro. Le aguanté la mirada un tiempo, que me pareció eterno, hasta que al fin la desvió—. Esta noche celebremos. Vuestra victoria y lo que venga —dijo, llevándose su copa a la boca y caminando hacia Mía y Savannah. Dejándome en la barra como un imbécil.

—Te juro que nunca he visto una mujer igual. Lo que daría por besar esos labios —gruñó Cameron. ¿Qué cojones? ¿Acaso estaba interesado en Hailey?

—¿Qué? —renegué.

—¿Qué? ¿Acaso no tienes ojos en la cara? Es guapa, buena, inteligente, divertida… Es la mujer perfecta —halagó.

—Es una paleta de Arkansas —se burló Spencer, que se acercó dándome un beso en el cuello. No me pasó desapercibida la mirada de rabia que echó en dirección a Hailey.

No sé el tiempo que llevaba en la cola del baño cuando apareció Hailey en mi campo de visión. Se tambaleaba y sonreía ampliamente. Tropezó y yo la agarré rápidamente, sorprendido de conservar mis reflejos. Su boca estaba a menos de cinco centímetros de la mía, pensé en lo fácil que sería acercarme a ella y pasar mi lengua por sus labios. Aspiré su aroma, olía a todo lo bueno.

—Odio cuando me tocas, Aiden —gruñó a la vez que le recorría un escalofrío.

—Tu cuerpo no opina lo mismo. —Me acerqué más a ella, colocándola contra la pared. Deposité un beso en su cuello y lo lamí hasta alcanzar la oreja.

—Aiden… —jadeó—. No juegues conmigo, Carter —escupió pretendiendo hacerse la dura, pero la sonrisa la traicionó.

—Deja de retarme, Peterson. Dices que odias cuando te toco, y, sin embargo, podría jurar que ahora mismo no quieres que deje de hacerlo. —Acaricié su barriga desnuda y ascendí hasta rozar el inicio del top. Pensé en lo fácil que hubiera sido continuar con aquello, pero si lo hacía tenía la certeza de que no sería yo quien tuviera las reglas

del juego y eso no me pasaba jamás. Ninguna mujer lograba hacerme perder la cabeza. Y no iba a consentir que Hailey fuera la primera.

—Si quisiera que me follaras te lo diría, Carter. —Esta vez fue ella la que se acercó más a mí. E imitó el gesto, me depositó un beso a la altura de la oreja. Joder—. Y a juzgar por esto… —dijo acercándose más, acariciándome la polla por encima del pantalón—. Dices que odias cuando te toco, y, sin embargo, podría jurar que ahora mismo no quieres que deje de hacerlo —repitió mis mismas palabras, y se alejó escabulléndose entre la gente.

A esto me refería.

Hailey cambiaba las reglas del juego y la culpa era mía por provocarlo. Y ahora mismo no sabía qué iba a hacer con la erección que tenía dentro del pantalón, porque no se iba a bajar con una ducha de agua helada ni con otra mujer.

Entré en el baño y me lavé la cara con agua fría en un intento fallido de recomponerme antes de volver con el resto.

—¿Aiden Carter? —Oí detrás de mí cuando salí del lavabo.

—¿Megan? —Mi peor pesadilla, aunque ella no tuviera la culpa de nada.

—No sabes el gusto que me da encontrarte. —Soltó una carcajada grande y forzada—. Tengo muchas ganas de hablar contigo. Tenemos cosas en común… Y podemos hacer grandes negocios.

—¿De qué estás hablando? —pregunté.

—Salgamos juntos para contentar a nuestros padres, y después de un tiempo anunciaremos nuestro compromiso.

—Estás loca. —Esta vez fui yo quien se rio.

—Lo harás de cualquier modo. Sencillamente porque son los planes de nuestros padres. —Sonrió.

—¿Y qué ganas con eso? —pregunté alzando los brazos.

—Ser la esposa de un Carter —aseguró.

—¿Y qué ganaría yo? —No sé ni por qué pregunté aquello.

—No me importa lo que ganes tú, Carter. Te dejaré en paz como esposa. Podrás follarte a quien quieras, siempre y cuando no se filtre en la prensa. Y lo harás. Aunque no quieras, te casarás conmigo porque a tu padre le conviene. —Intentó darme un beso, pero la empujé con fuerza. Se marchó, dejándome solo, con el sonido de sus carcajadas taladrándome el cráneo. ¿Cómo existían personas así? ¿Por qué alguien como Megan, de buena familia y bella, iba a aceptar casarse conmigo por negocios? Odiaba a mi padre, a mi madre y mi jodido apellido. No iba a casarme con nadie y solo tenía veinticuatro años, joder.

Regresé a donde se encontraban mis amigos, y yo ya no tenía un resquicio de alcohol en el cuerpo. Megan se encargó de hacerlo desaparecer, y cada segundo que pasaba allí dentro me faltaba el aire.

Me encontré a Cameron diciéndole algo a Hailey que la hizo reír. Estaba acariciándole el brazo y ella no parecía incómoda, sino todo lo contrario. Creo que esa, por algún motivo desconocido, fue la gota que colmó el vaso por esa noche. Esperé con impaciencia a que Cameron se alejara de ella, y en un momento que le vi marchase al baño me acerqué a Hailey.

—Necesito huir, Hailey —susurré en su oído. Supongo que, cuando me miró a la cara, supo que algo no marchaba bien.

—Vámonos —propuso.

—¿A dónde? —pregunté pasándome una mano por la nuca, frustrado.

—A donde nos devuelvan las alas —susurró, agarrándome la mano y arrastrándome hacia la salida.

Temblé.

Ojalá Hailey supiera dónde estaba ese lugar, porque de conocerlo iría ahora mismo a buscar las mías y le devolvería las suyas, aunque tuviera que recorrer infiernos o atravesar mares a nado.

Aunque tuviese que atravesar el mundo de rodillas, lo haría.

CAPÍTULO 20

Hailey

Era irónico desear huir, esconderse de los problemas y de las cosas que nos atormentaban, cuando realmente no podíamos huir de la piel, de nosotros mismos. Solo podemos ir a otro lugar, lejos de la realidad, quizá a donde creemos que nunca nos alcanzaran. Pero por mi experiencia había descubierto que ni siquiera estás escondida cuando crees que no te ven, se transportan contigo y se quedan agazapados observando el dolor que te provocan desde la distancia, pero lo suficientemente cerca como para no perderse detalle, como una película a cámara lenta. Y cuando menos te lo esperas, cuando te crees invencible, ahí están de nuevo. ¡Boom! Arrancándote de cuajo las alas una vez más, dejándote destruida y en carne viva, mientras el mundo sigue girando y girando. Y tú te quedas otra vez plantada en medio de la nada, tratando de encontrar tu sitio.

Después de obligar a Aiden a subirse al metro, cosa que me había confesado que jamás había hecho, y yo que nunca había entrado ni siquiera en uno, nos encontramos en el paseo marítimo de la ciudad. No tenía ninguna intención de venir aquí, en realidad nos subimos al primer vagón que pasó y nos bajamos en una parada aleatoria, improvisando. Seattle estaba asentada sobre la gran Bahía de Elliot, y, si a eso le sumabas los numerosos muelles con puestos de *souvenirs* y comida, la Gran Rueda de Seattle y el acuario hacían de la ciudad un lugar interesante para el turismo.

—Subamos a la noria —propuse.

—Ni de puta broma —farfulló reacio.

—Será divertido.

—Cuando era pequeño, hubo un fallo y me quedé durante horas quieto en la cima —reconoció—. Eres de Arkansas. Allí no tenéis más que campos y granjas. Debería acojonarte una noria gigante —gruñó, suscitándome una carcajada.

—Eres un cobarde, Aiden Carter. —Le dediqué una sonrisa mientras enarcaba una ceja.

—¿Me estás retando, Hailey Peterson? —gruñó, imitando mi gesto con la ceja alzada.

—Sí, lo estoy haciendo.

Antes de seguir caminando hacia allí, me dirigió una mirada divertida que me hizo reír. Los árboles de los alrededores estaban decorados con luces de colores. Esperábamos en la cola; esa noche apenas había frío. Nos subimos a una de las cápsulas. La nuestra iba vacía. Juraría que fuimos los únicos a los que les tocó ir solos. Nos situamos en uno de los extremos y no tardó en empezar a moverse. Tenía miedo, estaba acojonada, pero no iba a decírselo. Aquella cosa se movía demasiado rápido, pero cuando alcanzamos la cima y fijé mis ojos en la Bahía de Elliot, en las luces parpadeantes y el cielo repleto de estrellas… supe que aquella había sido la locura más preciosa de mi vida hasta el momento.

—¿Lo sientes? —susurró, mirándome de una forma que lograba darme un vuelco en el estómago.

—¿El qué? —dije en el mismo tono.

—El vértigo que te sacude —murmuró.

No dije nada. No podía. Se me había formado un nudo de algo desconocido en la garganta. Simplemente, le miré y no separamos los ojos el uno del otro hasta que la noria descendió hasta detenerse.

Me rugió el estómago cuando nos acercamos a los puestos ambulantes de comida y Aiden propuso pedirnos una porción de *pizza,* que acepté con gusto con la única condición de pedir un helado de chocolate después.

—¿Qué quiere ser Jacob de mayor? —preguntó mientras le daba el primer lengüetazo a mi helado.

—Arquitecto. —Sonreí—. Solía encontrar la forma de crear fuertes y cabañas de dudosa estabilidad con cualquier cosa que encontraba por ahí; en el taller de papá, en la carretera, en la basura… Creo que es la única cosa que tenemos en común. Nos gusta soñar a lo grande, soñar más de lo que se nos está permitido. —Suspiré.

—¿Crees que lo logrará? —se interesó.

—Sí. Cuando no tienes nada y solo deseas una cosa, y justamente solo esa cosa es la única posibilidad que tienes para alcanzar una vida mejor… Terminas lográndolo, porque no hay nada más. Además, Jacob es inteligente, sin esfuerzos. No requiere demasiadas horas frente a los apuntes. Sé que saldrá de Arkansas —dije convencida. Porque realmente lo estaba.

—¿Y tú qué quieres hacer? ¿Con qué fin estudias Filología Inglesa?

—Quiero dedicarme al mundo editorial. Me gustan las novelas y disfruto analizándolas —admití. Quise preguntarle sobre él, por qué estudiaba Economía y Gestión, por qué podía permitirse un ático de lujo en el centro de Seattle, y no me olvidaba de sus cicatrices. ¿Por qué tenía la espalda repleta de pequeñas cicatrices? Era un misterio

para mí.

Después de un largo silencio, en el que solo nos dedicamos a terminar el helado, Aiden volvió a lanzar una pregunta:

—¿Te asusta el vacío? ¿Alguna vez te has sentido como si estuvieras flotando en mitad de la nada?

—A todo el mundo le asusta. El vacío es peligroso. Porque al principio buscas desesperadamente salir de él, de cualquier forma y casi siempre incorrectamente. Entonces, en la gran mayoría de ocasiones, nos acostumbramos a vivir en él y ahí es cuando estamos realmente jodidos, porque se nos complica el camino de retorno. Tendemos a creer que el vacío debemos llenarlo y no es así, simplemente debemos dejarlo estar. Mirarlo desde la distancia y quizá acercarnos un poquito a su precipicio de vez en cuando. Hay que mirarlo como una línea infranqueable; cuando veas que te acercas demasiado, saber que es el momento de tomar decisiones que nos hagan retroceder dos pasos hacia atrás.

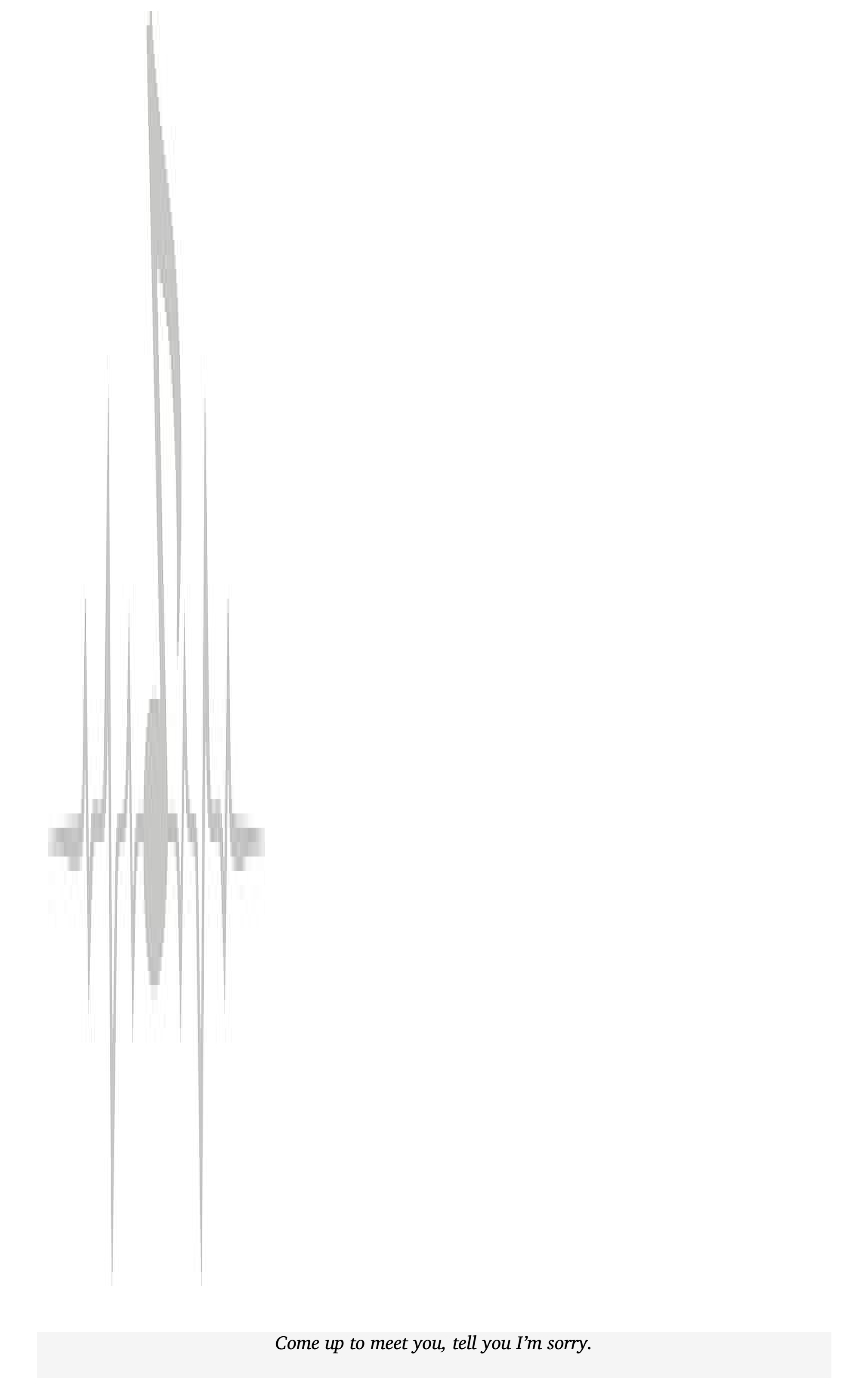
—Yo no sé de qué lado estoy. —Suspiró, haciéndome fruncir el ceño.

—Lo importante es que conserves un pie pisando tierra, porque ese será tu anclaje al mundo. Y lo segundo es que tengas sueños que cumplir. Constantemente necesitamos un motor; si no tenemos algo que nos empuje hacia delante, nos volvemos inertes. —Me aclaré la garganta—. Pero hoy no estamos aquí para mantener conversaciones demasiado profundas ni para analizar dónde nos encontramos. Estamos huyendo a donde nos devuelvas las alas, ¿recuerdas? Así que vamos a tomarnos la última copa en el primer garito que encontremos y después vamos a lanzarnos al Lago Union —dije tirando de él, haciendo que se levantase y echando a correr por el paseo hacia las calles del centro.

Apenas llevábamos cinco minutos corriendo y muertos de risa cuando entramos en un bar con luces de neón rojas y un cartel destartalado en el que ya ni siquiera se podía apreciar el nombre. Para mi sorpresa estaba lleno. Nos sentamos en una mesa que quedaba libre al fondo y nos pedimos una botella de tequila, que esperaba no llegar a terminarla. Y así, entre risas, conversaciones triviales y otras profundas, entre confesiones provocadas por el alcohol y buena música, terminé convenciendo a Aiden de que cogiese una de las guitarras que había en el pequeño escenario y cantase alguna canción.

—No sé cómo me he dejado convencer para esto —dijo, agarrando el micrófono y haciendo enmudecer a los presentes—. ¡Pero esto va para ti, chica de las pestañas! —gritó sonriendo, señalándome y provocándome una punzada en el corazón.

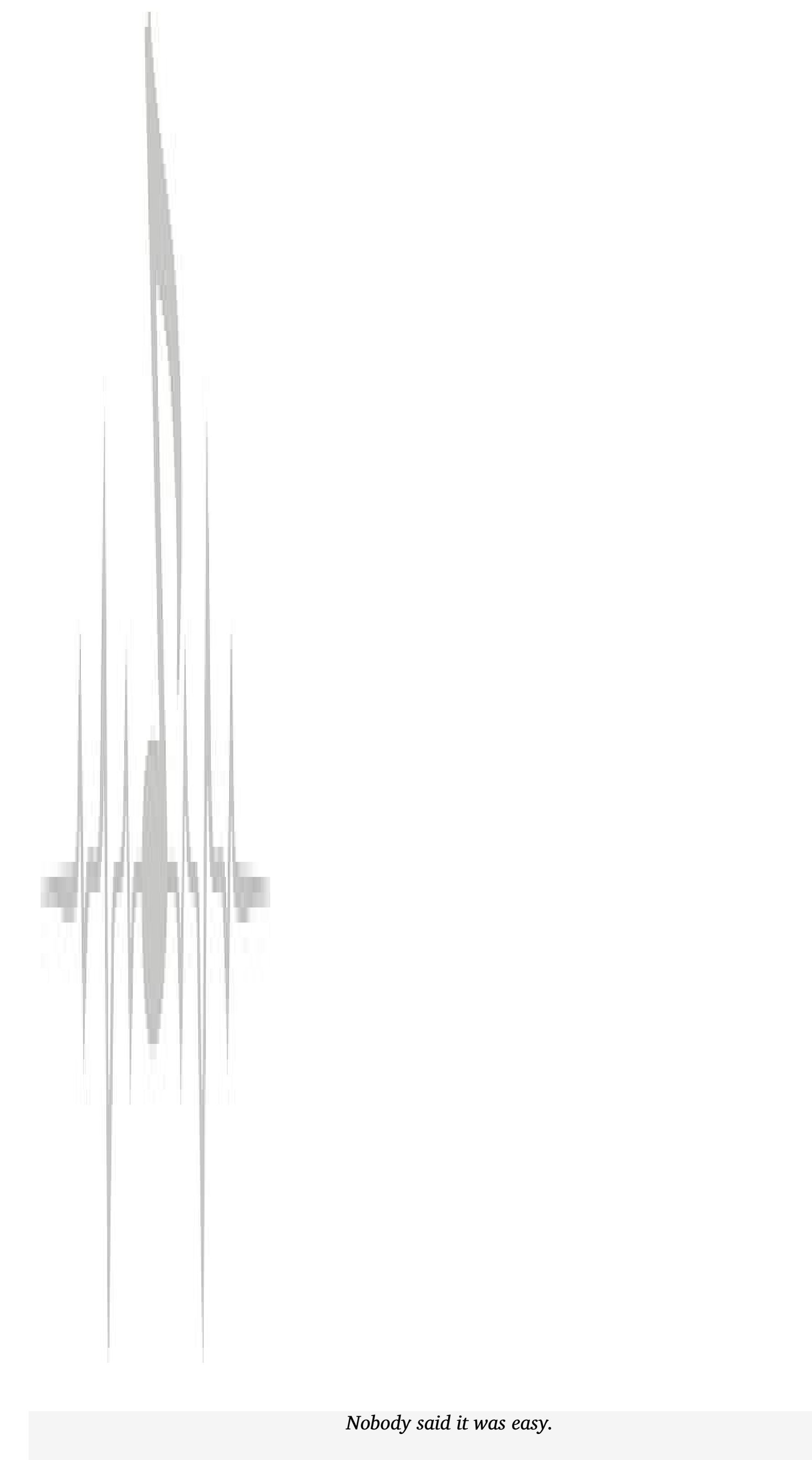
Comenzó a tocar los primeros acordes de *The Scientist* de Coldplay, y entonces el timbre de su voz inundó el local.



Come up to meet you, tell you I’m sorry.

You don't know how lovely you are.
I had to find you, tell you I need you
and tell you I set you apart.
Tell me your secrets and ask me your questions…
Oh, let's go back to the start.
Running in circles, coming up tails…
Heads on a science apart.

Aiden no dejaba de mirarme y el resto de los clientes comenzaban a vitorear y animarse. Con la entrada de la siguiente estrofa, canté a pleno pulmón el resto de la canción, acompañándole y logrando que se uniera la gente.



Nobody said it was easy.

It's such a shame for us to part.
Nobody said it was easy.
No one ever said it would be this hard.
Oh, take me back to the star.

El Lago Union tenía una superficie de doscientas treinta y cinco hectáreas y una profundidad media de diez metros, aunque había quien decía que no tenía fondo y que había una fuerza que te arrastraba hasta el centro. Solo se trataba de leyendas, pues era habitual ver a los turistas y los lugareños darse un chapuzón en verano.

—¿Esto va en serio? —preguntó, señalando la superficie del agua.

—Totalmente en serio —afirmé.

—¿Vas a quitarte la ropa? —quiso saber, llevando su mano al dobladillo de su camiseta.

—Teniendo en cuenta que la temperatura de ahí dentro rondará los diez grados… No contemplo esa posibilidad. Ya sé que no tiene sentido, la ropa no va a protegerme del frío, pero quiero creer que lo hará. Aunque sea un poquito. —Tirité.

Le cogí la mano y saltamos juntos. Y en ese instante no había nada que temer, excepto la pérdida de contacto con su mano. El agua estaba sorprendentemente helada. Nadamos juntos, cogidos de la mano todavía. Descendimos hacia el fondo, y solo habían pasado unos segundos cuando emergimos del agua y llenamos los pulmones.

Nos quedamos quietos, flotando bocarriba un rato sin dejar de reírnos. Hasta que el frío nos había calado y decidimos salir del agua, recostándonos sobre la hierba. Estaba amaneciendo y ahí, con la primera luz del día, me pregunté cómo podía existir alguien tan guapo.

Su mirada recorrió mi rostro. Mientras su pulgar trazaba círculos sobre la piel desnuda de mi barriga, noté el calor ascenderme por todo el cuerpo. Aún recordaba cómo me había hecho sentir en el QNightClub. Joder.

—Creo que tenemos algo pendiente. —Percibí un ápice de desafío en su voz y me aterraba descubrir por qué se me aceleraba tanto el corazón. Cuando me relamí los labios y ladeé la cabeza, fui consciente de que iba a arrepentirme de esto, probablemente, lo que me quedase de vida.

—En eso estamos de acuerdo —susurré al final.

Aiden se inclinó para rozar mis labios con los suyos. Al principio no era más que una ligera caricia, pero no tardó mucho en profundizar el beso y volverse más urgente. Cuando subí los brazos por sus hombros y enterré los dedos en su pelo, él profirió un gruñido de lo más *sexy* contra mi boca. Sentí todo su cuerpo tensarse contra el

mío. Movió las manos hasta mis caderas, donde clavó los dedos en mi piel.

—No me gustas en absoluto, Hailey Peterson —murmuró en tono de contradicción. Y entonces su lengua volvió a lanzarse a explorar otra vez, deslizándose sobre la mía y arrancándome un gemido. Me aferré a él, completa y totalmente adicta al contacto de su boca sobre la mía.

—Ni tú a mí, Aiden Carter —susurré. Sus labios encontraron mi cuello y luego empezaron a succionarlo, provocándome unos cuantos escalofríos. Movió las caderas contra las mías con tanta sensualidad que me arrancó otro gemido. Me volvió a besar, y su lengua jugueteó con la unión de mis labios.

—Deberíamos volver —propuso en un tono más serio y frío. Me limité a asentir, porque era lo mejor. Si continuaba besándome de ese modo, perdería la cabeza.

De regreso al edificio en el que vivíamos, la especie de burbuja que habíamos creado esta noche explotó. Como una burbuja de jabón cuando impactaba con una superficie. Sencillamente porque, cuando nos aproximamos al campus, nos encontramos con un grupo de estudiantes que se acercaron a saludar al *quarterback* del equipo de fútbol e hicieron algún comentario despectivo hacia mí.

—Eh, Aiden. ¿de dónde vienes con la paleta de Arkansas? —se burló una chica.

—Fue una casualidad —dijo mirándome con una disculpa.

Estuve a punto de decirle unas cuantas cosas. Estuve a punto de recordarle nuestra noche recorriendo las calles de Seattle y nuestro beso. Sin embargo, seguí de largo, como si realmente solo hubiese sido una casualidad que caminásemos juntos.

Cuando cerré la puerta de mi habitación, estaba dolida. Enfadada. Decepcionada. Pero, por encima de todo, estaba profundamente triste. Me limpié las lágrimas con furia y me aparté el pelo de la cara. ¿Qué demonios me pasaba? ¿Por qué me había afectado su indiferencia?

CAPÍTULO 21

Aiden

Siempre que iba al UW Medical Center reflexionaba durante horas. Por ejemplo, habitualmente se consideraba muerta a una persona cuando su corazón dejaba de latir. Entonces se podría llegar a la conclusión de que el primer latido es el primer día del resto de la vida de una persona. En cambio, eso era totalmente falso o simplemente era que esa norma no se aplicaba a las personas en coma. Porque cuando entrabas en coma seguías latiendo, respirando… Casi siempre a través de una máquina. Eso no podía contar como vivir en todo su esplendor. Y yo lo sabía. La teoría me la sabía de cojones. El problema era la práctica. Y las decisiones. Sobre todo las decisiones importantes y contundentes. Ese tipo de decisiones que una vez tomadas no puedes deshacer. Como dejar ir a alguien que quieres. Como tener en tu poder la decisión de la otra persona. Elegir vivir o morir no era una decisión sencilla que tomar cuando debíamos tomarla por otro. Y era que todos y cada uno de nosotros somos las decisiones que tomamos. Pero sabía a ciencia cierta que, en ocasiones, todos desearíamos meternos en una máquina del tiempo para borrar alguna elección.

A menudo me preguntaba cómo era salir del coma. Por la experiencia de los que sí habían despertado, lo describían como algo así. Como un zumbido taladrándote el cráneo, unas lagunas enormes. Nada que ver con las de después de una noche de borrachera, no, lagunas de la hostia. Laguna del tipo «haber borrado el disco duro de tu vida». Algo parecido a no existir. Me parecía cruel y aterrador despertar un día y encontrarte un abismo en tu cabeza, no tener recuerdos de ningún tipo. Supongo que algo parecido a cuando nacemos, solo que por aquel entonces nuestro cerebro no está lo suficientemente desarrollado como para percatarse de que está hueco. Y yo no había conocido a nadie que hubiera despertado, más allá de tres meses en coma, con sus recuerdos intactos. A menudo los médicos solían decir que no importaba, que si no tenías recuerdos siempre podrías fabricar unos nuevos. Eso fue lo que le dijeron a Daryl, un chico que despertó del coma seis meses después de sufrir un accidente de moto. Con veintisiete años. ¿Cómo alguien va a crear nuevos recuerdos tras haber eliminado veintisiete años de identidad? Lo único

que sabía Daryl era su nombre y porque se lo había mencionado su familia. Los recuerdos de la infancia y adolescencia son fundamentales, son los que nos ayudarán a entendernos en el futuro. Por qué somos como somos y por qué pensamos como lo hacemos. Por qué sentimos esto y no lo otro. Los necesitamos para gestionar nuestras emociones también. Así que no. No podemos crear nuevos recuerdos sin una base, irónicamente, llena de recuerdos. No puedes volver a conocerte a ti mismo. Porque tu nuevo yo, aunque tú no lo sepas, estará irremediablemente dictado por la persona que fuiste en el pasado y que eres incapaz de recordar. Estar en coma es una putada tanto si despiertas como si no lo haces.

Yo lo sabía y, aun así, me negaba a tomar la decisión de desconectarla de la máquina. Volvía a sentarme a su lado, le agarraba la mano y se la apretaba esperando un reflejo. Continuaba contándole cómo me iba y seguía suplicándole que abriera los ojos, aun cuando sabía que jamás lo volvería a hacer. Porque estaba muerta y lo único que la separaba de la tumba, de la muerte, era yo.

Era yo. Y solo yo. Un cobarde egoísta al que le dolía ver a la única persona que ha querido en la vida de ese modo. Anclada a una cama y encadenada a una máquina. Y yo me sentía como si me abriesen un agujero en el pecho solo con la idea de dejarla marchar.

Y ni hablar de la muerte. La muerte me acojonaba. Pensar en ella me apretaba las pelotas hasta dejármelas moradas. Porque después de la muerte no hay nada. Ni siquiera oscuridad. No existe nada. Y nada es nada. Y no se puede definir la nada porque no hay nada, carece de todo.

Pero lo peor, lo peor de todo, era que la estaba traicionando. Ella no querría esto. Lo sabía porque sentía que me enviaba señales. Se colaba en mis sueños y a veces en mis pesadillas, me suplicaba que la desconectase y se despedía de mí.

Y mientras estaba aquí, en esta butaca de hospital, pensando en todo esto… Se me venía a la cabeza Hailey, la envidiaba muchísimo, porque ella supo dejar ir a su madre con una valentía que a mí me faltaba. Estaba seguro de que Hailey mostraba esa fuerza impulsada y obligada por la vida que le tocó vivir, porque el mundo no era igual para todos. A menudo el mundo era como una jungla de crueldad.

No sé el tiempo que pasé en el hospital hasta que decidí que había llegado la hora de volver a casa. Iba a darme una ducha larga de agua caliente y perderme un rato entre las cuerdas de mi guitarra. Con la esperanza de hacer desaparecer la tensión que parecía anclarse a mi cuerpo.

Subí por las escaleras, parándome en el tercero piso, frente a la puerta del apartamento donde vivían Mía y Hailey. Por un segundo

estuve tentado de llamar y disculparme por mi actitud del sábado cuando nos encontramos con unos estudiantes en nuestro regreso a casa y me comporté como un idiota con ella, como si se tratase de una desconocida. Solo trataba de alejarla de las posibles especulaciones hirientes a las que tendría que enfrentarse después. Pero no lo hice. Continué mi camino y me encerré en mi cuarto. Había sido un idiota.

Por suerte Tyler no se encontraba en casa, así que podría tocar la guitarra con tranquilidad. No me importaba hacerlo delante de él o que me escuchara hacerlo. Tyler sabía todo de mí… Hasta mis cicatrices. De pequeño, jugando en el parque, me caí sobre un montón de cristales. Esa era la única versión que el mundo conocería. Me quité la camiseta y miré mi espalda en el espejo. Estaban ahí. Intentando cubrirlas con tatuajes y, aun así, era imposible que pasaran desapercibidas.

CAPÍTULO 22

Hailey

—Es que no entiendo cómo has podido pasar por la vida sin ver películas como… Yo qué sé… ¿*El rey león*? O algún clásico: ¿*La vida es bella*? ¿*Titanic*? ¿*Forrest Gump*? ¿*La cenicienta*? ¿*Ghost*? ¿*El señor de los anillos*?

—El Titanic era un barco, ¿no? —pregunté, riéndome mientras Mía me observa como si me hubieran salido dos cabezas, tres brazos y una cola.

En mi casa solo teníamos un televisor viejo que funcionaba cuando le daba la gana y solo retransmitía un canal. Afortunadamente, veíamos las noticias y las previsiones meteorológicas, lo que nos hacía ser conocedores de lo que ocurría en el mundo y estábamos al día en los temas de actualidad. Y, sobre todo, era una fortuna conocer el tiempo a largo plazo para las cosechas. Si se aproximaba un huracán, una lluvia torrencial o una ola de calor que arrasaría con todo. Pero nada más, no había series ni películas, y en cualquier caso tampoco dispondríamos de tiempo para verlas.

En Bearden solo disponíamos de una antena para todos los habitantes, por lo que había numerosos días en los que no alcanzaba para todas las casas.

—Lo siento, Hailey… Es que… Me cuesta imaginarme tu vida. —Resopló con un ápice de pena y frustración—. A veces siento que no pertenecemos al mismo mundo y haces que me sienta culpable. Porque, cuando yo era una niña y veía *El rey león* en bucle, probablemente tú estarías aprendiendo a plantar alguna verdura. Y no me parece justo. Nunca me lo pareció, pero desde que vivimos juntas empecé a ser más consciente de las desigualdades. —Abrió el microondas y sacó la bolsa de palomitas de mantequilla que había preparado. Yo la observaba con una sonrisa desde el sofá, ilusionada por mi primera tarde de maratón de Netflix. Y es que desde que había llegado a Seattle cada día había sido una primera vez de algo. De comida, de fiesta, de compras… Y si lo pensaba, exceptuando la comida, casi todo eran cosas materiales con las que pude vivir sin ellas hasta ahora. Y me parecía sorprendente el significado que tenían para personas como Mía, que habían crecido con todo eso.

—No deberías sentirte mal por haber tenido una vida normal. Incluso yo me he sentido mal cuando veía en las noticias países en guerra o niños en pueblos perdidos muriendo de hambre. Porque quizá yo no tenía gran cosa, pero tenía un hogar y al menos siempre habría algo en la nevera para llevarse a la boca. Y eso es algo que mucha otra gente ni siquiera tiene. No podemos sentirnos culpables por vivir lo que nos ha tocado. Deberían sentirse culpables los que tienen el poder de remediarlo y no lo hacen. Pero nosotros no. Bastantes problemas cotidianos debemos enfrentar como para cargar sobre los hombros con las desgracias ajenas. —Me aclaré la garganta y me acomodé con unos cuantos cojines—. Los que no tenemos nada no podemos hacer algo por cambiarlo, Mía. Solo luchar por sobrevivir. Y los que sí tenéis una vida normal no sois capaces de imaginarlo, así que solo podéis disfrutar de los privilegios. Y está bien.

—Eres increíble, ¿te lo han dicho alguna vez? —dijo, dándome un abracito y colocando las palomitas y el resto de las chucherías entre las dos—. ¡Y, ahora, a disfrutar! —Sonrió, dándole al *play*, y comenzaron las primeras escenas introductorias de la película *El rey león*. Yo me lancé a por el paquete de regalices rojos y, por el rabillo del ojo, pude comprobar cómo Mía sonreía para sus adentros. Adoraba las malditas regalices. ¿Cómo pude vivir sin ellas? La primera vez que Mía me dio una para probarlas juro que rocé el éxtasis. Se había vuelto uno de mis dulces favoritos, aunque no hubiese probado una gran variedad.

Mía pasaba poco tiempo en casa, pero siempre que estaba aprovechaba al máximo para pasarlo conmigo. Me ponía al día en todo lo referente a su vida y siempre me traía algo nuevo de comer. Me hablaba de su familia. De su hermano mayor, Oliver; y de los mellizos, Anna y Cody, apenas dos años más pequeños que ella. También de sus padres, ambos jueces, y de Scott. Casi siempre hablaba de Scott. Y era que Mía estaba tan enamorada de él que podía sentirlo solo con escucharla. Yo poco tenía que contarle, le hablaba de papá y de Jacob, y le presenté a Emily en una de nuestras videollamadas. Ojalá se conocieran en persona porque iban a llevarse de maravilla. Mía siempre me había recordado a Emily; tenían personalidades parecidas y, a la vez, completamente diferentes.

Pasamos el día encerradas en casa. Comiendo chocolate, palomitas, y viendo películas. Por la noche, Mía iba a dormir en casa de Scott, así que llené la bañera de agua caliente y me sumergí en ella durante toda una hora. Más tarde me metí en la cama y saqué del cajón de mi mesita una novela de Jane Austen, que había comprado hace unos días cuando acompañé a Mía al centro comercial.

Cuando Ava me había llamado por si podía cambiar mi turno a una chica del turno de mañana, no me había hecho nada de gracia.

Pero no pude rechazarlo cuando me ofreció pagarme el doble ese día, porque automáticamente pensé que con ese dinero, y a pocos meses de Navidad, podría enviarles un regalo y quizá un pavo a papá y a Jacob. Así que terminé cubriendo ese turno y faltando a clase, pero sabiendo que merecería la pena.

Se me hacía raro estar en casa un miércoles antes de las once. Había cogido la rutina de salir del Skils Bar, venirme a casa y pegarme una ducha caliente para acabar rendida en la cama pasada la medianoche, y resultaba agradable e innovador disfrutar un miércoles cualquiera de un ratito de lectura.

Estaba a punto de dormirme, revisando mi móvil por última vez. Mía me había obligado a abrirme una cuenta de Instagram, que por el momento solo utilizaba para ver tutoriales de cualquier cosa que apareciese en el apartado de explorar. Entonces lo escuché. La suave melodía de una guitarra proveniente del piso de arriba. Solo necesité ese sonido para sentir un escalofrío recorriéndome el cuerpo y un incendio. Maldita sea, Aiden Carter. Odiaba lo que provocaba en mí y odiaba la forma en la que mi cuerpo se rendía a él.

CAPÍTULO 23

Aiden

Ya me había rendido y estaba de brazos cruzados, de mal humor, cuando escuché que llamaban al timbre. ¡Por fin tenía una excusa para dejar de estudiar! Fui a abrir la puerta bastante más alegre de lo estrictamente necesario, creyendo que sería Savannah o alguno de los chicos. Sin embargo, mi sonrisa desapareció nada más ver quién era. Me quedé mirando a un hombre un poco más alto que yo, delgado y fuerte, con pelo canoso brillante, acorde con su traje de diseño. Tenía los rasgos marcados y ojos azules, y me sonreía con prepotencia.

—¿Qué coño haces aquí? —murmuré intentando reaccionar.

—Hola. —Sonrió educadamente—. Así que… ¿Aquí es donde vives? —se mofó, echando un ojo a su alrededor.

—Te lo preguntaré otra vez. —Me erguí—. ¿Qué coño haces aquí? —repetí alzando la voz.

—Venía a verte. ¿O es que un padre no puede visitar a su hijo en el campus? —continuó con sarcasmo.

—Estás agotando mi paciencia —aseguré.

—Eres una decepción como hijo —dijo con desagrado—. Hiciste un partido lamentable y la única oferta que tienes sobre la mesa es la de Los Angeles Rams. A estas alturas dudo que los Pittsburgh Steelers tengan algún interés en ti. Y, por si fuera poco, estoy al tanto de que frecuentas bares de mala muerte a las tantas de la madrugada y bebes tequila barato con la primera mujer que se te abre de piernas, para terminar dedicándole una canción como un idiota enamorado y descerebrado. ¿Es que, acaso, no vas a parar con esa idiotez de la guitarra? Me he reunido con el decano de la universidad y tus notas son bastante deplorables. Explícame, Aiden, qué vamos a hacer contigo. Tu madre y yo queremos lo mejor para ti. —Sonrió falsamente y yo había comenzado a apretar los puños hasta que se tornaron blancos.

—En primer lugar, he hecho un partido excelente. Diría que lamento no tener una oferta de los Pittsburgh Steelers, pero sería un hipócrita, y yo no me parezco en nada a ti. —Me reí, cruzándome de brazos—. En segundo lugar, frecuento garitos a las tantas de la madrugada y bebo tequila en lugar de Dalmore porque los clubs de

ricos no van conmigo. Y la mujer con la que estaba no era la primera que me crucé por la calle, ni tampoco se ha abierto de piernas. Fíjate que ni siquiera le suena el apellido Carter. Y tiene nombre, pero si te lo digo tardarás menos de diez segundos en investigarla y buscarás la forma de complicarle la vida. Como haces con todo el mundo. Y, en tercer lugar, mi media académica es un notable y tengo serias intenciones de graduarme antes de tiempo, así que diría que mis notas son más que favorables, información que imagino te habrá confirmado el decano. Pero, como de costumbre, no es suficiente. Creo que va siendo hora de que aceptes que me gusta la música, que disfruto tocando la guitarra y que voy a subirme a cada maldito escenario que pueda lo que me quede de vida —dije del tirón. Pocas veces le hacía frente a mi padre, porque casi siempre volvía más fuerte, siempre encontraba la forma de complicarme la vida—. ¿Qué se siente cuando hay alguien que no se deja manejar como un títere? —dije mordaz. Esa había sido la guinda del pastel, lo supe por el tono rojizo que tomó su cara y la palmada seca que impactó con fuerza contra la mesa del salón.

—No me provoques, Aiden. Sabes que las cosas no suelen salir bien cuando me tocan las pelotas —amenazó sonriendo. Hijo de puta.

—No me das miedo. Ya no —aseguré—. Esta guerra la he ganado yo. Ahora vete —pedí. Por primera vez pude notar que no tenía nada que decir, seguramente porque nunca había dicho algo con tanta convicción.

—El UW Medical Center no es un depósito de cadáveres eterno —soltó antes de alcanzar el pomo de la puerta—. No te pega nada ir de valiente ahora, cuando eres incapaz de tomar una decisión simple y sabia.

No necesitaba más para perder por completo los papeles. Me abalancé sobre él y le golpeé con fuerza en la mandíbula, haciéndole retroceder. Y, antes de que se incorporara por completo, lancé mi puño directo a su nariz, haciendo brotar un hilo de sangre. Podría haberle golpeado hasta hacerle perder la consciencia, pero entonces la puerta se abrió de golpe y dos hombres enormes con traje aparecieron para llevárselo. Adam Carter jamás daba un paso sin sus guardaespaldas cubriéndole las espaldas.

—No vas a salirte con la tuya —escupió, colocándose el traje e impactando su puño contra mi boca. Inmediatamente, noté el sabor metálico de la sangre y estaba casi seguro de que me había reventado el labio.

Regresé a mi cuarto y me senté con la firme esperanza de lograr concentrarme de nuevo en los apuntes. Di un portazo, levantando una corriente de aire que provocó que un papel blanco y pequeño saliera volando de la estantería al suelo, y cuando me agaché

a recogerlo era la tarjeta que me había dejado Michel Brown. Por unos segundos, había sacado el móvil de mi bolsillo con la convicción de aceptar su oferta. Y solo de pensarlo se me había acelerado el corazón y todos los sueños que me había negado luchaban por cobrar vida nuevamente. Recordé a Hailey mirándome con seriedad y diciendo aquello de que los sueños tenían fecha de caducidad y sobre la importancia de no dejar escapar las posibilidades que nos regalaba la vida. Por primera vez me pregunté si todo aquello valdría la pena, aquella especie de guerra interna que le había declarado a mi padre y por la que estaba dispuesto a lanzarme a las vías del tren sin importarme las consecuencias. Al fin y al cabo, para él ya no era más que una vergüenza y decepción constante como hijo, y si fichaba por los de California probablemente sería como clavarle un cuchillo por la espalda.

Busqué en Internet información sobre el equipo y, aunque ya había leído todas las páginas que salían como resultado, volví a sentir el cosquilleo de la adrenalina en la punta de los dedos.

—¡Carter! —Oí gritar mientras se abría la puerta de la entrada con fuerza—. ¡Carteeer!

—¿Qué pasa? —exclamé, saliendo de mi cuarto mientras Tyler se abalanzaba sobre mí con los brazos abiertos—. ¡Me han llamado! —dijo emocionado.

—¿Quién te ha llamado? —Me reí.

—¡Los Oregon State Beavers! —respondió sin poder contener la emoción y contagiándome de ella.

—Sabía que lo lograrías, capullo —susurré, estrechándole en un abrazo y tragando las lágrimas contenidas. Me alegraba por Tyler. Sabía lo mucho que deseaba fichar por algún equipo, pero jugar en el equipo de los Oregon State Beavers era el sueño que había perseguido durante casi toda su vida.

—¿Qué demonios te ha pasado en la cara? —dijo señalando mi labio, que se había puesto morado e hinchado pese a haberme pasado horas con una bolsa de hielo.

—Ha venido mi padre. —Suspiré, encendiendo un cigarrillo.

—Imagino que ya se habrá enterado de la oferta de Michel Brown y se ha tomado la molestia de buscar dónde vives solo para venir a recordarte el despropósito de hijo que eres —aseguró. Simplemente, hice un gesto de confirmación—. Qué cabronazo —gruñó. Y yo me limité a asentir. Con Tyler no hacía falta decir más.

Nos sacamos unas cervezas y brindamos por las buenas noticias, bromeamos sobre el próximo año y le restregué en la cara mis altas probabilidades de terminar la universidad como alumno ejemplar. Ideamos nuestro futuro jugando en la liga profesional y ambos coincidíamos en que la peor parte era la fama. La repercusión

que tendrían nuestras acciones. Y es que yo ya sabía lo que era dar una bocanada de aire o un suspiro en mitad de la calle y al día siguiente aparecer en la prensa con un titular jugoso. Casi siempre, falso.

Cuando Tyler se había ido a la fiesta que daban los Tri Delta en su fraternidad, ya había anochecido. Decidí subir a la azotea a fumar un cigarrillo, pues cuando asomé la cabeza por la ventana de mi habitación me había encontrado con un cielo estrellado que incitaba a pasar la noche fuera.

Subí las escaleras de emergencia y aún no había dado el último peldaño, pero ya sabía que estaba ella. Hailey. Y efectivamente estaba tumbada en el suelo, con los ojos cerrados y los auriculares puestos, pero sin conectarlos al móvil. Me reí.

—¿No te han enseñado el mecanismo móvil-auricular? —me burlé con una sonrisa, asustándola y provocándole un gritito.

—Me has asustado —gruñó incorporándose—. Estaba intentando no oír nada. Solo el latido de mi corazón, pero la maldita música no me deja conectarme conmigo misma. —Se refería a la música que llegaba de lo lejos, imaginé que provenía de la fraternidad de los Tri Delta—. ¿Qué demonios te ha pasado en la cara? —preguntó, frunciendo el ceño cuando me senté a su lado.

—Una fiera en la cama. —Le guiñé el ojo en un intento de broma, de desviar el tema de la realidad. Pero no surtió efecto, Hailey frunció más el ceño y me miró como quien ya sabía la verdad y solo esperaba escuchar tu versión. Odiaba su capacidad para analizarlo todo y dar en el clavo—. ¿Va todo bien? —me interesé cuando noté que no tenía buena cara.

—No he tenido un buen día. —Suspiró—. He llamado a papá y está enfermo. Nada grave, un resfriado con fiebre muy elevada, pero que lo hará estar fuera del taller unos días. Y eso aumentará la carga de trabajo de Jacob, que hoy ya parecía bastante cansado, y aunque había intentado sonar alegre no pasó desapercibido en su voz los días sin dormir. Por si fuera poco, he tenido un día horrible en el Skils Bar. Y, cuando regresaba a casa, he tropezado con una lata de Coca-Cola, haciéndome caer. Apoyando todo mi peso sobre la rodilla, por lo que ahora me duele horrores. —Resopló—. Lo peor de haber perdido el patinaje es haber perdido lo único que me había regalado la vida para huir en los momentos complicados.

—¿Cómo lo descubriste? —interrogué.

—¿El patinaje? —preguntó. Afirmé con la cabeza—. Escarbando en la basura, solía acercarme a la zona alta de Bearden y observar qué tiraban. Muchas veces terminaban en la basura cosas que aún podían aprovecharse: comida, libros, ropa, menaje del hogar… Fue una casualidad que estuvieran allí, en una esquina del contenedor,

relucientes y nuevos, justo de mi número de pie. Quizá un poco más grandes, pero no importaba. No tenía ni idea de si algún día podría utilizarlos, ni siquiera sabía cómo se suponía que debía ponérmelos, pero en cualquier caso me los llevé. Porque mamá siempre decía que nunca dejáramos nada que pareciese nuevo, aunque no supiéramos qué era o para qué servía, porque nunca sabríamos si algún día íbamos a necesitarlo. Era una tontería, eran unos patines para hielo, y sabía que la probabilidad de que algún día pudiera estrenarlos era la misma que ver desde la Tierra el cometa Halley, que pasa cada ochenta años lo suficiente cerca de nosotros como para poder verlo. —Soltó una risa floja y se colocó un mechón de pelo detrás de la oreja —. Entonces, un día que había sido horrible, salí a caminar un rato y encontré una pista de hielo. Fuera de Bearden ya, en la zona alta, donde no queda nada de la pobreza de la zona baja. Había niños, parejas y familias patinando, y recuerdo haberme quedado maravillada de lo increíble que se veía la forma en la que aquellos patines que yo había encontrado en un contenedor podrían permitirme deslizarme con velocidad por el hielo, como la mejor danza de *ballet* del mundo. Me visualicé sobre ellos, en aquella pista, y casi podía sentir el aire gélido azotándome la cara. Hasta que vi un cartel grande y claro, con la lista de precios, y la burbuja de sueños momentánea que había creado estalló en mil pedazos. —Suspiró, jugueteando con el dobladillo de su chaqueta. Esperé a que dijera algo más, a que terminara la historia, pero no volvió a abrir la boca.

—¿Y…? —insistí.

—Mi terquedad y yo. —Rio—. Era de noche. Cogí los patines y volví a aquella pista de hielo sin importarme el frío, los kilómetros andando, la noche cerrada, el mal tiempo o las consecuencias de lo que iba a hacer. Así que llegué hasta allí y busqué la forma de colarme hasta que lo logré. Caminé hacia un banco donde pudiera ponerme los patines y, después de varios intentos y caídas, logré deslizarme sin terminar en el hielo. Y ese fue el principio de todo lo bueno. Aquella noche había conocido la libertad en primera persona, había extendido mis alas y había volado hasta donde solo existíamos mis sueños y yo, y los problemas, las injusticias y todo lo malo se disipaban hasta ser solo un borrón en el horizonte. Y así fue cada noche de los próximos dos años, hasta que ocurrió lo de la rodilla y entonces ya nunca más podría subirme a unos patines. Y no por el dolor que podría sufrir en mi pierna, sino por el dolor emocional que tendría al volver a ponerme encima de ellos.

—¿Q-qué ocurrió? —Tragué saliva. Tenía la sospecha de que lo que fuera no iba a gustarme oírlo.

—Que me arrancaron las alas de cuajo y a conciencia —aseguró, pero no era aquella el tipo de respuesta que quería—.

Siempre pensé que mi aventura en el patinaje terminaría cuando el guardia de seguridad de la pista me pillara en alguna de aquellas noches, y cuando lo hizo… Ben simplemente lo entendió cuando le conté mi historia. Así que aquel era nuestro secreto; yo me colaría cada noche en la pista de hielo y él haría como si no me viera. Con la única condición de que aceptara un vaso de chocolate caliente, que su mujer le preparaba cada día para que la noche no se le hiciese tan larga.

—Acompáñame —pedí, tendiéndole una mano. Iba a hacer una locura.

—¿A dónde? —preguntó con el ceño fruncido y enarcando una ceja. Me reí.

—A donde nos devuelvan las alas —susurré, clavando mi vista en ella. Y realmente esperaba que a donde tenía pensado llevarla le devolviera las alas, aunque solo fuera por un segundo. Porque, a aquella chica de ojos verdes como la selva, esa noche le atravesaba un tornado de tristeza y yo tenía que hacer algo. Sencillamente porque Hailey solía encender el interruptor de la luz haciendo que desaparecieran mis sombras, como aquella noche que terminamos bebiendo tequila y subiéndonos a la noria, y sentía que de alguna forma se lo debía.

CAPÍTULO 24

Hailey

No tenía la menor idea de a dónde me llevaba Aiden. Solo sabía que el corazón me latía frenético y sentía una sensación de algo desconocido asentada en la boca del estómago. Atravesábamos el campus, con rapidez, uno al lado del otro, en absoluto silencio. Me separé un poco cuando vi que la poca gente que pululaba por el campus nos miraba e intercambiaban miradas de desaprobación. Primero se centraban en Aiden y después reparaban en mí, y ahí era cuando el semblante les cambiaba. Supongo que porque no comprendían cómo Aiden podía perder el tiempo en alguien como yo, cómo era posible que, cuando el resto del campus se burlaba de mí, al chico más popular de la UW no le importase compartir el mismo espacio conmigo. O eso parecía casi siempre. Otras veces, todo lo contrario.

Frené en seco, a un par de metros del muro que delimitaba la zona de patinaje. Mis ojos se clavaron de inmediato en la superficie que albergaba las marcas de las cuchillas de los patines. Negué con la cabeza, con el corazón latiéndome con fuerza y las lágrimas al borde del desborde.

—¿Por qué me has traído aquí? —Mis palabras sonaron roncas y oprimidas. Mi voz había sonado como el desenlace del nudo que predecía al llanto.

—Porque tienes que volver a patinar, Hailey —aseguró.

—Tú no lo entiendes —sollocé—. No tenías ningún derecho a hacerme esto. Lo que me ocurrió no fue un accidente ni una desgracia o golpe de mala suerte. Fue hecho a conciencia, a sabiendas de que probablemente después de aquello jamás podría volver a subirme a unos patines sin notar el dolor punzante en la rodilla, recordándome que hay sucesos y cicatrices imborrables. No puedo hacerlo, Aiden. Siento que hayas creído que era buena idea, pero no necesito que nadie me salve —dije, dándome la vuelta con intención de marcharme. Fundirme en el colchón de mi cama y llorar hasta que me sangraran los ojos. Pero no me fui, porque cuando había dado dos pasos la mano de Aiden me agarró el brazo, haciendo que me girase.

—No va de eso, Peterson. No pretendo salvarte, pero si un día encontraste tus alas encima del hielo… Quizá solo tengas que

buscarlas. Y si no las encuentras… No lo sé, tal vez puedas crear nuevos recuerdos, Hailey. Quizá puedas volver a patinar de vez en cuando. Con otro significado probablemente. Desde otro punto de vista quizá —murmuró, acercándose cada vez más. Odiaba a Aiden Carter, por esto y por la forma en que flaqueaba y me descontrolaba cuando lo tenía tan cerca—. Y luego te invito a un helado de chocolate —propuso.

—Eres un jodido embaucador, Aiden Carter. Como seas igual de tramposo en el campo, deberían temblar el resto de los equipos —susurré, dejándome conducir hacia dentro.

Entramos por la puerta principal, caminamos hacia fuera, pasando por un pasillo lleno de vitrinas con trofeos y medallas, y justo antes de atravesar la puerta de doble hoja que daba hacia la pista había una pancarta conmemorativa con una fotografía de una pareja que vestían trajes con piedras y brillos en los Juegos Olímpicos de Invierno de 1999. Había oído hablar de ellos: Luka y Natasha Jenkins. Habían sido pareja dentro y fuera de la pista, y fueron estudiantes de Washington University en aquella época. El año pasado viajaban a competir en los Juegos Olímpicos cuando tuvieron un accidente mortal, ya que el tren en el que viajaban descarriló a doscientos ochenta kilómetros por hora, haciendo que solo una persona lograse sobrevivir. Esa noticia había impactado fuertemente a Estados Unidos, en prácticamente todo el país se realizaron actos en su memoria, y se guardaron minutos de silencio en cada competición de patinaje sobre hielo en casi todo el mundo. Aquel suceso había inundado las noticias durante semanas, y un año después del trágico accidente seguían muy presentes en el mundo del patinaje artístico.

Dolor y felicidad, eso fue justo lo que sentí al ponerme los patines después de tanto tiempo. Dos emociones contradictorias, pero que cuando iban de la mano creaban una sensación única en el organismo. Mis pies iban a acabar hechos polvo, hasta que volvieron a recordar la dureza e inflexibilidad de los patines. No me importaba, no cuando el corazón rebotaba en el pecho, solo con pensar en volver a pisar el hielo. Era un torbellino de emociones en ese instante, era todo tan mágico y único que por un segundo sentí que aquella era la primera vez que me deslizaba por el hielo. Era la misma emoción que sentí aquel primer día colándome en la pista, tanto que no me importaba el dolor de mi rodilla, porque me sentía anhelante por volver a sentirme viva de aquella forma en la que había llegado a construir todos mis sueños. Y en esa ocasión era completamente diferente. Sentía que era mi primera vez de nuevo, y era que quizá lo fuera. Porque ya no era aquella Hailey de hacía dos años, era otra muy diferente. Aquellos sueños que había ideado dando vueltas en la pequeña pista de hielo de Bearden parecían estar haciéndose realidad,

y si aquella Hailey le hubiera contado que dos años más tarde estaría patinando en la pista del campus de la UW se hubiera reído como si fuera el mejor chiste del mundo.

Estiré mis brazos, sonriendo, y aumenté las zancadas para coger velocidad. No fue hasta segundos después cuando advertí el cuerpo de Aiden detrás de mí. Giré la cara y lo encontré sonriendo, con una sonrisa de esas que no puedes contener por mucho que lo intentes. Dimos vuelta tras vuelta, con los brazos estirados y moviéndolos como si fueran las alas de un avión. Hasta que mi rodilla no soportó más la carga y me hizo caer al suelo, aun sin poder contener la carcajada. Estiré una pierna desde el suelo para provocarle una zancadilla a Aiden, que terminó cayendo a mi lado y deslizándose unos cuantos metros sobre el hielo.

—¿Cómo es que sabes patinar, chico de la guitarra? —pregunté aún riendo, desde el suelo.

—Antes de descubrir que lo mío era el fútbol americano, estuve un año en el equipo de *hockey* sobre hielo —reconoció colocándose a mi lado.

—¿A ti todo se te da bien? —pregunté enarcando una ceja—. La música, los deportes…

—El sexo… —añadió con una sonrisa de medio lado. Imbécil.

—Lo dudo —aseguré, entrecerrando los ojos y reprimiendo una sonrisa—. Eres frío, calculador… No te gusta que te toquen, y siempre te contienes y mides al milímetro cada palabra que dices o cada acción. He oído que apenas besas a las chicas que caen en tus redes. Estar contigo debe ser algo parecido a follar con un bloque de hielo. —Me reí bromeando. Y ver a Aiden con la boca abierta y estupefacto no hizo más que provocarme una nueva carcajada.

—Para tu información sí que beso a las mujeres que, según tú, caen en mis redes. Las beso lo estrictamente necesario y dejo que me toquen lo justo. Y follar conmigo es una absoluta delicia, Peterson, pero viendo que tienes el oído bien afinado supongo que eso ya lo habrás escuchado. —Se acercó más a mí. Tragué saliva cuando noté su mano acariciándome el muslo y, aun por encima del pantalón, era como si su piel quemase—. Podría desatar un jodido incendio —aseguró, acercándose peligrosamente a mi cuello y depositándome un beso. Maldito Carter.

—¡EH, VOSOTROS! ¿Qué demonios hacéis aquí? —Oímos una voz por megafonía que nos sobresaltó y se encendió un foco que nos daba de lleno en la cara.

—Hora de correr, Peterson. Tenemos tres minutos para salir de aquí sin que nos pille el vigilante —aseguró Aiden, que ya se estaba quitando los patines con agilidad.

—¿Es que acaso ya sabías que iba a ocurrir? —pregunté,

deshaciéndome de los patines y corriendo hacia el banco donde habíamos dejado nuestros zapatos.

—Hay cámaras de seguridad en todos los establecimientos del campus y todos tienen su vigilante. Hay fuertes rumores de que el de la pista de patinaje suele pasarse la noche en el baño llamando a líneas eróticas. Y el tiempo que pasa en la cabina frente a las cámaras de seguridad, o bien echa una cabezada, o come dónuts grasientos de la cafetería. —Se carcajeó y yo me vi contagiada. La voz que nos perseguía con una linterna estaba cada vez más cerca y había tenido la suficiente inteligencia como para cerrar desde dentro los mecanismos de la puerta.

—¿Cómo se supone que vamos a salir de aquí? —grité exasperada.

—Solo hay una forma. Saltando las gradas —dijo, agarrando mi mano y tirando de mí hacia las gradas. Subimos a las butacas de la última fila y habría unos tres metros de distancia al suelo—. ¿Preparada?

—¿Nos vamos a matar? —pregunté, dudosa, sin apartar la vista de la hierba que nos recibiría cuando tocásemos suelo.

—No lo creo. Quizá nos rompamos una pierna, pero ya tienes la rodilla deshecha —bromeó, apretándome con más fuerza la mano y saltando sin previo aviso. Cerré los ojos con fuerza hasta que noté mis pies impactar contra el suelo y mi cuerpo cayendo contra la hierba.

—¡Malditos niñatos! —Oímos gritar desde dentro, viendo la luz de la linterna apuntada hacia arriba. Una vez más rompimos en carcajadas.

—Estás loco, Aiden Carter —dije, recostándome bocarriba.

—Todos necesitamos un poco de acción de vez en cuando —susurró, imitándome la postura.

—¿Te gusta el *bondage*? —pregunté sin pensar.

—¿Qué? —exclamó.

—No te gusta que te toquen y eres gélido como un iceberg. Quizá te gusten ese tipo de relaciones y por un segundo me he imaginado colgada del techo, inmovilizada con unas cuerdas mientras sujetas un látigo con la intención de golpearme con él, y la imagen me ha parecido bastante desagradable y nada placentera —dije de carrerilla. ¿Qué demonios me pasaba? Aiden no dijo nada, y yo no era capaz ni de mirarle porque me daba vergüenza encararle ahora mismo. Hasta que oí que se moría de la risa y entonces le miré de reojo.

—¿Te has golpeado la cabeza contra el suelo? —bromeó—. No, Hailey. No me gusta que me toquen y soy consciente de que la mayor parte del tiempo me comporto frío y distante, pero no me va ese tipo de relaciones y no tengo ningún interés en colgar del techo, ni

de ningún otro lado, a mujeres para posteriormente azotarlas con un látigo.

—¿Me invitas a un helado de chocolate? —dije, poniéndome de pie e intentando controlar el rubor de mis mejillas.

—Vamos —dijo, aún riéndose a mi costa—. ¿Cómo tienes la rodilla? —preguntó. Supongo que habría percibido mi ligero cojeo.

—Inflamada. —Suspiré. Podía notarse a través del pantalón. Mañana iba a dolerme horrores. Pero era un riesgo que estaba dispuesta a correr.

Caminamos fuera del campus. Un par de calles más abajo había una pequeña heladería-cafetería que abría veinticuatro horas y podías comer helado o un chocolate caliente con churros a cualquier hora. La primera vez que vine con Mía, eran las cuatro de la madrugada. Después de una noche de terminar trabajos de la universidad y una discusión con Scott, entró en mi cuarto y exigió un chocolate con churros para ahogar las penas. Así que me obligó a vestirme y a bajar, según Mía, a un sitio que no podía vivir más tiempo sin conocer. Y aquella fue la primera vez que probé el típico chocolate con churros que suele tomarse sobre todo en Navidad. Y, aunque no tuviera nada que envidiarle al chocolate que me ofrecía Ben cuando me colaba en la pista, lo cierto era que los churros los hacían tremendamente mejor.

Nos sentamos en una de las mesas cerca de la cristalera, que daba hacia un pequeño parque, y nos pedimos un helado de chocolate con galleta y frambuesa. No hablamos demasiado, solo disfrutábamos del helado en silencio y solo abríamos la boca para confirmar lo rico que estaba o comentar alguna banalidad. Cuando terminamos tuvimos una pequeña disputa acerca de quién pagaba. Al final, terminó invitándome Aiden y yo refunfuñé en vano de vuelta a casa.

—Hasta otra, Arkansas —se despidió cuando llegamos a la puerta de mi apartamento.

—Hasta nunca, Carter. —Sonreí, apoyándome en la puerta unos segundos. Después me giré a abrir y, cuando cerré, Aiden aún seguía plantado enfrente de la puerta. Me fui directa a la cama y caí rendida sobre el colchón.

CAPÍTULO 25

Aiden

Tras algunas vueltas y un par de cambios de sentido, logré encontrar un lugar donde aparcar. Aparqué frente al bar de Ava, el Skils Bar, y troté hasta la puerta con mi guitarra colgada a la espalda. Olía a café, beicon y a algo ácido con limón. A la luz del día, con el sol del atardecer penetrando a través de las ventanas, el local no parecía tan oscuro y cerrado como cuando caía la noche. Aún recordaba la primera vez que entré en este lugar e inmediatamente pensé en dónde demonios me había metido. Supongo que mi primera impresión se debió en gran parte al estado anímico con el que llegué, porque la realidad era muy distinta. El Skils Bar era un sitio limpio e incluso podría decirse que bonito, tenía una decoración estilo *vintage* que le confería un aspecto antiguo a conciencia. Estaba diseñado al puro estilo de la dueña. Ava tenía poco más de cincuenta años, dos hijos y un marido ausente la mayor parte del tiempo. Cuando la conocí, solo podía pensar en lo peculiar que era aquella mujer de pelo color fuego, ojos marrones y tez pálida, que siempre parecía tan feliz aun cuando la vida no dejaba de arremeter contra ella. Con el tiempo me di cuenta de que poseía una fuerza y una valentía admirable, y que aquel bar era toda su vida. Supongo que uno de los motivos por los que seguía viniendo era por ella, por el vínculo que creamos aquella primera vez. Ava me ha dado aquel abrazo de madre que siempre había necesitado y jamás disfruté, se había alegrado de mis logros como si fuera mi propia familia y brindado los mejores consejos en los peores momentos. A veces había sentido el Skils Bar como un hogar, un lugar al que volver. Lo más parecido a casa que tuve nunca.

Esa tarde había conciertos en vivo a los que vendrían cantautores, alguna banda o algún aficionado, y duraría hasta media noche. Lo cierto era que el Skils Bar siempre estaba hasta arriba de gente joven, algunos estudiantes y turistas que pasaban por Seattle y querían alejarse un poco del jaleo del centro de la ciudad. Normalmente, no iría a ver cómo otros disfrutaban haciendo lo que les gustaba, mientras que yo me conformaba con tocar en la intimidad de mi cuarto o en el pequeño estudio que había en el segundo piso del Skils Bar, que también funcionaba como almacén. No era la primera

vez que Ava me sugería tocar en directo y yo me había negado cada vez. No sé cuál fue el detonante que me trajo hasta aquí ni por qué ya no me parecía mala idea tocar.

Cuando entré lo primero que vi fue una cara conocida. Matt estaba con Cameron y Tyler, sentados en una de las mesas junto a la ventana, desde la que se podían ver las luces de la ciudad a lo lejos, y comiendo lo que parecía ser un plato de huevos revueltos con setas, queso y gambas. No entendía qué demonios hacían ellos aquí, ya que no solían venir demasiado. Y después me encontré con otra cara conocida, detrás de la barra, con un pantalón vaquero que se ajustaba a sus piernas como una segunda piel, una camiseta de manga larga naranja y unas botas militares negras. Llevaba el pelo suelto y estaba pálida. Con semblante serio y preocupado.

Caminé hacia la barra después de devolverle en la distancia el saludo a Tyler y Cam.

—¡Eh, chica de las pestañas! —la llamé, haciéndole un gesto para que se acercase.

—¿Qué te trae hoy por aquí? ¿Vas a tocar? —preguntó mientras recogía un par de botellas y colocaba cubertería sucia dentro del lavavajillas.

—Por supuesto que no —aseguré—. ¿Va todo bien? Estás pálida —pregunté por encima del murmullo de la gente.

—Nada va bien. Cuando el pasado se junta con el presente, con el único propósito de desestabilizar el futuro, es como nadar en contra de la corriente. Por mucho que intentes avanzar, siempre va a terminar tragándote. —Se secó las manos con rabia—. Necesito salir de aquí —gruñó, echándole una mirada fugaz a la mesa donde se encontraban mis amigos.

—Enfréntate, Hailey. ¿Y si no es cuestión de nadar contra corriente, sino de dejarte arrastrar por ella? —Sabía por qué estaba así. Era por él, por Matt. ¿De qué se conocían y qué demonios tenían en común?

Le pedí una cerveza y me acerqué a la mesa con los demás.

—¿Qué hacéis aquí? —pregunté sentándome.

—Matt propuso venir a los conciertos —respondió Cameron, dándole un trago a su cerveza. Miré a Matt, que me observaba entrecerrando los ojos, como si mi presencia le intimidase o no le gustase lo más mínimo.

—Cameron se lo sugirió al resto y no hay mucho que hacer hoy. Los demás deben estar por llegar —añadió Tyler. Genial, todos mis amigos aquí. Justamente aquí cuando había traído mi guitarra. Por suerte la dejé en la entrada para evitar que Cameron la viese. Solo Tyler sabía que tocaba—. No tenía ni idea de que Hailey trabajase aquí. ¿Cómo no hemos venido antes a verla?

—He oído que es de Arkansas —murmuró Matt sin apartar la vista de encima de Hailey. No me gustaba la forma en la que la miraba ni su actitud la primera noche que Cam lo trajo al piso. Había algo en él que no me daba buena espina.

—¿Y qué problema hay? —preguntaron Cam y Tyler, casi al unísono.

—Que es una paleta, una pobre que no tiene dónde caerse muerta, y seguramente el único motivo que la trae hasta aquí es encontrar un hombre con una billetera abundante —dijo Spencer, que había llegado justo a tiempo para escuchar la conversación. Venía con alguna que otra animadora más y el resto del equipo. La noche no podía ir peor. Si hacía un momento me estaba planteando subirme al escenario… ahora era algo impensable.

—Deja de ser una zorra, Spencer —murmuró Mía, sentándose a mi lado.

Hailey se acercó con mi cerveza y a tomarnos nota. El primer concierto comenzó momentos después de que Hailey dejara las cervezas de los demás en la mesa. Era una chica de pelo azul, delgada y con estilo gótico la que empezó cantando *Diamonds* de Rihanna, y a continuación un chico con un piano tocó *Blank Space* de Taylor Swift. Había gente muy buena que se atrevía con canciones muy difíciles.

Cuando llegó el descanso, aproveché para subir al estudio y dejar allí mi guitarra. Y entonces oí algo proveniente del almacén. Me acerqué a la puerta para poder oír con nitidez. No me consideraba una persona curiosa, que le agradase meterse en conversaciones ajenas o que tuviese por afición espiar a la gente. Sencillamente porque desde que nací mi vida estaba evocada a eso, al sensacionalismo constante. A todo el mundo creyéndose con el derecho a husmear y opinar sobre mí. Pero en ese instante algo me decía que me quedase.

—Cada día que pasa estás más guapa —murmuró Matt cerca del oído de Hailey, que estaba acorralada contra la pared—. ¿A cuántos has dejado que te follen? Por lo que he oído eres la musa de las fantasías de todo el campus… Hasta algún jugador de los Washington Tigers babea por ti.

—Déjame salir —suplicó Hailey.

—¿Y, si no, qué? —se burló Matt—. Sigues siendo una marginada y morirás siéndolo. No cambia nada que ahora te pasees por el campus de la UW como si fueras alguien, no quiero ni imaginarme cómo lo habrás logrado. Pero la realidad es la misma. Eres una insignificante, una marginada que lo único que busca es colgarse de la cuenta del banco del primer imbécil que te haga un mínimo de caso. Sigues oliendo a basura, Hailey Peterson, sigues siendo la hija de un intento de mecánico y de una campesina mugrienta de los suburbios de Bearden. Y n… —Fuera lo que fuera lo

que iba a decir, se vio sorprendido e interrumpido por el puño de Hailey, impactando con fuerza en su cara y cambiándose las tornas. Ahora era Hailey la que lo tenía acorralado contra la pared.

—Me he pasado más de cuatro años creyendo que te temía, Matt Jefferson. Y ahora que te tengo delante no es eso lo que siento, no te tengo miedo. Solo es asco y odio. Un odio tan profundo que estaría dispuesta a ser una criminal si no fuera porque mataría de un disgusto a mi padre y a mi hermano… A fin de cuentas, para una marginada mejor la cárcel que la calle, ¿no? —Hailey se cruzó de brazos, echándose ligeramente hacia atrás—. Es peligroso cuando el miedo se transforma en solo odio, porque ya no me importa tenerte delante, ya no me importa lo que pasó hace cuatro años, ya no me hieres de esa forma. Ahora te miro y lo único que veo es a un infeliz que cree tener el mundo a sus pies. ¿Sabes qué ocurre cuando dejas de sentir miedo? La libertad estallando en la cara como dinamita. La sensación de vértigo constante y sentirme valiente. Puede que me hayas robado algo que no deberías haber alcanzado jamás, pero te has quedado con las ganas de tocar lo que no te pertenencía a ti. Y aun así… ni siquiera has podido quitarme lo primero, sencillamente porque hace unos días lo volví a hacer —asentó con una sonrisa triunfal, zanjando ahí la conversación.

Cuando Hailey se dio la vuelta para irse fue cuando ocurrió el detonante. Matt la agarró del cuello hasta dejarla en el suelo y le pegó una patada en el estómago para después pisarle la rodilla derecha. Me abalancé sobre él, lanzándolo contra la pared con fuerza, hasta oír el crujido de sus vértebras. Y, cuando estaba a punto de devolverle con el doble de fuerza cada golpe, Hailey tiró de mí hacia atrás.

—No merece la pena, Aiden. No me duelen los golpes. Vámonos —susurró con la voz rota.

—¡No te atrevas a volver a ponerle una mano encima! —sentencié, apretándole el cuello con una mano y empujándole contra la puerta de salida.

—Gracias —susurró Hailey, aún sin soltarme la camiseta.

—¿De qué lo conoces? ¿De qué iba todo esto? —Rogué una explicación que necesitaba.

—No importa.

—Sí importa, Hailey. Claro que lo hace. Te ha humillado para después pegarte. ¿Qué demonios hubiera pasado si no llego a presenciarlo? No puedes pedirme que lo deje estar, Hailey —gruñí con frustración, aún viéndolo todo rojo—. ¿Estás bien? —musité colocando con suavidad mis manos en su cara, haciendo que me mirase.

—Sí —mintió—. Tengo que volver —dijo, saliendo como alma que lleva el diablo por la puerta. No había hecho una mueca de dolor

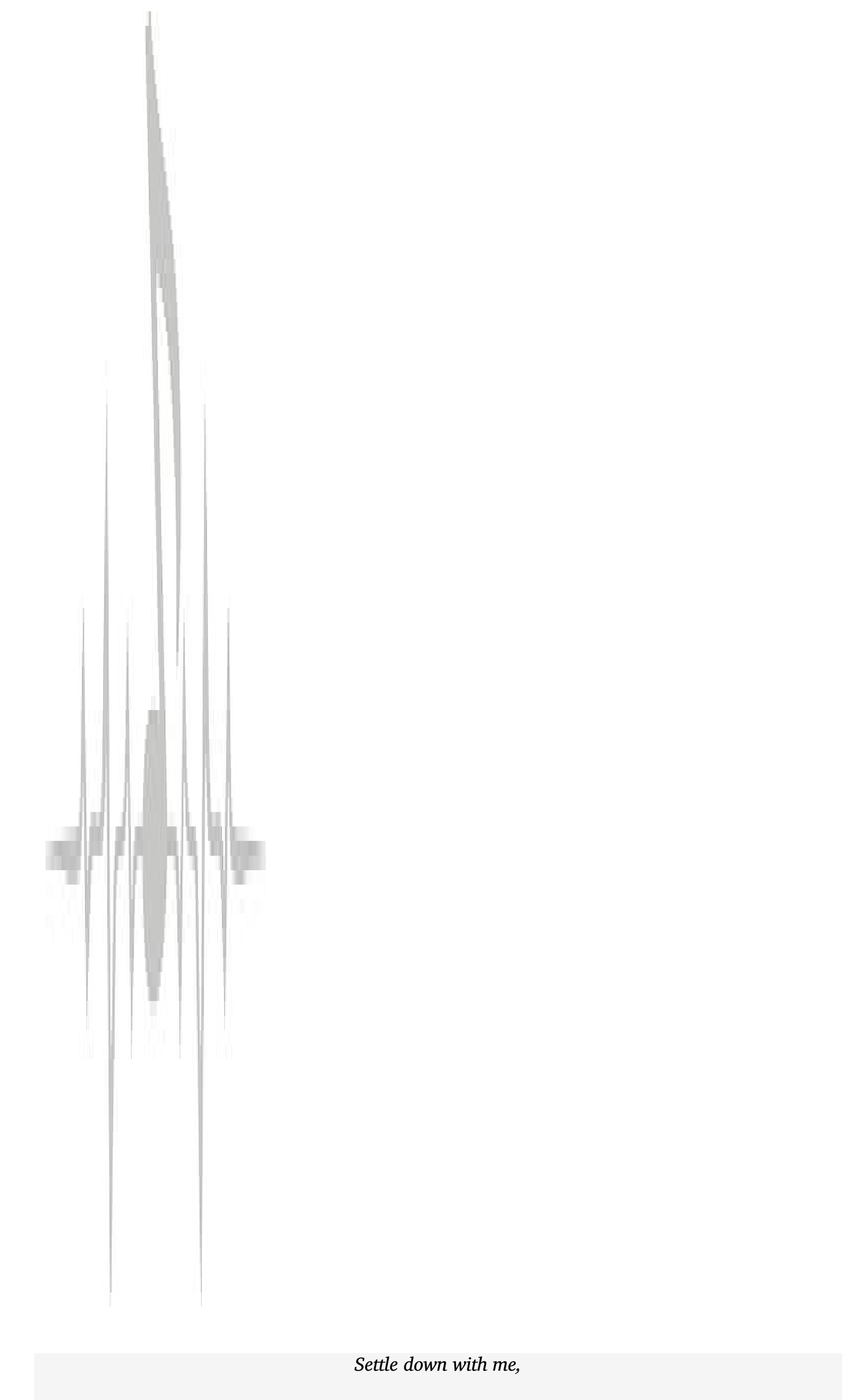
ni dejó caer ninguna lágrima, por lo que empecé a preguntarme si Hailey estaría hecha de hierro.

Me quedé en el estudio un buen rato decidiendo cómo iba a regresar a la mesa y controlarme para no partirle la cara a Matt. Si Hailey no hubiera interrumpido, juro que lo hubiera matado. No podía parar de darle vueltas al pasado de Hailey, quién coño era y por qué conocía a Matt. Entré en el almacén y busqué un botellín de cerveza. Me lo bebí intentando despejar la mente y, cuando me lo terminé, había decidido hacer una locura de la que iba a arrepentirme el resto de mi vida.

—Espero que hayáis pasado una agradable noche y que os hayáis deleitado con tanto talento —se despidió Ava, una vez que el último chico se bajó del escenario. Entonces me subí y le quité el micrófono ante la mirada estupefacta de todos. Oí el chillido de emoción de algunas chicas y mi nombre susurrándose con sorpresa en prácticamente todas las mesas.

—Buenas noches a todos. Veo muchas caras conocidas, así que voy a pasar de presentaciones absurdas. Os preguntaréis qué hago subido aquí con una guitarra a la espalda y tengo que confesar que no tengo ni idea. —Hice una pausa y busqué a Hailey entre la multitud. Me observaba prácticamente desde el centro del bar. Clavé mi mirada en ella y sonreí antes de continuar—: Voy a tocar una canción para la chica de las pestañas. —Se oyó un murmullo de especulaciones—. Tranquilas, chicas. Sigo en el mercado —bromeé, restándole importancia. A fin de cuentas, era la verdad. Respiré hondo y cogí mi guitarra ante el silencio más absoluto. Miré a Tyler, que había clavado su vista en Hailey casi del mismo modo en que yo lo había hecho y la miraba de una forma que no supe descifrar.

Comencé a tocar los primeros acordes de *Kiss Me* de Ed Sheeran, no sé por qué elegí esa canción. Simplemente, fue la primera que salió.



Settle down with me,

cover me up,
cuddle me in.
Lie down with me, yeah.
And hold me in your arms.
And your heart's against my chest,
your lips pressed to my neck.
I'm falling for your eyes,
but they don't know me yet.
And with a feeling I'll forget
I'm in love now.
Kiss me like you wanna be loved.
You wanna be loved…
You wanna be loved…
This feels like falling in love.
Falling in love…
Falling in love…

—A donde nos devuelvan las alas —susurré cuando hube terminado. Durante toda la canción no había abandonado mis ojos de los de Hailey y casi pude sentir la forma en la que nuestras miradas conectaron por unos minutos, era como si se hubiera borrado el mundo y solo existiéramos ella y yo. Como si tuviéramos el jodido mundo a nuestros pies y nosotros fuéramos a estallarlo en mil pedazos. Porque así me había sentido, como la mayor bomba nuclear del planeta.

—A donde nos devuelvan las alas —gesticuló con la boca, de forma que solo yo pudiera entenderla. Y entonces el local, que había enmudecido, estalló en aplausos devolviéndome a la realidad. Joder. ¿Qué coño acababa de hacer? Mis amigos aplaudían y vitoreaban. Y Ava me observa con los ojos vidriosos de la emoción contenida y el orgullo rebosante.

—¿Desde cuándo cantas y tocas la guitarra? ¿Y por qué lo tenías tan callado? —preguntó Cam, tan pronto me acerqué a la mesa.

—¿Y quién demonios es la chica de las pestañas? —se interesó Scott.

—¿Quién es la culpable de que Aiden Carter flaquee de este modo? —se burló Mía. Le saqué el dedo corazón y ella me lanzó un beso.

Spencer me fulminaba con la mirada, con una mueca de rabia dibuja en la cara. Y Cassie, que era otra de las animadoras con la que me acosté un par de veces, no podía ocultar la decepción y la rabia.

A lo lejos, observé a Hailey, que se escabullía entre la gente en dirección a la salida. Llevaba su abrigo puesto y el bolso colgando del hombro. Se marchaba. Estaba huyendo.

—¡Hailey! —grité por impulso, provocando que el local volviera a enmudecer. Y todas las miradas iban directas hacia Hailey, esperando con impaciencia lo que fuera que iba a suceder. Me observaba, encogiéndose desde la puerta—. Se te ha caído esto antes,

Arkansas —dije en un intento de excusa, sacando de mi muñeca una goma del pelo que utilizaba para sujetar enrolladas las letras de algunas canciones. Me acerqué a ella para dársela.

—Gracias —dijo, tragando saliva con dificultad y saliendo con prisa del local.

El bar empezó a vaciarse y mis amigos hablaban de tomarse una copa en algún lugar cerca del campus.

—Yo paso —decliné el plan—. El entrenamiento de esta mañana me ha dejado reventado. Nos vemos —me despedí sin darles tiempo a decir nada más. Crucé la calle y dejé mi guitarra en el maletero del coche y después corrí calle abajo hasta encontrarla.

—¡Hailey! —grité, provocando que se detuviera de golpe y se girara lentamente.

—Aiden… —susurró cuando me acerqué a ella—. Gracias por lo de antes.

—Vamos —propuse.

—¿A dónde? —preguntó.

—A olvidar lo que ocurrió esta noche. Necesitabas salir de allí, pero volver a casa y darle vueltas a lo que pasó… no va a ayudarte a olvidarlo.

CAPÍTULO 26

Hailey

—A olvidar lo que ocurrió esta noche. Necesitabas salir de allí, pero volver a casa a darle vueltas a lo que pasó… no va a ayudarte a olvidarlo.

Pensé en ello unos segundos, no demasiados. A fin de cuentas, era cierto. Estaba huyendo a casa, como si las cuatro paredes que formaban mi habitación fueran a protegerme de los recuerdos. Y, por otro lado, sentía que estaba huyendo de otra cosa, no de Matt ni de lo que ocurrió. Me preguntaba si esa era la excusa, pero si realmente estaba huyendo del cosquilleo en la boca del estómago, el latido de mi corazón frenético o los espasmos de mis terminaciones nerviosas. Todavía sentía la piel erizada desde que Aiden cantó la primera estrofa. ¿Por qué demonios tenía que subirse al escenario a cantarme una canción precisamente a mí?

—De acuerdo —musité. Caminamos de vuelta al Skils Bar, pues su coche estaba aparcado justo en frente, y salimos en dirección al centro.

Durante todo el trayecto nos mantuvimos en un silencio cómodo, con la suave melodía proveniente de la radio como único ruido de fondo. Reconocí el bloque de edificios donde se encontraba su ático cuando abrió una puerta en lo que intuí que sería el garaje. Aparcamos y entonces salimos afuera donde nos recibió el ritmo improvisado de la calle.

—¿Te gusta correr? —me preguntó mirando el reloj.

—¿Por qué? —Me reí.

—Porque te va a tocar hacerlo —sentenció, agarrándome de la mano y echando a correr. No sé hacia dónde, pero con la certeza de que Aiden tenía la dirección fija.

Solo habían pasado diez minutos cuando a escasos metros de nosotros se veía la silueta del Space Needle. Era la torre más emblemática de la ciudad, y, aunque solo albergara una altura de ciento ochenta y cuatro metros, me había dejado completamente muda, pues era imponente y bella.

—Por eso había que correr —dijo Aiden señalando hacia un cartel donde especificaba el horario de apertura y cierre, y solo quedaban cinco minutos para poder subir. La entrada costaba ochenta

dólares, que Aiden pagó sin mayor problema. Subimos por el ascensor panorámico y desde lo alto podía verse la ciudad. Además, contaba con un restaurante rotatorio, que a esas horas se había convertido en una especie de *after*. Un camarero se acercó a tomarnos nota. Aiden había pedido un cóctel y yo pedí lo mismo.

—Es… alucinante —murmuré acercándome a la barandilla, dejando que la brisa de la noche me azotase el pelo. Era emocionante ver todas las luces de la ciudad. Era como si nunca durmiese, como si estuviera más viva que nunca.

—Subir hasta la plataforma de observación y contemplar la ciudad desde aquí arriba, y cagarse de miedo en las zonas de suelo de cristal, debería ser obligatorio. —Se rio.

—Ojalá no existieran los problemas —dije, dejando que el aire moviese mi pelo y sin apartar la vista del horizonte—. Ojalá pudiéramos encerrarlos en un bote de cristal, ponerles tapa evitando que salgan, y lanzarlos desde aquí arriba bien lejos hasta perderlos —reflexioné.

—Terminarían encontrando la forma de desenroscar la tapa e irremediablemente volverían a ti —dijo, dando un trago largo a su cóctel.

—Pero desaparecerían por un tiempo —aseguré.

—¿Crees que lo harían? —me preguntó enarcando una ceja.

—No —negué.

—Entonces de nada sirve encerrarlos —murmuró mientras encendía un cigarrillo—. Cuando tenía trece años conocí a la que sería la nueva vecina de enfrente, Holly. Era delgaducha y pálida, siempre vestía como si estuviera sacada de una película Disney y era la chica de la sonrisa eterna. No parecía que tuviese demasiados problemas y seguramente nadie pensaría que una chica de trece años podría tener grandes dramas —comenzó a narrar, perdiéndose en su propio recuerdo—. Entonces un día la encontré llorando. Estaba sentada en la acera y se limpiaba los mocos con la manga del jersey lleno de bolas que vestía. Me acerqué a ella y le pregunté que le ocurría. Me preguntó si era bonita y yo le respondí con toda la sinceridad del mundo que honestamente a mí no me lo parecía. Tampoco me parecía horrible, simplemente no era mi tipo. Por aquel entonces aún no tenía definido mi prototipo de chica, pero, en cualquier caso, no era ella. Sonrió con tristeza y aseguró que entonces había cumplido con sus propósitos, que no era su culpa. No sabía a qué se refería, pero entonces me rogó que la acompañara a un sitio. A mí me parecía una chica de lo más peculiar, especialmente rara. Pero acepté. Caminamos unos quince minutos hasta llegar a un pequeño bosque, donde durante días había hecho un agujero gigante. Le pregunté para qué había escarbado tanto y me respondió que iba a enterrar los problemas. Yo

no le di demasiada importancia, ni siquiera pregunté cuáles eran aquellos problemas que le hacían escarbar tan profundo. Lo único que pensé es que debían ser demasiado grandes para necesitar un agujero de esas dimensiones. Volví a casa y seguí con mi vida como si no hubiera escuchado una revelación absoluta. Tres días más tarde, se oyó un disparo que hizo que todos los vecinos salieran a ver qué ocurría y entonces se encontraron con un reguero de sangre y una bala atravesándole la cabeza al padre de Holly. Lo había matado y después había huido hacia donde había cavado el hoyo. Y, según la policía, se disparó. —Dio un par de caladas antes de continuar—: Regresé a mi cuarto en *shock* por lo que había ocurrido y encima de mi cama había una nota. *Hay problemas tan grandes que engullen y te destruyen, que te consumen hasta convertirte en la última cerilla que queda en la caja*. Solo ponía eso, pero lo decía todo. Al poco tiempo me enteré de que Holly había sido abusada en numerosas ocasiones por su padre, que era adoptada y que había pasado prácticamente sus trece años de vida encerrada en un psiquiatra por bulimia. Ese día, mi yo de trece años aprendió una lección de por vida, y era que existen dos formas de enfrentarse a los problemas. Convirtiéndote en el fósforo de la última cerilla o sencillamente enfrentándote. Hoy en día creo que Holly hizo ambas, se enfrentó y explotó a la vez. Así que, Hailey, no vamos a encerrar los problemas porque siempre regresan a casa. Vamos a cogerlos por la espalda, despistados y confusos, y vamos a lanzarlos al vacío más absoluto.

—Me he enfrentado a cosas peores que lo que ocurrió esta noche —musité, dándole el último sorbo que me quedaba en el vaso.

—Lo sé. Ahora vamos; aún nos quedan varios lugares que visitar esta noche. —Me indicó la salida con un gesto de cabeza.

Caminamos hasta plantarnos delante de un edificio lujoso y altísimo. El Sky View Observatory. Aiden sacó una tarjeta de su bolsillo y la puerta se abrió para nosotros. Supuse que Aiden reparó en mi cara de sorpresa, porque me regaló una sonrisa de lo más canalla.

—¿Nos estamos colando? —quise saber.

—No, ¿por qué? ¿No te fías de mí, Peterson? —Sonrió.

—En absoluto, Carter —aseguré, provocándole una carcajada.

Subimos al último piso, y salimos a la azotea. Si el Space Needle me pareció espectacular… ahora no tenía palabras para describir este sitio. Había una barandilla de cristal, el suelo también era de cristal, y bajo nuestros pies, a unos cuantos metros, la ciudad parecía diminuta. Había luces, alguna planta y un minibar, del que Aiden sacó una botella de champán.

—¿Alguna vez lo probaste? —preguntó señalando la botella. Negué con la cabeza—. Bien, brindemos por una primera vez. No está tan bueno como el tequila, ya sabes, los ricos y su paladar exquisito —

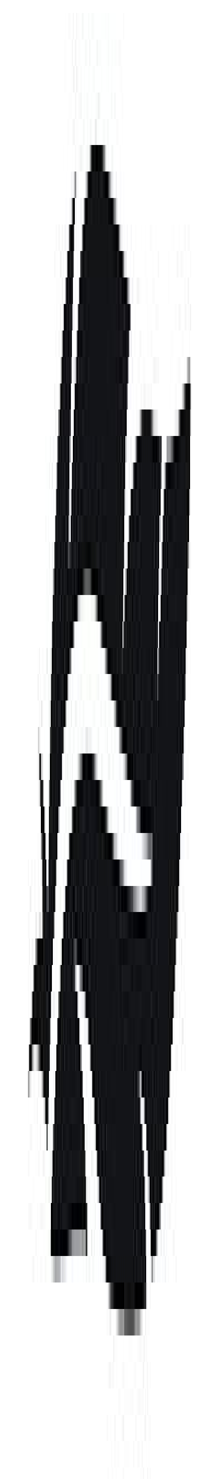
se burló mientras rellenaba los vasos—. ¿Puedo preguntarte algo?

—Dispara. —Asentí con la cabeza como invitación.

—¿Cómo fue perder a tu madre? Me refiero al dolor de la pérdida.

—Cuando tienes que luchar por sobrevivir, no hay demasiado tiempo para llorar la pérdida. A veces la vida hace daño por sí misma y probablemente ese sea el peor dolor. Cuando no importa que intentes evitarlo, cuando no avisa y ocurre de repente. Veloz y casi sin ser vista. Aquel día nuestras almas agonizaban en un pozo sin fondo de recuerdos. Me encogí, aterrorizada, en una esquina de mi cuarto y esperé a que se disipara el dolor, o hasta que volviera la vida y me obligara a salir adelante. El corazón dolía tanto que solo quería acurrucarse en el interior del pecho para no salir nunca más. Pero, al final, siempre vuelve a salir. Igual que el sol después de un día de tormenta. Siempre hay luz. Incluso en la más absoluta oscuridad siempre penetra un rayo de luz, depende de nosotros aferrarnos a él o dejar que el dolor nos arrastre. ¿A quién tienes que dejar marchar, Aiden? —pregunté. Era algo obvio que le atormentaba. Aiden tenía que despedirse de alguien a quien amaba y hacerlo suponía cruzar un campo de minas.

—Es una historia demasiado larga —aseguró, visiblemente afectado. Lo dejé estar, aunque me moría por saber más. Cogí la botella y nos serví de nuevo.



Dos horas más tarde, cientos de conversaciones aleatorias y una

botella y media de champán, el alcohol me recorría el cuerpo y había dado paso a una sensación de paz absoluta allí arriba.

—¿Y a ti cómo te gusta que te lo hagan? —preguntó muy cerca de mí. Habíamos comenzado una conversación sobre sus ligues de una noche y el sexo sin ataduras. Me atraganté con mi propia saliva.

—De cualquier manera —susurré, mordiéndome el labio.

—Desde que estás en Seattle no te has acostado con nadie. Y no será por falta de candidatos —aseguró, acariciándome el muslo. Erizándome la piel.

—¿Cómo estás tan seguro de eso? —Me relamí.

—No te olvides de que soy Aiden Carter. El *quarterback* del equipo de fútbol. Si te hubieras acostado con alguien, hubiera llegado a mis oídos.

—No necesito a nadie para darme placer —aseguré.

—¿Ah, no? —preguntó, dándome un beso en el cuello.

—No juegues conmigo, Carter —gruñí levantándome del suelo, en el que nos habíamos sentado. Y, cuando iba a alejarme, me retuvo con fuerza, haciéndome retroceder hasta hacer impactar mi espalda contra la pared.

—No estoy jugando a nada, Hailey. ¿Y tú? —gruñó.

Antes de que me diese cuenta, me sujetó las dos muñecas con una mano, me las levantó por encima de la cabeza y me inmovilizó contra la pared con las caderas. Joder. Gemí, lo que le permitió aprovechar la ocasión para meterme la lengua y recorrerme la boca. Nunca me habían besado así. Mi lengua acariciaba tímidamente la suya y se unió a ella en una lenta y erótica danza de roces y sensaciones, de sacudidas y empujes.

No sé en qué momento se deshizo de mis pantalones, dejándome solo con la camiseta puesta. Sentía arder cada centímetro de piel que él tocaba. Pasó con delicadeza sus manos por mis muslos, ofreciéndome la mejor caricia del mundo, el mejor roce inimaginable, hasta alcanzar la fina tela de mi ropa interior y dar con el centro de mi intimidad. Me rozó, apartando la tela a un lado, e introdujo un dedo dentro de mí. Y yo grité mientras lo sacaba y volvía a meterlo. Me frotó el clítoris con la palma de la mano, y grité de nuevo. Siguió introduciéndolo, cada vez con más fuerza, y dejé salir un gemido que me quemaba la garganta. Me separó de la pared, obligándome a deslizar las piernas sobre su cuerpo y volver a tocar el suelo con mis pies. Me dio la vuelta mientras me empujaba caminando hacia la barandilla, haciendo que mi espalda quedase justo detrás de él. Por instinto coloqué mis manos sobre la barandilla y me incliné hacia delante, preparándome para lo que viniese.

Aiden clavó los dedos en mis caderas y me penetró

lentamente, pero contundente. Me empujó tan fuerte que trastabillé un poco hacia delante, pero enseguida él se encargó de recolocarme tirando de mí hacia atrás.

—Por las primeras veces —susurró, acariciándome la espalda por encima de la tela de mi camiseta mientras daba un último trago a la botella de champán.

—Aiden… Te… necesito —solté, rogándole que se moviera. Pero era cierto, notaba una necesidad aplastante en mi interior.

—Vamos a incendiar el jodido mundo desde esta azotea, con la ciudad a nuestros pies. Literalmente. —Me penetró de golpe.

—¡Joder! —exclamé con los dientes apretados.

—Mira al frente, Hailey. Córrete con la vista clavada en el horizonte, grábate en la retina las vistas. —Y lo hice. Las piernas se me debilitaron extrañamente. Apreté la barandilla con los dedos con tanta fuerza que los nudillos se me pusieron blancos. Mis gemidos inundaron la azotea y pronto se mezclaron con los de Aiden.

Aiden salió de mi interior, cogió mi pantalón con mi ropa interior y me lo devolvió. Yo aún seguía con la vista clavada en el horizonte, mirando la ciudad y con un torbellino de emociones sacudiéndome las entrañas. Ahora que no quedaba resquicio de alcohol en las venas, ahora que después del sexo había bajado súbitamente los niveles de champán, comenzaba a preguntarme qué demonios habíamos hecho. Habíamos cruzado una línea, un límite infranqueable, y no tenía ni la menor idea de lo que ocurriría después. En cualquier caso, acababa de confirmar dos cosas. La primera, que nunca en la vida me habían follado así; y la segunda, que Aiden me hacía sentir viva. Y ambas eran revelaciones peligrosas.

—Vámonos —sugirió.

Salimos del mismo modo en que entramos. Me pregunté si no habría seguridad en un lugar como aquel, aunque comenzaba a creer que si la tuviera no importaba en absoluto. Porque Aiden se movía con calma, como si aquel lugar le perteneciese.

Caminamos uno al lado del otro, sin decir nada, hasta plantarnos en uno de los mayores casinos de la ciudad. Madre mía. Todo era ostentoso, desde la puerta rotatoria de la entrada hasta cada adoquín del pasillo principal o cada escultura decorativa bañada en oro.

—¿Qué hacemos aquí? —pregunté.

—Póker —respondió con una sonrisa, deteniéndose y mirando fijamente a unos cuantos jugadores que estaban terminando una partida al fondo.

—Vamos a aplastarlos, Carter —aseguré riéndome.

—¿Sabes jugar? —se interesó.

—Soy la reina del póker, jamás he perdido una partida. A

veces, nos reuníamos todos los vecinos y echábamos horas jugando. No apostábamos nada. Simplemente jugábamos. Papá y mamá me enseñaron cuando tenía cinco años y no se me da nada mal.

Nos acercamos a la mesa y propusimos una partida. Aiden sacó mil dólares de su cartera y yo ahogué una exclamación. ¿Por qué alguien llevaría tanto dinero encima? Comenzó la partida. Nuestros contrincantes eran dos hombres de mediana edad que creían que tenían la partida ganada antes de empezar, tanto que habían apostado diez mil dólares, probablemente todo lo que habían ganado aquella noche. La sorpresa fue cuando arrojé mi as sobre la mesa y Aiden sacó un full y una escalera. Habíamos ganado diez mil dólares con solo una partida. Cogimos el dinero y salimos pitando entre carcajadas cuando vimos que al ambiente entre nuestros contrincantes se ponía tenso.

Corrimos y terminamos entrando en el primer bar que encontramos. Nos pedimos un par de chupitos de tequila y, con el amanecer a punto de salir, decidimos que ya habíamos bebido demasiado por esta noche.

—Joder —exclamamos al unísono cuando salimos y nos encontramos con una tormenta sobre nuestras cabezas y tal aguacero que apenas dos minutos bastaron para empaparnos.

—Busquemos un taxi —sugirió.

—¿Por qué? Solo es agua —dije riéndome.

Aiden me clavó la mirada. Por un segundo creí perderme en aquellos iris azules. Nos miramos con intensidad y curiosidad, como si aquella fuera la primera vez que lo hacíamos.

CAPÍTULO 27

Aiden

—¿Por qué? Solo es agua. —Se rio.

Me volví a mirarla. El agua le calaba la ropa, el pelo y la piel. Estaba empapada y yo debía tener un aspecto similar. Solo que ella estaba guapa, tenía un aspecto salvaje, y el verde de sus ojos parecía más intenso en la oscuridad de la noche.

—Sígueme. —Soltó una carcajada mientras se dirigía al bordillo de la acera. Colocó un pie delante de otro y comenzó a caminar, tambaleándose, pero sin salirse de los adoquines que conformaban aquel bordillo. No sé por qué ni cómo, pero lo hice. Fui detrás de ella, manteniendo el equilibrio y centrándome en no pisar fuera de la línea, hasta el final de la calle. Solo quedábamos ella y yo, ni siquiera un solo coche o un viandante. Parecía como si el mundo hubiera desaparecido y nosotros fuésemos los únicos supervivientes de la Tierra.

Nos detuvimos cuando un rayo resonó sobre nuestras cabezas y el cielo pareció partirse en dos. Hailey se había detenido, clavando la mirada en la oscuridad del cielo, perdiéndose en cada relámpago. Extendió los brazos, dejando que una ráfaga de viento le revolviera el pelo, y respiró, hondo y profundo, como una bocanada de emergencia.

—Tengo frío —susurró abrazándose, en un intento de darse calor.

—Vamos —dije haciendo un gesto con la cabeza, indicándole el camino—. Mi apartamento no queda demasiado lejos. —Apenas nos encontrábamos a una manzana.

—¿Tu apartamento? —tartamudeó.

—No puedes volver al campus, Peterson. Está demasiado lejos como para ir caminando y no vas a encontrar un taxi dispuesto a arriesgar la vida y con un alma caritativa que te deje subir con esas pintas —dije reparando en nuestras ropas. Era como si la lavadora nos hubiera escupido sin centrifugarnos.

Recorrimos la distancia en poco tiempo, en silencio y con una especie de tensión entre ambos. Me costaba horrores admitirlo, pero por algún motivo desconocido no podía permitir que Hailey regresara al campus sola bajo el aguacero, y las opciones se reducían a pasar la

noche en mi ático. Y no me gustaba la idea de pasar una noche entera con Hailey, de compartir el mismo espacio y dejarla entrar en mi ático otra vez.

Entramos en el recibidor, donde se encontraba Josh, el portero. Josh era agradable, era ese tipo de persona que con mirarle sabes que solo alberga bondad. Tiene sesenta años y está a punto de jubilarse. Lleva más de cuarenta años trabajando como portero en edificios de lujo y en este en concreto desde hacía dos años. Antes trabajaba en la empresa de mi abuelo, hasta que este falleció y el actual jefe, que no era otro que Kaden, decidió que el edificio más alto de Seattle, valorado en más de trescientos cincuenta millones de dólares, y siendo sede de una de las multinacionales más grandes del mundo, como el Sky View Observatory, no necesitaba porteros, ni un guardia de seguridad, excepto un mísero vigilante novato los fines de semana.

Recuerdo aquel día. El abuelo había fallecido hacía apenas una semana, pero para el resto de mundo, incluida su familia, era como si hubiera pasado una eternidad y no se mereciera ni siquiera recordarle. Era como si su muerte simplemente fuera un trámite. Ese día, Kaden se convirtió en el sucesor de mi abuelo, aunque no era el heredero. Fue una decisión de mi padre pese a que no era esa su última voluntad. Al salir de la empresa me fui a tomar una cerveza al bar de enfrente. Necesitaba olvidar en el alcohol la rabia que sentía y entonces me encontré a Josh, tomándose un café con la cara de preocupación del que lo había perdido todo. Me acerqué a él y le pregunté qué le ocurría, y ahí fue cuando supe que Kaden se había vuelto completamente loco y se había convertido en un títere más de mi padre. Había despedido a Josh y a más de media plantilla, había reducido los salarios e incrementado las horas de trabajo. Había roto acuerdos de décadas con empresas que mi abuelo consideraba familia y había creado lazos con otras de dudosa fidelidad. Y había atacado a las familias de los trabajadores. Había privado a mujeres de la baja por maternidad, de las vacaciones. Había obligado a otros a asistir enfermos a su puesto de trabajo y había demostrado carecer de empatía de una forma cruel. Había renegado incluso de sí mismo por complacer a mi padre. En algún momento se perdió, o tal vez siempre lo había estado. Tal vez Kaden nunca fue la persona sensata y buena que yo veía cuando teníamos quince años, tal vez aquel Kaden solo existía en mi imaginación.

—Creo que necesito una ducha —aseguró Hailey, tan pronto abrí la puerta. Los labios se le habían vuelto morados del frío. Definitivamente necesitaba entrar en calor y yo también. Notaba el cuerpo entumecido y contraído, por lo que una ducha no nos vendría mal.

Caminamos hacia el baño de invitados, le tendí una toalla y dejé correr el agua hasta que esta saliese caliente. Me giré, dispuesto a marcharme, pero me choqué con una imagen que me hizo retroceder. Hailey estaba apoyada contra los azulejos y me miraba con una intensidad aplastante. El verde de sus ojos era como dos farolillos iluminando la noche. Recorrí la distancia que nos separaba de una sola zancada y la besé de una manera desesperada, como con necesidad. Como queriendo borrar todo. Apreté sus caderas, acercándome más a ella. Le hice caminar marcha atrás sin dejar de besarla, hasta chocarnos con los azulejos de la ducha.

Tapé mi boca con la suya cuando se separó por la sorpresa del agua caliente cayendo sobre nosotros e introduje mi lengua de manera salvaje. Respondió a mi beso con el mismo salvajismo y sintiendo sus manos por todo mi cuerpo. Levantó mis brazos para sacarme la camiseta y yo hice lo mismo con la suya. Retrocedí con el estómago encogido.

—¿Qu-qué te ha pasado? —susurré, acariciándole la enorme cicatriz que atravesaba su barriga y reparando en la que recorría su espalda. Era profunda y grande, tuvo que dolerle horrores. Caí en la cuenta de que mientras follábamos en la azotea la camiseta se mantuvo en su sitio.

—Haber nacido en Bearden. Ser una marginada, supongo. —Se encogió de hombros y desvió la mirada, mordiéndose el labio inferior. No pasó desapercibido el brillo de sus ojos ni la humedad que se intuía en ellos. Tenía un presentimiento horrible en la boca del estómago. Tenía una pregunta en la punta de la lengua para disparar, aun con la certeza de conocer la respuesta. Y me aterraba formularla. Me aterraba porque sentía brotar la rabia dentro de mí, como un volcán a punto de erupcionar. Como el agua de un tsunami retrocediendo hacia atrás para después levantarse con fuerza.

—Fue él, ¿verdad? —musité. No fue necesario añadir más. Sabía a quién me refería. Hailey flaqueó y se deslizó por los azulejos hasta quedar sentada en el suelo de la ducha con el agua cayéndole encima. La imité.

—Era invierno y llovía. Llovía casi tanto como esta noche. Apenas eran las dos de la madrugada y regresaba de colarme una vez más en la pista de patinaje, con los patines en la mano y con el sabor de la felicidad en el paladar. El agua me calaba hasta la médula. Ya había entrado en la zona baja de Bearden y a lo lejos ya casi podía ver la silueta de mi casa. Matt salió de entre unos matorrales, estaba ebrio e intentó abusar de mí. Me rasgó la ropa y me tiró al suelo con fuerza entre insultos. Para él solo era una miserable de la que podría aprovecharse si me ofrecía dinero. Mil dólares para ser exactos. Decliné su oferta con el mayor respeto que pude ofrecerle e intenté

volver a casa. Entonces volvió a lanzarme contra el suelo y ahí empezó todo. Las patadas, los puñetazos, los tirones de pelo… Lo que Matt no sabía era que haber nacido en Bearden implica saber defenderse y, cada golpe que recibía, yo lo devolvía; cada vez que me lanzaba al suelo, yo me levantaba y atacaba una vez más. Casi lo logro, y digo «casi» porque cuando estaba a punto de correr hacia casa en un momento de debilidad… Matt se levantó, con la mala fortuna de encontrarse con un bate de béisbol abandonado en el contenedor. Lo agarró con fuerza y me golpeó por la espalda, desplomándome en el suelo. Me golpeó en todo el cuerpo. Lanzó los patines a un lado y me juró que jamás iba a poder volver a subirme en ellos e inmediatamente después impactó con fuerza el bate en la rodilla treinta y siete veces. Y yo grité como si se me fuese la vida en ello. Y luego sacó una navaja del bolsillo trasero de su pantalón y me rajó la espalda de arriba abajo, para después continuar con la barriga, y el dolor era tal… que me desmayé. Lo siguiente que recuerdo es haberme despertado en mi cama con un dolor insoportable. —No sabía qué decir. Los puños comenzaban a dolerme, de apretarlos con tanta fuerza.

—¿T-te…? ¿Te vi…? ¿Lo hizo? —tartamudeé.

—No. Unos vecinos lo vieron cuando me había quitado el pantalón y vinieron a ayudarme.

—¿Lo denunciaste? —quise saber. Porque si lo había hecho no entendía cómo podía estar libre.

—No me curó un médico ni tampoco fui a un hospital. Papá y Jacob me cosieron las heridas de la barriga y de la espalda, por eso tienen tan mala pinta. Las cosieron como pudieron. Y la rodilla simplemente me la inmovilizaron dos vecinos que tenían algunos conocimientos y cosieron la brecha. Y el resto lo hizo la fe y la esperanza, sobre todo la fe. Fe en que abriera los ojos, fe en que no hubiera perforado ningún órgano o, sencillamente, fe en que saldría de esa. Estuve tres días inconsciente, y cuando desperté quise morirme del dolor. No tenía medicinas para paliarlo ni tampoco medios para conseguirlos. Pasé tres meses con la rodilla inmovilizada y rezando para poder caminar de nuevo —respondió, haciendo una pausa e inhalando—. Matt es el hijo del alcalde de Arkansas y yo… Solo soy yo, Aiden. A ojos del mundo, Matt es el perfecto hijo de buena familia que todo padre quisiera tener y yo… Una marginada, sin un centavo en la cartera, viviendo en una casa diminuta y en ruinas, con un padre que ha nacido bajo un puente y criado con unos padres que lo abandonaron a su suerte, quizá porque no tenían forma de hacerse cargo. Intenté hacerlo. Intenté ir a la policía, era tan ilusa que creía que existía la justicia para todos, pero no es así. Si no tienes dinero, tampoco tienes derechos. No hay humanidad ni piedad ahí fuera. Para

la gente como yo solo existía la crueldad más absoluta. Papá, Emily, los vecinos… Todo el mundo me decía que hacerlo sería condenarme y después, aun con todas mis dudas, la vida me lo confirmaba. Me sentía observada cuando salía de casa, como si alguien caminara dos pasos detrás de mí. Y era que, realmente, tenía al mismísimo demonio acechándome por la espalda, como el cobarde que es. Lo vi un día a lo lejos, me miraba con repugnancia y prepotencia, como el que sabe que no corre peligro. Al principio solo era eso, a veces venía y me observaba. Cada vez se acercaba más, hasta que comenzaron las amenazas: me dejaba notas, pasaba con su coche casi rozándome… Era como un lunático o un psicópata, como si se hubiera creado una especie de obsesión conmigo. Y cuando aterricé en Seattle creí haberlo dejado atrás, pero después apareció aquí —explicó.

Nunca había visto el mundo tan real como en este instante. Nunca había comprendido las adversidades que experimentaban los que no tenían nada, y me recriminé todas las veces que juzgué a aquellos que recorrían las calles en busca de alguna limosna. Me recriminé todas aquellas veces que, pese a llevar la cartera llena y tener la cuenta del banco con más ceros de lo que me gustaría admitir en ese momento, había mirado hacia otro lado a aquel anciano que solo esperaba recibir unos cuantos centavos, quizá para un bocadillo frío o tal vez para un café caliente en mitad del invierno. Al joven que rondaba mi edad y se sentaba con la única compañía de su mascota en la salida del centro comercial. Pensé en todos ellos y en la avaricia de mi mundo, en las brechas sociales. En las clases, más presentes que nunca… En la invisibilidad de las pequeñas cosas, tapadas por la cortina del dinero.

—No sé qué debo decir —susurré al cabo de un rato. En otro caso puede que soltase un discurso arrollador, valiente y fortalecido, ensalzando su valentía, su fuerza, su insaciable lucha por sobrevivir… O tal vez soltaría un comentario de mierda para zanjar la conversación incómoda sin importarme cómo podrían influir mis palabras en sus emociones. Pero en este caso era diferente. Primero porque con Hailey todo era diferente. No sé de qué manera, ni cómo, ni por qué, pero diferente. Y porque realmente no tenía nada que decir. No había nada que valiese la pena pronunciar. No había palabras para lo que acababa de contar. No se podía, de ninguna forma, borrar el sufrimiento que desprendía.

—Eso es lo más sensato que me han dicho nunca. —Sonrió con tristeza—. No saber qué decir… A veces ya lo dice todo. A menudo la gente suele decirte cómo debes sentirte o enfrentarte, suelen darte consejos vacíos y promesas que suenan a ilusiones más que a realidad. En ocasiones, no hay forma alguna de salvarnos. Mamá siempre me decía que jamás olvidara que, después de la tormenta, sale

el sol y eso significa ver el arcoíris, y esa explosión de colores era la señal para volver a levantarse y dar un paso al frente. Supongo que di muchos, uno detrás de otro. Pero ya no soy aquella Hailey, porque aún, cuando cierro los ojos, puedo sentir el dolor atravesándome el cuerpo. Y no me refiero a las heridas físicas, hablo de cómo volaron en pedazos las esperanzas en la humanidad, la confianza a ciegas que solía tener en el mundo, incluso los sueños… Realmente quería ser abogada, defender con uñas y dientes a personas como yo, que ni siquiera podrían permitirse pagar mis servicios… Hasta que la vida me enseñó que los marginados no tenemos defensa; no somos la víctima, sino el culpable. Así fue, en parte, como terminé matriculándome en Filología.

CAPÍTULO 28

Hailey

—¿Qu-qué haces? —musité cuando vi cómo me levantaba al aire en un movimiento rápido y me obligaba a enroscar las piernas alrededor de su cuerpo.

—Voy a intentar borrarte el dolor, Hailey. Aunque fracase en el intento —murmuró con voz ronca en mi oído. Temblé cuando noté cómo se deshacía de mi ropa interior, quedando completamente desnuda ante él.

—Aiden… —susurré con la voz rota y el corazón caliente cuando noté sus labios posados sobre la cicatriz de mi barriga. Me sujetó por la cintura para girarme y ponerme contra la pared y hacer el mismo recorrido de besos con la cicatriz de la espalda. Sus ojos se concentraron en los míos cuando volví mi vista hacia él, como queriendo decirme algo que no llegué a descifrar, o quizá no quería. Bajó las manos hasta mi culo, se agachó un poco, y yo cogí impulso para rodear su cuerpo con mis piernas de nuevo.

—Hailey… —gimió cuando acerqué mis labios a su cuello y fui subiendo con suavidad hacia su oído—. Te… necesito… ya —volvió a gemir, casi en un gruñido.

—Hazlo —rogué.

Y, en ese mismo momento, entró en mí sin ninguna piedad, lo que provocó que soltase un gemido que le hizo gruñir y maldecir. Colocó mi cuerpo contra la pared y me sujetó con una sola mano. Me penetró con suavidad, tomándose su tiempo y mirándome fijamente. Acaricié su boca con mis dedos para después volver a besarle. Ya no había ni rastro del frío de anoche. Solo calor, placer, y había borrado de un plumazo los recuerdos.

No sé el tiempo que llevábamos así, pero, por la sensación que empezaba a notar, supe que no tardaría mucho.

—Voy a… correrme —jadeé, apoyando la cabeza en la pared.

Eché la cabeza hacia atrás sin dejar de mirarle y noté cómo me seguía, pegando su frente a la mía. Dejamos que el agua cayese sobre nosotros unos cuantos minutos más, hasta que él la apagó y me envolvió en una toalla, saliendo del cuarto de baño y dejándome sola. Me vestí con una camiseta de Aiden que me quedaba de vestido, me

peiné sin demasiado esfuerzo y me acerqué a su cuarto. Estaba con la televisión encendida, la cama medio abierta y una luz cálida de ambiente.

—Gracias por dejar que me quede —dije sin pensar. Estaba nerviosa y no sabía cómo comportarme. Era conocedora de que a Aiden no le agradaba la idea de que alguien se quedara en su casa. De hecho, sabía con certeza que jamás ninguna chica, al menos las que rondaban el campus, había estado con él aquí. Siempre hablaban del apartamento que compartía con Tyler o de cómo él las visitaba a ellas. Pero jamás oí la mención de este ático, por lo que me resultaba extraño que me permitiera quedarme aquí—. Buenas noches —susurré antes de girarme y emprender el camino al cuarto de invitados. En realidad, ya había amanecido. Serían alrededor de las siete y media.

—¿A dónde vas, Peterson? —Su tono me sobresaltó.

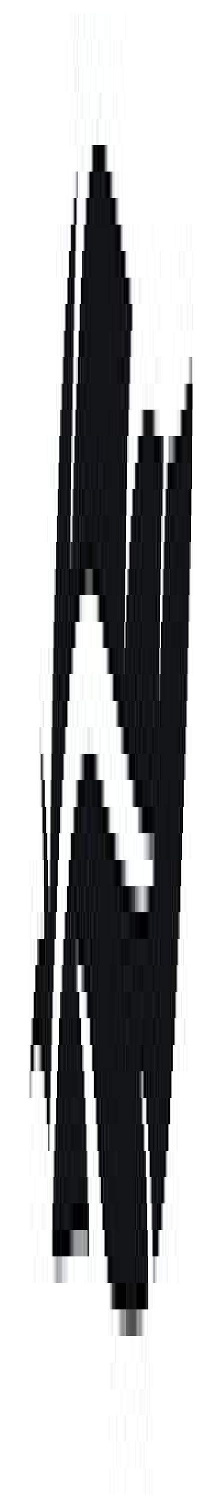
—Al… cuarto de invitados —farfullé, mirándole con el ceño fruncido y la duda asentada en la voz. Parecía una pregunta más que una afirmación.

—Así que eres de esas… Después de follar cada uno a su casa. Te vistes y te largas —dijo en un tono tan frío que casi le hubiera creído de no ser porque le flaqueó la sonrisa. Maldito Aiden.

—¿Te estás describiendo, Carter? Pensaba que no dormías con chicas —dije, recostándome con los brazos cruzados sobre el marco de la puerta.

—No me retes, Peterson. —Suspiró—. Puedes mover tu culo y tumbarte aquí conmigo, o puedes irte a dormir al jodido cuarto de invitados si prefieres. Aunque deberías saber que esta situación no es habitual y no va a repetirse —aseguró gruñendo, alzando el dedo en forma de amenaza. Me reí.

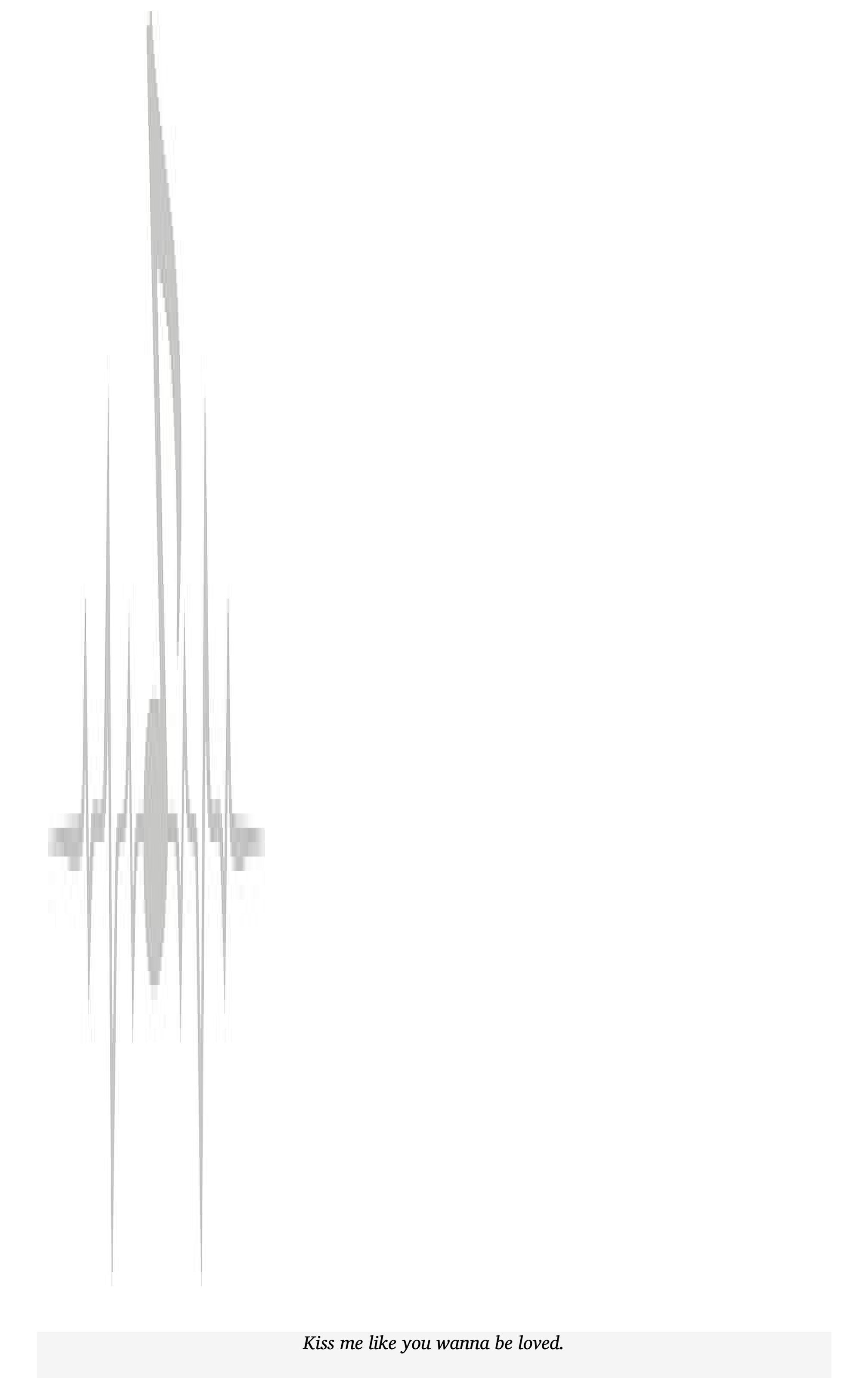
—¿Seguro que no te importa? —susurré cuando me tendí a su lado y la cama se hundió. Hizo un ligero movimiento de cabeza de negación. Tragué saliva y alcé la barbilla, mirándolo. Me perdí en sus ojos. Me parecía tan guapo que me quedaba sin respiración. Nos tapamos. Aiden apagó el televisor y la lámpara de la mesita, y toda la habitación se sumió en la oscuridad. Me acurruqué junto a su cuerpo por inercia, como si hubiéramos hecho aquello cientos de veces, como si fuera parte de nuestra rutina. Aiden no se movió, así que intuí que tampoco le incomodaba mi cercanía. Enredamos las piernas buscando comodidad. Estaba tan cansada que se me cerraban los ojos, pero me negaba a dormirme porque me gustaba sentir la tibieza del cobijo que era su cuerpo pegado al mío. Finalmente sucumbí al sueño.



Cuando abrí los ojos, tenía cuatro certezas: la primera era que aquella

cama no era la mía; la segunda, que tenía resaca y que probablemente muchos de los actos de anoche y que hubiera amanecido en esta cama significaban exceso de alcohol; la tercera era que me había despertado la melodía de una guitarra; y la cuarta, la que me tenía con el corazón en el puño, era que jamás en mi vida me había sentido como Aiden me hacía sentir.

Salí del nido caliente que me protegía y caminé en silencio, guiada por las cuerdas de la guitarra y el tenue sonido de una voz. Aiden estaba sentado en el suelo de la inmensa terraza, con la capucha de la sudadera puesta y un pantalón de chándal, todo negro. La guitarra reposaba sobre sus piernas y cantaba en voz bajita, casi en un susurro, pero lo suficiente fuerte como para alcanzar a escucharlo desde mi posición. Reconocí la canción al momento, comenzaba el estribillo:



Kiss me like you wanna be loved.

You wanna be loved…
You wanna be loved…
This feels like falling in love.
Falling in love…
Falling in love…

Se me pusieron los pelos de punta y me teletransporté al momento en que cantó esa canción en el Skils Bar delante del mundo, haciendo una versión mucho más cálida de Ed Sheeran. Pero esta vez el tono de su voz tenía un matiz diferente. Cantaba con rabia, como si aquella letra le quemase la garganta.

—Joder —gruñó, tan fuerte que parecía un rugido, mientras se despeinaba el pelo con frustración. Algo iba mal, parecía debatirse en una guerra interna en la que el marcador no estaba a su favor. Y, aunque me moría de ganas por saber qué le ocurría, decidí regresar al cuarto, vestirme e irme a casa. Porque si algo sabía de Aiden era que odiaba que invadiesen su intimidad y que era inaccesible, impenetrable como un muro. Quise ser tan silenciosa que terminé tropezándome con la pata de una mesa y haciendo añicos un jarrón, al que esperaba que no le tuviera demasiado aprecio.

—Lo siento —farfullé, volviendo la mirada hacia el lugar donde estaba sentado.

—No importa —aseguró.

—Voy a volver al cuarto…

—Hailey —me llamó cortándome, en un tono gélido—. Tienes la ropa en la secadora. Cuando estés lista, te llevo a casa —añadió. Me limité a asentir.

El trayecto en coche fue terriblemente tenso. No intercambiamos palabras ni siquiera respirábamos, al menos yo lo hacía a trompicones y solo cuando ya no podía retener el aire por más tiempo y Aiden… Aiden juraría que no había tomado una sola bocanada en todo el camino.

—Gracias por acercarme —susurré, abriendo la puerta cuando hubo parado justo enfrente del bloque de edificios donde vivíamos.

—Hailey… —volvió a llamarme. Esta vez lo hizo más suave—. No puede volver a repetirse. No soy de los que hacen promesas, ni pido citas, ni aparezco con un ramo de flores y ese tipo de cosas. Tampoco duermo con nadie y no he dejado entrar a nadie en mi ático —añadió bajo mi mirada—. No quiero hacerte daño.

—Y yo no te he pedido promesas, ni quiero citas ni que me traigan flores. No podría hacerme ilusiones. Puede que al resto de las mujeres que pasan por tu cama les baste con eso para montarse la película del año, pero yo no, Carter. No podría ilusionarme y mucho menos llegar a enamorarme de alguien lleno de límites infranqueables, reglas y cimientos de hormigón a su alrededor —dije saliendo del

coche—. No soy idiota, Aiden. Solo hemos follado. No tenemos nada en común. No hemos vivido, ni por asomo, la misma vida. No soy una cobarde que vive huyendo, que le esconde al mundo su pasión por la música, incapaz de aceptar la oferta deportiva con la que siempre había soñado e incapaz de despedirme de quien tenga que hacerlo. Solo soy una marginada, pero y ¿tú? ¿Tú quién coño eres? —añadí, arrepintiéndome casi de inmediato. Me dejé llevar por la rabia y la punzada de dolor en la boca del estómago. ¿Qué demonios creía que iba a ocurrir? ¿Y por qué me dolía el pecho de esta manera?

Me di la vuelta y corrí hacia mi casa. Llamaría a papá y a Jacob. Después me pondría al día con Emily y pasaría el resto del día viendo algo en la televisión. Con suerte, para cuando cayese la noche, ya me habría sacado de la cabeza a Aiden Carter. Pero primero necesitaría una ducha, exageradamente ardiendo y con extra de jabón para extinguir su olor de mi piel. Mis planes se vieron truncados en cuanto atravesé la puerta del recibidor y Mía me estaba esperando con una expresión entre furiosa e impactada.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

—Eso quiero saber yo —exclamó—. Vas a tener que explicarme unas cuantas cosas. La primera, por qué te has bajado del coche de Carter; y la segunda, dónde has pasado la noche.

—No es lo que parece —dije rápidamente.

—Ya. Eso suele decirse cuando todo es justamente peor de lo que parece. —Suspiró pesadamente, sentándose en el sofá—. Hailey, déjame darte un consejo. No pienso meterme en tus asuntos. Toma decisiones, equivócate o acierta… Pero no esperes ni intentes que Aiden te deje entrar en su vida, no pretendas encontrar todas las piezas del puzle y hacerlas encajar. Porque eso solo puede acabar de una forma, y es con el corazón roto en la mano y el alma en pedazos.

—No va de eso, Mía —aseguré, sentándome a su lado.

—Siempre termina yendo de eso, y lo peor es cuando no lo sabes y la realidad te pega de golpe, como una bofetada con la mano abierta y con empuje. Aiden es como un tren de alta velocidad a punto de descarrilar. Le conozco desde el primer día de universidad y es inalcanzable en todos los aspectos. A veces dudo que incluso Tyler, con toda esa complicidad que tienen entre ellos, sepa realmente quién se esconde en el mejor *quarterback* de la historia de los Washington Tigers.

—Sí… Es complicado —gruñí.

—No, cariño. «Complicado» es entender las leyes de la física cuántica, Aiden es «imposible» —bromeó, sacándome una carcajada—. ¿*Pizza* y Netflix? —sugirió. Asentí.

El resto del día lo pasamos viendo *Friends,* acompañando cada capítulo con palomitas, chocolate y helado. Todo empezó hacía unas

semanas, cuando Mía descubrió que nunca había oído hablar de esa serie y me lanzó una mirada de las suyas, de esas en las que se preguntaba si estaba enfrente de un alienígena. Diez minutos fueron suficientes para engancharme y no querer parar de verla. Y después de este día, aunque tenía unos planes muy diferentes antes de saber que Mía estaría en casa, era justo lo que necesitaba. Mía era vitamina. Compartir tiempo con ella era como experimentar el sabor de un cóctel compuesto por todas las emociones posibles, era una montaña rusa de esas que impresionan. Mía siempre encontraba la forma de arreglarme la vida en los días complicados. Tenía ese carisma y a veces, aunque disfrutaba de la soledad del apartamento para mí sola, la echaba de menos.

Cuando me metí en la cama, aún tenía la noche anterior grabada en mi memoria. Me pregunté si podría llegar a olvidarla, y es que si pensaba en Aiden me temblaba el cuerpo una vez más, me recorría una descarga eléctrica y explosiva. Me pregunté qué demonios estaría haciendo o si él también sentía la piel erizada. No. Claro que no. Me deshice de todas las preguntas que quería hacerle y de las que jamás obtendría respuesta. Me giré, apagando la luz de mi mesita, y sentí la ausencia del calor que había sentido con Aiden a mis espaldas. De pronto mi cama ya no me parecía tan agradable como la suya, y nada tenía que ver con el colchón.

CAPÍTULO 29

Aiden

Miré el periódico de aquella mañana y maldije entre dientes. Luego encendí la televisión e inmediatamente impacté mi puño contra la pared, importándome una jodida mierda la sangre de mis nudillos o el dolor recorriéndome la mano. Sentía la cólera burbujeando en mi interior y la rabia haciéndose un hueco, dispuesta a salir disparada.

«Los antiguos empleados de Gravity S. L. se plantan frente al edificio de la multinacional exigiendo que se les restituya su empleo. Kaden Carter está en negociaciones para cerrar dos grandes empresas, empresas en Europa que su abuelo levantó prácticamente de la nada, y despedir a más de quinientos empleados con el ambicioso plan de abrir una nueva compañía que aún está por ver si será rentable o se convertirá en el primer fracaso en la historia de la familia Carter…».

Pero no era esa la noticia que me tenía en este estado. Las malas decisiones de Kaden ya no me sorprendían ni me afectaban, dejaron de hacerlo en el mismo instante en que me di cuenta de que no podría hacer nada.

«Pero ahora pasemos a un tema que sin duda revolucionará la prensa rosa del país… Aiden Carter ha sido captado con una chica completamente desconocida y de la que lo único que sabemos es su nombre: Hailey. ¿El hijo de Adam Carter tiene a alguien en su vida? ¿Quién es Hailey? Sin duda esta noticia no dejará indiferente a nadie. ¿Qué opina su padre de esta relación? No es desconocido que Adam Carter ha asegurado en numerosas entrevistas sus deseos de que su hijo se case con la modelo, e hija de su mayor socio, Megan Tylor. Incluso esta se ha mostrado sorprendida y dolida por la aparición de esta chica en la vida de Carter, tanto que ha asegurado que solo se trata de una cazafortunas. Demos paso a las pruebas de esta reciente e inesperada relación…».

Quien daba la noticia era una reportera que yo había visto contadas veces en *USA Today*. Las imágenes y videos mostraban la entrada en el Sky View Observatory o en el Space Needle. En el casino, bebiendo tequila y riéndonos en mitad de la calle empapados de agua, o entrando en mi ático. Parecíamos una pareja.

Respondí al teléfono en el segundo tono de llamada sin mirar

quién era.

—¿Has visto las noticias? —La voz de Jena me sorprendió tanto que separé mi móvil de la oreja para comprobar el nombre que aparecía en la pantalla y verificar que se trataba de ella realmente.

—Sí. —Suspiré—. Joder. Van a ir a por ella —gruñí.

—Eso es lo que hace la prensa; coger un puñado de mentiras y convertirlas en noticia. Porque realmente es eso, ¿no? —se interesó, y comencé a sospechar.

—¿Por qué me llamas, Jena? ¿Qué quieres saber? —dije, dejándome caer sobre el sofá.

—¿Qué te traes con esa chica? —dijo, y sin tenerla delante supe que estaba sonriendo. Lo que me faltaba.

—¿En qué quedó lo de no meternos en la vida del otro? —farfullé.

—Eso terminó la última vez que nos acostamos, sencillamente porque no volverá a ocurrir —aseguró—. Y me caes bien, Carter. En el mundo de lujos en el que nacimos no suelen encontrarse demasiadas personas como tú —reconoció. Al final Jena no iba a ser de piedra, tal vez había una humana con un corazón dentro de ese cuerpo—. ¿Quién es? Desembucha, capullo —pidió.

—No es nadie —gruñí.

—Oh, oh —se burló—. Cuando decimos que alguien no es «nadie», ya promete la historia. —Se rio.

—No, joder. Estudia en la UW, comparte piso con una de mis amigas de la universidad. Es camarera en un bar que suelo frecuentar y está… jodida. Ha nacido en Arkansas, en Bearden para ser exacto —expliqué—. Solo es… No sé, ¿una amiga? Da igual, en cualquier caso, no es lo que está haciendo ver la prensa —añadí. Hubo un silencio largo. Comprobé que la llamada siguiera en curso, ya que por un segundo creí que Jena me habría colgado—. ¿Jena?

—La has metido en la boca del lobo. Van a perseguirla y destriparla —confirmó.

Sentía una sensación amarga en el pecho. No quería escuchar nada de eso. Jena suspiró al otro lado de la línea.

—Hablamos en otro momento, ¿vale? Necesito pensar y solucionar esto.

—Solo hay una forma de que todo esto se olvide y es dándoles lo que quieren.

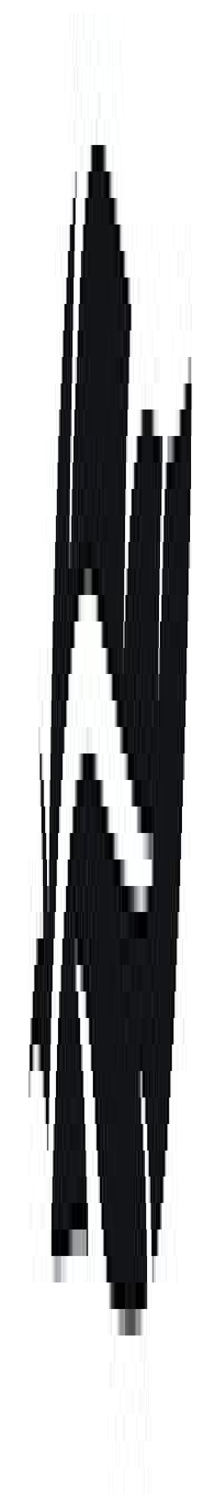
—¿A qué te refieres? —pregunté con curiosidad.

—La única forma de que dejen a Hailey tranquila es hacer un comunicado en el que asegures que se trata de una amiga y que de ningún modo pondrías tus ojos en una muerta de hambre, y perdón por la expresión, de Arkansas. Es lo que se espera de ti, incluso que confirmes un noviazgo por ahí con alguien de la vida pública. Si les

das eso… se olvidarán de ella —sugirió.

—Necesito un favor —afirmé convencido.

Iba a darles lo que querían, no iba a permitir que destrozaran la vida de Hailey o que se descubriera su origen. La prensa podría ser tan cruel como para presentarse en Bearden e invadir la paz en el hogar de Hailey. Perseguirían a su padre y su hermano, escarbarían hasta encontrar algo sucio y ensalzarlo, y no podía permitirlo. Además, estaba casi convencido de quién se encontraba detrás de todo esto. Jamás había salido este tipo de noticias en la prensa, ya que mi padre se había encargado de tapar mis escándalos y mantenía la prensa en silencio, hasta este momento. Porque le convenía lanzar a Hailey a las hienas, porque por algún motivo la veía como una amenaza. Y por esta vez, aunque me comiese la rabia por dentro, iba a dejar que me ganase, porque de ningún modo iba a permitir que fueran a por Hailey.



Había hecho una reserva para dos en el restaurante más caro y lujoso

de la ciudad. Había pedido una limusina en la puerta de mi ático y había comprobado con mis propios ojos lo que ya sabía: la presencia de la prensa en la urbanización. Vestí un traje de diseño, de unos tres mil dólares, y acepté una copa cuando coloqué un pie sobre la alfombra roja que me llevaría a la entrada del restaurante donde me esperaba una Jena despampanante.

—Gracias —susurré, depositándole un suave beso en los labios delante de las cámaras.

—Aún no sé cómo me has convencido para aceptar esto —dijo entre dientes, y yo solté una carcajada.

Caminamos hacia el interior y pronto un camarero nos acompañó a nuestra mesa. Pedimos la botella de vino más cara que había en la carta y la comida más asquerosa, cara y jactanciosa que encontramos. Porque eso era lo que comían los ricos: caviar de veinticinco mil dólares la lata, aunque sepa exactamente igual que ese plato de pasta que queda olvidado durante un mes en el fondo del frigorífico, acompañado de hojas de oro comestibles, de unos diez mil dólares la pieza. Recuerdo cuando tenía dieciséis años y fuimos a cenar a uno de los restaurantes más exclusivos de Nueva York. El plato estrella era un vaso de oro decorado con diamantes de dieciocho quilates y yo estaba muerto de hambre; pensé que se trataba de una broma. ¿Cómo demonios algo que apenas alcanzaba los diez centímetros podía costar tanto y saber tan mal?

—¿Y ahora qué? —preguntó Jena.

—Hagámonos una foto. —Me levanté con mi móvil en la mano, acercándome a Jena. Deposité un beso en su mejilla mientras el *flash* de mi móvil salía disparado y otros cuantos más de otras direcciones. Regresé a mi sitio, sacándome la americana—. ¿Por qué has aceptado esto? —dije con curiosidad.

—Porque me conviene. —Se encogió de hombros. Enarqué una ceja, esperando algo más como respuesta—. He conocido a alguien, ¿vale? —dijo exasperada.

—¿Y qué tiene eso de malo? —quise saber.

—Es artista. Vive de pintar en la calle y tiene un apartamento diminuto en Ballard Avenue. A veces expone sus cuadros en el Museo de Arte. Vive con una mochila a cuestas y cada día se asienta en una calle diferente a pintar mientras espera que algún turista quiera un retrato o una caricatura. Sueña con recorrer el mundo haciendo simplemente eso. Y yo… Joder, ¿te haces una idea de cómo reaccionaría mi familia? Que la prensa me vea contigo o crea que somos pareja me hace colocar el foco sobre ti, y eso me hace libre para poder verme con él. La prensa no es tan perspicaz… Si le das lo que esperan, les bastará con eso. No van a perseguirte si ya saben lo que quieren. —Se llevó la copa a la boca y sonrió, dando un trago. Era

la primera vez que veía a Jena de verdad. A la mujer que se escondía tras esa fachada de indiferencia y frialdad. Y me gustaba muchísimo más que la que, después de un gran polvo y tres frases irrelevantes, se despedía saliendo por la puerta.

—No te tomaba por alguien a quien le importase la opinión de su familia —aseguré.

—Y no me importa, Carter. Pero no soy imbécil, no voy a lanzarme de un puente enorme sin saber que tengo un arnés sujetándome. Joder, ni siquiera sé qué demonios siente él —murmuró—. ¿Tú…? ¿Tú podrías enamorarte de alguien como… Hailey?

—¿A qué te refieres? —dudé.

—A las clases sociales y todo eso —farfulló. ¿En serio, Jena era de esas?

—Vamos a dejar algo claro, Jena. Es imposible e improbable que yo me enamore de Hailey o de cualquier otra mujer, ¿entendido? —Esperé su confirmación—. Pero si llegara a ocurrir… Si algún día sintiese que alguien hace temblar los cimientos de mi mundo como el epicentro de un jodido terremoto… Me importaría una mierda si es artista callejero o de los suburbios de Arkansas. No va a importarme absolutamente nada, aunque eso signifique cargar un revolver y dispararme en la cabeza —aseguré.

—Nos conocimos hace meses. Estaba harta de las apariencias, de la universidad, de las exigencias de mi familia y de todo lo que esperan de mí. Estudio Diseño de Moda para cambiar el panorama artístico. No quiero seguir los pasos de mi madre. Es un icono de la moda, pero no quiero diseñar trajes aburridos, cordiales y normativos el resto de mi vida. Quiero que las mujeres se sientan libres de lucir un vestido por la mitad del muslo y sentirse elegantes, que un hombre pueda caminar por la calle con un traje de pedrería rosa y que nadie le juzgue o ponga en duda su masculinidad. Quiero abolir estereotipos, Aiden. Quiero que el mundo vea en mis diseños una oportunidad para sentirse cómodo, de llevar lo que le apetezca y sentirse empoderado. Y eso se sale de las reglas, de lo normativo —dijo frustrada. Jena soñaba y estaba dispuesta a perseguir sus sueños sin que nadie la detuviera. Podía verlo a través de sus ojos color miel y la convicción en su voz. Y, aun así, se sentía encerrada. Por un segundo me hizo pensar en los míos, en aquellos sueños que podía rozar y cuando alzaba a tocar alguno con las yemas retrocedía como un animal huyendo de su depredador.

—Esto está horrible —gruñó entre dientes, sacándome de mis pensamientos.

—Sí que lo está. —Reí—. Vamos a pedir la cuenta y nos iremos a mi ático. Nos pediremos unas hamburguesas con doble de queso y unos aros de cebolla mientras que la prensa pasa la noche

mirando la fachada del edificio esperando a que ocurra sabe Dios qué.

—¿Dónde quedó eso de «jamás permito que nadie entre en mi ático»? —se burló imitando mi voz. Me reí—. A no ser que sea una chica de pelo largo y ojos verdes —continuó imitándome.

—Para ya. —Solté una carcajada.

Pagué la cuenta y regresamos caminando. Charlábamos de banalidades, pero pude conocer mejor a Jena. Me preguntaba cómo no fui capaz de descubrirla antes; el perfecto papel que se había marcado y el gran descubrimiento que estaba siendo. Para ser honestos, Jena siempre me había caído bien. Habíamos basado nuestra relación en el sexo y nada más fuera de eso, pero siempre había sido sincera, honesta y franca. Y eso era, sin duda, algo que siempre había admirado de las personas. A Jena no le daba miedo mirarte a los ojos y decirte lo que pensaba, aun sabiendo que podía dolerte.

—Tienes buen gusto —asintió después de un buen rato mirando a su alrededor, con los zapatos en la mano.

—Las hamburguesas vienen de camino —anuncié, sentándome en el sofá y encendiendo la televisión.

—¿Cuál es el plan? —preguntó sentándose a mi lado.

—Mañana nuestra noche de cita romántica saldrá en todos los medios de comunicación y se dará por hecho que estamos saliendo. Yo habré alejado a los buitres de Hailey y detenido las especulaciones sobre mi vida privada y tú… Como has dicho, ya has colocado el foco en mí.

—¿Crees que bastará? Si no vuelven a vernos juntos, comenzarán a especular.

—En unas semanas subiré la foto que nos hemos sacado en el restaurante y podemos hacernos unas cuantas más aquí, cenando hamburguesas como una pareja normal o viendo la televisión en el sofá. Y después anunciaremos la ruptura.

—¿Qué pasa si vuelven a verte con ella?

—Deberé tener cuidado. —Me encogí de hombros.

—No estoy tan segura de ello. ¿Por qué no hablas con ella y le cuentas lo que pasa? Puede que esté dispuesta a asumir las consecuencias —propuso—. Además, tienes otro problema: Megan. Esa mujer es insufrible y despiadada, es capaz de cualquier cosa por conseguir lo que se propone, y por lo que veo está perfectamente aliada a tu padre. No va a ponerte las cosas fáciles. Tu padre ya ha dejado claro su fuerte interés en que te cases con ella y las imágenes con Hailey no hace otra cosa que desafiarla, y anunciar una relación conmigo hará que la prensa se pregunte por qué no seguiste los deseos de tu padre. Y esa mujer está completamente loca, Aiden.

—Podré con ella —aseguré. Sonó el timbre con la llegada de la cena. Me levanté a abrir.

—Mmmmm… Esto está de muerte —gruñó Jena dando el primer bocado.

Terminamos de cenar y nos quedamos en silencio. Jena, con la cabeza en otro lado; y yo, dándole vueltas a todo. Había metido a Hailey en problemas, cuando siempre tuve cuidado de no hacerlo. Siempre había creído que si no salía a la calle con ninguna mujer no tendrían forma de meterse en mi vida, y así había sido, hasta ahora. Hasta que Hailey aparecía y hacía que me olvidara de mis reglas, porque cuando estaba con ella no tenía que fingir. Con Hailey podía ser yo mismo, no me juzgaba ni se interesaba en mi dinero, supuse que porque tampoco sabía quién era Aiden Carter. Y ojalá pudiera seguir siendo así. Ojalá Hailey jamás descubriera que yo pertenecía al mundo contrario al de ella, que estaba en el lugar donde se miraba a otro lado cuando uno de los nuestros se consideraba con el derecho de abusar de alguien que no tenía forma de defenderse, porque se encontraba completamente sola en el mundo y en desventaja.

Acompañé a Jena a la salida. Nos despedimos con un beso cuando reparamos en la furgoneta negra y sospechosa que estaba justo enfrente, y regresé adentro. Cogí mi guitarra y me senté en la terraza a tocar durante un rato, hasta que me entrara el sueño si era que esa noche decidía aparecer.

Revisé mi móvil y pude comprobar varias cosas: la primera, que Tyler y mis amigos querían explicaciones. Tenía unas cuantas llamadas perdidas de mi padre, otras tantas de mi madre y solo una de Hailey.

Me tumbé en el suelo y me quedé allí durante horas, hasta que perdí la noción del tiempo por completo. Saqué mi móvil del bolsillo y llamé a un número en el que sabía que jamás responderían, pero donde podría escuchar su voz de igual forma, una voz que necesitaba. «Hola, estás llamando a Blair. Si eres Aiden lo más probable es que no quiera hablar contigo, pero si no eres él puedes dejar tu mensaje después de la señal». Sonreí y noté algo húmedo deslizándose, cohibido, por una de mis mejillas. Apreté los ojos con fuerza y me permití llorar unas cuantas lágrimas más. Por mí, por Blair, por todos los planes que teníamos juntos y acabaron convirtiéndose en polvo. La echaba de menos tanto que dolía. Me dolía el pecho solo con pensar en ella, en la forma que tenía de sonreírme o de enfadarse conmigo, cómo me mandaba a la mierda y cinco minutos más tarde me rodeaba con sus brazos. En no tenerla ni en poder abrazarla una vez más. Siempre había dicho que nunca había querido a nadie, pero sí lo hice. Lo sigo haciendo. Haría lo que fuera por poder tenerla de nuevo a mi lado. Pero no iba a volver. Podía cerrar los ojos y ya casi ni siquiera conseguía recordarla, y probablemente esa era una de las cosas que más me aterraba…

Olvidarme de Blair y su eterna sonrisa, su mente siempre positiva y sus ganas de comerse el mundo, de viajar y vivir miles de vidas. Y, en cambio, no iba a hacer nada de eso. La vida rara vez daba segundas oportunidades, y tanto a Blair como a mí ya no nos quedaba ninguna. No había una segunda parte, ni más líneas que escribir. Solo quedaba un punto por poner, uno grande, sin duda. El último, el punto final.

CAPÍTULO 30

Hailey

—He ido a comprar helado de chocolate. ¿No tienes que ir a trabajar? —anunció Mía, entrando en mi cuarto y sentándose en la cama. Lo supe porque, aunque no me había girado, noté el colchón hundirse a mi lado.

—He dicho que estaba enferma —objeté con voz tenue y cansada.

Estaba con la cara hundida en la almohada. Agradecía que Mía no dijera nada más hasta pasados unos diez minutos y solo para anunciar que me dejaría sola.

Tragué saliva con fuerza para suavizar el nudo que empezó a apretarme la garganta cuando esta mañana las noticias me dejaban como la pobre imbécil que creía que Aiden Carter se fijaría en ella, para después enseñar un puñado de fotografías tomadas en un restaurante de lujo, en lo que parecía una cita romántica entre Aiden y una chica bellísima: Jena.

Cuando ayer hube visto mi cara en la prensa, casi me caigo de la impresión. Cuando insinuaban que había una relación amorosa entre Aiden y yo, podía jurar que un tractor pasándome por encima me resultaba apetecible. Pero lo de esta mañana había sido humillante. Me habían humillado públicamente y me habían comparado con Jena, cuando lógicamente no existía comparación alguna. Pero lo peor… Lo peor no fue eso, ni siquiera cuando salí a respirar aire fresco y desde el primer segundo en que pisé fuera de mi apartamento todas las miradas se volvieron a mí, seguidas de especulaciones, más humillaciones y mofas. Cuando pensaba que ya había pasado esa fase de burlarse a mi costa, todo apuntaba a que volvían con más fuerza. Me pregunté cómo demonios había terminado en una situación semejante. ¿Qué coño pintaba yo en la televisión? Y ¿quién era Aiden Carter para que fuera tratado como un maldito Dios? Eso lo descubrí simplemente tecleando su nombre en el buscador, y cientos de informaciones sobre la impresionante familia Carter (herencias, millones, empresas, viajes, lujos…) me iluminaron los ojos como una patada en el estómago. ¿Cómo había sido tan estúpida como para no haberlo buscado antes? Supongo que tampoco me llamaba

demasiado la atención alguien como Aiden, que tuviese tanto dinero y estudiase en Washington University. Para mí era como el resto.

Intenté llamarle, que me diese una explicación, y todo lo que obtuve de él… fue silencio. Estaba demasiado ocupado con esa tal Jena. Me recriminé la punzada de dolor que me provocaba pensar en ellos dos juntos.

No podía quedarme encerrada en mi habitación por más tiempo. Pensé en lo reconfortante que sería refugiarme en los brazos de papá y compartir con él la tristeza. Sin embargo, nada de eso iba a ocurrir y ni siquiera quería llamarle, porque si le llamaba acabaría notando que algo andaba mal y lo último que deseaba era preocuparle. Así que opté por quitarme el pijama y salir a que me diese el aire, aunque eso significara tener que enfrentarme a la gente. Me coloqué los auriculares y dejé sonar una *playlist* que Mía me había enviado. Caminé por el campus durante un buen rato y me senté bajo un árbol, con la espalda apoyada en su tronco. Dejé que pasara el tiempo y no me moví hasta que el cielo decidió que ya nos había dado suficiente tregua y comenzaron a caer unas cuantas gotas. Entonces me levanté y caminé de vuelta a casa, parándome de golpe frente a la pista de patinaje. Cogí una bocanada de aire y decidí que aquello era justo lo que necesitaba. Me acaricié la rodilla por instinto y le supliqué que me dejase disfrutar solo un par de minutos. Después soportaría todo el dolor que quisiera infligirme.

Caminé con decisión hacia la puerta y la abrí. Ya no quedaba nadie, apenas unos cuantos estudiantes que se negaban a abandonar la pista después del entreno. Me senté en un banco y cogí unos patines de mi número, los calcé y tomé impulso. Di un par de vueltas y después comencé a aumentar la velocidad. Di algún salto y, después de unos cuantos minutos en la pista, me atreví con alguna pirueta que había aprendido a base de caídas y luxaciones. Me sentía una persona ligera, llena de esperanza y libertad. Sentía esa libertad que era un derecho y que nadie debería tener el poder de condicionarla.

Yo entendí lo que un pájaro sentía al volar aquel primer día que, con unos patines, sentí el viento y el frío azotándome en la piel. Lo primero que pensé al deslizarme sobre el hielo fue que no existía nada que se interpusiese en mi camino. Lo segundo tuvo que ver con la libertad. Aquella noche descubrí que una podía sentir cosas a las que era incapaz de ponerles nombre. No me importaron las caídas, que me dejaron varios moratones, ni tampoco si llovía o los kilómetros que tendría que caminar bajo la noche para regresar a casa. No importaba nada. Había rozado la felicidad con los dedos y me había empapado de ella.

Inspiré hondo y llené los pulmones, me sentía renovada. Después de lo que ocurrió con Matt, creía que jamás iba a subirme de

nuevo en los patines o disfrutar de ello sin que aquella noche lo empañase todo… Comenzaba a creer que estaba equivocada. Ya no miraba la pista con recelo o rabia. Tal vez podría volver a patinar. No de la misma forma ni con la misma agilidad, simplemente porque mi rodilla me limitaba, pero quizá podría volver a hacerlo olvidando mis miedos, olvidando aquel momento que impactó en mi vida como un meteorito. Durante mucho tiempo me autoconvencí de que si no hubiera ido a patinar, si no me hubiese alejado tanto de casa ni hubiera regresado caminando en la oscuridad… Nada de aquello hubiera ocurrido. Pero no fue mi culpa, de ningún modo. Ni tampoco lo fue el patinaje. Tampoco era Matt el culpable de haber abandonado aquello que adoraba. Acababa de descubrirlo en ese instante. Era el miedo. Siempre lo había sido. Era el miedo de no saber si podía lograrlo, si me caería en mitad de la pista o si mi rodilla iba a flaquear. Era el miedo al fracaso, a descubrir que me habían arrebatado lo único que tenía. Y supongo que en eso residía el valor, en avanzar y enfrentarse a un futuro aún por averiguar. Salir de mi casa y de la protección de papá, de mi zona de confort, ya que en realidad solo era una cárcel a la que me había acostumbrado y encadenando mi libertad. Y ahora sentía mi libertad impalpable y resurgiendo en mi interior, la sentía… Hasta que apareció Matt en mi campo de visión. Me observaba agazapado, sentado en una de las gradas, y me sonreía con suficiencia. Allí fue cuando la libertad explotó fuerte y contundente, haciéndose añicos, y los cristales impactaron con ruido contra el suelo. Me saqué los patines, colocándolos de nuevo en su sitio y saliendo, casi corriendo, de la pista.

Corrí hacia casa, solo quería volver a encerrarme en el cuarto y dejar que las paredes se me cayesen encima mientras enterraba la cabeza bajo la almohada. Hasta que Cameron me agarró, sobresaltándome y arrastrándome hacia un callejón.

—Me has asustado —grité.

—No —negó riéndose—. A juzgar por tu cara, ya estabas asustada antes —confirmó, tomando una expresión seria. Aflojó el agarre y me recoloqué la sudadera—. ¿Todo bien?

—Sí.

—Mientes. —Suspiró, sentándose en la acera. Cam siempre me agradó. Tenía esa aura, su presencial simplemente te reconfortaba —. Enseguida se cansarán. La prensa, digo. En cuanto encuentre un nuevo objetivo.

—No quiero hablar de ello —murmuré.

—Te invito a un chocolate caliente. —Me tendió la mano. Dudé varios segundos, pero terminé aceptando.

Caminamos hacia el *parking* del campus. Por un segundo

sopesé la idea principal de irme a casa, pero después pensé que no me vendría mal hacer algo diferente en compañía de alguien como Cam. Así que tampoco hice demasiado caso a los murmullos que aparecieron cuando nos vieron juntos y subiéndonos al mismo coche. Al fin y al cabo, ya todos hablaban de mí.

—La peor parte de estar dentro del equipo es que automáticamente entras en el grupo de los populares.

—¿Desde cuándo eso es un problema? —pregunté sarcástica, poniendo los ojos en blanco.

—La gente espera cosas de nosotros, Hailey. Continuamente. Esperan que te dejes la piel en cada partido, que fiches por un gran equipo y que, a la vez, asistas a todas las fiestas universitarias y te gradúes con buenas notas. Y cuando no logras todo eso… Te juzgan. Siempre tienes miles de ojos mirándote, pero realmente nadie te ve. Nadie ve a la persona que se esconde detrás, nadie se pregunta por qué has hecho un partido de mierda, por qué suspendiste aquel examen de cálculo o por qué no apareciste en la última fiesta de fraternidad. Nos consideran dioses o héroes, cuando realmente solo somos un puñado de chavales disfrutando de su etapa universitaria haciendo lo que más les gusta. —Hizo una pausa para mirar por el retrovisor mientras se incorporaba a la carretera—. No he fichado por ningún equipo y ya he oído que soy un fracasado. Nadie me ha preguntado cómo me encuentro o que quiero hacer el día de mañana. Simplemente, han asumido que estoy hundido y que terminaré el resto de mi vida bajo un puente —farfulló con frustración.

—¿Y cómo te encuentras? —susurré mirándole. Cam era guapo. Tenía el pelo corto y rubio, los ojos marrones y la tez morena. Me sonrió de medio lado y yo le sonreí de vuelta, simplemente porque Cam siempre llevaba una sonrisa y era difícil no devolvérsela.

—Mal —sentenció—. Soñaba con fichar por los New York Giants, fue una promesa que le hice a mi abuelo. Quería seguir sus pasos y ser campeón como él lo fue en los sesenta. Así que ahora me siento completamente decepcionado, siento que no he podido cumplir aquella promesa que un día hice viendo mi primer partido en directo con el abuelo. Pero no se acaba el mundo. Siempre he tenido un plan B, otra opción. No era como si tuviera la absoluta certeza de que ficharía o que me hubiera jugado el cuello a esa única decisión.

—¿Y cuál es? —quise saber.

—Como miembro de los Washington Tigers, tienes casi la obligación de graduarte antes de tiempo. No es raro matricularse en más asignaturas de las necesarias por año, pero en nuestro caso es obligatorio, igual que tener una media de notable. Este es mi último año en la UW. Estudio Ingeniería Aeronáutica y conseguí unas prácticas en la mejor empresa del país, en Boston. Tan pronto me

gradúe, me mudo. —No tenía ni idea de ese requisito. Pensé que Aiden también estaba en su último año. ¿Por qué tenía que recordarme una banalidad como aquella a Aiden?

—Yo también debo graduarme antes. Mi beca solo dura dos años y medio. Si quieres continuar tienes que pagar, y es literalmente imposible que yo pueda asumir semejantes gastos —bufé. Eso era algo que me tenía en vilo. Tenía dos años y medio para graduarme, o debería volver a Bearden y condenarme al campo o al taller, a recorrer los contenedores y a pasar calamidades hasta el resto de mis días. Solo de pensarlo me daban escalofríos.

—Vaya —silbó—. Dos años y medio es demasiado poco —dijo. Me encogí de hombros.

Observé cómo Cam estacionaba enfrente de una confitería estilo años ochenta. Nos bajamos del coche y pronto nos recibió el olor a chocolate y dulces.

—¡Cam! —saludó una chica de melena rubia y larga.

—Sally —dijo Cam—. Ella es una amiga, Hailey —me presentó—. Sally es mi hermana.

—Encantada. —Esbocé una sonrisa.

—¿Qué os pongo?

—La bomba calórica antidepresiva —dijo Cam, sonriendo y tirando de mí hacia una mesa.

—¿Qué demonios has pedido? —Me reí.

—Ya lo verás. —Se rio—. Sally siempre dice que no hay mejor cura para los males que una sobredosis de azúcar y chocolate. Según ella lo cura absoluta e indiscutiblemente todo —explicó.

Y así fue cuando diez minutos más tarde Sally dejaba sobre la mesa una enorme fuente rebosante de dónuts de chocolate, churros, pasteles, tartas, galletas y dos chocolates calientes humeantes. Mientras ingeríamos tal cantidad de dulces, Cam me habló de su familia, de su pasión por la aeronáutica, el deporte y las novelas policiacas. En cambio, yo únicamente le hablé de Emily. Por algún motivo Cam me recordaba a ella, y eso que no tenían nada en común.

Cuando Cam me dejó en el campus, vi el coche de Aiden aparcado, y me quedé mirándole fijamente. No sé qué esperaba que ocurriera.

—¿Puedo preguntarte algo? —Cam sacó la llave del contacto y se giró a mirarme. Asentí—. ¿Qué hay entre tú y Aiden? —indagó con una media sonrisa que me hizo dudar.

—Nada —negué. Era la verdad. Ahora mismo no quería volver a verle en mi vida, y si lo hacía sería solo para decirle lo imbécil que era, con la mala suerte de que lo grabaría la prensa para después encontrar la forma de humillarme con algún titular falso.

—¿Nada? El día que sacaron las imágenes ibas vestida igual

que la noche de los conciertos en el Skils Bar y Aiden lo mismo. Esa noche el mayor capullo del campus se subió al escenario. Nadie sabía que tocaba, excepto Tyler, y nos sorprendió a todos. Pero más sorprendente fue verle cantando una canción de Ed Sheeran y dedicándosela a una chica. Me parecen demasiadas coincidencias, Peterson. Y yo no creo en las casualidades. —Sonrió—. Aquel día busqué el objetivo donde Aiden había clavado la mirada mientras cantaba y me llevaba directamente a ti. Recuerdo que pensé que era imposible. ¿Carter fijándose en ti? No me malinterpretes, Hailey, pero no te pareces en nada a las mujeres con las que suele acostarse. Supongo que, aun así, me quedó la duda sembrada, porque cuando vi las imágenes en la prensa lo vi todo nítido.

—¿Nítido? —repetí en un susurro casi inaudible.

—Conocí a Aiden una semana antes de comenzar nuestro primer curso y desde entonces prácticamente no nos hemos separado. Soy bastante observador, Hailey. Me gusta encontrar el talón de Aquiles de las personas, me gusta jugar en la calle a adivinar el estado de ánimo de los transeúntes solo con mirarlos y se me da bien calar a la gente. Fíjate si soy observador que no me pasa desapercibido el temblor que te recorre el cuerpo cuando coincides en la misma habitación con Matt, o la forma tan asquerosa que tiene de mirarte. Por eso no voy a volver a acercarme a él, hay algo que no me gusta. En cambio, me resulta completamente imposible descifrar a Aiden, pero lo conozco lo suficiente y jamás se ha visto fuera de la cama con ninguna chica. Las imágenes y vídeos que reprodujeron en *USA Today* no son habituales en él, como tampoco lo era la forma en la que te miraba. —Me regaló una sonrisa de medio lado.

—¿Qué demonios estás insinuando? —espeté.

—Sentís algo —aseguró, rompiendo en carcajadas.

—¡Estás loco! —exclamé, abriendo la puerta del coche y saliendo disparada. Me faltaba el aire y notaba un calor extraño subiéndoseme a las mejillas.

Me alejé a paso decidido, hasta que oí a Cameron despidiéndose de mí a gritos. Me giré, enseñándole el dedo corazón y riéndome, porque era imposible no hacerlo. Estaba apoyado sobre el capó del coche y me gritaba sin importarle las miradas del resto, me lanzaba besos y me hacía carantoñas. Iba a matarlo. Cuando llegué a casa, Mía había preparado un sándwich para cenar y yo me encontraba extrañamente mejor, no sé si por la compañía de Cam o por la bomba antidepresiva de Sally. Quizá una mezcla de ambas.

Me di una ducha larga y caliente. Sabía a conciencia que el agua no era un recurso ilimitado, pero jamás había tenido acceso a agua caliente ni podía disfrutar de baños reparadores con olores cítricos, así que solía disfrutar de ella y gastaba más de la

estrictamente necesaria para mantenerme limpia. Era uno de los mayores placeres que había conocido en Seattle, eso y la comida. Que tampoco era ilimitada, pero a diferencia de lo que sucedía en Bearden aquí sí tenía acceso a una gran variedad de ella.

Disfruté de la ducha en silencio y solo salí cuando noté la piel arrugada. Intentaba no darles demasiadas vueltas a los últimos acontecimientos y, una vez que me dejé caer en la cama, hice una videollamada con Emily. Aún no podía creerme que un teléfono móvil pudiera conectarnos con cualquier parte del mundo, y permitir verle las facciones con nitidez y sentirla tan cerca aun a kilómetros. Era reconfortante. Hacía que no la echase tanto de menos, aunque me moría de ganas de volver a verla. La necesitaba. Adoraba a Mía, se había convertido en una gran amiga, o a Liam, que siempre encontraba la forma de solucionar los problemas con café extralargo. Pero aún me sentía fuera de lugar, quizá porque lo estaba. Seguía siendo una chica de los suburbios de Bearden con ropa nueva y variada, con un par de kilos más que con los que llegué y tal vez con otra forma de ver la vida, pero seguía siendo diferente. Yo veía lo extraordinario de las cosas pequeñas, cuando para el resto solo eran trivialidades; salir a cenar una hamburguesa, ir al cine, disfrutar de un paseo o poder disfrutar de un día de descanso, sin tener nada más que hacer que relajarse. Eso era nuevo para mí y maravilloso. En cambio, para otros simplemente era la rutina, lo normal. Y a mí, que llevaba ya unos cuantos meses en Seattle, me parecía algo completamente exquisito, y Emily estaba de acuerdo conmigo. Yo soñaba con Columbia. Era capaz de visualizar Central Park, el Top of the Rock, el Empire State, o perderme por las calles de la ciudad. Todo eso guiándome solo por lo que Emily me contaba. Y a ella le ocurría lo mismo. Soñaba con Seattle cuando apenas había visto alguna fotografía. Llevábamos toda nuestra vida soñando con cosas, quizá por eso no resultaba tan sencillo imaginarnos cómo sería aquello o cómo funcionaba lo otro. Porque, cuando no tenías nada, la imaginación era tu mejor aliada.

CAPÍTULO 31

Aiden

Pasé la mayor parte del día divagando por las calles de Seattle como un anciano en busca de algo que ya no recuerda. No podía estar en ningún lado, no lo soportaba, y a la vez no entendía qué era aquello que me tenía tan inquieto. Rechacé la invitación de Kaden a vernos, tampoco teníamos nada de que hablar y, en cualquier caso, no podía soportar otra charla de las suyas. Tampoco respondí a los mensajes de Tyler y el resto de los chicos proponiendo salir esta noche e ignoré los cientos de mensajes de mi madre rogando que nos viéramos. No sabía lo que quería, pero debía ser algo importante. Susan Carter no rogaba ante nadie. Me daba igual. Lo único que podía importarme continuaba de la misma forma que hacía dos años y lo sabía porque acababa de ir a comprobarlo. No había ningún motivo para devolver esas llamadas o para verla. Ni siquiera que se tratase de mi madre.

Estaba a punto de irme a casa cuando al doblar la esquina me encontré de frente con Margot. Margot había sido la cocinera, ama de llaves y jefa del servicio de mi familia durante décadas, hasta que con la muerte de mi abuelo decidió, al fin, jubilarse. Siempre mostró una amabilidad sobrehumana y mis abuelos siempre habían mostrado un cariño enorme hacia ella. El día del funeral de mi abuelo, Margot era, sin duda, la que más rota estaba. Lloraba desconsolada en una esquina del cementerio. Mi padre no había permitido que los empleados asistieran, pero Margot no acató la orden y, aunque no se acercó, lo observó todo desde la distancia.

—¿Cómo te va, muchacho? —Me regaló una sonrisa cálida, una de tantas que solía brindarme cuando era niño.

—Bien —respondí de forma mecánica e instintiva.

—Algo te ocurre, mi niño. —Volvió a sonreír, esta vez con tristeza. Margot me conocía demasiado bien. Me había visto crecer y había pasado más tiempo con ella que con mis padres. Daban igual los años que pasaran; para Margot siempre sería *su niño*, ese apodo que tanto odiaba cuando era un adolescente y que ahora extrañaba no escucharlo cada día.

—Te acompaño a casa —propuse, cogiéndole unas cuantas bolsas llenas de comida.

—¿Cómo está la familia? —murmuró.

No hacía falta mencionar que Margot había vivido en las propias carnes la ruina enmascarada y disfrazada de lujos de la familia Carter, y que con la muerte de mi abuelo había lazos que se habían roto para siempre. Me encogí de hombros. Era una respuesta más que suficiente y ella lo sabía.

—¿Y la tuya? —me interesé.

—Bien. Marc ha encontrado trabajo como recepcionista de un hotel, Melyssa acaba de graduarse en la escuela de cocina y Tommas va a hacerme abuela en unos meses. —Se rio con orgullo. Margot estaba orgullosa de sus hijos, en quiénes se habían convertido y cómo habían enfocado su vida.

Margot no tuvo una vida nada sencilla. Su marido, Philipe, era pescador. Se pasaba la mayor parte del año en el mar, y cuando regresaba a tierra Margot tenía un brillo especial en la cara. Recuerdo que tenía diez años. Margot estaba radiante y feliz porque, al fin, Philipe regresaba para quedarse, no volvería al mar porque podría jubilarse. Recuerdo que, en una conversación con mi abuela, reconocía lo feliz que se sentía, porque ya jamás debería sentirse en vilo durante el tiempo que pasase en alta mar. Lo que más le entristecía era que Philipe jamás tuvo la oportunidad de ver a sus hijos crecer, pero al menos los vería graduarse, encontrar su primer trabajo o jugar en el parque con sus nietos. La vida y sus putadas. Margot pasó más de seis horas de pie en el puerto, con sus hijos agarrados de la mano y la vista clavada en el horizonte, con todo el amor e ilusión de quien va a reencontrarse con el amor de su vida para no volver a separarse jamás. Pero el barco con la tripulación jamás llegó a puerto. A medianoche llegó la noticia. Había naufragado a pocas millas de Seattle, sin ningún superviviente. Margot soltó un grito desgarrador de dolor tan fuerte que hizo enmudecer la Bahía de Elliot. Sus hijos tuvieron que cogerla en brazos y llevarla a casa. Al día siguiente se presentó a trabajar con la misma sonrisa de siempre y el semblante de alguien que se había hecho más fuerte. Pero en ocasiones, cuando creía que nadie la veía, se quedaba mirando a un punto fijo con tristeza. De vez en cuando la veía sentada en el muelle con la vista clavada en el horizonte, igual que aquel día.

—El mes pasado he ido al UW Medical Center —anunció en un suspiro cuando llegamos a la puerta de su hogar. La miré sin decir nada y ella me devolvió una mirada cargada de significado—. Déjala ir, Aiden. Siéntela y llórala. Ya no hay forma de dar marcha atrás.

—Es complicado —aseguré.

—Sí, sí que lo es, mi niño. Pero es necesario. Es vida. Es alivio. Es volver a respirar. A ser feliz tal vez —dijo, colocando una de sus manos en mi mejilla derecha y acariciándola mientras me miraba

con una sonrisa. La abracé. La abracé con fuerza y me permití sentir el dolor, quizá porque sabía que Margot había experimentado un dolor parecido o tal vez porque ya no podía retenerlo más—. Entra, te prepararé un plato de tus tortitas favoritas —susurró, empujándome hacia dentro. Era un apartamento sencillo, pero te recibía el olor a hogar.

Miré cómo Margot cocinaba aquellas tortitas que de pequeño siempre pedía para merendar, y hasta me atreví sin éxito a darle la vuelta a alguna. Parloteamos sobre la universidad, la propuesta de Los Angeles Rams, y me dejé aconsejar.

—Te vi en las noticias —me dijo con una sonrisa pícara.

—¿Y? —Enarqué una ceja.

—¿Quién es ella? —Amplió aún más la sonrisa.

—¿Jena? —inquirí sabiendo que no era ella por quien preguntaba.

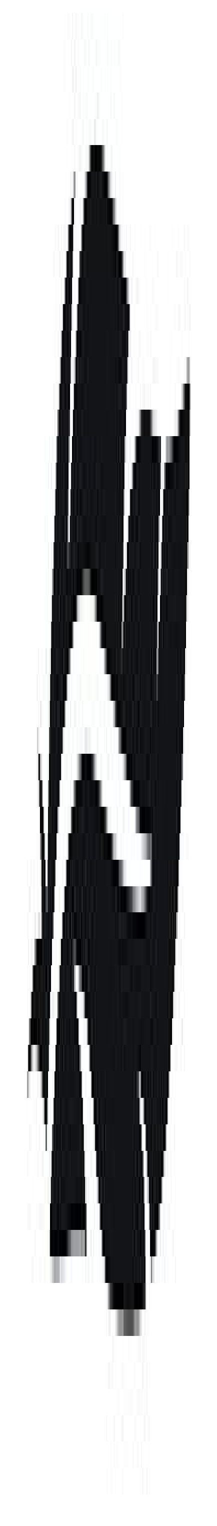
—Aiden… —Me riñó como cuando tenía cinco años, con voz autoritaria y semblante amenazador. Sonreí.

—Hailey —reconocí—. No es lo que parece —aseguré.

—Sonreías con los ojos. Como cuando eras niño y venías corriendo a la cocina a contarme cómo te había ido en el parque. Parece buena chica.

Regresaba a casa con una sensación de plenitud en el pecho. Siempre había sentido a Margot como alguien con quien podía ser yo mismo, y eso no lo había experimentado con demasiadas personas.

Estaba a punto de pasar por la cafetería donde trabajaba Sally, la hermana de Cam. Iba a entrar a saludar, pero entonces oí una risa que reconocí enseguida y mi mirada automáticamente la buscó entré la gente hasta encontrarla en una mesa sentada al lado de Cam, riéndose de algo que le habría dicho. Retrocedí sin ser visto y me quedé un rato observándoles a través del ventanal. Hailey estaba relajada, creo que nunca la había visto en esa pose. Me pregunté qué demonios estarían haciendo aquí juntos o desde cuándo se veían. Qué era aquello que Cam le decía para que se riera de aquella forma o por qué le sonreía con tanta calidez. Y empezaba a odiar la presión que se había instalado en mi pecho. Por un momento pensé en la idea de entrar, acercarme a ellos e interrumpir lo que fuera que estuvieran haciendo, pero luego pensé que era una idiotez cuando probablemente Hailey me odiara. Opté por dar media vuelta y volver a casa, ya no quedaba ni rastro de la paz que me había transmitido Margot. Solo quedaba oscuridad. Saldría con los chicos esta noche, no me vendría mal dejar de pensar por un rato.



Ya no entraba ni un alfiler cuando llegué a la sala de fiestas donde se

encontraban mis amigos. Me costó horrores dar con ellos y fui directo a por una copa, que terminé tomando casi de un trago cuando vi al jodido Cam susurrándole algo a Hailey. ¿Es que ahora se pasaban el día juntos? ¿Qué demonios hacía ella aquí? Supuse que habría sido cosa de Mía. ¿Por qué me molestaba tanto? Estaba espectacularmente guapa, con aquel vestido negro, los labios rojos y el pelo cayendo en cascada. Se me había puesto dura solo de mirarla. Joder.

Observé cómo Cam se acercaba en mi dirección y me saludó cuando llegó a mi altura.

—¿Qué pasa, tío? —dijo a modo de saludo.

—¿Desde cuándo sois tan amigos? —interrogué, mordiéndome la lengua. Le vi sonreír.

—Me cae bien. —Se encogió de hombros mientras pedía dos copas al camarero—. Y es guapa, ¿no crees? Quién sabe… Puede que esta noche me lance. —Me guiñó un ojo y volvió a colocarse a su lado. La hostia. Me cago en la puta. Me desagradaba completamente y hasta odiaba que Cam tuviera cierto interés en Hailey. Me daban ganas de vomitar solo de pensar en la posibilidad de que existiera algo entre ellos.

Me acerqué a Tyler, que me miraba con una ceja enarcada, y le saludé dándole un golpecito en la espalda.

—Cuando invité a Mía, no pensé en que fuera a venir con Hailey. —Se disculpó con la mirada.

—¿Y qué te hace creer que me importa? —gruñí, dándole un nuevo trago a la copa.

—Eres un capullo, Aiden —aseguró—. La lanzas a las hienas, dejas que la prensa se burle de ella y, como consecuencia, está en boca de toda la UW. No te bastaba con eso… Que también actúas como si te fuera indiferente —explicó. No tenía ni idea.

—Porque es indiferente —gruñí.

—¿Estás seguro de eso, Carter? —me desafió, dándome una palmadita en la espalda y dejándome solo.

Claro que era indiferente, quizá Hailey me caía bien, sentía cierta empatía con ella y me creaba curiosidad. Tal vez me había acostado con ella, aunque eso no lo iba a saber jamás nadie, porque me atraía, era innegablemente guapa. Pero eso fue un error, algo que no había pensado, y era peligroso. Porque Hailey también sacaba esa parte irracional de mí, actuaba sin medir las consecuencias y eso no me gustaba. Me gustaba el control, las reglas y los límites, y Hailey era condenadamente peligrosa, porque me hacía romperlas todas.

La noche seguía su curso sin incidentes, aunque con cierta tensión. Evité mirar en su dirección y nuestros ojos solo se encontraron un par de veces, intentamos no acercarnos demasiado el uno al otro. Hailey se contorneaba al ritmo de la música con Mía y

podía percibir cientos de miradas puestas en ella desde mi posición. Incluso ese simple hecho me molestaba. Gruñí para mis adentros cuando me di cuenta de que me encontraba fulminando con la mirada a cada tío que se acercaba sospechosamente a ella. ¿Qué demonios estaba haciendo?

Me fui al baño y me mojé la cara en un intento de despejarme. Me apoyé sobre el lavamanos y vi mi reflejo en el espejo. Estaba demacrado y cansado. Estaba furioso porque no era capaz de entender qué era ese magnetismo que me atraía hacia Hailey. Era como un hilo invisible que se tensaba y se retraía entre los dos. Suspiré y me pasé una mano por el pelo, soltando un bufido. Volví a la fiesta. Ya no tenía ganas de continuar allí, así que me despediría y me iría a casa. Hasta que la imagen que tuve delante me cegó por completo. Era Cam a dos centímetros de la boca de Hailey. Me lancé contra él, impactando con fuerza mi puño en su cara.

—¡¿Te has vuelto loco?! —gritó, llevándose una mano a la mandíbula.

—Ibas a besarla. —Amenacé con un dedo ante la mirada de todos. No entendía mi comportamiento, pero me importaba una jodida mierda. No me había gustado y no iba a permitir que sus labios tocasen los de Hailey delante de mis narices.

—No, no iba a hacerlo —aseguró riéndose.

—¿Crees que soy idiota? —escupí, acercándome amenazante a él.

—Un poco. —Se rio. Iba a matarlo—. Cuando te encuentras en una sala a rebosar de gente, con música, es difícil escuchar lo que alguien quiere decirte. —Suspiró—. No sé qué has visto Carter, pero en cualquier caso… ¿Te importaría que besara a Hailey? —preguntó entrecerrando los ojos, con una media sonrisa que estuve tentado de quitársela de otro golpe.

—No —gruñí mintiendo. Porque sí me importaba, joder. No quería que ocurriera. ¿Qué demonios provocaba Hailey en mí?

—Entonces todos contentos —intervino Hailey, sonriendo y agarrando la cara de Cam para pegar con fuerza sus labios a los suyos.

En mis narices.

CAPÍTULO 32

Hailey

No sé por qué lo hice. No sé qué fue lo que me llevó a juntar mi boca con la de Cam delante de los ojos de Aiden. Supongo que la punzada de dolor que sentí al ver cómo asentía que no le importaba si Cam y yo nos besáramos. Claro que no lo hacía. ¿Por qué iba a importarle? Lo que no entendía era la razón por la que parecía tan angustiado.

Cam no besaba mal, era un beso normal, no me disgustaba, pero tampoco sentía la química que se suponía que debía sentir. Tampoco tuve demasiado tiempo para analizarlo porque unas manos me agarraron con fuerza y me colgaron al hombro, sacándome hacia fuera.

—¿¡Por qué has hecho eso!? —gritó Aiden en mi cara. Me asusté con lo que transmitía su mirada. Estaba furioso conmigo.

—¡No te debo explicaciones! —dije, intentando regresar adentro. Pero nuevamente me lo impidió—. ¡Oye! ¿Por qué no me dejas en paz? —grité furiosa.

—No lo sé —murmuró, clavándome los ojos.

—¿No lo sabes? ¿Qué se supone que significa eso? —farfullé, negando con la cabeza—. ¿Qué quieres de mí? —me atreví a preguntar—. No te conozco, Aiden. No sé quién eres. No sé si eres el chico que ama la guitarra y la música, que se refugia en la azotea de un edificio de ladrillo viejo huyendo de su propio sufrimiento… O el imbécil que viste trajes de diseño, tiene un ático en el centro de la ciudad, cena en restaurantes elegantes y sale cada día en la prensa. No sé cuál de los dos eres. El que me mira con la mirada de un niño asustado o el hombre que solo es un bloque de hielo —solté, colocando las manos en jarras—. Me confundes todo el maldito rato. —Suspiré—. Te he llamado, Aiden. Solo quería conocer por tu boca por qué mi cara aparecía en las noticias, y mientras yo soportaba las miradas de todo el maldito campus… Tú estabas cenando en una cita con una chica preciosa prácticamente después de haberme dejado frente a mi casa exigiéndome que no me ilusionara.

—¿Eso es lo que crees de mí? ¿Que te he expuesto adrede? ¿Que soy frío? —gruñó dando un paso que extinguía la distancia que nos separaba, alterado, con una mezcla de enfado, rabia y hasta podía

atisbar dolor.

—Lo que creo… —Guardé silencio cuando me perdí en el azul de sus ojos. Estaba tan cerca que eran como dos pozos de agua cristalina. Notaba su aliento cerca y sus ojos se habían clavado directamente en los míos. Demasiado profundo. Negué con la cabeza —. Lo que creo es que solo eres un imbécil que juega y mueve fichas a su antojo porque sabe que el mundo solo es un títere en sus manos —continué.

—Me he abierto a ti más veces de lo que haré jamás con nadie. Te he dejado la puerta medio abierta cientos de veces, sencillamente porque haces que baje la guardia, y has entrado siempre que has querido. Así que no te atrevas siquiera a decirme que soy un bloque de hielo o que te he expuesto para después lanzarte a las hienas. Porque te equivocas. Precisamente hice todo lo contrario: desvié el foco de ti. Y eso… Eso lo hice únicamente por ti, Hailey. —Temblé, el mundo parecía abrirse a nuestros pies.

—¿Por qué? —logré murmurar, casi en un quejido.

—No lo sé. Porque me vuelves loco —gruñó, impactando su boca contra la mía con intensidad y empujándonos hasta hacer chocar mi espalda contra la pared con fuerza. Reprimí una sonrisa. Ese beso nada tenía que ver con el que acababa de regalarle a Cam. Era un beso cargado de electricidad. Me pregunté si habría alguna fórmula matemática para explicar la onda expansiva que creaba la química entre dos personas. Me quedé ahí, saboreando la humedad de sus labios. Con gusto a menta y ron, una mezcla exquisita. Me llevé la mano al estómago cuando noté el cosquilleo invadirme por todas partes y me di cuenta de que nunca había experimentado algo parecido. Ni siquiera con Sam. Solo me separé unos centímetros cuando la realidad me dio de lleno en la cara. No quería analizar por qué había ciertas cosas que no significaban nada con el resto del mundo, pero que se transformaban en todo cuando se trataban de él.

—Hailey… —susurró, apoyando su frente contra la mía sin aliento. Pero solo el tiempo suficiente para coger una nueva bocanada de aire, porque esta vez fui yo quien colisionó nuestras bocas en un intento de fusionarnos. Besar a Aiden era como patinar escuchando una canción lenta por primera vez, con todos los instrumentos fundiéndose entre la velocidad y el viento. Era exactamente como los últimos segundos de tu canción favorita, cuando lo único que deseas es apretar el botón de rebobinar hasta el inicio con el único fin de oírla una vez más. Y eso era Aiden. En este instante necesitaba memorizar cada acorde de su corazón, cada roce de su piel haciendo estragos en la mía, cada compás de sus movimientos, cada escondrijo de su boca.

No sé cómo lo hicimos, pero ya no estábamos en la salida de

la discoteca. Nos movíamos por la calle entre beso y beso, dejando escapar alguna sonrisa de vez en cuando.

—¿A dónde estamos yendo? —susurré contra su boca, sin dejar de caminar.

—¿A dónde quieres ir, Hailey? —preguntó sin titubear, deteniéndose. Con franqueza—. Mi ático está unas calles más abajo.

—Solo si me prometes que, cuando te arrepientas mañana, no me echarás —dije, reanudando el camino y retomando el baile en su boca.

—No te echaré, Hailey —prometió, besándome nuevamente mientras entrábamos en el bloque de edificios donde se encontraba su ático—. Solo te invitaré amablemente a largarte —añadió, dándole al botón del ascensor—. No encuentro las llaves —gruñó rebuscando en el bolsillo del pantalón.

—Podemos quedarnos eternamente en el recibidor —bromeé, mirando el resto de las puertas del pasillo.

—Creo que daríamos bastante de qué hablar —dijo justo antes de levantarme en el aire. Le rodeé las caderas con las piernas. Me apoyó en la pared y nos besamos otra vez hasta que al fin logró encontrar las llaves. Sentía los labios dormidos, la piel flameando y el corazón latiéndome con tanta fuerza que no sabía si podría resistir mucho más.

Fuimos dando tropezones hasta caer en la cama, en *su* cama. Con sus ojos fijos en los míos, sus manos empezaron a descender por mi espalda hasta hundir los dedos en mis nalgas con fuerza y apretarme contra su erección, que se dejaba intuir con descaro bajo la gruesa tela del pantalón. Continuó su descenso hacia el final de mi vestido y lo levantó hasta dejarme desnuda ante él. No pasó desapercibida la forma en que miraba las cicatrices que me recorrían la barriga y se extendían hacia la espalda. Las miraba con furia, podía verlo en sus ojos. No era desagrado, era una mirada de absoluta protección que me hacía sentir segura a su lado. Se deshizo del sujetador, y su boca atrapó uno de mis pezones. Lo succionó con tanta fuerza que casi llegó a provocarme dolor. Pero, lejos de quejarme, me apreté más contra él para que succionase más fuerte. En algún momento, entre beso y beso, fuimos deshaciéndonos de la ropa hasta quedar completamente desnudos el uno ante el otro. Deslizó la mano entre mis piernas y me separó los muslos. Hacía que se me encendiese la piel a su rastro. Introdujo un dedo en mi interior. Ronroneé, dejando caer la cabeza hacia atrás, y a su vez levanté la pelvis cuando comenzó a moverlo rítmicamente. Atrapó mi labio inferior entre los dientes y lo mordió, tirando ligeramente de él. Después continuó con la barbilla, el lóbulo de la oreja y el cuello. Y sin previo aviso me llenó por completo. Hasta el fondo. Aiden dejó escapar un gemido que

chocó con mi boca al tiempo que comenzaba a moverse para aliviar la necesidad de contacto que sentíamos y necesitábamos en este instante, y se lanzó a mis labios como si el mundo se fuera a acabar si no lo hiciera. Pronto comencé a notar un cosquilleo de los pies a la cabeza. Nuestros gemidos se habían vuelto descontrolados y segundos más tarde comenzamos a temblar entre sacudidas frenéticas, ambos liberando nuestro orgasmo.

—Me gusta lo que me haces sentir. Creo que podría quedarme en este instante el resto de mi vida —le digo, apartándome el pelo de la cara.

—Creo que yo… también. Y eso me asusta —respondió tumbándose a mi lado, pasando uno de sus brazos por detrás de la nuca y con el otro envolviéndome en un abrazo. Me pareció un gesto demasiado íntimo, pero no dije nada, porque temía que si lo hacía se alejase. Y ahora mismo Aiden rodeándome con su brazo, en su cama, en un ático de Seattle, era todo cuanto necesitaba. Ya me enfrentaría a los sentimientos que comenzaban a florecer y echaban raíces más tarde.

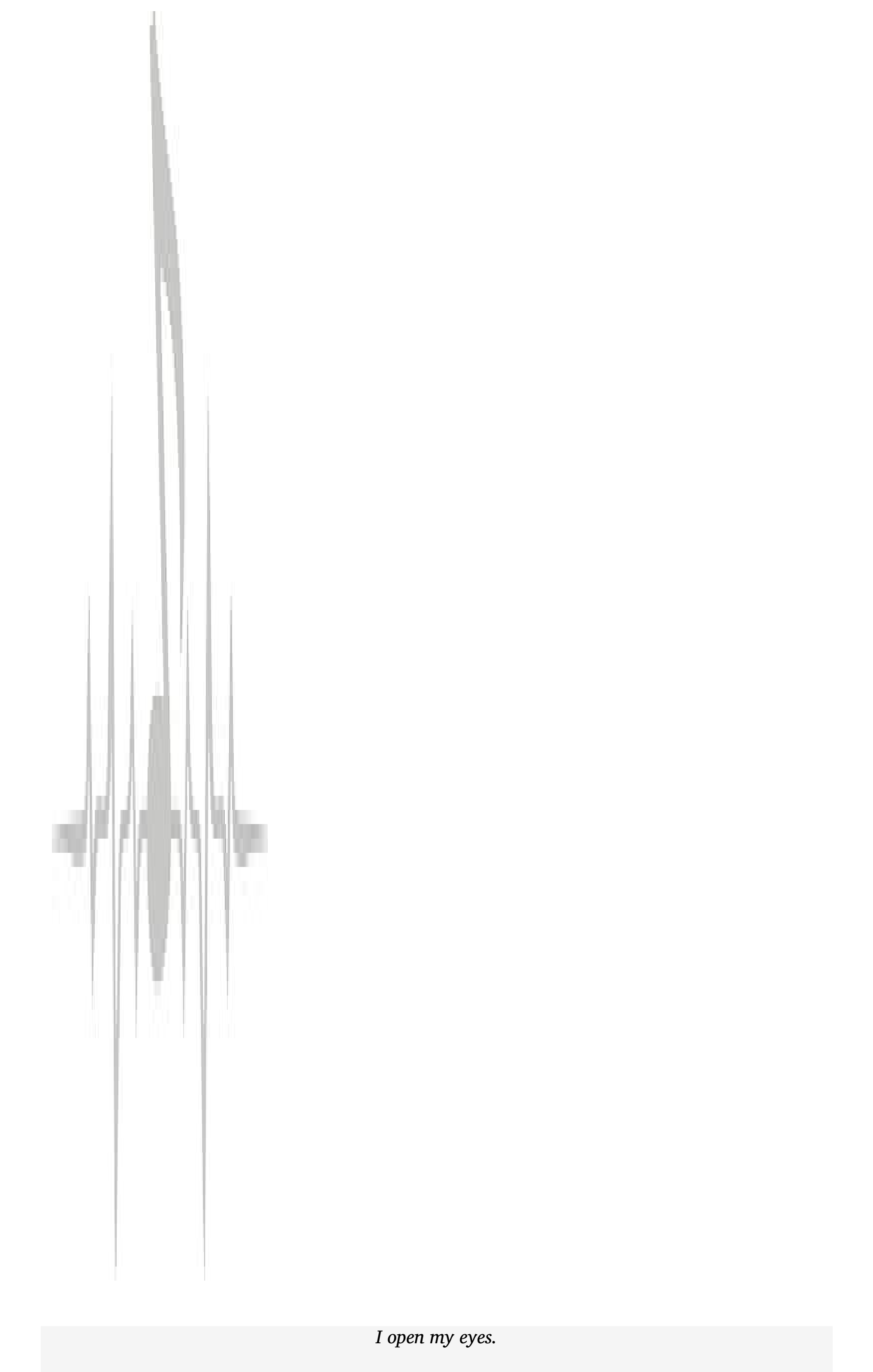
Se dio la vuelta, colocándose boca abajo en la cama, y cerró los ojos. Me quedé un rato mirando el aro que perforaba el centro de su labio inferior y fantaseé con el metal acariciando mi boca. Y, cuando pensaba que podría ser la noche perfecta, reparé en algo que estaba por todas partes. Clave mi vista ahí, en su espalda llena de cicatrices, y, aunque quisiera, ya no podría dejar de pensar en ellas jamás. No sé qué me llevó a colocar mi mano en su espalda y acariciarlas, una a una.

—Tienen mejor pinta que las tuyas —murmuró casi en un quejido, sorprendiéndome.

—Seguro que tuviste la suerte de tener asistencia médica. —Me burlé de mi propia realidad. Continué acariciándolas hasta que Aiden se levantó con urgencia. Asustándome, se vistió y salió por la puerta de su cuarto.

—Coge una sudadera del armario. Te espero en la terraza —dijo, girándose en el marco de la puerta. Su tono era gélido. La había cagado. No debía mencionar las cicatrices, la única vez que lo había hecho me había dado cuenta de que era un tema prohibido. Que fuera lo que fuera lo que escondiesen no estaba preparado para contárselo al mundo, y yo había pecado de curiosa.

Me vestí con una de sus sudaderas y salí, decidida a pedirle una disculpa. Pero cuando llegué a la terraza… Estaba tocando la guitarra, sonaba *Untitled* de Simple Plan.



I open my eyes.

I try to see, but I'm blinded by the white light.
I can't remember how,
I can't remember why
I'm lying here tonight.
And I can't stand the pain…
And I can't make it go away…

Me senté a su lado sin hacer ruido y esperé a que terminara. Me quedé mirando el horizonte con la piel erizada. Aiden tenía la vista clavada en el mismo punto que yo, pero él no estaba ahí. Estaba en otro lugar, con otros recuerdos y otros demonios. Con sus luces y sombras.

—¿Qué historia prefieres, Hailey? —preguntó aclarándose la garganta—. La del niño de cinco años que se cayó desde la ventana de su cuarto mientras jugaba, con la mala fortuna de caerse encima de un montón de cristales diminutos. Eso es lo que la gente cree que ha pasado, y como las odiaba tanto me tatué la espalda en un intento fallido de taparlas.

—Quiero la historia que quieras contarme, Aiden. La que estés preparado para soltar —aseguré.

—No estoy preparado para ninguna de las dos —reconoció, regalándome una media sonrisa que no había llegado a los ojos.

—Nuestras historias también merecen que les devolvamos las alas, es la única forma que tenemos de dejarlas ir. Quizá si tienen alas para volar no vivan encerradas dentro de nosotros cada segundo del día. —Me encogí de hombros.

—Cuando nací tenía un apellido y una cuenta en el banco con seis ceros. Iba a tener la vida perfecta e iba a tener el mundo a mis pies cuando quisiera. Pero a mí nadie me ha preguntado si quería formar parte de todo eso. Me lo han puesto delante de los ojos y la única opción que me han dado es aceptarlo. Y eso no era un gran problema en absoluto. —Suspiró—. Mis padres tenían nuestra vida organizada antes de saber siquiera quiénes éramos, porque algo tan esencial como conocerse a uno mismo no importaba. Sabían en qué universidad estudiarían sus hijos y qué carrera escogerían, qué heredarían cada uno de ellos y hasta con quiénes se casarían para mantener y hacer crecer el imperio de la familia Carter. Pero, cuando tenía cinco años, a mí me gustaba jugar a ser veterinario o bombero. Así que pasaba el rato rescatando gatitos de las copas de los árboles o curando a pájaros heridos que caían del nido y que tenían un final próximo, aunque no quisiera reconocerlo, mientras que Kaden, que solo tenía dos años más que yo, se encerraba en el despacho con nuestro padre y se interesaba por su trabajo. Mi padre me vio jugando y se acercó a decirme que era una pérdida de tiempo, que me dejase de tonterías y que invirtiese mi vida en cosas serias. Solo tenía cinco años. Le respondí que me importaba una mierda su trabajo, que yo no me parecía en nada a Kaden, y entonces me arrastró al sótano, rompió

una botella de vidrio y me la clavó al menos cinco veces en la espalda como castigo. Aquel día fue la primera vez que me juró que yo iba a ser quien él quisiera que fuera. Que no iba a ensuciar su reputación ni su apellido.

—Aiden… —sollocé, colocando mi mano sobre la suya.

—No volvió a repetirse hasta que cumplí los diez años. Supongo que porque no volví a desafiarle o simplemente porque si lo hice no le importó. Pero a medida que me iba haciendo mayor desarrollaba mi propia personalidad, y esta no era de su agrado. Empecé a salir con chicas, a beber y regresar borracho. Tonteé con las drogas y hacía exactamente todo lo contrario a lo que él me exigía. A los dieciséis descubrí mi pasión por la música y me compré una guitarra. Cuando me oyó tocar la primera vez… al menos recibí veinticinco cortes más, o esos son los que alcancé a contar. Supongo que pensaba que solo se trataba de la rebeldía de un adolescente y que con sus castigos terminaría doblegándome. Entonces, cumplí dieciocho años y me largué de casa con el firme propósito de que iba a vivir la vida que quisiera. Pero todo se jodió el mismo día en que me di cuenta de que la vida con la que yo soñaba era muy parecida a la que ese cabrón quería para mí. Me prometí a mí mismo que, aunque tuviera que lanzar mis sueños a la basura, no iba a darle el gusto, esa guerra iba a ganarla yo —concluyó. No podía dejar de llorar, no entendía cómo podía existir tanta crueldad hacia tu propio hijo. No podía concebirlo. En mi cabeza, si pensaba en papá solo había amor.

CAPÍTULO 33

Aiden

Odiaba el poder que ejercía Hailey en mí. Hacía que me cuestionase todo hasta abrir en canal mi alma delante de ella. Hacía que me replantease mis propias decisiones, y lanzaba al vacío con el simple soplido de su aliento mis murallas. Aquellas que creía infranqueables hasta que apareció el huracán Hailey, desbastando todo a su paso, pero en completo silencio. Sin ser siquiera consciente de ello. Nunca me había cruzado con alguien que me transmitiese tal sensación de seguridad y me hiciera exponerme sin más. Y no encontraba una explicación a algo tan inesperado.

—No tienes que continuar —dijo en un tono de comprensión absoluta. Sabía que no tenía que hacerlo, pero no me importaba. Ya no.

—Tengo una hermana, Blair —comencé, apretando los ojos con fuerza y tragando el nudo que no cesaba de apretar mi garganta —. Teníamos un carácter parecido y no acatábamos órdenes que no creyésemos en ellas. También desafiaba a mi padre, pero a ella jamás la tocó. Y si lo hubiera hecho… Juro que lo mataría con mis propias manos. Quería graduarse en Enfermería en Boston, adoraba los perros y soñaba con tener una protectora algún día. Pero los planes que tenían para ella eran diferentes. Terminó en Yale estudiando Arquitectura. —Tomé aire en un vano intento de encontrar aliento—. Se enamoró de Mike, el hijo mayor de Ava. —La miré. Me observaba con cautela, empatía y tristeza—. Y esa decisión fue la que la llevó al lugar donde se encuentra desde hace dos años —aseguré con tristeza.

—¿Está… muerta? —preguntó. Negué con la cabeza, buscando las siguientes palabras.

—Era verano y su cumpleaños. Íbamos a celebrar una barbacoa en casa con amigos y familia, y ella anunció que iba a presentarnos a su novio. Mis padres esperaban a alguien con dinero, buena fama, buena familia y un título bajo la manga. Y se encontraron con Mike, el hijo de una camarera que llegó a Estados Unidos de forma ilegal con poco más de cinco dólares en la cartera. A partir de ahí nada salió bien. Mi padre se encargó personalmente de hacerles la vida imposible. Intentó hundir el Skils Bar, desahuciarlos, y hasta

habló con el gobernador para deportarlos de nuevo a México. Fracasó en cada uno de sus planes, entonces amenazó con enviar a Blair a un internado en Europa. Estaba todo preparado y ellos dos decidieron irse. —Las lágrimas me empañaban los ojos, me nublaban la vista y hasta me costaba sostenerlas—. Sus planes eran marcharse juntos a Boston y comenzar una nueva vida, pero entonces un camión chocó contra ellos a más velocidad de la permitida en la vía, llevándose el coche por delante. Mike murió en el acto y Blair lleva en coma en el UW Medical Center desde entonces. No va a despertarse jamás. Solo respira gracias a una máquina y soy yo quien tiene la decisión de dejarla ir en mis manos. Basta que un solo miembro de la familia se oponga para no desconectarla —revelé en un quejido—. Cuando recibimos la noticia… Mi padre sonrió. Sonrió con ganas, de verdad, como si hubiera recibido la mejor noticia del mundo. Y aseguró que prefería una hija muerta que una vergüenza ensuciando su reputación. Aquel día fue también el final para mí. Había muerto la única persona que consideraba mi familia, porque entonces Kaden ya se había transformado en la sombra de mi padre. En una simple marioneta a su merced.

—Es cruel —susurró, secándose las lágrimas con la manga de mi sudadera.

—Creía que era cruel hasta que te conocí y supe que tú habías experimentado la crueldad en primera persona. Lo que ocurrió con Blair, con mi espalda… Solo fueron las consecuencias de ser hijos de uno de los mayores accionistas del mundo. De un hombre frío, calculador y cegado por la avaricia, único motor en su vida —dije. Hailey posó su cabeza en mi hombro y entrelazó su mano con la mía. Ese simple gesto me transmitió fuerza.

—¿Por eso vas al Skils Bar? Te recuerda a ella, ¿cierto?

—Blair adoraba aquel local, la primera vez que fui con ella… Fue la primera vez que vi con mis propios ojos lo que era un hogar. El amor que se profesaban Ava y sus hijos pese a llevar una vida demasiado complicada. Las miradas cómplices entre ellos y las risas infinitas. Allí había todo lo que se suponía que debía encontrarse en un hogar, y todo aquello era algo que Blair y yo no habíamos disfrutado jamás. Aquel día la vida nos dio una lección, la fortuna a menudo corrompía a las personas. Pasar el rato con mi guitarra en aquel lugar me hacía sentirme más cerca de ella. —Clavé mi mirada en la de Hailey y casi me perdí en sus ojos verdes. Estaba preciosa con el pelo revuelto, las mejillas sonrojadas y los labios húmedos. Se levantó de golpe y tiró de mi camiseta hacia arriba.

—¿Qué haces? —Me reí suavemente observándola con atención, esperando su siguiente movimiento.

—Voy a besar cada cicatriz —susurró, depositando un primer

beso en una de ellas solo para pasar a la siguiente. Me quedé helado. Sentía que el mundo acababa de temblar desde sus entrañas hasta pararse de golpe, sentía cómo perdíamos la fuerza de gravedad y desaparecían las galaxias. Que el mundo tal cual lo conocíamos se había extinguido por completo hasta reducirse a Hailey y a mí. Creo que Hailey también lo había notado y yo comenzaba a sentir que estaba perdido. Jodido y perdido. Hailey Peterson iba a convertirse en mi puta perdición, en mi maldito talón de Aquiles. Encarcelaba a todos mis demonios, los silenciaba atándolos con cadenas, y, cuando se marchaba, volvían a liberarse con el único fin de provocar una catástrofe. Era mi ángel en el infierno. El corazón me iba a reventar dentro del pecho, sentía dolor y ansiedad. Nunca había vivido algo así, como si fuera un trozo de papel a merced del viento. Y, a la vez, solo podía sentir paz. Una paz inmensa, que se colaba sin esfuerzos por todas partes con la firme intención de acampar a sus anchas en mi pecho. Terminamos besándonos de forma hambrienta y salvaje. Nuestros labios se rozaban, mojados de manera apasionada. Todo mi cuerpo se calentó con ese simple beso, y sabía que el de ella también cuando gimió contra mi boca. Moví mi cabeza a un lado, profundizando el beso, disfrutando cada segundo. Me pregunté si es que nunca tendría suficiente de Hailey. Nuestras bocas se movían en sincronía, cada vez más demandantes hasta enloquecernos.

—Creo que no es buena idea follar en la terraza —susurré, abandonando su boca y haciendo amago de terminar lo que empezamos en el sofá o en la cama. Pero me detuvo. Me sujetó la mano, entrelazando nuestras manos, y me miró a través del verde de sus ojos. Flaqueé ante aquella mirada. Hailey me doblegaba. Y no sabía decir con exactitud si lo odiaba o me volvía loco.

—En este instante… Me importa una jodida mierda si el mundo se prende fuego, que salga la vecina con una taza de té y nos pille follando, o que nuestros gemidos retumben por toda la Bahía de Elliot —susurró en el tono más *sexy* que había oído en mi puta vida mientras se quitaba la sudadera y la lanzaba lejos, dejando al descubierto sus pechos. Joder.

—¡A la mierda el autocontrol! —gruñí. Mi cuerpo ardía por su contacto. Le robé un gemido cuando pellizqué suavemente sus pezones. Soltó un gemido al sentir mi boca sobre la piel desnuda y expuesta, y, cuando chupé con mimo uno de sus pechos, echó la cabeza hacia atrás disfrutándolo. No podía esperar más. Necesitaba volver a sentir la sensación de nuestros cuerpos desnudos, rozándose, sintiéndose. Me hacía jadear de anticipación. Dejó de besarme para mirarme a los ojos y se colocó a horcajadas sobre mí. Antes de que pudiera rogarle que lo hiciese, se introdujo con lentitud hasta el fondo y no pude retener el jadeo que se escapaba de entre mis labios. Ambos

gemimos ante la sensación, pero Hailey no me dejó recuperarme y comenzó a moverse con todas las ganas, hundiéndose en mí una y otra vez. Sus ojos sobre los míos, su expresión de lujuria pura, sus gruñidos y gemidos hacían todo mucho más intenso—. Joder, Hailey —jadeé, acariciándole la espalda y tomando el relevo. Coloqué su espalda contra el césped artificial y aumenté el ritmo. El sonido de piel con piel se unía a nuestros jadeos de placer como la mejor sinfonía del planeta.

—Aiden… Joder… —murmuró, y supe que se estaba acercando al punto de no retorno. Levanté ligeramente sus caderas para mayor profundidad. El orgasmo no tardó en golpearnos, arrastrándose por cada nervio y extendiéndose por nuestras extremidades. Nuestras respiraciones eran un desastre y no podía borrar la estúpida sonrisa de mis labios. Me tumbé a su lado. Me quedé mirando al cielo, donde comenzaba a amanecer. Y allí, en la terraza de mi ático, sobre césped artificial y rodeado de palmeras, ante la ciudad de Seattle y con el corazón a punto de salírseme por la boca, tuve la mayor revelación de mi vida. Había conectado con Hailey por completo, como un enchufe, como la pieza de un puzle. Lo sentía dentro de mí, colonizándome como una población de hormigas haciéndome cosquillas por todas partes. No quería analizar qué era aquello que sentía, pero ya me acojonaba saber que sentía algo, lo que fuera, cuando llevaba toda mi vida sin sentir nada. Quizá solo era que Hailey era buena persona, que me transmitía paz, y sabía que no iba a contar mis desgracias en *prime time*. Sí, debía ser eso. Eso y el hecho de que era exageradamente guapa y que podría pasarme el resto de mi vida recreándome en cada una de sus curvas. Joder. Me cago en la puta. Estaba más jodido de lo que creía.

—Aiden… —me llamó. Me giré a mirarla y tenía una expresión que no logré descifrar, como si algo no estuviera yendo bien o como si acabase de descubrir algo que no quería—. Esto no es más que sexo —aseguró, y tuve la sensación de que lo decía como intento de autoconvencerse a sí misma.

—Ajá. Solo sexo —farfullé en un tono casi inaudible. Me quedé pensando en eso, en su expresión. No podía quitármela de la cabeza—. ¿Hailey? —la llamé.

—Sí… —respondió arrastrando las palabras.

—No te enamores de mí, porque yo no podré hacerlo de ti —dije con convicción. No dijo nada. Simplemente, se levantó y se metió en el *jacuzzi* sin apartar la vista de la ciudad.

—Las vistas son increíbles —susurró, apretando los labios hasta convertirlos en una fina línea—. ¿Me acompañas? —sugirió, haciéndome un sitio a su lado. Me metí en el agua, que me recibía caliente, y nos quedamos ahí. Sin decir nada. Jugando con nuestros

pies bajo el agua hasta que se hizo completamente de día. El cielo estaba negro, prometía una tormenta imponente—. Me gusta la tranquilidad que se siente desde aquí. Es como si estuviéramos dentro de una burbuja, escuchando el sonido amortiguado de la ciudad en la distancia —murmuró, recostándose y cerrando los ojos. Me fijé en sus pestañas, en lo espesas y largas que eran—. ¿Qué cosas te gustan? —me preguntó de repente.

—No sé, las películas de acción, la música… La *pizza* de cuatro quesos… —respondí riéndome.

—No me refiero a cosas tan sencillas. —Me dedicó una sonrisa débil.

—¿Sencillas? —Enarqué una ceja.

—Te pondré un ejemplo. A mí me gusta tumbarme en la hierba y contemplar el cielo mientras el viento me azota la cara. Me gusta caminar descalza por casi cualquier sitio y adoro caminar bajo la lluvia hasta quedar completamente empapada —respondió sonriendo. Me la imaginé haciendo todas esas cosas y me gustaba.

—Me gusta tocar la guitarra en Rattlesnake Ridge con los pies colgados del precipicio. Me gusta ir a la playa, bucear y sentirme liviano. Adoro ver nevar y tengo cierta obsesión con las nubes de azúcar y el chocolate caliente —dije después de un par de minutos de reflexión. Me gustaría quedarme en ese instante para siempre, sin pensar en nada, mirando el infinito, que se extendía a lo lejos. Los rascacielos parecían conducir a las nubes; el cielo se mantenía en falsa calma. Las cosas que no se podían ver, pero aparentaban tranquilidad, me daban miedo. ¿Y si en el fondo estaban llenas de oscuridad? Pensé que no me importaría. No había nada que pudiera cambiar la paz que sentía en ese instante, ni siquiera mis propios demonios o el dolor. Ni siquiera la sombra de Blair, la rabia contra mi padre o el profundo golpe de los sueños rotos. Nada de eso podría empañarlo. Hailey no tardó en marcharse. Simplemente, salió del agua, se vistió y anunció que tenía cosas que hacer. Ni siquiera aceptó mi oferta de llevarla a casa. Tenía la sensación de que estaba huyendo de algo, sospechaba que de mí. La acompañé a la puerta, casi le rogué que se quedara. Pediríamos comida a algún restaurante nuevo de la ciudad y pasaríamos la tarde de tormenta en el sofá, con un bol de palomitas, helado de chocolate y una película de fondo. Quizá luego podríamos darnos un baño calentito con alguna canción lenta de fondo, y tal vez haríamos el amor el resto del día mientras ahí fuera el cielo se rompía en pedazos. Sin embargo, no dije nada de eso. Nos quedamos mirándonos, esperando que ocurriera algo, y cuando lo único que pasaba era el tiempo nos despedimos con una sonrisa y un leve gesto de cabeza.

—Hasta otra, chica de las pestañas. —Sonreí.

—Hasta otra, chico de la guitarra.

Me regaló una sonrisa de vuelta y se giró para caminar hacia el ascensor. Cerré la puerta y me quedé unos segundos parado, con la vista clavada en algún punto desconocido. Y entonces desbloqueé el interfono que conectaba mi casa con la calle para verla una última vez. Esperé a que saliera, deteniéndose a saludar a Josh antes de marcharse. Me fui directo a mi cuarto, ordené el desastre, abrí las ventanas y guardé las pocas cosas que necesitaba llevarme al campus. Podría quedarme a vivir aquí e ir cada día a la universidad. Sin embargo, odiaba la soledad de este ático, cómo había llegado hasta aquí y por qué era mío. Todo detrás del apellido Carter. No lo aceptaba. Así que prefería vivir con Tyler, en un bloque de edificios normales, y rodearme de gente corriente. Únicamente pasaba el tiempo necesario aquí y rara vez me quedaba a dormir. En cambio, ahora que Hailey había estado entre estas paredes lo veía de otra forma diferente. Como si con su presencia hubiera borrado de un plumazo todo lo malo.

CAPÍTULO 34

Hailey

Siempre había creído que estar enamorado de alguien era sentir una inmensa calma. Tranquilidad. Compartir buenos momentos. Había estado equivocada por completo. Nada de lo que sentía con Aiden se asemejaba a lo que un día sentí con Sam. Ni siquiera era capaz de recordar cómo me hacía sentir Sam. Cómo eran sus besos, su olor o el sonido de su risa. Y lo peor es que tampoco recordaba cómo era yo con él. Fue en ese preciso instante, en esa terraza, cuando me di cuenta de que me había enamorado. Por primera vez. Porque aquello que sentía en el pecho cuando Aiden me miraba, me sonreía o me tocaba era completamente nuevo. Me sentía como un tsunami dispuesto a arrasar con todo, emborrachada de adrenalina. Por primera vez me sentía como un jodido pájaro con alas inmensas, como si el mundo fuera absolutamente mío. Jamás hubiera imaginado que el amor dolía tanto. Me faltó un segundo más, solo uno a su lado, para dejarle mi corazón tendido en el césped artificial de aquella terraza, en sus manos. Y estuve a punto de decirle que ojalá pudiera quedarme con su dolor, con todas sus sombras. Pero no lo hice. Me fui, sencillamente porque tenía que irme. Porque si hacía lo contrario solo habría una forma de salir de allí y era con el corazón hecho pedazos, el alma rota y los ojos rojos. Así que preferí quedarme con la decepción y el dolor clavando sus garras afiladas en mi pecho. Sintiéndolo. Un corazón roto duele si te lo rompes a ti misma… Un corazón pisoteado por otra persona era como una jodida bomba nuclear dentro del pecho, y no estaba dispuesta a sufrir tal explosión. Regresé a casa, y esperé, sentada en el sofá, que por arte de magia aquella presión que se empeñaba en colonizarme el pecho se extinguiera.

—Esa cara ya la he visto antes —me sorprendió Mía, que me miraba con compasión. Caminó hacia mí y tomó asiento a mi lado. No esperaba encontrarla en casa.

—Me duele el pecho a cada respiración, cada latido es más pesado que el anterior. Me siento a punto de estallar —sollocé, y Mía me rodeó con sus brazos y me meció como una madre consolando a su bebé.

—Lo sé —murmuró contra mi pelo.

—¿Eso es todo? ¿No vas a decirme «te lo dije»? —pregunté sorbiendo por la nariz.

—Te lo diría. De hecho, siempre he creído que cuando llegase este día sería lo primero que te diría. Después te invitaría a un helado de chocolate y luego te dejaría llorar en tu cuarto mientras iría a partirle las piernas al capullo de Aiden —reconoció, haciéndome reír —. Pero no puedo hacerlo. Os he visto, Hailey. He visto a Aiden contigo. Tenías que haber visto la expresión que tomó su cara anoche cundo besaste a Cam o cómo se pasó toda la noche mirándote. Desde que conozco a Aiden solo he visto oscuridad en su mirada. Recuerdo el primer día que le vi y pensé en lo rotos que estaban aquellos ojos azules. En cambio, anoche, no vi nada de eso. No había la sombra que siempre suele acompañarle, solo luz. He visto cómo se comporta con el resto de las chicas, nunca ha mirado a nadie dos segundos más de lo necesario. En cambio, a ti te mira. Te mira como si fueras la octava maravilla del mundo.

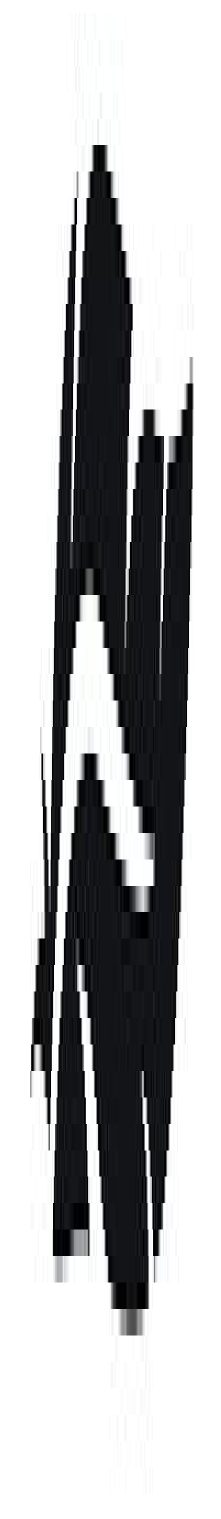
—Te equivocas. Si estás pensando que siente algo por mí es que estás completamente loca —aseguré.

—No lo pienso, Hailey. Estoy totalmente convencida de ello.

—Yo… Yo no quería que ocurriera nada de esto. Cuando vine a Seattle solo quería graduarme lo antes posible, encontrar un trabajo y llevar una vida tranquila. No necesitaba encontrarme con Aiden. Me desestabiliza completamente. Lo que comenzaron siendo encuentros casuales en la azotea terminaron convirtiéndose en conversaciones profundas, en confesiones y heridas, en nuestros demonios y cicatrices. Y de pronto, cuando esta mañana comenzó a amanecer, le he mirado y he sentido que le quería. Porque cuando estoy a su lado me siento en paz, segura y protegida. Siento que por primera vez soy yo. Y ahora estoy… rota. Porque… No puedo evitarlo, no puedo huir de él ni alejarme, porque hay una fuerza de gravedad que me empuja constantemente hacia él. Pero tampoco puedo dejarme llevar, porque sería un tren a alta velocidad a punto de descarrilar —volví a sollozar. Estaba rota. Me abracé a Mía, que me acariciaba el pelo, y lloré en su regazo.

—El amor duele, Hailey. En todas sus vertientes. Nos han contado que no debería hacerlo, pero lo hace. El amor… Simplemente, nace, aunque no lo busquemos. Ojalá existiera un antídoto que nos impidiera enamorarnos de alguien o que anulase la rebeldía que a veces toma el corazón. Pero no hay forma de que ocurra. Un día te despiertas y descubres que el tuyo ya lo está dando todo, con los brazos abiertos y los ojos cerrados. Dispuesto a meterse en el epicentro de un volcán. Por ello mismo, es inevitable que nos rompan el corazón también. Que se haga añicos contra el asfalto, que sangre y se

contraiga de dolor. Que deje de latir y sintamos que el mundo ha frenado de golpe. No es una decisión, simplemente sucede, como las cosas más naturales de la vida. Puedes coger todo lo que Aiden esté dispuesto a darte, puedes ser feliz durante un ratito y preocuparte del corazón roto más tarde. —Me acarició la espalda y me depositó un beso en la frente antes de levantarse—. Te invito a un helado de chocolate. Dúchate, que hueles a noche de sexo y tienes el perfume de Aiden impregnado en ti. Cuando entré por la puerta, creía que estaba aquí —dijo antes de meterse en el cuarto de baño. Me reí y me fui directa a la ducha.



Después del helado con Mía, Scott apareció por casa. Salí a dar un

paseo por el campus y darles un poco de privacidad. Además, no me venía nada mal un poco de aire fresco mientras llamaba a Emily y le actualizaba mis miserias. Me senté en un banco y cerré los ojos, hasta que noté a alguien sentándose a mi lado. Cam.

—¡La hostia! —exclamé, abriendo los ojos de par en par cuando vi el moratón que le había salido en la mandíbula.

—No ha sido para tanto. Así tengo la excusa para contarte a las chicas que esto me lo he hecho en un acto heroico que se me ocurra en el momento —bromeó. Sonreí tímidamente.

—Lo siento. No debí besarte —me disculpé.

—¡Eh, no te preocupes! Créeme que ha merecido la pena. Se han confirmado mis sospechas. —Me guiñó un ojo.

—¿Tus sospechas? —Enarqué una ceja.

—Sí. Por una vez existe alguien que no es indiferente para Aiden Carter —aseguró, ajustándose la mochila. Negué con la cabeza, No quería hablar de Aiden—. Tengo que irme. ¡Nos vemos!

—¡Ponte hielo en eso! —grité cuando Cam ya estaba a lo lejos, señalando la zona morada de su cara.

Me quedé un rato más allí sentada, intentando dejar la mente en blanco. Solo habían pasado diez minutos cuando Liam se acercaba, saludándome desde la distancia.

—¡Adivina quién tiene una cita esta noche! —gritó sentándose a mi lado.

—¿Ya has mandado a paseo al chico del supermercado de la semana pasada? —bromeé. Liam tardaba en ilusionarse menos de lo que dura un latido. Cada semana aparecía colgado de un nuevo chico y cada clase que compartimos juntos estaba llena de anécdotas. Pero perdía la ilusión todavía más rápido.

—Este es el definitivo. Es artista, hace esculturas con barro, y tiene un estudio de tatuajes. —Suspiró de forma dramática, llevándose una mano al pecho. Terminamos rompiendo en carcajadas.

Liam era la clase de amigo que todo el mundo necesitaba. No hacía preguntas incómodas, no curioseaba pese a todos los rumores que corrían sobre mí por el campus, no se entrometía más de lo necesario y no me forzaba a hablarle de lo que no estaba preparada para hacerlo. Simplemente, aparecía con un café para mí cada mañana antes de clase y me regalaba una sonrisa que me reconfortaba. A veces, si notaba que había tenido un mal día, simplemente me rodeaba con sus brazos y no decía nada. Simplemente con ese gesto ya lo entendía. Era como una conexión que teníamos, la de decirnos cientos de cosas en pequeños gestos. Y me gustaba.

Mía me avisó de que no dormiría en casa y me aseguró que no dudase en llamarla si necesitaba cualquier cosa, un abrazo o un helado a las cuatro de la madrugada. No quería estar sola, a veces la

soledad era nuestro peor enemigo. No quería volver a casa y no había muchos sitios a los que pudiera ir, así que fui al Skils Bar pese a que Ava me había dado el día libre.

—¡Hailey! ¿Qué haces aquí? —Sonrió Ava.

—No me apetecía estar en casa. —Me encogí de hombros, sentándome en la barra.

—¿Un mal día, cariño? —preguntó tomando asiento en el taburete de al lado, dejando enfrente de nosotras dos cervezas y un plato de patatas fritas con kétchup, mostaza y mayonesa.

—Siento lo de Mike —susurré, clavando mis ojos en los suyos. Me miró sorprendida.

—¿Aiden te lo ha contado? —quiso saber. Asentí—. Debes sentirte afortunada. Aiden no suele regalar demasiado de él —aseguró —. Mike estaba enamorado de Blair. Y ella de él. Pero nada salió bien. Desde el principio todo estaba evocado al fracaso. Alguien como Blair no podía amar a Mike. No encajaba en la sociedad. El apellido Carter iba a interponerse e iba a ganar. Recuerdo el día que habían anunciado que se iban a Boston, me sentía terriblemente orgullosa de mi hijo. Estaba luchando por lo que quería, por su felicidad. ¿Qué más puede desear una madre por sus hijos? Pero la vida tenía otros planes y aquella fue la última vez que le vi. De haber sabido que nuestra próxima conversación tendría lugar en el cementerio y que solo hablaría yo… Me hubiera asegurado de que se fuera sabiéndolo. Que su madre estaba orgullosa de él. —Me sonrió con tristeza—. Desde entonces Aiden no ha dejado de venir. Creo que se aferra a este bar porque es el último recuerdo que tiene de su hermana siendo feliz. Al principio intentaba que pasase menos tiempo aquí, no le beneficiaba. Luego comprendí que cada uno vive el duelo a su manera, necesitamos llorar y desangrarnos para permitirnos dar un paso al frente. Y poco a poco Aiden fue ganándose mi cariño, ese muchacho vive atormentado. —Negó con la cabeza—. Y tiene un talento para la música que se empeña en esconder —afirmó conmovida.

—Tuvo que ser duro enfrentarse a la muerte de Mike. —Suspiré.

—No. No lo fue. Lo duro fue pensar en todas las cosas que jamás haría. El hecho de que estuviera muerto pasó a segundo plano. Me dolió más saber que Blair estaba postrada en una cama, que jamás iba a volver a despertar y que, excepto Aiden, nadie lloraba por su alma. Mike murió, pero Blair fue olvidada en un hospital. Es infinitamente peor el olvido que la muerte.

—La familia Carter… Es… No encuentro palabras para describirla —gruñí con rabia.

—Es desgraciada. Esa es la palabra que buscas, cielo. —Colocó una mano sobre la mía, que reposaba encima de la mesa, y la

apretó—. Aun teniendo todo, no tienen nada. No conocen la felicidad, son completamente desdichados. Todos cortados del mismo patrón. En cambio, cuando miro a Aiden no veo lo mismo en sus ojos.

—¿Qué sabes de su familia? —curioseé. Quizá Ava podía ayudarme a entender más a Aiden.

—Lo mismo que todo el mundo. Lo que quieren que sepas. Ni más ni menos. Todo se corrompió el día en que falleció el abuelo de Aiden. El verdadero Adam Carter. Su hijo… Lo único que tiene de él es el mismo nombre —respondió con un atisbo de rabia, odio y resentimiento.

Charlamos un rato más. Ava me habló de cómo era Mike, del día que conoció a Blair, a Aiden, y lo orgullosa que estaba de todos sus hijos. Cómo llegó hasta Seattle y cómo fue abandonada por su primer marido después de haber tenido a su primer hijo, de cómo jamás tuvo suerte en el amor y la forma en que cada hombre que entró en su vida salió por la puerta el mismo día que se enteraba de que iba a ser padre. Y, en cambio, en toda esa historia, en esa vida repleta de sufrimiento, Ava era una mujer feliz. Había sido feliz y había llevado una vida plena pese a las circunstancias y a las necesidades. Y eso me recordaba a mi madre y a mi padre. Siempre habían pasado calamidades y no había día que no faltase algo en casa, pero fueron felices. Nunca los vi tristes, abatidos o tirando la toalla. Se daban un beso de buenas noches y otro cada mañana. Algún día papá le llevaba un cuenco con leche, avena y plátano para desayunar a la cama, y mamá se sentía la mujer más afortunada del mundo pese a estar llevándose a la boca una pasta asquerosa. Se sonreían, cómplices, infinidad de veces al día y se regalaban caricias a todas horas. Se reían a carcajadas de algo que papá le susurraba al oído y jugaban a hacerse cosquillas en el sofá viejo, sucio y roto del salón. Ahora entendía a lo que se refería Ava cuando decía que la familia Carter eran infelices. Y es que la felicidad está en las pequeñas cosas: en el amor, en las sonrisas a deshora, en los abrazos o en las carcajadas en el momento más inoportuno.

CAPÍTULO 35

Aiden

Habíamos ganado otro partido. Nueve consecutivos y dando lo mejor de nosotros. El entrenador decía estar orgulloso en cada discurso emotivo tras cada partido, las gradas estallaban al mínimo movimiento en nuestro favor y el vestuario tenía un aura de positivismo en la que era imposible no verse envuelto. Podría decirse que los Washington Tigers llevaban una buena racha, pero nada tenía que ver con la fortuna, sino que, para bien o para mal, todos y cada uno de nosotros habíamos definido nuestro futuro. Algunos habían fichado por algún equipo y otros ya habían puesto en marcha su plan B. En cualquier caso, reinaba una especie de paz que hacía que todos diésemos lo mejor de nosotros en el campo. Incluido yo.

—¡Eh, Cam! —llamé antes de que desapareciera por la puerta junto al resto.

—¿Qué pasa, tío? —saludó, sentándose a mi lado. No había ni rastro de enfado después del golpe que le había dado.

—Siento lo del otro día. Me comporté como un imbécil —me disculpé.

—Siempre había querido que Aiden Carter me partiese la cara —bromeó, dándome un golpecito en el hombro. Sonreí—. ¿Ha merecido la pena al menos? —Arqueó una ceja.

—¿Qué quieres decir?

—Te llevaste a Hailey como un psicópata y ninguno de los dos volvió. Hay dos posibilidades: la primera, que la hubieras estrangulado y que ahora el cuerpo de Hailey yaciera en una fosa común; la segunda, que os hayáis ido juntos a hacer todo tipo de travesuras por las calles de Seattle. —Fingió pensar en esas dos posibilidades—. Y, teniendo en cuenta que he visto a una chica de pelo negro, con curvas de infarto y mirada felina verde sentada en un banco hace dos días, aunque con la mirada triste, me jugaría el cuello a que Hailey salió ilesa de tu arrebato de celos, pero no tan bien como esperaba.

—No estaba celoso —gruñí.

—¡No, claro que no! —Suspiró dramático—. Aiden, todo el mundo lo ve. Todo el mundo empieza a especular.

—¿El qué? —pregunté. No entendía qué quería decir.

—Creo que todo empezó el día en que cantaste en el Skils Bar delante de varios estudiantes de la UW, que no tardaron en grabarte y hacer que llegara al resto del campus. Tenías la vista clavada en ella y nadie, excepto Tyler, conocía tu talento en la música. Pero la onda expansiva llegó cuando la prensa sacó a relucir todas esas fotografías y videos en los que parecíais los protagonistas de una de esas pelis cursis con finales felices. Intentaste desmentirlo con Jena y esa cena carísima, y puede que hayas logrado desviar el foco. Pero, aun así, todo el mundo lo ha visto. Todo el mundo tiene la mosca detrás de la oreja porque Aiden Carter se ha dejado ver por ahí con Hailey Peterson, quien a ojos de todos solo es una muerta de hambre —aseguró con un leve gesto de cabeza. Debí imaginar que lo de Jena no sería suficiente para todos.

—No te pega nada el papel de psicoterapeuta —gruñí, desviando la mirada.

—¿No? Tenía pensado dedicarme a ello como plan F —dijo levantándose, recogiendo su mochila y caminando hacia la puerta.

—Espero que no fracasen el resto de los planes para no tener que llegar a ese —dije sarcástico. Me enseñó el dedo corazón y desapareció saliendo por la puerta de los vestuarios.

Me quedé allí sentado, revisando mi teléfono móvil. Mi madre había vuelto a dejarme unas cuantas llamabas y mensajes, que nuevamente terminé ignorando.

Jena:
¿Me invitas a una cerveza?

¿Y tu novio artista?

Jena:
Es una emergencia, Carter.

Jena:
Mi familia organiza una cena benéfica, necesito algo relajante antes de enfrentarme a los buitres ☹

Te invito a una cerveza en el bar donde trabaja Hailey. Tráete al artista.

Jena:
Claro que sí, una idea magnífica para que nos fotografíe la prensa.

Te aseguro que la prensa no va a entrar en ese

bar.

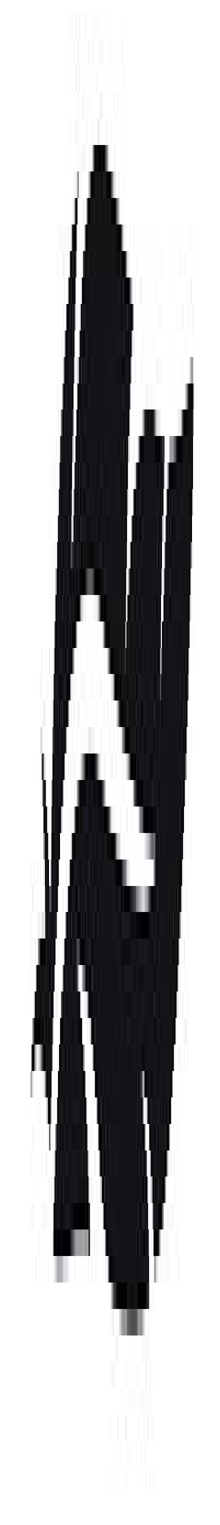
Jena:
Mándame la ubicación.

Jena:
Eddy.

¿Qué?

Jena:
El artista se llama Eddy.

Sonreí. Esta Jena me gustaba muchísimo más que la que había conocido en la cama.



Entramos en el Skils Bar y por instinto la busqué entre las mesas. No

habíamos vuelto a hablar desde que salió de mi casa. Estuve tentado a escribirle, pero no lo hice.

Eddy era agradable. Tenía esa pinta de artista que llamaba la atención, con esas ropas de colores y dibujos abstractos. Pero era un buen tipo con un gran sentido del humor. Era todo lo contrario a Jena, me costaba imaginar que se hubieran fijado el uno en el otro. Quizá precisamente por eso, dos mundos opuestos chocando.

—Hailey, ella es Jena —presenté cuando Hailey se acercó a atendernos.

—Hola —susurró. Parecía triste y enfadada.

—Me alegro de conocerte por fin, Hailey. Carter me habla mucho de ti. Además, no está mal conocer a la chica por la que me presto a que este imbécil me lleve a restaurantes de lujo a comer comida asquerosa a precio de oro —soltó sonriendo.

—Sí, por eso y porque está loquita por el arcoíris que tenemos aquí. —Señalé a Eddy.

—Soy su tapadera.

—Yo… Creía… —tartamudeó sonrojándose.

—¿Qué? ¡No me jodas, Hailey! —dije furioso.

—¿A esto te referías con desviar el foco? —murmuró sin dejar de mirarnos.

—Pensé que lo tenías claro. ¿Por quién coño me tomas? Crees que sería capaz de salir con alguien y follar contigo a sus espaldas. ¿Qué clase de persona te crees que soy? —dije enfadado. ¿Cómo podía pensar algo así? ¿Es que no me conocía lo suficiente?

—¡Shhh! ¡¿Quieres bajar la voz?! —exclamó en un susurro, mirando a los lados y asegurándose de que nadie podría ser partícipe de nuestra conversación.

—Escúchame bien, Peterson; puede que sea un capullo que se acuesta con quien le da la gana y después pida que se larguen sin preguntar sus nombres. Pero jamás mentiría ni engañaría a nadie, y mucho menos saldría con una chica para después humillarla follándome a otra a sus espaldas. Y no puedo creer que pienses algo así de mí —dije indignado.

—¿¡Quieres calmarte!? —chilló en un susurro.

—Te estás comportando como un loco, Carter —intervino Jena.

Respiré hondo y decidí zanjar el tema. Pedimos nuestras bebidas y algo para comer. Por suerte Eddy y Jena lograron que me relajara. Sin duda Eddy sacaba lo mejor de Jena. Hacía que se bajase de su papel de niña buena y rica, que dejara de comportarse como se esperaba que lo hiciera, como si estuviera siendo juzgada constantemente por la sociedad. Siempre había creído que a Jena le gustaba la frialdad que le caracterizaba. En cambio, ahora creo que la

verdadera Jena era la que tenía delante, comiendo patatas fritas y perritos calientes con la boca llena de mostaza y bebiendo cerveza barata. La que le sonríe cálidamente a Eddy y le miraba de verdad, sin rastro de indiferencia. Me pregunté si Jena sería feliz con la vida que le tocó vivir o si solo fingía. Entonces comencé a darle vueltas a cuánto podría llegar a disimular una persona o cuánto estaba dispuesta a sacrificar. Eran preguntas que para mí eran sencillas de responder, pero, para Jena, debían ser algo parecido a descifrar un crucigrama imposible. Porque a diferencia de mí ella tenía una familia que le importaba, aunque odiase todo lo que significaba.

Eddy y Jena se fueron poco antes de que Hailey terminara su turno. Me acerqué a la barra y le hice un gesto para que se acercara.

—Demos un paseo —sugerí, colocándole un mechón de pelo detrás de la oreja.

—No puedo —susurró apartándose. Fruncí el ceño. ¿Qué le pasaba?

—¿Por qué no? —Negué con la cabeza.

—Por todo, Aiden. Se me está yendo de las manos.

—¿El qué?

—Joder. —Suspiró—. Tú, yo, nosotros. Lo que me haces sentir —aseguró, desapareciendo por las escaleras que conducían al piso de arriba. Decidí seguirla.

—¿Y qué te hago sentir, Hailey? —susurré acercándome a ella.

—No lo sé. Ese es el problema, que no tengo ni la menor idea de lo que siento cuando te tengo delante. Siento un torbellino de emociones que no sé descifrar, y siento que estoy a punto de explotar —susurró temblándole la voz. Se mordió el labio y tuve que poner todos mis esfuerzos para no agarrárselo entre mis dientes.

—A mí me ocurre lo mismo —admití, colocando mi frente contra la suya y acariciándole el dorso de la mano—. Pero no tenemos por qué descifrarlo o etiquetarlo, simplemente podemos vivirlo. Podemos dejarnos llevar —murmuré, depositándole un beso en los labios—. Vamos, Hailey —rogué.

—¿A dónde? —susurró contra mi boca. Inspiré su aliento.

—A donde nos devuelvan las alas —aseguré.

Nos noté temblar. Tiré de ella hacia la salida y la invité a dar un paseo por el centro. Nos subimos al coche y nos largamos, dejando la UW atrás.

Íbamos en silencio, con la radio de fondo y cada uno inmerso en sus propios problemas. Me gustaría saber todo lo que pasaba por la cabeza de Hailey. Si habría tenido un buen día, si los primeros exámenes le fueron bien o qué planes tenía para mañana. Quería saberlo todo de ella. Si pensaba en mí tantas veces como lo hacía yo,

si nunca tendría bastante de mí como yo jamás tendría suficiente de ella… No podía parar de mirarla, era tan guapa que dolía.

—Aiden… —me llamó, y le hice un gesto con la cabeza—. El semáforo está en verde. —Me sonrió, enarcando una ceja. Me sonrojé. Joder, acababa de sonrojarme. Tosí en un intento de aclararme la garganta.

Un par de minutos más tarde salíamos del garaje y caminábamos por las calles de Seattle. Entre la gente, el ruido, el ajetreo… Todo eso parecía ir a cámara lenta cuando Hailey caminaba a mi lado. Me gustaba. Me volvía loco el poder que ejercía sobre mí.

Cogimos una galleta de la suerte que una anciana nos tendió en la calle. Hailey siempre se acercaba a los que pedían dinero, sacaba una moneda del bolso y se la daba. Me hacía sentir egoísta y despiadado cuando mostraba su lado humano. Ella le tendía una moneda a un desconocido, cuando seguramente esa moneda hubo un tiempo que para ella significaba fortuna, y, mientras mi cuenta del banco rebosaba millones, jamás me había parado ni siquiera a mirar a los que no tenían un techo bajo el que dormir.

—¡Venga, ábrela! —Me reí impaciente, sentándonos en un banco en el muelle, frente a la Bahía de Elliot.

—¿Qué es la soledad? —leyó desenvolviendo el papel que traía dentro.

—Sentirse vacío, incluso rodeado de gente —murmuré por experiencia. Así era como me había sentido.

—Creo que son cosas diferentes —dijo después de reflexionar unos minutos—. Sentirse vacío es despertarse cada mañana y no tener una motivación o una ilusión. En cambio, la soledad es más compleja. Es el resultado de una sociedad insatisfecha consigo misma. Es creer que necesitamos estar rodeados de personas que nos hagan bien, que se preocupen por nosotros, que se interesen por nuestros logros. Es querer ese trabajo por el que has luchado durante años y, cuando lo alcanzas, no es suficiente. Es desear comprarse una casa enorme, tener un perro y tres hijos para llenarla. Porque, si no, el ruido de nuestra mente sería insoportable. La soledad es buscarse a uno mismo y no encontrarse —dijo. Y una vez más Hailey había dado en el clavo, me había dejado sin palabras y me había hecho sentir imbécil—. La soledad también es no luchar por alcanzar la cima de nuestros sueños —susurró, clavando la vista en mí.

—¿A dónde quieres ir a parar? —musité.

—¿Quién quieres ser, Aiden? ¿Dónde quieres estar dentro de diez años? Dijiste que lo que tu padre deseaba para ti era lo que tú soñabas ser.

—Cuando era pequeño quise ser muchas cosas. Hasta que Tyler y yo nos metimos en el equipo de fútbol americano, ahí me di

cuenta de que quería ser jugador profesional. Estudiaría Economía y Gestión para dirigir mi propia empresa y con suerte ficharía por Los Angeles Rams —reconocí—. Mi padre quiere lo mismo para mí, excepto que sería un fracaso irme a California cuando debería fichar por los Pittsburgh Steelers. Y me niego a convertirme en lo que él quiere que sea. —Suspiré frustrado—. Cuando falleció mi abuelo me convertí en el único heredero de Gravity S. L., convirtiéndome directamente en el director de la empresa. Fue una sorpresa para todos que Adam Carter lo único que le había dejado a su hijo era el nombre. Recuerdo la cara descompuesta de mi padre durante la lectura del testamento, la única oportunidad que le quedaba era que yo como nuevo director le concediera un puesto en la empresa como socio. Blair aún no había tenido el accidente, pero por aquel entones las cosas ya estaban rotas. Ya le había declarado una guerra a mi padre. Entonces, logró que Kaden fuera el sustituto hasta que yo reclamase lo que es mío. Fue fácil, él lo solicitó y yo lo firmé delante de un juez. Esos eran los planes para Kaden, los míos eran dirigir una empresa que hace años mi padre puso en marcha sobre coches de alta gama y que nunca salió bien. Tengo la sensación de que a mi padre le aterra que yo reclame lo que me corresponde, porque sabe que si lo hago no va a tener un hueco dentro de la empresa. Y todo se está yendo de las manos. La mala gestión de Kaden, secundada por las órdenes en la sombra de mi padre, va a hacer que la empresa caiga en picado —admití.

—Aiden… —Suspiró—. Es absurda la guerra contra tu padre. ¿Es que no lo ves? Si fichas por Los Angeles Rams ya estarías decepcionándolo, tú mismo lo has dicho. Pero si, además, cuando te gradúes reclamas el puesto que te corresponde… ya no le queda nada. Está acabado. ¿Por qué vas a condenar tu vida? Eso es lo que quiere: verte hundido. Tengo la sensación de que tu padre lo único que desea es que desaparezcas de su vida, pero eso daría demasiada mala imagen a su reputación. ¿Por qué Adam Carter y su hijo no tienen relación?

—Él mató a Blair, Hailey. No… Yo… Odio el apellido Carter. Y lo siento por mi abuelo… Pero ojalá pudiera borrármelo. Quiero graduarme y empezar de cero, largarme de Seattle y olvidarme de quién soy. Voy a dedicarme a la música, cantaré en bares o en la calle. Tengo suficiente dinero como para vivir el resto de mi vida.

—¿Y ya está? ¿Tú te escuchas? —gruñó—. Como un cobarde poniendo la victoria en bandeja. Huyendo de la realidad, de quien eres. ¿Y cuál es tu plan? ¿Qué vas a hacer? ¿A dónde te vas a ir?

—Tú no lo entiendes —negué, comenzando a cabrearme.

—Lo fácil es largarse y desaparecer. Eso es de cobardes. Lo difícil es quedarse, dar un golpe sobre la mesa, dejar en la calle a tu

padre… Y desconectar a Blair. ¿Y la música? Si quieres dedicarte a la música, puedes hacerlo. Puedes ser el mejor *quarterback* de Los Angeles Rams, dirigir la empresa de tu abuelo y cantar cada maldita noche en cualquier local de la ciudad. ¿Por qué negarte la felicidad, Aiden?

—¡Porque Blair no va a ser feliz! —grité exasperado. Perdiendo los papeles—. No va a tener un futuro por su culpa.

—Tu padre no tiene la culpa de que Blair haya tenido ese accidente, Aiden. Puedes cerrar los ojos e intentar autoconvencerte de ello, pero no es cierto. Tal vez tu padre la haya empujado a largarse a Boston con Mike, pero el accidente… El camión a toda velocidad no dependía de tu padre. Sucedió simplemente porque la vida está llena de desgracias, de obstáculos que debemos superar. Quizá si hubieran salido cinco minutos antes no se hubieran encontrado con ese conductor, tal vez si no se hubiera ido a Boston hubiera tenido un accidente de camino a Yale de igual modo. Quizá enfermaba o tal vez le caía una teja sobre la cabeza en pleno temporal… Es la inevitabilidad de la vida, Aiden. Hoy estamos aquí y mañana es impredecible saberlo —aseguró con voz pausada—. Blair… está muerta. Tienes que desconectarla, tienes que dejarla ir… Ella querría que lo hicieras. ¿Qué crees que pensaría si te viera ahora? Lo que estás dispuesto a sacrificar, los sueños que crees rotos, tu empeño por alcanzar la oscuridad. La forma en que permites que todas tus sombras les ganen el pulso a tus luces. —Hizo una pausa—. Mamá siempre decía que la vida es un regalo gigante con infinitos regalos en su interior. Algunos van a calentarnos el corazón y otros van a rompernos en mil pedazos el alma. Pero el conjunto de todos ellos son nuestro ADN, quienes somos.

CAPÍTULO 36

Hailey

Era raro. Yo siempre había sabido lo que quería en mi vida, aun teniendo la certeza de que era difícil alcanzarlo. Casi imposible. Pero siempre luché por lograrlo, por salir de Arkansas, por labrarme un futuro, y únicamente podía desear que Aiden tuviera el mismo lujo. Aiden parecía tener todo lo que quisiera, pero era la persona más incompleta que jamás había conocido. Siempre había intentado vivir a través de mis propios sueños y controlando cada uno de mis pasos, asegurándome de que el siguiente paso que diera me acercaría a la cima de lo que anhelaba. Y sentía que lo estaba logrando, que había construido una vida de sueños hasta convertirlos en una certeza. Y quería que Aiden hiciera lo mismo. Que metiera todos sus sueños en una mochila, se la colocara a cuestas y escalase la cima. Sin embargo, creía que Aiden escalaba otra cima diferente. La cima de los sueños desperdigados, de sucesos que abrían agujeros por los que se le escapaban los sueños, las ganas y las esperanzas.

—¿Qué vas a hacer por Navidad? —preguntó después de un silencio largo y tenso, desviando completamente el tema.

Navidad. Me daba vértigo pensar en ello. Apenas quedaban dos meses, los exámenes finales estaban a la vuelta de la esquina, y no quería pensarlo. Iba a ser la primera Navidad sin papá y Jacob.

—No lo sé. —Me encogí de hombros—. Voy a echar de menos a papá y Jacob.

—El campus estará vacío. Ni un solo estudiante se queda. Terminan los exámenes y todos vuelven a casa —explicó—. El año pasado cayó una tormenta de nieve que cubrió de blanco la ciudad. Odiaba salir a la calle y ver a cientos de familias haciendo muñecos de nieve, tomando chocolate caliente, o niños estrenando sus nuevos juguetes.

—¿Tú no vuelves a casa? —quise saber.

—No —dijo rotundo—. Empieza a refrescar. Será mejor que volvamos —sugirió. Asentí, de pronto me había invadido una tristeza incontrolable.

Cuando Aiden estacionó el coche en el campus, nos dirigimos en silencio al edificio de ladrillo.

—¿A dónde vamos? —pregunté cuando vi que no se detenía en mi apartamento, sino que continuaba subiendo por las escaleras y se detenía frente a su puerta, abriéndola y dejándome pasar—. ¿A tu cuarto?

—Pensé que tal vez te apetecería ver algo en Netflix —dijo dudoso, rascándose la nuca. Sonreí.

Nos acurrucamos uno al lado del otro. La cama era grande, su guitarra reposaba al lado de una estantería llena de libros y trofeos, y había un escritorio con un ordenador y notas. En la pared tenía una bandera con el logo de los Washington Tigers, un póster de un grupo de *rock* de los noventa y una televisión que casi ocupaba la mayor parte de la pared que había frente a la cama. Me fijé en una fotografía, dos niños pequeños jugaban en el jardín con los que creía que eran sus abuelos. La fotografía estaba enmarcada con un portafotos blanco. Lo cogí sin permiso de su mesita y la miré con atención. Aquella foto había despertado mi curiosidad.

—A Blair y a mí nos encantaba jugar al fútbol en el jardín de mis abuelos —reveló. Me giré a mirarlo, parecía perdido en un mar de recuerdos. Me fijé en aquellos niños que sonreían inocentes, en esos abuelos que miraban con dulzura a sus nietos, y me pregunté cuándo se torció todo o si en ese instante que compartieron ya estaba todo perdido.

—¿Cómo eran? —susurré.

—Como tenían que ser, supongo. —Exhaló—. Mi abuelo se pasaba la mayor parte del día en la empresa o en algún viaje de negocios. A veces mi abuela lo acompañaba a esos viajes o simplemente se quedaba en casa yendo a algún *spa* o gestionando alguna fiesta o gala benéfica. Y cuando estaban juntos era como si mi abuelo no fuera Adam Carter, solo eran Adam y Kate. Como en la foto. Eran cariñosos y nos querían como a nadie, pero por desgracia disfrutábamos poco de su compañía. El abuelo siempre nos llevaba a pescar o al cine, y la abuela siempre nos traía todos los dulces de chocolate que te puedas imaginar —rememoró, visiblemente emocionado—. ¿Qué hay de los tuyos?

—Nunca llegué a conocer a mis abuelos paternos. Abandonaron a mi padre y nunca más supo de ellos. Solo conocí a mi abuela, Marie. —Sonreí—. Después de fallecer mi abuelo, vivió con nosotros, pero solo durante tres años. Cuando murió tenía seis años, apenas logro recordarla.

—¿No tienes más familia?

—Sí, la tía Marianne, pero desde que mi madre se fue no volvimos a saber nada de ella. Se casó con Pietre, un italiano que poseía una cafetería al sur de Virginia y se fue a vivir con él. Lo último que sabemos de ella es que lleva una vida normal y tiene una hija,

Molly.



Me desperté con el sonido de la lluvia golpeando los cristales. Durante unos minutos, no me moví y me limité a escuchar el suave repiqueteo mientras miraba el otro lado de la cama. En algún momento de anoche, entre conversaciones infinitas sobre series, nos quedamos dormidos. Estaba en la cama de Aiden, con la cintura sujeta por su brazo, y su respiración, tranquila y rítmica, haciéndome cosquillas en la cara con una suavidad que me producía una sensación de calma interminable. No sabía cómo había llegado a este punto ni por qué la vida o quizá el destino había decidido poner a Aiden en mi camino. Pero estar a su lado se había convertido en un problema. Había desencadenado un vórtice de emociones dentro de mí. De forma casi temeraria, colándose en mi pecho a hurtadillas, acampando sin hacer ruido. Encendiendo una llamarada, provocando un incendio incontrolable e imposible de disipar. Me quemaba por dentro, me rompía y me recomponía. Alcanzaba el clímax del cielo solo para después sentirme desfallecer. En caída libre. Y no tenía ni la menor idea de qué era esto, hasta cuándo iba a permanecer Aiden en mi vida, cuál era esa fecha de caducidad que se antojaba tan próxima.

Salí de la cama sin despertarle, recogí mi ropa del suelo y me vestí aún con mi vista clavada en el hombre que quedaba tumbado boca abajo en la cama, con sus cicatrices al aire. Me dolía mirarlas. Me dolía saber que su padre fue el culpable de todas ellas. Notaba que me faltaba el aire y se me humedecían los ojos, necesitaba salir de allí. Caminé hacia la puerta en silencio, me sentía como una intrusa invadiendo la privacidad de una casa. Y, cuando estaba a punto de salir por la puerta principal, me vi sorprendida por Tyler y Savannah. Que me saludaron con una sonrisa que no supe descifrar y me invitaron a desayunar con ellos, oferta que decliné porque la vergüenza que sentía en aquel instante me había cerrado el estómago de golpe.

Me di una ducha rápida, me vestí con un pantalón gris de deporte y una sudadera, cogí mi bolso y salí afuera. La lluvia me recibió fría, rebelde y fuerte. Caminé hacia la pista de hielo y solo me detuve unos segundos en la puerta. La miré con determinación, venía a sentir la tristeza porque había aprendido que para superarla tenía que vivirla.

Me calcé los patines sentada en un banco. Cuando puse el primer pie en la pista, y el sonido de la cuchilla dejando su marca sobre el hielo inundó mis oídos, y sentí el suave movimiento de mi cuerpo libre, como si no pesase nada, como una pluma movida por el viento, y la brisa de la velocidad a mi alrededor, mi mente se desconectó de la realidad. Todo lo que existía a mi alrededor quedó en segundo plano, y comencé a sentirlo todo. Las lágrimas, que caían descontroladas. La añoranza de mi hogar, de los brazos de papá, del

sonido de la risa de Jacob, los consejos de mamá y las conversaciones llenas de sueños con Emily. El olor a tierra mojada, a campo, a soya… El dolor de estómago por falta de alimentos, el frío colándose por todas partes en aquella casita que jamás había sentido tan hogar como hasta ahora. Sentía a Aiden, el «te quiero» en la punta de la lengua, la forma en que se quedaban grabados en mi cabeza cada uno de sus gestos. Sus ojos, esos que escondían infinidad de cosas y tenían el poder de taladrarme hasta las entrañas. El latido frenético de mi corazón solo con oler su fragancia.

Cuando mis ojos barrieron la enorme grada y se encontraron con el demonio de mis pesadillas, me olvidé de todo lo demás. Durante unos segundos me quedé mirándolo, atascada, sin ser capaz de reaccionar. Me sonreía como dejándome claro que seguía ahí, que no me perdía la pista, que conocía todos mis movimientos. Pero ya no le temía. Seguí moviéndome, bailando al ritmo de la música que salía por los auriculares, aumentando la intensidad sin apartar mi mirada de la suya. Quise vomitar cuando se puso en pie y con una mirada lasciva me señalaba su entrepierna, recreándose en cada uno de mis pasos. Ahí la burbuja de adrenalina explotó. Devolviéndome a la realidad. Frené en seco, cayéndome de bruces contra el suelo y haciéndome daño en la rodilla, que ya estaba hecha trizas. Me quité el auricular y volví a mirarle desde el suelo, con una mueca de dolor, y volví a sentir el miedo paralizándome. Me miraba de una forma felina, como un demente. Y supe que aquella mirada no escondía una amenaza, sino una promesa. Temblé, bajé la mirada y me apresuré a salir rápido de allí. Odiaba a Matt Jefferson. Jamás había deseado el mal a nadie. Sin embargo, esperaba que la vida le diera su merecido.

—¿A dónde te crees que vas, Peterson? —me susurró, atrapándome y arrastrándome hasta arrinconarme en una esquina.

—Suéltame —pedí con la voz firmé. Mirándole.

—¿O qué? —murmuró clavando sus ojos en los míos, deslizando su mano por mi cuello—. ¿Crees que va a venir a salvarte? ¿Por qué a él le dejas follarte? Si te hubieras portado así de sumisa conmigo, no hubiera ocurrido nada de lo que pasó. Tu rodilla estaría bien y no habría marcado tu cuerpo de por vida —farfulló. Estaba loco. Si tenía alguna duda de ello, acababa de confirmármelo. Había perdido la cabeza.

—Estás loco —gruñí empujándole, haciendo que apretase mi cuello con fuerza.

—Sí —susurró con una sonrisa malvada—. Loco por terminar lo que empecé aquel día, Hailey —murmuró besándome el cuello, la oreja, los labios. Quería desaparecer—. No es justo que solo Carter pueda disfrutarte —gruñó al tiempo que se oyeron unas voces aproximarse. Aproveché que Matt desvió la atención y le asesté una

patada en la boca del estómago a la vez que le empujaba con fuerza, tirándole al suelo.

Corrí a casa, me encerré en el baño y vomité. Vaciando el estómago, que ya no contenía nada. Lloré por todo. Lloré porque el dolor que sentía lo hacía real. Porque ya había perdido la esperanza. Matt no iba a desaparecer de mi vida, llegó a Seattle solo por terminar lo que empezó. Para acabar conmigo. Y no había nada que pudiera hacer para impedirlo.

Sentía el alma rota y destrozada. Me acurruqué en la cama como si de nuevo tuviera dieciséis años y acabara de descubrir la realidad de lo que había pasado, abrazando la almohada y esperando que el sol saliera de nuevo pronto. En algún momento debí de quedarme dormida. Desperté con la cabeza acorchada y los ojos hinchados. Me levanté de la cama con esfuerzo y vi mi cara pálida y llorosa en el espejo que colgaba sobre el lavabo como si fuera una careta pálida rodeada de pelo negro. Me miré, pero ya no me veía a mí misma, sino a esa persona a la que habían intentado violar, a la que maltrataron y condenaron al dolor. Me levanté la camiseta y clavé mi vista en esas cicatrices que me recorrían el cuerpo. Los ojos se me empañaron de lágrimas. De repente me eché a llorar de nuevo, con unos sollozos tan vehementes que me desgarraban las profundidades de mi cuerpo. La desesperación llegaba de forma angustiosa, como una potente explosión, haciendo que invocase, gritase y condenase al planeta.

Subí a la azotea, allí me sentía segura. Me senté en el borde bajo la lluvia, y esperé. No sé a qué. Supongo que a que desapareciera esa sensación infernal de desesperanza absoluta. A que mitigara la sensación de pérdida que me invadía. Me estaba asfixiando, sentía que las paredes de la jaula donde me encontraba presa eran cada vez más pequeñas, sentía nuevamente cómo se abrían y sangraban las cicatrices de mis alas cortadas.

Mi teléfono móvil vibró con fuerza en el bolsillo de mi pantalón con la entrada de un nuevo mensaje:

Liam:
¿Crees que aún estoy a tiempo de dejar la universidad y volver a casa con mis padres?

El mensaje iba acompañado de una imagen de Liam sobre los apuntes de alguna asignatura. Me reí, luego le respondería. Ahora solo quería desconectar un ratito de lo que me rodeaba.

CAPÍTULO 37

Aiden

Cuando esta mañana me desperté y abrí los ojos, pude comprobar dos cosas. La primera era que habíamos dormido con la ventana abierta, dejando ver la lluvia por completo. Y la segunda era que Hailey había dormido aquí, conmigo, y se había marchado sin despedirse. Retiré a un lado la manta que me cubría. Hailey debía de habérmela puesto por encima. El corazón se me aceleró. «Hailey». ¿Qué demonios me hacía? ¿Qué era esto que sentía? Ocupaba todos mis sentidos, siempre quería más de ella. Revisé mi teléfono móvil y me levanté de golpe cuando vi el mensaje que acababa de entrar en la bandeja:

Mamá:
Estoy en tu ático.

Mamá:
Deberías venir si no quieres que me presente en la UW.

Dame media hora.

Me duché y vestí tan rápido como podía. No sabía qué era lo que quería, pero su presencia no podía traer nada bueno. Supongo que se cansó de mi indiferencia. Cogí el coche y conduje lo más rápido posible, saltándome algún semáforo y a más velocidad de la permitida. Aparqué y subí al ascensor sin cerciorarme de haber cerrado el coche. Y allí estaba, frente a mi puerta, esperándome con un vestido de diseño y unos zapatos de edición limitada. Recién salida de la peluquería. Aminoré el paso, no sé el tiempo que llevábamos sin vernos. ¿Semanas? ¿Meses? Ni idea. Lo único que sabía con certeza era que no me gustaba nada su invasión y que al menos me reconfortaba que viniera sola.

—¿Qué quieres? —pregunté mordaz, apoyándome en la pared.

—Soy tu madre, Aiden. Puedes ignorarme, puedes no contestar a mis llamadas y puedes eliminar mis mensajes. Pero sé dónde vives, y si quiero hablar contigo tarde o temprano lo hago. No

me has dado alternativa —señaló—. Entremos, por favor —rogó en un susurro, abatida. Fruncí el ceño.

Caminamos hacia el salón y nos sentamos en el sofá en silencio. No le ofrecí nada, ni un té. Lo único que deseaba era que se largase lo antes posible y que pasasen otros cuantos meses antes de volver a verla.

—Toma —dijo, tendiéndome unas fotografías que acababa de sacar del bolso. Palidecí. ¿Cómo era posible? Éramos Hailey y yo follando en la terraza del ático. Estábamos jodidos. No había nada que pudiera hacer para impedir que fueran a por ella.

—¿Cómo lo han hecho? —murmuré atónito. Pasando una y otra vez aquellas imágenes.

—La prensa está en todos lados —aseguró—. He pagado para que no las publiquen, pero no sé si será suficiente. Para ellos son oro puro. Tu padre tiene una copia y no creo que vaya a tardar en hacerte una visita. Solo quiero que estés preparado para lo que venga —confirmó. La miré con desconfianza. ¿Estaba aquí alertándome de algo? ¿A escondidas de mi padre?

—¿Por qué estás haciendo todo esto? ¿Por qué actúas como si quisieras protegerme? —le recriminé.

—Porque quiero protegerte, aunque te cueste creerlo —afirmó. Me reí sin ganas—. Voy a pedirle el divorcio a tu padre —asentó. Esto no me lo esperaba—. Creo que ha llegado la hora de que conozcas la verdad. Nuestra verdad.

—¿De qué coño estás hablando? —La miré con los ojos abiertos y el corazón en la garganta. Y ella estaba inquieta, nerviosa, como si algo le atormentase. Como si lo que fuera a revelar fuera el peso de una losa de cemento sobre la cabeza.

—Me casé con tu padre del mismo modo en que pretende que tú hagas con Megan —comenzó—, por intereses entre familias. Nos casamos, nos compramos una casa gigante, un yate y recorrimos el mundo. Nuestra relación siempre estuvo construida por los pilares del dinero. Tuvimos a Kaden, y ya no íbamos a tener más hijos porque Adam ya tenía su heredero. —Hizo una pausa y se llevó una mano temblorosa a la frente—. Una noche me cansé de llorar, de la soledad de mi vida, de la casa vacía a todas horas, de un marido ausente que ya había obtenido todo lo que esperaba de mí… Me vestí y salí a caminar por la ciudad. Me senté en un banco con la mirada perdida, hasta que un desconocido se acercó a mí y me regaló una flor que acababa de arrancar del suelo. Me reí, porque era la primera vez que un hombre me regalaba algo por el simple hecho de hacerlo. Lo miré a aquellos infinitos ojos azules y pude jurar que era el hombre más atractivo que había conocido en mi vida. Me pregunté si era posible que solo se necesitase una mirada para enamorarse de alguien.

Entonces me invitó a caminar a su lado, me hizo reír hasta dolerme el estómago y me llevó a su… casa. Debajo del Evergreen Point. Una pequeña estructura a base de cartones, madera y plásticos. Un colchón que alguien había abandonado en la basura, una lámpara pequeña que funcionaba por velas, una baraja de cartas viejas, un taburete y una mesita de noche con tres plátanos, un yogur caducado y un brik de leche que alguien tiró a la basura antes de consumirlo. Y le llamó hogar. —Sonrió—. Fue la noche más increíble de mi vida. Jugamos a las cartas, nos conocimos. Me habló de su vida, de cómo llegó desde los suburbios del Bronx hasta Seattle, e hicimos el amor hasta quedarnos dormidos. Nunca nadie me había tocado de ese modo ni me había mirado a los ojos de aquella forma tan sincera. Cuando me desperté, me vestí, le miré por última vez y me coloqué de nuevo la careta de mujer perfecta. Lo que no sabía era que cuando salí de la calidez de aquella casita improvisada iba a llevarme a aquel hombre encadenado a mi corazón y a mi vida por el resto de los años. —Suspiró—. Me quedé embarazada de ti —terminó diciendo en un susurro casi inaudible.

—¿Quieres decir que…? ¿Que Adam Carter no es mi pa-padre? —titubeé. Me sentí débil e insignificante. Negó con la cabeza.

—Nunca sentí tanto miedo en mi vida como cuando tuve que contarle a Adam que estaba embarazada, no había modo posible de que ese hijo que yo tenía dentro de mí fuera suyo. Entonces, aseguró que sería su hijo. Ante la ley, ante la sociedad y ante el mundo. Pero, cuando tú llegaste al mundo y te vio por primera vez, algo sembraste en él: un odio desmesurado. Se empeñó en tener otro bebé y, cuando lo tuvimos, se decepcionó en el mismo instante en que vio que era una niña —reveló mientras yo solo podía apretar la mandíbula con fuerza —. Eres tan igual a él, Aiden… —sollozó—. Podías tener un parecido más que razonable con Adam. Mismos ojos, color de pelo, envergadura… Pero, cuando te miraba, solo veía a tu padre. Esos ojos que transmitían lo mismo: bondad, amor, alegría… Sonreías con los ojos, de verdad, desde las entrañas. Desde pequeño veías el mundo como lo hacía tu padre, eras rebelde y no te doblegabas ni ante Adam. Luchabas por lo que creías justo y no te temblaba la tierra cuando tenías que dar un paso al frente. Y, según te ibas haciendo mayor, esos rasgos de tu padre eran cada vez más marcados. Hasta heredaste su talento para la música. —No podía creerme lo que estaba escuchando. Ahora más que en cualquier otro momento de mi vida estaba lleno de dolor y rabia. Me quité la camiseta.

—¿Lo sabías? —escupí con rabia, señalándome las cicatrices.

—Sí —reconoció, avergonzada y visiblemente afectada—. Me parecía raro todas esas veces que te obligaba a bajar al sótano con cualquier pretexto. Un día decidí bajar y ver qué demonios hacíais.

Cuando le recriminé que estuviera haciéndote… semejante brutalidad… Me dejó claro que la otra opción era dejarte abandonado en la calle. Eras un niño… Yo… No sabía qué hacer. Tenía miedo. ¿Qué iba a ser de ti si te abandonaba? Me reconforté pensando que al menos con nosotros tenías un futuro.

—¿Un futuro? —repetí en un hilo de voz.

—Luego ocurrió lo de Blair y tú te fuiste de casa. Ni siquiera fue capaz de mostrar vulnerabilidad o sentimiento de pérdida por su hija. Simplemente, sonrió ante aquella llamada. Visitó el UW Medical Center durante los primeros meses, cuando la noticia era aún fresca y la prensa se había volcado en nuestra familia, pero después… Simplemente, un día me prohibió volver a verla y yo acaté la orden como la buena esposa que se esperaba que fuera. —Sonrió con tristeza—. Cuando te fuiste creía que al final serías libre, que lucharías por tus sueños y que nos darías la espalda. Pero no lo hiciste. Sin embargo, estás dispuesto a arruinarte la vida por arruinársela a un hombre que ni siquiera es tu padre y que no merece la pena. Nunca se trató de lo que él quería para ti, sino de que hicieras lo que hicieras siempre iba a odiar lo que consiguieras —añadió. Ahora comenzaba a entenderlo todo.

—Debió de poner el grito en el cielo cuando el abuelo me dejó como único heredero —apunté.

—Tus abuelos lo sabían, no sé cómo lo hicieron. Simplemente, un día vinieron y me lo preguntaron directamente, sosteniendo que en ti no había nada de Adam. Eran buena gente. Tu abuelo siempre vio el camino que estaba tomando Adam, las malas decisiones, su forma de entender el mundo y de moverse en él. Por eso te escogió a ti, por eso no dejó nada ni siquiera a sus otros nietos. Solo a ti, porque él veía lo que llevabas dentro y eso era todo lo que deseaba para sus bienes. Sabía que jamás esa empresa que empezó siendo un pequeño negocio hasta convertirlo en la mayor multinacional del mundo a base de volcar su vida en ella iba a estar en mejores manos que en las tuyas. —Sus palabras me transmitían verdad. Por primera vez sentía que estábamos teniendo una conversación real.

—¿Alguna vez…? ¿Te… maltrató o te hizo daño? —quise saber. Por lo que me había contado le temía, y no había lugar a dudas de que ese hombre era un monstruo.

—Por supuesto que no. —Se rio levemente—. ¡Ni aunque quisiera lo haría! Éramos una pareja como cualquier otra dentro de este mundo de apariencias. Fingíamos amarnos en público, y en la intimidad cada uno tenía su vida. Él frecuentaba otras mujeres y yo invertía el tiempo en mis intereses. Pero la mayor parte del tiempo estábamos interpretando nuestros papeles perfectamente definidos. Adam ejercía su trabajo como el mejor director de Gravity S. L.,

corrompió a su hijo hasta reducirlo a su sombra, y yo organizaba los eventos de cada semana. Una gala benéfica el lunes, la visita a la protectora de animales el martes, el evento sobre el cambio climático del miércoles… Eventos que los ricos organizan con el único fin de que la prensa los fotografíe obrando correctamente para tapar así todas sus miserias. —Suspiró—. Supongo que tienes muchas preguntas que hacerme, pero no estoy aquí para eso. Voy a divorciarme porque no soporto ni un solo segundo más encerrada en esta jaula hermética, voy a hacer que al menos se oiga el repiqueteo de mis tacones contra el suelo cuando me vaya. Y por primera vez en toda mi vida voy a hacer algo bien, de lo que no me vaya a arrepentir mañana. He perdido a Kaden, que si alguna vez hubo algo de humanidad en él ya no queda nada. He perdido a Blair, que aun siendo hija de Adam no había heredado absolutamente nada de él. Era igualita a tu abuela y con las ideas tan firmes como tú. Pasabais tanto tiempo juntos que creo que terminaste inculcándole tus valores. Esta mañana he ido a verla, me costó reconocerla —dijo con tristeza—. Pero no voy a perderte a ti. Quiero que te vayas, Aiden. Que desaparezcas. Que olvides a Adam Carter, a Kaden, a Blair… A mí. Quiero que persigas tus sueños, que toques la guitarra si es lo que te llena, que juegues con los de California… Lo que te haga feliz sin mirar atrás. Olvídate de esa venganza que te corroe hacia ese hombre. —Casi me lo suplicaba. Lo notaba en su voz. Tragué saliva con dificultad, tenía un nudo atrancando en la garganta—. Siento todo por lo que te hice pasar, siento no haber tenido el coraje de frenarle los pies, siento haber permitido cada marca de tu espalda y siento muchísimo que hayas tenido que enfrentarte solo a la pérdida de Blair. Siento cada abrazo que necesitaste y no te di, cada consejo que merecías cuando te ibas haciendo mayor. Siento cada vez que te giraba la cara porque me dolía mirarte y verle a él. Al hombre que fue el amor de mi vida, el amor más fugaz de la historia. Una noche fue suficiente para ensañarme el lugar tan maravilloso que es el mundo. Lo siento por todo eso.

—¿Volviste a saber de él? ¿Cómo se llamaba? —No estaba seguro de querer averiguar mis raíces, pero aun así sentía curiosidad.

—Cuando me enteré de que estaba embarazada, intenté buscarlo. Quería decírselo, era tu padre y se merecía saber de ti. Albergaba la esperanza de que me pidiera quedarme con él, estaba segura de que lo haría… Pero no le encontré. Hasta que decidiste salir al mundo y al día siguiente te llevé a aquella casita bajo el puente de Evergreen Point. Allí estaba. Enfermo y sin nada que pudiera hacer para evitar el final. Apenas podía levantarse, había cogido una gripe muy fuerte —sollozó—. Te cogió en brazos y me dio las gracias por brindarle la oportunidad de irse sabiendo que tenía un hijo precioso y

sano. Te meció entre lágrimas y me confesó que, al igual que yo, había sentido nuestra conexión echando raíces en el pecho aquella noche, que cuando se despertó salió a buscarme y jamás me encontró. Me rogó que te diera una vida feliz, que fueras a la universidad y que encontraras en alguien esa conexión que habíamos hallado nosotros. —Soltó otro sollozo, más fuerte que el anterior. Temblaba sin cesar y yo sentía la necesidad de brindarle consuelo, así que me acerqué a ella y la rodeé con mis brazos. Algo que no había hecho en toda mi vida—. Le pregunté cómo quería que te llamaras, aún no lo había decidido. A Adam le daba igual y él susurró casi en su último aliento: «Aiden, como mi padre». Luego cerró los ojos con una sonrisa de felicidad y ya no volvió a abrirlos. Ese mismo día gestioné el funeral, mandé incinerarlo porque no tenía familia, y esparcí sus cenizas en aquella casita. Adam no sabe nada de esto. Te llamas Aiden porque en un paseo vi ese nombre en un cartel publicitario y a él le pareció bien. Pero te llamas Aiden porque tu padre quiso que llevaras el nombre de tu abuelo. —Nos quedamos ahí, en silencio. Dejé que llorara lo que necesitase soltar pegada a mi pecho, aún envuelta en ese abrazo. Y luego volví a clavar la vista en esas fotos que habían quedado desparramadas encima de la mesa.

—¿Cómo se llamaba? —quise saber.

—Mason —respondió con cariño—. Se llamaba Mason Jones.

—¿Qué voy a hacer? —farfullé señalando las fotos. Por primera vez estaba acudiendo a mi madre en busca de un consejo.

—Adam siempre tiene un *as* bajo la manga. No va a dejar que las cosas se queden así. Cuando llegue a casa, voy a solicitarle el divorcio y vamos a tener una conversación que debimos tener hace muchos años. Va a desatarse una tormenta y tienes que estar preparado para ella. Vas a tener que tomar decisiones, y probablemente vayas a tener que hacer cosas que no desees por protegerla. ¿La quieres, Aiden? Esa es la pregunta que debes responderte, porque dependiendo de la respuesta las decisiones pueden ser mejores o peores, especialmente para ti. Sé que creciste creyendo que el amor no existía, sé que Adam se encargó de arrancaros esa posibilidad, al ver el amor como una debilidad. Y tenía razón. El amor es una debilidad, nos hace vulnerables y frágiles. Pero existe y, cuando se encuentra, se siente. Lo notas en lo más profundo de tu alma, sencillamente porque miras a esa persona y sabes que te lanzarías a buscarla al más profundo abismo que exista, que te ahoga la posibilidad de imaginar que podrías perderla. —Me acarició la mejilla y me apretó con fuerza la mano. Joder.

—¿Qué vas a hacer? ¿A dónde vas a ir? No sé si es buena idea que vayas sola a casa…

—Mi abogado viene conmigo. Después me voy a ir a pasar

unos días con la tía Danna a San Francisco, y para la vuelta compré un pequeño apartamento en el centro de Nueva York. Ya sabes que tus abuelos me dejaron como herencia la propiedad de la cadena hotelera de lujo de la familia, así que creo que va siendo hora de que me ponga a trabajar más en serio. Tengo muchas ideas innovadoras y creo que puede salir bien. —Sonrió, esta vez con ilusión. Se levantó sin soltarme la mano y se colocó el abrigo de nuevo. La acompañé hasta la puerta sin saber cómo encajar toda la información que acababa de recibir o cómo iba a encaminar mi vida después de esto. Pero sentía una emoción despertando como un volcán que llevaba años sin actividad, era el alivio. Adam Carter no era mi padre.

—Aiden… —me llamó—. Si… Si decides dejar ir a Blair… Llámame, por favor —rogó. Apreté los ojos con fuerza y tensé la mandíbula para terminar asintiendo levemente.

No sabía qué hacer, necesitaba una distracción que disminuyese la velocidad de mis pensamientos. Cogí la guitarra y me senté en la terraza a tocar bajo la lluvia. Pensé en ella. En mi chica de las pestañas. En qué estaría haciendo y en cómo deseaba que estuviera aquí mientras le cantaba esa canción de Ed Sheeran que sentía tan nuestra. Me la imaginé sonriéndome con los ojos, con las mejillas sonrojadas y despeinada. Quizá pasaría sus manos por mi cintura y me rodearía el estómago. Alterando cada nervio de mi cuerpo y deteniendo las manecillas del reloj. Quizá nos abrazaríamos bajo la lluvia y reiríamos como idiotas, o tal vez follaríamos como la última vez en esta terraza. Conectando el corazón, el alma y la vida. Encajando perfectamente. Ya no iba a reprimirme más, ya no iba a seguir negándomelo. No se trataba de simple curiosidad, no era que quisiera saber más de ella… No… Era que quería todo de Hailey. Quería empaparme de ella y quedarme a vivir a su lado, quería encadenarme a su piel hasta abrirme heridas. Lo supe cuando besó a Cam en mi cara. En ese momento me di cuenta de que quería a Hailey Peterson para mí y que odiaba la mínima posibilidad de Hailey y alguien que no fuera yo.

CAPÍTULO 38

Hailey

—Tienes razón. —Mía negó con la cabeza.

—Claro que la tengo… —susurré insegura.

—Y ni siquiera sabemos si le gustará, ¿no? —preguntó, todavía con la duda asentada.

—Por supuesto que no va a gustarle. ¿En qué demonios estabas pensando? —espeté sin poder creerme lo que estaba viendo.

—Deberíamos ir a merendar una hamburguesa y olvidar esta conversación, y este ridículo atuendo. —Se avergonzó.

Cuando esta tarde Mía me sugirió acompañarla en su hazaña de encontrar un regalo para su aniversario con Scott, jamás imaginé que me haría entrar en una tienda y esperar durante más de una hora cómo se probaba disfraces ridículos que según la página web prometían dejar con la boca abierta a los hombres. No sé en qué momento se le ocurrió semejante estupidez o por qué imaginó que algo así le gustaría a Scott.

—Mía, no creo que Scott necesite un regalo por vuestro aniversario. Tampoco creo que lo espere. Es una tontería. Puedes quedar con él y dar un paseo, quizá podéis subir a la noria del muelle y contemplar la Bahía de Elliot desde allí arriba, y luego terminar la noche en cualquier rincón de la ciudad con un helado —sugerí después de que el camarero apuntara nuestras hamburguesas.

Llegamos a casa a media tarde. Mía me contaba sus planes para Navidad. Iba a casa de su tía Helen, la única hermana de su madre. Que todavía, según Mía, no estaba divorciada de su primer marido, y tenía una propiedad preciosa en primera línea de playa. Me enseñó fotos de Florida, de los rayos de sol reflejándose en los cristales, las palmeras de la playa, y el océano. Inmediatamente, me imaginé algún día caminando por la orilla mientras gotitas de agua salada me salpicaban la cara. Pensé en cómo me sentiría la primera vez que viese el mar.

Me senté en el sofá soñando con la superficie azul del océano, en la Navidad, en cómo casi todos los años en Bearden nos despertábamos con el suelo cubierto de nieve y el frío que hacía que dolieran las extremidades.

Anoche, hablando con Emily, podía sentir su tristeza a través de la pantalla, ya que para ella también serían la primera Navidad lejos de su familia. Lo complicado no era la Navidad en sí, sino que no había una fecha próxima de reencontrarlo. Quizá no volveríamos a ver a nuestras familias hasta que nos graduásemos, y para eso quedaban casi dos años. Podríamos intentar recorrer nuevamente el país en autobús, pero no había demasiados autobuses que hicieran paradas frecuentes en Bearden. Había sido una fortuna poder llegar a Seattle en autobús a tiempo para el comienzo del curso. Y ni de lejos podríamos permitirnos coger uno de esos aviones que tardan un pestaño en dejarte en la otra punta del mundo.

Deseaba con todas mis fuerzas regresar a casa, abrazar a papá y a Jacob y ver con mis propios ojos que todo estaba bien, que ellos estaban tan bien como parecían al teléfono. Les había enviado una caja llena de comida cada mes. Era lo primero que hacía cuando recibía mis honorarios. Cogía cien dólares y llenaba una caja de legumbres, pasta, cereales y cualquier alimento no perecedero que podría almacenarse con el tiempo. Sabía que recibir eso en nuestra pequeña casa era como si nos hubiera tocado la lotería, porque sería suficiente comida como para poder vivir todo el mes sin necesidad de ir a comprar demasiados alimentos y permitirse ahorrar un poco. Y saber eso me producía una tranquilidad inmensa. Me aterraba pensar que mientras la vida me daba un respiro en la UW, la beca, el trabajo…, lo que me daría para llevar una vida normal, pagar facturas, ropa nueva, comida y ahorrar unos cuantos dólares cada mes, papá y Jacob siguieran pasando calamidades. Ellos también se merecían un respiro y sabía que al menos, gracias a mi trabajo en el Skils Bar, no volverían a irse a la cama con el estómago vacío.

La Navidad en Bearden no estaba mal, aunque el invierno se hacía cuesta arriba. No había pavo ni tarta para comer, tampoco ningún regalo bajo el árbol o se iluminaba la calle de luces. Pero era una época que se pasaba en familia. El día antes de Navidad todas las familias íbamos en busca de algún pino pequeño que talar, cargábamos con él hasta casa, lo limpiábamos para no dejar todo perdido de tierra y lo colocábamos en el salón. Luego lo adornábamos con plásticos que íbamos encontrando. Jacob y yo les dábamos forma con el soplete de fuego del taller, y papá los agujereaba para poder pasar un trozo de hilo y poder colgarlos. Nos sentábamos al lado del árbol acurrucados con todas las mantas que hubiera e intentábamos brindarnos calor mientras recordábamos a mamá. Jugábamos algún juego de cartas con la baraja vieja que habíamos comprado en un mercado de segunda mano unos cuantos años atrás y nos reíamos de los chistes malos de papá. Cuando mamá vivía íbamos a comprar ingredientes para hacer galletas de avena y mantequilla. Siempre

buscaban la forma de que cada Navidad fuera especial de alguna manera, aunque no hubiera regalos bajo el árbol.

Cuando nos despertábamos a la mañana siguiente, todo el vecindario corría a la calle y comenzábamos nuestra tradicional guerra de bolas de nieve. No había regalos, pero nos teníamos los unos a los otros. Éramos como una gran familia. No era raro ver cómo bajaban de la parte alta de la ciudad en sus coches para burlarse de nosotros. Eran ofensivos, la crueldad humana no tenía límites, a veces era difícil no sentirse mal en esa situación. Pero ni siquiera los comentarios despectivos llenos de maldad empañaban la felicidad de aquella masacre de bolas de nieve.

Me quedé tendida sobre la cama, con la mirada clavada en el techo. Rehusé la invitación al cine de Liam, aunque me moría por ir, pero últimamente evitaba salir más de lo estrictamente necesario por temor a encontrarme con Matt. Tenía la sensación de que no me perdía la pista, que siempre caminaba unos pasos por detrás de mí y sabía que no estaba siendo racional, que encerrarme en casa para evitarle no debería ser una opción.

CAPÍTULO 39

Aiden

Habían pasado dos días desde la bomba que había soltado mi madre. Dos días en que esperé casi sin moverme, en el silencio de mi ático, a que llamaran al timbre. Le esperaba a él. A Adam. Y por primera vez deseaba tenerlo cara a cara. En cambio, lo que parecía una visita inminente se hacía esperar. Que tardara tanto en venir y mover la siguiente carta no podía albergar nada bueno, seguro que había trazado un plan al milímetro sin posibilidad de error.

Odiaba la incertidumbre, no saber qué iba a ocurrir o a qué me tendría que enfrentar. Odiaba no poder descifrar el siguiente golpe o por dónde vendría la próxima desgracia. Y ese sentimiento me había tenido navegando a la deriva durante dos días. Dos días que parecieron años, dos días en los que sentía que todo había cambiado. Los veía tan lejanos que si me esforzaba ni siquiera alcanzaba a recordar el rostro de mi madre revelándome la verdad. Una verdad que si miraba en perspectiva y echaba la vista atrás le había quemado la garganta todos estos años.

Había terminado de comer un plato de pasta con tomate y veía las noticias. Que ya habían comenzado con las especulaciones y esperaban un comunicado oficial por parte de Susan Carter, que había sido fotografiada saliendo de la mansión con una empresa de mudanzas, o de Adam Carter, que por motivos personales anunció que debía ausentarse de las últimas reuniones. Entonces sonó el timbre, paralizándome, revolviéndome el estómago. Me levanté con lentitud, caminé hacia la puerta en un manojo de nervios y respiré hondo antes de abrir.

—No te esperaba —mentí. Vestía un traje gris y mantenía la misma postura de siempre. El único signo de que algo no andaba bien eran las ojeras. Caminó hacia el salón, a paso decidido, seguro de sí mismo. Se sentó con una sonrisa de satisfacción y se acomodó las mangas de la camisa. Me hervía la sangre. No me gustaba nada su actitud triunfal, como si todo estuviera saliendo tal cual lo había planeado.

—¿Cómo te va…? ¿Hijo? —Me dieron ganas de partirle la cara. La forma en la que escupió esa última palabra…

—¿Cómo te va a ti con el divorcio…? ¿Papá? —le imité. Tensó la mandíbula.

—Eres ridículo, Aiden —se burló—. Mírate. —Me señaló—. Crees tener la sartén por el mango, crees estar a punto de ganar la partida y la realidad es la misma de siempre. Eres el hijo de un muerto de hambre, ¿drogadicto quizá?, pero sigues siendo mi hijo ante la ley y ante la sociedad, y yo sigo manejando todos los hilos. —Sonrió, altivo y mostrando desprecio, odio y rabia por cada poro de su piel—. Quizá creas que el escándalo del divorcio me debilita, pero que la zorra de tu madre se haya atrevido a dejarme y tú ya conozcas la verdad no significa nada. No eres una amenaza. Tal vez se te había pasado por la mente la idea de reclamar el puesto de director de mi empresa y todos los bienes de mi padre. La verdad es que no sé en qué estaba pensando cuando dejó como único heredero a un hijo ilegítimo, siempre fue un estúpido y solo puedo desear que se esté pudriendo bajo tierra. Siempre con ese discursito de la importancia de la familia, de la unión y sinceridad, del amor… ¡Tonterías! La familia y el amor no aumentan la cuenta del banco, solo atraen problemas. —Estaba cegado por la ira a su propio padre. Era mezquino y avaricioso, daría su vida al diablo por un puñado de dólares—. Quítate esa idea de la cabeza. Voy a contarte cuál va a ser el siguiente paso y deberías prestarme toda tu atención. Abre bien los oídos, Aiden. —Hizo una pausa dramática—. Vas a mantenerte al margen de todo, como hasta ahora, y en las próximas semanas anunciarás tu compromiso con Megan, de la cual fingirás que estás profundamente enamorado. Vas a graduarte y ocuparás el cargo que tenía pensado para ti, y en la presentación frente a la prensa harás la mejor actuación de tu vida dando un discurso emocional de lo agradecido que estás de ser un Carter y especialmente del orgullo de ser mi hijo. Te casarás con Megan a finales de año, sin separación de bienes, y os iréis de luna de miel a Europa mientras su padre y yo cerramos, gracias a vuestro compromiso, el proyecto más ambicioso de la historia —anunció con ojos soñadores. Estaba más demente de lo que creía si pensaba que iba a prestarme a eso ahora que sabía que no era mi padre.

—¿Qué te hace pensar que voy a cumplirlo? —inquirí sin entender por qué estaba tan seguro.

—Aquí era a donde quería llegar. —Soltó una carcajada cargada de satisfacción—. Ahora es cuando la historia se pone interesante. ¿Qué ocurre cuando amas a alguien? El ser humano es de sangre caliente, se enamora con facilidad. Permite que cualquiera entre en su vida y pierde la parte racional. Se vuelve débil, vulnerable y frágil. El amor es la peor enfermedad del mundo. Te ciega y te convierte en un demente dispuesto a todo por la otra persona. Dispuesto a morir, dispuesto a jugarse la vida, dispuesto a sacrificarse

únicamente por la felicidad de otra persona. El ser humano haría cualquier cosa por mantener a salvo la vida de la persona a la que ama. Y ahí es cuando se pierde completamente el control, cuando juegas la partida fuera de pista, cuando caminamos sin brújula que marque el norte o mapa que te indique qué camino escoger. Y amar a alguien es brindarles a nuestros enemigos nuestro talón de Aquiles. Y deberías saber, Aiden, que si tu enemigo encuentra tu talón de Aquiles ya no hay nada que puedas hacer. Jaque mate —musitó triunfal, paralizándome. No me gustaba nada lo que se avecinaba.

—¿De qué demonios estás hablando? —gruñí con la voz temblorosa. Sentía que las próximas palabras iban a dolerme como un disparo a pecho descubierto.

—Hailey Peterson —soltó, sacando todas las fotografías que yo ya había visto—. Debo reconocer que fue difícil encontrarla y rebuscar en su pasado, y todo eso teniendo en cuenta que tengo en mi poder al mejor equipo de investigación del país. Pero es difícil encontrar a alguien que no es nadie, que es fácilmente confundible con un armario abandonado en uno de esos contenedores en los que alguna que otra vez rebuscó. A juzgar por estas fotos… Entiendo la satisfacción de meterte entre sus piernas. Si soy sincero, hasta a mí me encantaría enterrarme en su cuerpo. Después le tiraría un dólar en la cara, quizá para que pueda comprarse un sándwich de fiambre revenido. Tal vez me la follaría hasta hacerle entender que la gente de su calaña no debería salir del agujero en el que nacieron. —Me estaba retando. Quise vomitar. Vaciar el estómago allí mismo, en sus narices.

—¡No te atrevas ni siquiera a mirarla! —grité furioso, agarrándole del cuello y estampando mi puño contra su cara. Aguantó perfectamente, me empujó hasta sentarme en la silla que había escogido como asiento.

—¿Qué estás dispuesto a hacer por ella? Es muy sencillo. Si no estuvieras enamorado de ella, seguirías con tus planes y yo habría perdido la partida. En cambio, estás aquí furioso, con el corazón en la boca y a punto de echarte a llorar solo con pensar la posibilidad de que algo le ocurriese —dijo, sacando su teléfono móvil y enseñándome la pantalla. Era una grabación en directo. Era Hailey tumbada sobre la cama de su cuarto, leyendo con los auriculares puestos. Sentí las náuseas subiendo por mi garganta. Luego abrió una carpeta de fotos. Fotos de Hailey de compras con Mía. En el Skils Bar. Con Liam tomando un café antes de clase. Incluso con Matt en la pista de hielo, arrinconándola y tocándola. ¿Cuándo había ocurrido eso?

—No te atreverías a hacerle nada. ¿Qué eres ahora? ¿Un criminal? —farfullé.

—No estés tan seguro de eso, Aiden. —Soltó un chasquido—. Voy a contarte un secreto. Una adivinanza, mejor dicho. Un camión a

toda velocidad, una pareja de enamorados con destino a Boston y una colisión. ¿Te recuerda a algo?

—No… Tú… ¿Fuiste tú? —susurré con lágrimas en los ojos.

—Era sencillo. El conductor debería sacarlos de la vía, un accidente sin mayor importancia, pero que retrasaría su intento de huida, y yo aceleraría la entrada en el internado que había escogido para Blair. Pero el camión alcanzó más velocidad de la necesaria, y Blair y… ese chico… viajaban en una chatarra sobre ruedas que no habría soportado ni un pequeño choque contra una farola —explicó sin ápice de conciencia.

—¿Cómo pudiste? ¡Era tu hija, joder! ¡Tú la mataste! —grité furioso, dándole otro puñetazo en la cara. Y tuve que contenerme para no continuar los golpes, porque temía que, si lo hacía, acabaría matándole.

—Yo no maté a nadie. Yo estaba en una reunión cuando ocurrió todo. Y no creas que saber lo que había ocurrido, o mejor dicho lo que había salido mal, no me afectó. Pero ya estaba hecho. Una hija muerta era mejor que una hija desleal y una vergüenza para la familia —justificó como si fuera lo normal. No tenía corazón ni piedad.

—Ni siquiera muestras remordimiento —dije con desprecio.

—En la vida los remordimientos no sirven para nada. Lo hecho… hecho está. Se recibe el golpe, se vive y se olvida. —Se encogió de hombros—. Me estás haciendo perder el tiempo con tanta charla. —Se levantó y se ajustó el traje—. El hermanito de Hailey y su papá viven en una casa en ruinas en Bearden, no sería demasiado difícil entrar y destruirla cuando estén trabajando en el taller o en el campo. Parece que la cosecha de este año promete, sería una pena que un desalmado tirase un cigarro prendido entre los cultivos y perdiesen todo. Y Hailey… Hailey quizá esté deseosa de volver a sentir las manos de Matt Jefferson sobre su cuerpo —dijo como si nada, como si en lugar de comportarse como un criminal estuviera en una reunión de negocios. Caminó hacia la puerta—. Tengo muchas cosas que hacer. Soy un hombre terriblemente ocupado y he quedado para comer con tu futura prometida para ponerla al día sobre vuestros preciosos planes de vida. Tienes la pelota en tu tejado. El siguiente movimiento es decisión tuya.

—¿Es una amenaza? —escupí, lleno de odio.

—Es una promesa, hijo —aseguró asentando el último golpe. No era un farol, iba en serio. Estaba dispuesto a todo, incluso a atacar a Hailey y su familia. ¿Qué coño iba a hacer?

Parar y analizar todo tu mundo no era fácil. Valorar todas las posibles decisiones, saber qué era aquello que me definía hasta ahora y conocer qué sería lo que me definiría después. Sentía el peso de una

decisión que me aplastaba, porque no había un final bueno. No podía sacarse nada positivo de lo que fuese que iba a ocurrir, no había alternativas ni plan B. Era dar un paso al frente o agachar la cabeza. Y ambas decisiones tenían el mismo desenlace: todo iba a saltar por los aires. Adam se sentía fuerte. En cambio, todas sus decisiones, incluso las mías, dependían de un hilo cada vez más fino e invisible. Me sentía más encarcelado que nunca. Había crecido sin alas y ahora perdía mi identidad. Mis principios. Mis valores. No podía proteger a Hailey. Había evitado de todos los modos posibles ponerla en el punto de mira y lo único que había logrado era entregársela en forma de regalo al peor hombre del mundo. Y, fuese lo que fuese lo que sentía por ella, tenía que desaparecer. Debía aplastarlo hasta extinguirlo, porque si algo de lo que decía Adam era cierto era que Hailey se había convertido en mi talón de Aquiles. Y estaba acojonado. Sentía un miedo que me paralizaba, me invadía y me colonizaba. Se alimentaba de mí con el único objetivo de destrozarme.

Mi vida jamás había sido lineal. Había curvas, subidas y bajadas en casi todas las etapas. Pero, ahora, era un puto laberinto. Cada camino que tomara, cada decisión que obligara a tomar ese camino implicaba dejar otros atrás. Siempre había pensado que era fácil tomar decisiones cuando no tenías expectativas, cuando no importaban las consecuencias, pero ¿qué ocurría cuando, sucediera lo que fuese que iba a pasar, iba a dolerte el resto de tu vida?

CAPÍTULO 40

Hailey

Estaba terminando el último proyecto para clase antes de las vacaciones de Navidad, cuando oí el sonido del rasgueo de unas cuerdas de guitarra, amortiguado por el viento que entraba por la ventana de mi cuarto. Se me aceleró el corazón, se me encogió el estómago y se me escapó una sonrisa. Joder. Estaba completamente loca por Aiden Carter. Me asomé a la ventana y puse toda mi atención en esa melodía exquisita. Finalmente, decidí ponerme una sudadera, coger una tarrina de helado de chocolate de las provisiones que Mía había comprado para soportar las infinitas tardes de estudio y subí por las pequeñas escaleras de emergencia que conducían a la azotea. Que Aiden estuviera ahí solo significaba una cosa: estaba huyendo de algo.

—¿Un mal día, chico de la guitarra? —dije sorprendiéndole. Me regaló una sonrisa.

—Ahora que te tengo delante mi día ha mejorado notablemente, chica de las pestañas. —Me guiñó un ojo e instintivamente me llevé una mano al estómago al notar el revoloteo que habían causado sus palabras.

—He traído helado de chocolate. —Levanté la tarrina mientras daba un paso hacia él, que ya me estaba haciendo un hueco a su lado.

—Necesario. —Se rio por lo bajo y cogió la cuchara para llevarse a la boca el primer bocado.

—¿De qué huyes? —pregunté mientras saboreaba el helado.

—¿Qué te hace creer que esté huyendo? —Enarcó una ceja.

—Creía que la azotea era nuestro sitio de emergencia. —Sonreí.

—¿Y qué me dices si te digo que estoy huyendo de ciertos ojos verdes? —Temblé ante esas palabras. Me reí porque lo tomé como una broma, aunque parecía que esa era toda la verdad. Que estaba huyendo de mí.

—Te diría que has tomado una decisión de mierda, que me has roto el corazón y que vas a perderte la mejor experiencia de tu vida —aseguré, robándole la cuchara antes de que entrara en su boca.

—¿De qué experiencia estamos hablando? —susurró en tono

sexy. Joder. Pude notar de inmediato el efecto que esas palabras provocaron en mi entrepierna.

—Creía que ese mapa ya lo habíamos explorado —susurré notando su proximidad—. Me refería a otro plan.

—¿Cuál? —Enarcó una ceja.

—Sígueme y verás. —Me reí poniéndome de pie, tirando de él y dirigiéndome a las escaleras.

Bajamos con rapidez y, una vez que nuestros pies tocaron el suelo, eché a correr en dirección al aparcamiento del campus hasta detenerme delante de un montón de bicis.

—Vale. ¿Por qué estamos mirando unas bicis? —quiso saber con el ceño fruncido.

—Porque vamos a cogerlas y nos vamos a ir de paseo por Seattle —anuncié, acercándome a una y probando que fuese adecuada para mí. Era perfecta.

—A ver si lo he entendido… —Suspiró—. ¿Pretendes que robemos unas bicis?

—¡No! Solo las cogemos prestadas, después las devolvemos y aquí no ha pasado nada —expliqué—. No seas aburrido, Carter —gruñí para provocarle. Y sonreí cuando cogió una bici y se puso en marcha entre carcajadas y una sensación de adrenalina maravillosa.

—Jacob, Emily y yo solíamos hacer carreras y ver quién de los tres regresaba a casa antes con las rodillas raspadas. Siempre era Emily. Antes de doblar la esquina, ya estaba en el suelo. —Sonreí recordándolo—. Un día subí con Jacob a una de las cuestas más pronunciadas de la zona y le reté a bajar a toda velocidad. El que perdiera tenía que hacer la colada durante un mes, aunque siempre terminábamos compartiéndolo. Ese día la bici de Jacob decidió a mitad de la cuesta que su rueda trasera no iba a seguir soportando tanta velocidad y salió, literalmente, volando. No sé quién llegó más lejos; si la rueda, que había ido a parar a una pradera, o Jacob, que cayó de bruces en el río abriéndose las dos cejas. Cuando me acerqué corriendo a comprobar que no se hubiera matado, me lo encontré sentado en una roca, empapado, con la cara ensangrentada y desternillándose. —Me reí e hice que Aiden lo hiciera también—. ¿A qué solíais jugar tú y tus hermanos? —pregunté sin apartar la vista del paisaje. Ya veíamos la ciudad.

—Con Kaden hubo un tiempo fugaz en que jugábamos al fútbol, después todo terminó. Y con Blair solía jugar a ser veterinario. Hacíamos puzles imposibles o íbamos a la cocina y hacíamos galletas con Margot —apuntó con tristeza—. Te envidio cuando hablas de tu familia. Me hubiera gustado tener algo así, alguien con quien jugar o en el que poder apoyarme más tarde —reveló. Me entristecía saber que Aiden no tuvo una infancia feliz. Yo siempre me había sentido

afortunada por la familia que me había tocado, pero me habían enseñado que existían muchos tipos de familia. La familia es quien te acepta tal cual eres, la que no te juzga por tus decisiones, la que no te condiciona, la que te deja volar en la dirección que quieras… A veces confundimos familia con progenitores, abuelos o tíos. Los padres, los abuelos, los tíos… no son la familia. Ese puesto tienen que ganárselo, tienen que luchar por formar parte de tu vida con sus acciones.

Pedaleamos entre las calles de Seattle, nos ganamos algunos pitidos y los gritos de algún transeúnte que casi nos llevamos por delante. Hasta entrar en Gas Work Park y perdernos por sus cuestas, admirando las antiguas estructuras que quedaban de la planta de gasificación que había sido unos cuantos años atrás.

—¡Voy a ganarte! —exclamé con emoción, sin cesar de reírme. Miré hacia atrás. Aiden venía comiéndome los talones, pero llevaba una cara de susto como si acabase de ver un fantasma.

—¡Joder, Hailey! ¿¡Quieres frenar un poco!? ¡Vas a matarnos! —gritó en pánico.

—¡No te tenía por un cobarde! ¡Te espero abajo! —le reté antes de alcanzar el inicio de la última bajada.

Aceleré mis pedaleos y era cierto que iba demasiado rápida. Si me caía ahora podría terminar con varios huesos rotos en el mejor de los casos. Pero no me importaba. Adoraba la velocidad, el aire llenándome los pulmones y azotándome el pelo. El olor a lluvia, a tierra mojada, a libertad. Si cerraba los ojos podía sentir algo parecido a volar. Frené justo antes de terminar en el gran lago que había al final, derrapando y cayéndome sobre la hierba. Debían pensar que estaba loca, tirada en el césped, manchada de tierra, riéndome y mirando a Aiden, que bajaba con el freno pisado hasta ponerse a mi lado. Le agarré la mano y tiré de él hasta tumbarlo en la hierba. Me dolía la garganta de reírme y me faltaba el aliento.

—Eres temeraria, Hailey Peterson.

—Y tú un cobarde, Aiden Carter —susurré, peligrosamente cerca de sus labios.

—¿Y ahora qué? —preguntó.

—¿Cómo te sientes? —murmuré—. Quería que vieras que podías correr más rápido que lo que sea que te perseguía.

—Pues lo has conseguido. Necesitaba esto. Necesitaba ir —susurró, acariciándome el dorso de la mano y finalmente entrelazando sus dedos con los míos.

—¿Ir? ¿Ir a dónde? —pregunté esperando que se explicara.

—A donde nos devuelvan las alas —susurró besándome. Era un beso lento, suave, sensual. Tan intenso que me había olvidado de dónde estábamos, el mundo había desaparecido—. Odio lo que me haces sentir —dijo, separándose unos centímetros y apoyando su

frente sobre la mía.

—¿Y qué te hago sentir? —me atreví a preguntar.

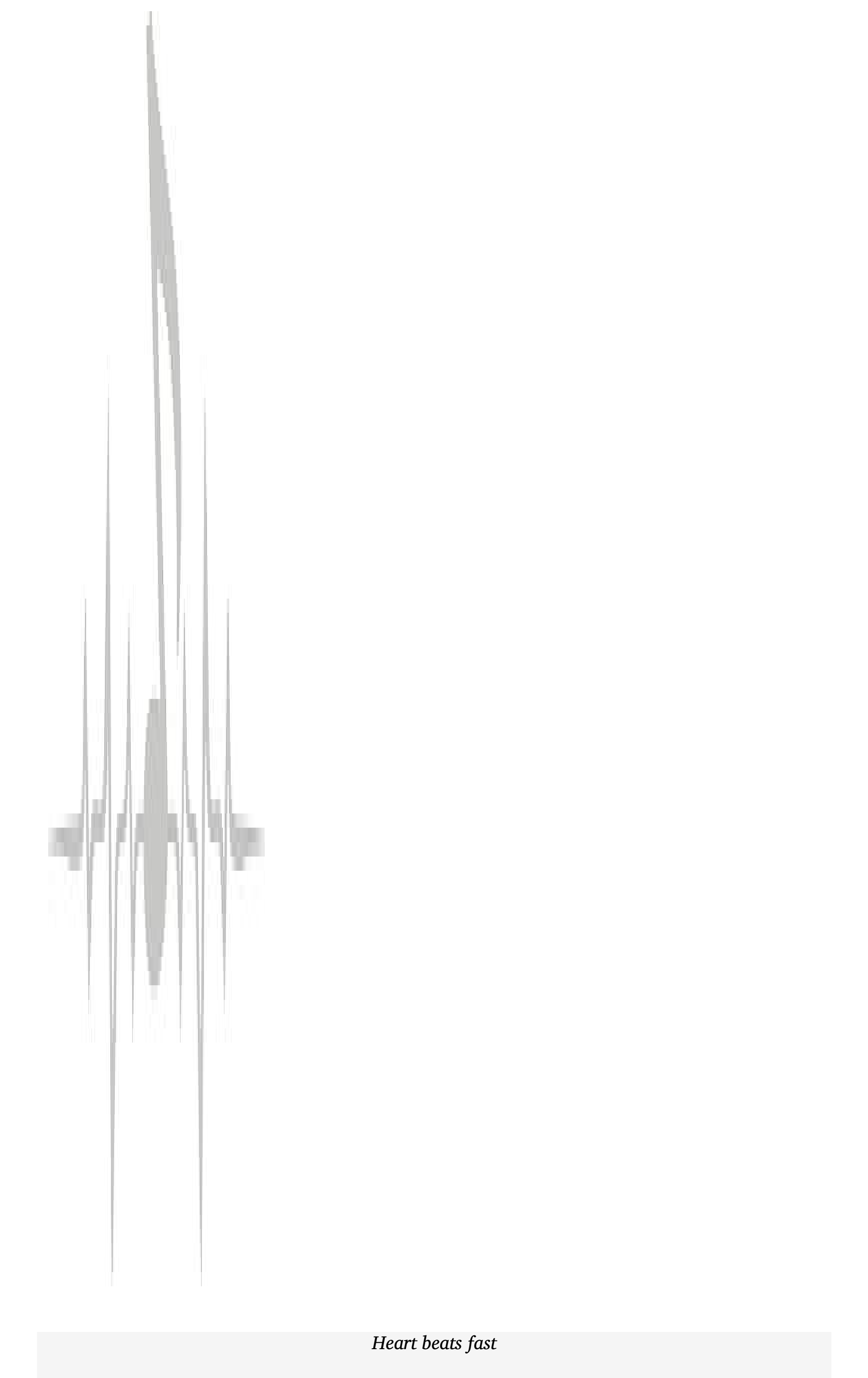
—No te enamores de mí. —Ignoró mi pregunta, y su respuesta me dejó decepcionada. Me golpeé de bruces con la realidad. Yo me había enamorado de él y para Aiden solo era una vía de escape, alguien con quien se divertía y podía llevarse a la cama. Siempre fue eso y siempre lo tuve claro. Pero eso no impedía que en ese instante quisiera gritarle que ya me había enamorado de él, que era tarde para pedirme lo contrario.

Ninguno de los dos dijo nada más. Se había creado una tensión palpable que viajaba entre los dos. No sé el tiempo que permanecimos tumbados en la hierba con la vista clavada en el cielo, el ruido de la ciudad a lo lejos y el murmullo de los que nos rodeaban. Entonces, se oyó una melodía de piano preciosa. Ambos nos incorporamos y había una chica tocando los primeros acordes de una canción que parecía ser *A Thousand Years* de Christina Perri, y varios visitantes se habían colocado alrededor. Aquella chica asiática, de pelo rosa, bajita, había logrado enmudecer a su alrededor.

—Bailemos —sugirió tirando de mí, ayudándome a levantarme.

—No sé bailar. —Me reí cuando vi que lo decía en serio.

—Ni yo. Pero vivamos como si el mundo fuera a terminarse mañana, como si esta fuera la última vez que vayamos a vernos, como si existiera un día en el que volveremos a ser solo dos desconocidos en la vida del otro —susurró en mi oído. Tragué saliva y reprimí el nudo que se empeñaba en salir a flote. Sentía que se estaba despidiendo de mí, como si lo que fuera que tuviéramos fuese a desaparecer sin previo aviso, de la noche a la mañana. Como las cosas más insignificantes de la vida.



Heart beats fast

colors and promises.
How to be brave?
How can I love when I'm afraid to fall?
But watching you stand alone
all of my doubt suddenly goes away somehow.
One step closer…
I have died every day waiting for you.
Darling, don't be afraid.
I have loved you for a thousand years,
I'll love you for a thousand more.
Time stands still,
beauty in all she is.
I will be brave,
I will not let anything take away
what's standing in front of me.
Every breath, every hour has come to this.
One step closer…
I have died every day waiting for you.
Darling, don't be afraid.
I have loved you for a thousand years,
I'll love you for a thousand more.

Bailamos durante toda la canción clavándonos los ojos. Analizándonos el uno al otro, buscando respuestas en los ojos del otro. Nuestros pies tropezaban y sonreíamos cuando trastabillábamos. Nos movíamos en una danza lenta, al ritmo de la música. Nos respirábamos, nos empapábamos del otro, y para cuando terminó la canción Aiden me limpió las lágrimas, que habían comenzado a salir. Y yo, que estaba tan perdida en sus ojos, no me había dado cuenta de que fui incapaz de continuar reteniéndolas.

—Tengo que irme, Hailey —aseguró con convicción, separándome un poco de su pecho y eliminando los restos húmedos de mis mejillas.

—Vale —respondí.

—Hasta pronto, chica de las pestañas. —Sonrió desde la bici.

—Hasta otra, chico de la guitarra. —Imité su gesto mientras veía cómo desaparecía entre la gente. Me quedé allí un rato más. Me senté en la orilla del lago y dejé salir el mar de lágrimas que me ahogaba desde hacía tiempo. Amar a Aiden era maravilloso, la mejor sensación del mundo, pero dolía. Dolía como si te clavaran algo en el corazón para arrancártelo, volvieran a dejarlo en su sitio y repitieran el proceso en bucle.

CAPÍTULO 41

Aiden

Llevaba días sentado en el sofá, incapaz de dormir, con una botella de alcohol pegada al costado. Estaba cansado de dar vueltas en círculo, parecía estar en una rotonda infinita. Me sentía incómodo dentro de mi piel. Con el peso de las decisiones sobre la espalda. Con esa mezcla de temor, desbarajuste y angustia. Un manojo de emociones enmarañadas que no podía deshacer y que me hacían sentir perdido. Y estaba cansado de todo este desorden. De los escondrijos y simplificaciones, que solo servían para dar más vueltas de las necesarias y evitar el hecho irremediable de enfrentarnos a lo que de verdad nos paralizaba. Y estaba cansado de luchar contra todo lo que sentía. Solo quería dejarme llevar un rato. Quería desaparecer, quería olvidarme de todo esto, quería entrañarlo solo un poco más. Necesitaba huir, salir de Seattle y esconderme de todo lo que se empeñaba en perseguirme.

Cogí mi teléfono móvil y le escribí. Estaba siendo egoísta, pero la necesitaba. Necesitaba a Hailey. Parecía ser la única persona capaz de hacer desaparecer el mundo hasta reducirlo a nosotros dos.

¿Qué opinas de acampar? En Diablo Lake.

Chica de las pestañas:
¿Vas a lloriquear de miedo cuando tengas que dormir en una tienda?

Por supuesto.

Chica de las pestañas:
Entonces no me lo pierdo 😊

Te recojo en una hora.

Preparé una mochila con lo imprescindible: la tienda de campaña, la mesa, las sillas, incluso una de estas cocinas portátiles. Entré en el súper a por provisiones y fui directo a recogerla. Me apoyé en el reposacabezas mientras esperaba y me pregunté si estaba haciendo lo

correcto. Probablemente no. Estaba convencido de que me estaba equivocando y, aun así, no me importaba. Cerré los ojos con fuerza y esperé hasta que Hailey abrió la puerta del copiloto y se sentó.

—¿Lista? —pregunté mirándola. Se había puesto ropa de deporte y el pelo le caía en cascada. Estaba guapísima.

—Sí —asintió. Nos pusimos en marcha.

El Diablo Lake tenía una superficie de casi cuatro mil kilómetros cuadrados y estaba a mil doscientos pies sobre el nivel del mar. Gozaba de un lago de agua color turquesa. Era frecuente que se mantuviera congelada incluso durante el verano.

Aparqué el coche y saqué el carrito que había comprado para poder trasladar todo lo que habíamos traído, y nos pusimos en marcha. Nos introdujimos por un sendero rocoso, áreas parecidas a bosques tropicales y llanuras secas. Caminamos durante cuarenta y cinco minutos hasta llegar al borde del lago.

—Es precioso —susurró a mis espaldas. Dejé las cosas sobre el suelo y me giré, impactando con esos preciosos ojos verdes vidriosos. Me quedé sin aliento.

—Sí… —susurré—. Sí que lo es. —Suspiré. Pero no me refería al lago, ni a las montañas nevadas al fondo, y tampoco a los últimos rayos del sol reflejándose en los árboles.

—¿Montamos la tienda? —preguntó. Asentí—. ¡Bien! —Soltó un gritito de ilusión que me hizo sonreír—. Siempre he querido acampar. El verano después de que mamá muriese, papá encontró una pequeña tiendecita abandonada al lado de un contenedor, la llevó a casa y después de inspeccionarla se dio cuenta de que estaba rota. La reparó y al día siguiente por la mañana, mientras Jacob y yo desayunábamos, nos hizo recoger algunas cosas imprescindibles para caminar durante dos horas y media hasta adentrarnos en un pequeño bosque que en el corazón albergaba una cascada. Todo iba bien. Estábamos rodeados de moras y frambuesas que podíamos comer, hacía calor y bañarse bajo la cascada era agradable. Nos reímos, jugamos a las cartas y bromeábamos, pero por la noche nos cayó una tormenta que prometía partir el cielo, y llovía tanto que el agua amenazaba con traspasar la fina tela de la tienda. Así qué no pudimos pegar ojo en toda la noche y, para cuando la tormenta amainó, ya estábamos calados hasta los huesos. Aun así, mereció la pena. —Suspiró cuando ya estábamos terminando de poner la tienda—. Era la primera vez que hacíamos algo diferente sin mamá.

—Los Washington Tigers, junto con el equipo de animadoras y el resto de los equipos, organizan cada año una acampada en esta zona. Solía compartir tienda con Tyler. En aquel entonces él y Savannah no habían empezado a salir en serio, por lo que aún continuaba queriendo compartir tienda conmigo. —Me reí

recordándolo—. En mitad de la noche me despertó para avisarme de que salía a mear. Tardaba demasiado en volver y comencé a preocuparme, así que salí a buscarle. En la oscuridad de la noche, había caído encima de un matojo de plantas urticantes, y digamos que la peor parte se la llevó su trasero. —Solté una carcajada que Hailey continuó—. Estaba en el lago, con los pantalones bajados y el culo a remojo. Somos incapaces de recordar ese momento sin morir de un ataque de risa, pero aquel día no me reí de él. Solo había que ver la angustia en su cara y cómo había terminado su trasero para saber que aquello escocía. Pero la mejor parte fue cuando a la mañana siguiente Cam y Savannah entraron en nuestra tienda y me encontraron untándole el culo con crema hidratante. Puedes imaginarte todas las burlas que trajo aquel incidente en el equipo. —Hailey no podía parar de reírse, se la saltaban las lágrimas. Me acerqué a ella y comencé a hacerle cosquillas.

—¡Para! —gritaba sin poder contenerse. Intentaba huir de mí y, cuando lo logró, me arrojé sobre ella, haciendo que cayésemos al suelo y rodásemos hasta la orilla del lago. Me perdí en sus ojos. Siempre lo hacía cuando me miraba de aquel modo.

—No me mires así —me atreví a decir.

—¿Cómo te miro? —musitó, deleitándome con sus labios. Iba a responder justo cuando a varios metros de nosotros se oyeron risas. Una pareja y dos niños habían optado por el mismo plan que nosotros. Nos saludaron a lo lejos, casi imperceptibles por la distancia. Nos incorporamos y les devolvimos el gesto. Me aclaré la garganta y me tragué, una vez más, las emociones. Decidimos continuar montando el resto de las cosas que faltaban.

Vi cómo Hailey inflaba el colchón y colocaba las sillas alrededor de la pequeña mesa que habíamos traído. Fui a por algunos troncos para hacer fuego y, cuando lo logré, me sentí satisfecho. Empezaba a anochecer. Preparamos unos sándwiches para cenar con un chocolate caliente y nubes de algodón, y nos sentamos alrededor de la hoguera, buscando calor mientras nos enroscábamos con mantas.

—¿Qué te ocurre? —dijo, tragando el último trozo de sándwich—. Y no te atrevas a decirme que nada. Empiezo a conocerte. Y sé reconocer cuando algo no va bien —añadió. Siempre me había sorprendido la capacidad que tenía para mirarme. Constantemente, desde que nos conocimos, había podido leerme entra las costillas.

—¿Te acuerdas del día en que nos conocimos? —pregunté. Asintió levemente, con el ceño fruncido—. Aquel día me lo había pasado entero en el Skils Bar, estaba sobrepasado. Entonces te vi, aún llevabas aquel pantalón roto en la rodilla y el jersey de lana viejo con el que habías llegado. Lo primero que pensé fue que de dónde habías salido. Luego mantuvimos una cortísima conversación que me hizo

saber que tenías agallas, ya que no me mirabas como el resto y mi simple presencia no te impresionaba como a las demás. Era la primera vez que alguien me miraba como lo hacías tú, como si solo fuera un chico normal. No esperabas nada de mí y tampoco lo querías. Creo que por eso mismo me fue sencillo abrirme a ti. No me importaba compartir la azotea contigo cuando entendí que también huías de algo. Me daba igual que me conocieras, que supieras de mí lo que nadie más sabía porque me inspirabas confianza. Te miré a los ojos y solo veía inocencia, pero también dolor. Dolor de una chica que había sufrido muchísimo toda su vida y, aun así, tenía una sonrisa infinita. Te envidiaba. Después conocí tu historia y supe que había sido un afortunado toda mi vida. Que me había preocupado por idioteces la mayoría de las veces —reconocí. Solo necesité un día. Un día para que Hailey fuera mi debilidad—. Tengo que reconocer que también pensé en que no me importaría llevarte a la cama aquella misma noche y que aquellos ojazos verdes iban a terminar siendo mi perdición si los miraba más de cinco segundos seguidos —añadí para restarle importancia—. Casi me da un ataque al corazón cuando te vi en clase. A esa clase a la que no volví, por cierto. Pensé que en cuanto descubrieras quién era ibas a aprovecharte de eso, porque era lo que había hecho todo el mundo hasta entonces. Pero no lo hiciste. Podrías haberle contado al mundo todo lo que sabías y podrías haber ganado dinero por ello, un dinero que evidentemente necesitabas. En cambio, continuabas mirándome igual que el primer día. Cuando solo sabías que me llamaba Aiden. —Sonreí con calidez.

—¿A qué viene esto? —titubeó, visiblemente afectada.

—Necesito ayuda, Hailey. —Tragué saliva, preparándome para lo que iba a decir. Me tomé unos segundos antes de continuar—: En dos días… Voy a… Tengo que dejar ir a Blair. —Apreté los ojos con fuerza, aquellas palabras me quemaban la garganta. Me dolía el pecho, sentía una opresión que me impedía respirar. Hasta que percibí la cálida mano de Hailey colándose entre la manta y haciendo hueco hasta alcanzar la mía—. No sé cómo voy a hacerlo, ni si podré soportarlo, pero necesito que estés allí. Que me obligues a hacerlo si ves que estoy a punto de dar un paso atrás. —Mi tono era de súplica —. Me aterra pensar en la muerte. En un día en el que Blair ya no esté, siento un nudo en el pecho que se enquista con el tiempo. A veces pensar en que tenía que dejar ir a Blair me parecía irreal, soñaba que algún día despertaría y todo seguiría igual. En cambio, en ocasiones me ocurre justo lo contrario. La noto palpable, sé que está ahí y que es mi decisión, y entonces me duele de una forma física, ahogándome, como si me atravesaran cientos de lanzas. Y no sé cómo superarlo. No sé si estoy preparado para esto. Pero ya no puedo retenerla más. Me llevó tiempo comprenderlo, y creo que no lo hice

del todo hasta hace unos días, cuando soñé con ella. Venía y me pedía que la dejara libre, que ya no podía quedarse más tiempo a mi lado, que quería irse con Mike y descansar. Me desperté alterado, parecía real. Era como si por un solo instante hubiera despertado únicamente para venir desde la cama del hospital a mi cuarto —expliqué—. No creo en ese tipo de cosas, pero esa noche lo sentí así. Era ella. Lo que quedaba de Blair había venido a buscarme solo para pedirme que la dejara volar. Y tengo que cumplirlo.

—Antes de que muriera mamá creía que morirse era algo terrible. Que era el final de todo. Fue después cuando entendí lo equivocados que estamos al pensar que la muerte se reduce a un único día y hecho. Eso solo significa alcanzar la cumbre. Sin embargo, morimos constantemente. Lo hacemos en cada instante que vivimos y dejamos atrás. Morimos en la niñez, cuando ya no queremos jugar con aquel juguete que tanto nos gustaba y abandonamos la inocencia también. Morimos con cada persona que pasó por nuestra vida hasta convertirse de nuevo en lo que era al principio, un simple desconocido. Muere todo, porque absolutamente todo está en constante transformación. Morimos en cada primer beso, en cada Navidad, en cada sueño que cumplimos o que abandonamos. Incluso nuestras emociones mueren. El amor, el odio, la tristeza, la ira… No podemos permanecer eternamente sintiendo solo una de ellas. Y esa es la verdadera muerte. Hoy nos estamos muriendo, nunca más vamos a revivir esta acampada. Mañana ya solo quedará un recuerdo. —Temblé. Hailey siempre me dejaba sin palabras—. La muerte es maravillosa, es belleza, es una transición única. Lo que dejamos atrás lo hacemos para darle la bienvenida a algo nuevo. Lo que se desprende de nosotros, lo que parece que nos abandona… nos está ofreciendo un regalo. El regalo de experimentar algo nuevo. De vivir otros instantes. Otro primer beso. Otros sueños. Otras vidas. —Tragó saliva con el gesto torcido—. Eso no quiere decir que no vaya a dolerte. Porque lo hará y te hará estar enfadado con el mundo y gritar de rabia, pero incluso eso, ese dolor que parece desgarrarte por dentro…, pasa. Pasa y deja de dolerte porque también se muere. —Me quedé pensando en lo que acababa de decir. Siempre tenía las palabras justas para reconfortarte.

Hubo un silencio largo. Acercamos unas cuantas nubes de azúcar al fuego antes de llevárnoslas a la boca, me reí cuando Hailey me observaba como si tuviera dos cabezas. Nunca había comido nubes de algodón y jamás había oído lo ricas que estaban quemadas. Otra primera vez para ella. Me pregunté cuántas primeras veces habría vivido desde que llegó a Seattle. Supuse que cada día para ella debía ser algo nuevo, especialmente al principio.

—Si pudieras escoger una vida… ¿Cuál escogerías? ¿Esta o

Bearden? —Tenía curiosidad por saber cómo veía el mundo *normal*.

—Es difícil la respuesta —susurró dejando salir el vaho contenido—. El mundo perfecto sería una combinación de ambas. Las oportunidades que ofrece el primer mundo, trabajos decentes que te facilitan la vida. Te permiten tener un hogar sin el temor de que se te caiga cualquier día encima. Te ofrecen comida, agua caliente, calefacción, un retrete por el que no tienes que rezar para que funcione… Pero me quedaría con la humanidad de Bearden. Me quedaría con la bondad, la generosidad desinteresada, la valentía, el amor y el concepto de familia que experimenté en Bearden. Sé que en el primer mundo también existen personas así, probablemente muchísimas más que las malas. Pero hay crueldad, maldad e hipocresía. El primer mundo se llena la boca de discursos emotivos, de planes estratégicos para salvar a los más vulnerables, a los socialmente excluidos… Y la realidad es que nadie tiende la mano. Y no me malinterpretes. Sé que también hay sintechos en Seattle, en Nueva York, Europa, China… Pero es diferente carecer de recursos en un lugar como Seattle a vivir en una pequeña comunidad de pobreza como Bearden. En Seattle cuando un sintecho se muere en la calle va a una fosa común. Es cruel. En Bearden, cuando algún vecino muere y no tiene familia, viene a recogerlo una camioneta oxidada y ya nunca más sabes dónde va a parar. No sabes si está en una fosa común, si lo han quemado o lo han dejado abandonado en mitad de la nada. No hay un lugar al que puedas ir a llorarle y ni siquiera puedes pensar demasiado en ello porque es aterrador —contó. Era horrible.

—¿Tu… tu madre… ha…? —No sabía cómo preguntar aquello.

—No. Cuando mamá murió, papá envolvió el cuerpo de mamá en una sábana y la llevó a Top Hill. Es un pequeño cementerio en el pico de una colina. Hace años los vecinos de Bearden lucharon para que el ayuntamiento de Arkansas nos facilitara como mínimo un trozo de tierra donde enterrar a nuestras familias. No había lápidas de mármol. Íbamos con el cuerpo hasta allí, cavábamos su propia tumba y nos despedíamos a nuestra manera. Colocábamos un trocito de madera tallada para indicar quién yacía ahí y después dejábamos flores siempre que podíamos.

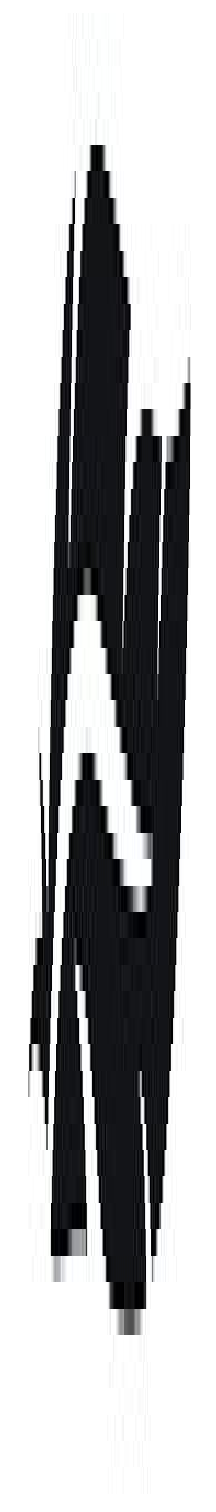
—Tuvo que ser duro —susurré.

—En realidad es diferente. No es un funeral convencional y tenemos eso gracias a una lucha de varias décadas atrás. Si no, estábamos condenados a terminar igual que acababan aquellos que no tenían una familia que quisiera llorarle. —Suspiró.

Extendí la mano en su dirección, ella entrelazó sus dedos con los míos y lloró en silencio.

—¡Mira! —grité señalando el cielo—. ¡Una estrella fugaz!

—¡Y allí un cometa! —Señaló a otro punto en el cielo. ¿Qué probabilidades había de vivir una lluvia de estrellas y ver un cometa justo esta noche?—. Hay cometas que necesitaríamos ciento veinte años para volver a verlos. ¿Cuánto tardará este en dar la vuelta a la Tierra? —Se quedó mirando el cielo con los ojos iluminados. Parecía que aquel punto de luz a la distancia quería reflejarse en sus ojos.



Había amanecido, salí de la tienda cuando los primeros rayos de luz se

colaban traspasando la tela. Me senté frente al lago sin aliento y pensé. Pensé en todas las veces que Hailey se había colado en mi cabeza en cada momento de cada día. Y habían sido más de las que me atrevía a reconocer. Quizá porque sin saberlo desde el primer día había sentido que encajábamos. Tal vez porque desde la primera vez que la vi ya no pude dejar de mirarla. Me había imaginado cientos de veces cómo sería follar con ella, hacerla reír o despertar a su lado. Y, ahora que había experimentado cada una de ellas, sentía que era imposible vivir el resto de mi vida sin ello. Y no entendía qué me ocurría, quizá no quería reconocerlo, porque cuando se trataba de sentimientos nos aterraba soltarlos en voz alta. Pero necesitaba a Hailey. La necesitaba porque cuando estaba a mi lado me sentía libre, ya no era un pájaro enjaulado. La necesitaba porque no importaba nada más cuando estábamos juntos, y la necesitaba porque no soportaba la opresión del pecho cada segundo que no disfrutaba a su lado. Que no sabía qué estaría haciendo o si tendría un mal día. Me pegunté por qué el corazón amenazaba con salirse del pecho cuando la veía sonreír, por qué me faltaba el aire cuando escuchaba su risa o por qué temblaba cuando nuestras pieles se rozaban.

Pasamos toda la noche haciendo el amor, casi sin hablar. Al menos, no con palabras. Solo con miradas, con roces y suspiros. Con su cabeza apoyada en mi pecho, seguí el contorno de su espalda con la punta del dedo, acariciando la cicatriz. Vi cómo se le erizaba la piel.

—Te quiero —susurró justo antes de dormirse en mis brazos. Con la voz pastosa y somnolienta, casi sin consciencia.

—No lo hagas, Hailey. No lo hagas —le respondí en un susurro, aun sabiendo que no había llegado a oírlo.

Aquellas simples palabras dichas por Hailey me habían explotado en el pecho. Apreté los ojos con fuerza y ahogué un gemido que quedó atrancado en la garganta. Todo tenía que terminar. Había llegado la hora de rebuscar en el armario la armadura de hierro impenetrable y volver a ponérmela. Esa misma armadura que una vez Hailey atravesó como si le perteneciese. Llegó y sin exigirla se la tendí. Pero la próxima vez que estuviéramos uno enfrente del otro, con el pecho al descubierto, ella no podría ver a través de mí. No podría saber las coordenadas exactas de dónde acababan las cicatrices y empezaba el corazón.

CAPÍTULO 42

Hailey

Aiden me recogió a las once en punto de la mañana. Me subí al coche en silencio y en un manojo de nervios, había llegado el día. Automáticamente, puso el coche en marcha. Le observaba atentamente y en esta ocasión me resultaba imposible descifrar lo que sentía. Parecía estar retirado en un campo cruzado de calma y tormenta. Quise preguntarle si estaba preparado para ello, si había podido dormir en los dos días que habían pasado desde nuestra acampada o simplemente cómo estaba. En cambio, no dije nada, quizá porque era demasiado obvia la respuesta o sencillamente porque no me salía. Simplemente, permanecí en silencio hasta entrar en el complejo hospitalario del UW Medical Center. Aiden apagó el motor y se quedó muy quieto. Aguantando todo el aire para después soltarlo todo de golpe. Simplemente, entrelacé su mano con la mía y le miré, aunque él no me devolvió la mirada.

—Soy egoísta por no poder hacerlo. Por quererla condenada a una cama de hospital. Por privarla de la libertad. Es irónico; toda mi vida me he sentido como un pájaro enjaulado, y, a la vez, había sido yo el que había cortado las alas a Blair. Encadenándola a un hospital —murmuró con angustia y lágrimas en los ojos. Suspiró pesadamente y se llevó una mano a la garganta, como si le faltara el aliento. Y probablemente le faltaba.

—No. Solo eres humano —aseguré, apretándole la mano con firmeza. Quería transmitirle que estaba allí para él, quería que supiera que no estaba solo, que había tomado una buena decisión y que le acompañaba en este paso que iba a dar—. Grítalo, Aiden. Sal afuera y grita en mitad del aparcamiento, desángrate frente a este edificio de historias. Luego sube y despídete. —Abrí la puerta del copiloto y corrí a abrir la suya. Le hice bajar y lo llevé hasta el centro del aparcamiento. Grité esperando que él me siguiese, no me importaban las miradas de los presentes. Todos tenemos algo por lo que gritar. Yo lo hacía por él, por mí misma, por papá y Jacob. Por el sufrimiento y todo el dolor que guardaba el mundo. Y gritaba por mamá. Porque cuando murió me hubiera gustado poder hacerlo y, sin embargo, ni siquiera la vida me permitió algo tan simple y reconfortante como eso.

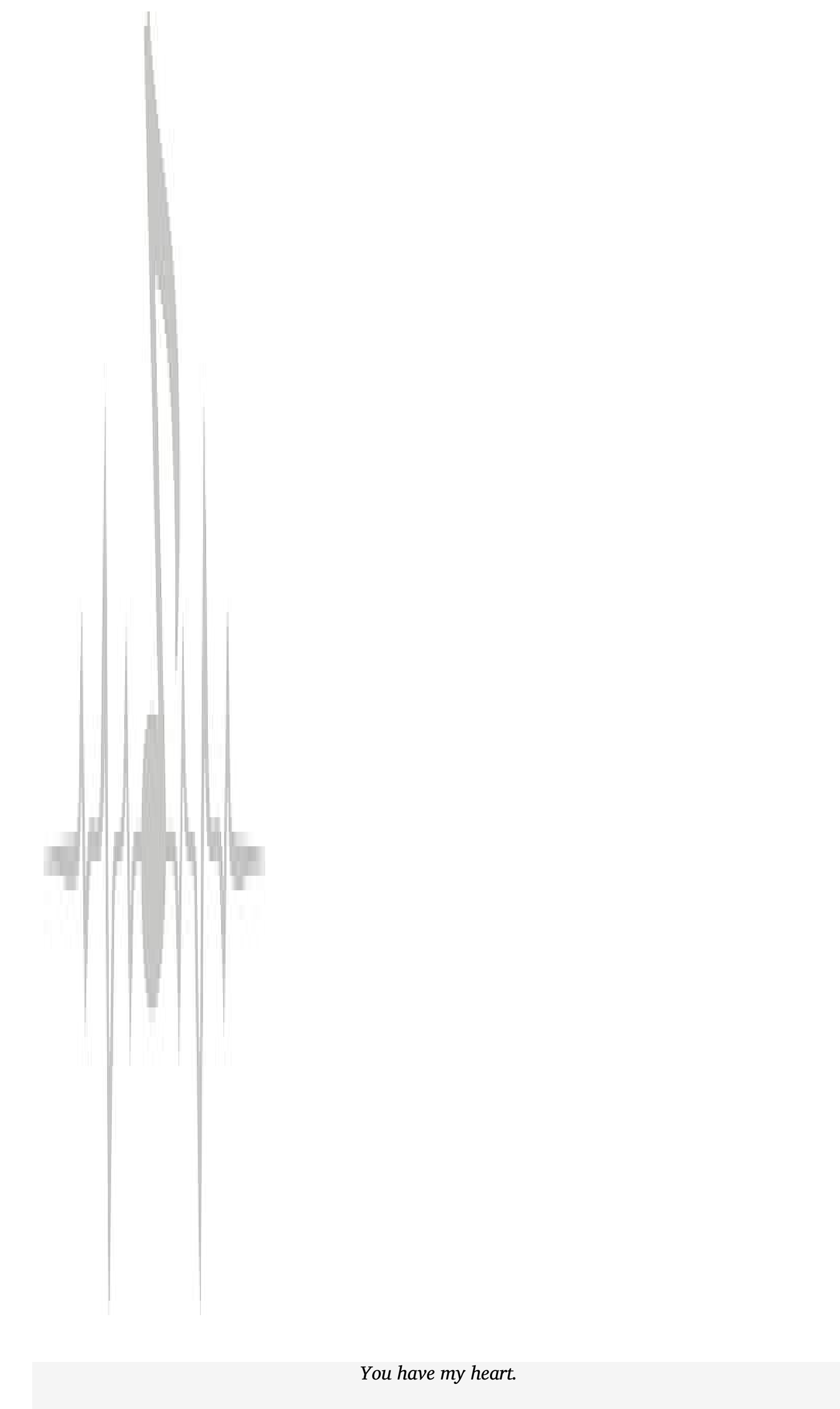
Me obligó a continuar sin darme al menos cinco minutos para vaciarme. Y ahí estaba su grito desolador, doloroso y lleno de rabia. Y a nuestras espaldas hubo otro. Me giré y había una mujer que hasta ahora solo había visto en las noticias. Era su madre y también gritaba. Lo hacía con ganas, como si estuviera soltando toda una vida de silencio.

Miré a Aiden y este me devolvió la mirada. Le hice un leve gesto con la cabeza, preparados para atravesar aquellas puertas de cristal. Subimos en el ascensor unos cuantos pisos hasta alcanzar la habitación 302. Aiden miró a su madre y esta le sonreía, animándole con tristeza. Era una habitación bonita, estaba decorada con las cosas de Blair, y supe enseguida que había sido cosa de Aiden. Y allí, en la cama, había una chica menuda y bajita, con una melena larga y rubia como la de su madre. Aunque algo más pálida, probablemente por la ausencia de luz natural durante tanto tiempo. Parecía estar descansando plácidamente. El sol quiso salir en ese instante, colándose algunos rayos de sol por la ventana e impactando de lleno en el rostro de Blair. Era bonita, con los pómulos ligeramente acentuados y labios gruesos. Me pregunté cómo sería su mirada.

Aiden se acercó a ella con lentitud y le cogió la mano sin apartar la vista de su hermana. Su madre imitó el gesto por el otro lado de la cama mientras yo permanecía a los pies. Supongo que ambos despidiéndose, diciéndole todo aquello que quizá jamás se atrevieron a decir en alto. A veces dábamos las cosas por sentado. No decimos lo mucho que amamos a las personas o lo que nos hacen sentir porque creemos que lo dan por hecho. Pero luego, a la hora de la verdad, cuando sabes que quizá nunca lo lleguen a oír, dudamos de si realmente se fueron sabiéndolo.

Lloraba, no podía contener las lágrimas. Lloraba por aquella chica que no conocía y que jamás iba a hacerlo, lloraba en silencio porque la muerte estaba aquí, en alguna esquina de esta habitación. O tal vez se había quedado en la puerta, observando todo con una sonrisa de gratitud, permitiendo que Blair se fuera rodeada de amor y esperando su invitación.

Lloraba mientras Aiden tomaba asiento en un sofá que, intuía, conocía a la perfección, sacaba la guitarra y se aclaraba la garganta. Pronto sonaron los primeros acordes de una canción que, imaginaba, guardaba algún secreto entre ambos y me pregunté cuántas veces se la habría cantado antes. Era *Umbrella* de Ember Island.



You have my heart.

We'll never be worlds apart.
May be in magazines,
but you'll still be my star.
Baby, 'cause in the dark
you can't see shiny cars
and that's when you need me there.
With you I'll always share.
Because…
When the Sun shine, we shine together.
Told you I'll be here forever,
said I'll always be your friend.
Took an oath, I'ma stick it out till the end.
Now that it's raining more than ever,
know that we still have each other.
You can stand under my umbrella…
You can stand under my umbrella…

Aiden había cerrado los ojos y parecía estar ofreciendo el mejor concierto de la historia. Terminó las últimas estrofas con lágrimas en los ojos y le sonrió a su hermana, agarrándole la mano de nuevo con la guitarra aún colgada del hombro. Un médico, seguido de una enfermera, entró en la habitación. Había llegado el momento. Me acerqué a Aiden y coloqué mi mano junto con la suya y la de Blair, le miré cuando noté su duda.

—Se tiene que ir —murmuré, notando el sabor salado de las lágrimas aterrizando en la boca. Nos miramos con una intensidad dolorosa, nos decíamos infinidad de cosas en aquella mirada y entonces nos paralizamos al sentirlo. Blair había apretado con fuerza nuestras manos. Un agarre contundente. Ambos nos giramos a mirarla con el corazón en la boca.

—Ha… apretado… la mano. Acaba de… —murmuró sin poder articular palabra, y yo asentí mirando a los médicos. Lo había hecho, Blair nos había sentido y lo había demostrado.

—Es posible que lo hiciera. He visto de todo en los más de veinte años que llevo trabajando aquí. Solo es un reflejo. Puede ser sorprendente que ocurra ahora, cuando antes no había ninguno, pero solo es eso —explicó el doctor. Y Blair volvió a hacerlo, con más fuerza, más real, entrelazando su mano con la nuestra, con la mía y con la de Aiden. Como si hubiera estado dos años en coma, almacenando toda la fuerza posible para este instante. Y continuó apretándola, no cesó la intensidad de aquel agarre. Notaba una fuerza extraordinaria, una electricidad. Como si quisiera decirnos algo, como si aquella fuese su forma de despedirse, casi pude notar una leve caricia sobre mi mano. Me recorrió un escalofrío.

—Aiden… Solo es… —intenté decir, pero me cortó enseguida negando con la cabeza.

—Lo sé, Hailey. Sé exactamente lo que Blair nos está queriendo decir —dijo con calma, clavando sus ojos en los míos y

sonriéndome cálidamente. Mostraba una calma apaciguadora que no le había visto hasta ahora. Se acercó a Blair y le besó la frente, después sonrió con alegría. Se giró al médico y aquella enfermera, que miraba a Blair con ojos tristes, dándome la sensación de que había pasado mucho tiempo dentro de aquel cuarto, y les indicó que podían proceder, aun con nuestras manos entrelazadas y sintiendo su agarre. Susan optó por soltarle la mano y retroceder unos pasos hasta contemplar la escena con un poco de distancia.

Comenzaron a hacer su trabajo en silencio. Me pregunté cuántas veces habrían hecho aquello. Cuántas veces aquel médico y aquella enfermera habían ayudado a irse a personas prematuramente. Quitaron cables y apagaron máquinas. Pronto vimos que el pecho de Blair dejaba de moverse arriba y abajo con ritmo, pero su corazón, todavía monitorizado a través de una máquina, seguía latiendo. Soltó nuestras manos y fue como si las deslizara lentamente hasta dejar caer la mano sobre la camilla con pausa, saboreando el momento. Y ahí fue cuando el corazón ya no podía verse en la pantalla, solo había una línea recta seguida de un pitido y un número que marcaba un cero. Se había ido y tras ella había dejado una paz inundando la habitación que casi podía resultar espeluznante. Miré a Aiden y me encontré con una expresión de paz absoluta y una sonrisa en la cara. En cambio, Susan parecía contrariada. Mostraba esa misma paz que había visto en Aiden, pero había algo que trataba de empañarla.

CAPÍTULO 43

Aiden

Sentía la ausencia del miedo por primera vez y estaba en calma. Había sido infinitamente mejor de lo que había imaginado, pero es que Blair lo había hecho sencillo. Por primera vez, cuando entré en la habitación 302 me recibió una energía diferente. Supe que era ella, que estaba allí a los pies de la cama donde se encontraba su propio cuerpo y después había apretado mi mano entrelaza con la de Hailey para hacérmelo saber.

Le dije todo lo que quizá jamás le había dicho. Iba a echarla de menos. Iba a extrañar su forma de mirarme, su risa, cómo buscaba la forma de tocarme las pelotas. Ya no íbamos a enfadarnos por tonterías para luego arreglarlo con un batido de fresa y chocolate. Tampoco iba a mirarme con desaprobación cuando bebía más de la cuenta o me metía en algún lío. En cambio, no era eso lo que me dolía. Sino ser conocedor de que Blair no tendría una vida. No iba a tener sueños que perseguir, no viajaría por el mundo, no iría a conciertos ni sentiría el dolor de tripa después de una sesión de risas con sus amigas. Me dolía todo eso y saber que probablemente mientras estuvo aquí no fue feliz. No fue feliz porque no le permitieron tomar sus propias decisiones hasta que la vida colocó fugazmente a Mike en su camino y, aun así, nada salió bien.

Siempre había sentido que Blair era mi faro, iluminándose continuamente para no hacerme perder de vista la tierra. Era lo único que años atrás me había atado a la que se suponía era mi familia. En cambio, ahora, si miraba al horizonte, sentía que podría nadar hasta perderme en aquella fina línea donde se juntaban el cielo y el mar. Que si me giraba a mirar lo que dejaba a mis espaldas ya no habría ninguna luz señalándome el camino de vuelta. Y me sentía liviano, como si me hubiera desprendido de un gran peso.

—¡Aiden, espera! —Oí gritar a mi madre, que corría entre los coches del aparcamiento. Me giré a esperarla.

—Esperaré en el coche —anunció Hailey. Asentí mientras la veía desaparecer en el aparcamiento.

—Gracias por llamarme —dijo sin aliento, colocándose a mi altura—. El otro día rebuscando entre mis cosas encontré algo que

quería que vieses —dijo, sacando una fotografía del bolso—. Era tu… padre. —Me tendió la instantánea en blanco y negro. Era difícil no emocionarse viendo el gran parecido entre mi madre, unos cuantos años más joven, y Blair. Luego reparé en aquel hombre de ojos azules y cabello negro como el azabache. Sonreía ampliamente a la cámara —. Ocurrieron tantas cosas aquella noche que me había olvidado por completo de esta foto sacada en un fotomatón de la época. —Sonrió y yo le devolví el gesto, sorprendiéndola. Supongo que en mis casi veinticuatro años no habíamos intercambiado demasiadas sonrisas entre ambos, me atrevería a decir que esta era la primera. Regresé mi mirada a la foto y retuve en la retina la cara de aquel hombre. Mi padre. Aquellos ojos transmitían muchas cosas, pero destacaban dos, al menos aquella noche: bondad y una vida difícil a sus espaldas. Me recordaban a la primera vez que me fijé en la mirada de Hailey. Ahora sabía de quién había heredado el pelo negro. Siempre había llamado la atención mi color de cabello y el tono de mi piel, más oscura que la de mis hermanos o cualquier miembro de mi familia. Pero tenía los ojos azules como Adam.

—Gracias —susurré devolviéndosela.

—¿Fue a verte? —preguntó. Asentí—. ¿Y…?

—Tiene en el punto de mira a Hailey y su familia. Y es capaz de todo. De absolutamente todo —expliqué. Estaba tentado de contarle que había sido él quien pagó a aquel conductor para estrellar su camión contra el coche donde viajaba Blair, pero ¿para qué? Solo le causaría un dolor quizá mayor que no necesitaba en este momento.

—¿Qué vas a hacer? —susurró.

—¿Acaso tengo elección? —Me reí con ironía—. No puedo hacer lo que me dicta el corazón, pero tampoco puedo hacer lo contrario. Me siento como si llevara una granada en el bolsillo del pantalón esperando que elija contra quién lanzarla, sabiendo que en cualquier caso seré yo el que salga volando por los aires —escupí con rabia—. La única diferencia se encuentra en los daños colaterales. Una parte me resulta totalmente indiferente, incluso placentera… Sin embargo, otra es como lanzar una segunda granada y reventarte por dentro las entrañas —bisbiseé cansado—. Llevo lo que queda de Blair bajo el brazo y ni siquiera Kaden se dignó a aparecer. Tengo que irme —añadí, dándome la vuelta y caminando hacia el coche. Justo en ese instante, mi teléfono móvil vibró en el bolsillo con la entrada de un nuevo mensaje:

Adam:
Al fin tomando buenas decisiones, aunque hubiera sobrado el espectáculo que habéis montado en el aparcamiento. Esta noche tenemos una cena.

Gruñí para mis adentros. Cómo lo odiaba. Aquel mensaje carente de empatía y la prueba de que siempre estaba un paso tras de mí había acompañado el texto de una imagen gritando en el aparcamiento. Ni siquiera me molesté en responderle. Le escribí a Jena asegurándome de que ella también iría a esa estúpida cena.

Volví al coche, me tomé unos minutos hasta arrancar de nuevo y poner rumbo a Rattlesnake Ridge. Probablemente aquella era la última vez que vendría al UW Medical Center. Nunca había pensado dónde iba a lanzar las cenizas, supongo que porque siempre había contemplado este momento como uno demasiado lejano. Fue el primero que se me vino a la mente y a Blair le hubiera gustado. Todo iba a terminar donde había empezado. Blair iba a volar libre en el mismo lugar donde supe que jamás íbamos a volver a abrazarnos.

No tardamos más de cuarenta minutos en llegar a la cima después de aparcar el coche. Durante todo el trayecto había reinado un silencio apaciguador y cómodo que ninguno de los dos se atrevió a romper. Me senté en la gigante roca con la urna entre mis piernas y dejando hueco por si Hailey quería acompañarme. Pronto la noté a mi lado, dejando que sus pies colgaran al acantilado como aquella vez que vinimos. Observé todo como si lo hiciera por primera vez; la cascada al fondo, los frondosos árboles, el lago sin fin… Entonces abrí la urna y cogí un puñadito de aquellas cenizas y las lancé al acantilado. Observé cómo se las llevaba el viento en todas direcciones y pensé a dónde habría ido Blair. Quizá estuviera en todas partes, quizá cada ceniza tomó su propia dirección con libertad. Tal vez Blair se había convertido, al fin, en el pájaro que todos y cada uno de nosotros anhelaba ser, a través de sus cenizas.

—¿Por qué tu madre no ha venido?

—No quiso. —Me encogí de hombros—. No voy a juzgarla. En otro momento hubiera sentido indignación y rabia, ahora pienso que cada uno debe enfrentarse a sus propias emociones como pueda.

—¿Y tu padre y Kaden? —preguntó con cautela.

—Tenían mejores cosas que hacer. Como siempre. No iban a cancelar la reunión tan importante de las once, ni el café de las doce con ese inversor tan prestigioso, ni tampoco la comida de lujo con el jodido presidente del país. Blair puede esperar. A nadie le importa, pero no tardarán en dar un comunicado en la prensa acerca de lo desbastados que están por la marcha de Blair, la decisión tan difícil de tomar y los momentos complicados que asolan a la familia Carter —me burlé—. Deben estar celebrando con champán caro que, al fin, haya tenido los cojones de desconectarla, porque así ya tienen algo con lo que desviar el foco del divorcio inminente.

—Lo vi en las noticias —susurró. Me reí sin gracia.

—¿Has…? ¿Matt ha vuelto a acercarse a ti? —pregunté,

porque necesitaba saberlo. Porque esa duda había rondado en mi cabeza desde que Adam me mostró aquella imagen. Por qué se habría acercado a ella o qué le había dicho. La miré buscando respuestas en su silencio—. Os han visto detrás de la pista de patinaje —añadí, aunque no fuera del todo cierto.

—¿Cómo sabes eso? —Entrecerró los ojos, analizándome.

—Te olvidas de que soy el jodido *quarterback* del equipo de fútbol. —Esbocé una sonrisa.

—Cómo olvidarlo —gruñó—. Fui una idiota desde el principio. Fui una idiota por creer que el que estuviera aquí solo se trataba de una mera casualidad. Fui una idiota por pensar que podría correr más veloz que el miedo, que por huir del pasado este jamás me atraparía… Y fui una idiota por creerme más fuerte y valiente. Cuando llegué a Seattle, pensaba que todo había quedado encerrado en una caja hermética e impenetrable y que había enterrado la llave, y la realidad es que Matt está aquí y quiere terminar lo que empezó el día en que se adentró en los suburbios de Bearden —explicó. Me hervía la sangre. Solo de imaginar a ese cabrón acercándose a ella e intentando tocarla me desquiciaba. Notaba la ira acumulándose en el pecho. No iba a permitirlo—. Después de aquel día jamás dejé de preguntarme por qué alguien como Matt había bajado al inframundo de Arkansas, qué era lo que estaba buscando o qué esperaba encontrarse allí, y últimamente tengo la sensación continua de que había venido directamente a por mí. Que me había visto en algún lugar y había ido a buscarme para destrozarme. Como el hecho de que haya aparecido en la UW, ¿por qué? Estaba en Standford y de repente Cam nos lo presenta. Ya no me parece ni una broma pesada del destino, y mucho menos una casualidad —narró con rabia. Con un atisbo de dolor que se empeñaba en asomar y que intentaba reprimir. Clavó la vista en la profundidad del acantilado. En la pared rocosa, y balanceó los pies como si estuviéramos en un columpio—. Lo peor de todo es que soy incapaz de identificar cómo me siento. Lo único que tengo claro son unas imperiosas ganas de huir que no van a evitar lo que sea que vaya a pasar mañana.

—Sí, algo así como coger la interestatal a toda velocidad y no mirar atrás —confirmé, pues yo me sentía igual.

—Sí, algo así. —Exhaló—. Sería un planazo. Tal vez en otra vida te hubiera preguntado a qué estábamos esperando. En cambio, por mucho que lo desee no puedo irme sin mirar atrás. Pero tú, en cambio, sí puedes. Puedes aceptar esa oferta con Los Angeles Rams, puedes irte a California, puedes vengarte de tu padre reclamado lo que es tuyo por derecho. O puedes, simplemente, empezar de cero en otra parte. Puedes irte sin mirar atrás y, sin embargo, no lo haces. Y ya no tienes a Blair, no tienes por quien echar la vista atrás. ¿Entonces qué,

Aiden? —comentó sin tener la menor idea de lo patas arriba que se encontraba mi vida en ese momento. Entonces, la miré con una sonrisa y ella entrecerró los ojos con inocencia. No tenía ni idea de que jamás podría irme sin mirar por el retrovisor lo que quedaba a mis espaldas, porque me encontraría de lleno con sus ojos. No dije nada y ante mi silencio sonrió genuinamente—. Somos afortunados y no lo sabemos. Nos complicamos la vida y la entramamos añadiendo más laberintos de los que ya trae consigo. Mira a Blair… Ahora vuela por todas partes y ni siquiera alcanzó a cumplir los veintidós. Quizá ya somos afortunados por estar aquí. A veces es tan efímera que me pregunto si realmente nos pertenece —añadió. Me quedé pensando en eso. Me levanté con agilidad, cerré la urna vacía y me apresuré a correr de vuelta al *parking*—. ¿¡A dónde coño vas!? —Oí cómo gritaba desde la cima cuando yo ya estaba casi a mitad de la cuesta.

—¿Has ido alguna vez al cine? —grité frenando.

—¡No! —respondió riéndose.

—Estás de suerte, Peterson. ¡Te invito! —dije sonriendo, esperando a que llegara a mi altura.

—¿Me estás proponiendo una cita, Carter? —preguntó con una ceja enarcada—. O… ¿Tus intenciones son poco honorables? ¿Pretendes atiborrarme a palomitas y meterme mano en la oscuridad de la sala?

—Para ser la primera vez que vas al cine tienes muy claro qué es lo que se hace —bromeé, tirando de ella hacia el aparcamiento.

CAPÍTULO 44

Hailey

Estaba desconsolada. Con los ojos rojos y el corazón partido en dos. Dominada por la rabia e ira, y las lágrimas, que borboteaban hacia fuera. Casi agradecí que Mía se hubiera ido a disfrutar del fin de semana a casa de Scott y así podría enloquecer sola y lanzar objetos contra la pared sin nadie que pudiera entorpecer mi dolor.

—Hailey, ¿estás bien? —me preguntó Tyler, que había entrado como un ladrón por la ventana de mi cuarto, asustándome y poniéndome en posición de defensa por instinto. Me volví a sentar en el borde de la cama mientras intercambiábamos una mirada cargada de palabras no dichas. Tyler caminó hacia mí, me quitó el mando de las manos y apagó el televisor, que no cesaba de reproducir la misma noticia en bucle—. No es necesario que reprimas las lágrimas delante de mí ni de nadie. Llorar es una reacción natural de liberación ante la tristeza, el dolor o la decepción. Desahógate o enfádate. Tienes derecho a sentir todo esto. —No dije nada porque no sabía cómo explicarle que no tenía fuerzas. Así que apoyé mi cabeza en su hombro como si lo hubiéramos hecho infinidad de veces. Como si Tyler y yo hubiéramos compartido tiempo juntos o fuéramos buenos amigos.

—¿Qué haces aquí, Tyler? —pregunté al cabo de un rato, cuando fui consciente de que Tyler estaba en mi cuarto consolándome.

—Te has dejado la ventana abierta de par en par y podía escucharte desde arriba —se excusó.

—No has respondido a mi pregunta —señalé. Le oí suspirar.

—Yo también he visto las noticias, quería saber cómo te encontrabas —explicó.

—He experimentado diferentes estados de ánimo a lo largo del día. El primero fue esta mañana cuando me desperté y mi teléfono móvil anunciaba cientos de notificaciones hablando de lo mismo. Ahí sentí desconcierto. Después, leí las noticias y encendí el televisor, encontrándome con un Aiden vestido de esmoquin al lado de una chica preciosa disfrutando de una cena benéfica rodeados de grandes empresarios. Del desconcierto pasé la decepción y a la pena, porque Aiden, por algún motivo, sigue a merced de su padre. Pero el broche de oro se lo llevó el minuto exacto en el que vi cómo aquella chica,

Megan, le regalaba un beso delante de la cámara y él simplemente lo aceptaba con gusto. Entonces, todo lo que sentía hasta ese instante se desvaneció hasta reducirlo todo a dolor y rabia —expliqué con calma—. Y ya es tarde para remediarlo. Solo me queda esperar sentada a que el dolor igual que vino se vaya, y quizá me arranque del pecho lo que siento por Aiden.

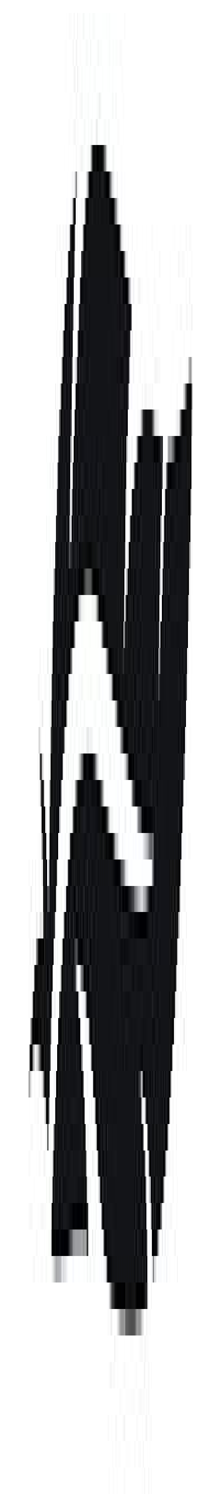
—¿Estás segura de que no ha echado raíces? —preguntó con una sonrisa. Fruncí el ceño, mirándole. No entendía a dónde quería ir a parar o qué pretendía decirme con ello—. Hay muchos tipos de amores, Hailey. Podemos enamorarnos de mil formas diferentes, el error está en creer que solo existe una. Podemos enamorarnos de alguien con quien solo pasamos una noche. Nos enamoramos del desconocido con el que intercambiamos una mirada por la calle y que nunca volveremos a ver. Nos enamoramos de aquella persona de mirada cabizbaja y solitaria que se sienta en la última fila del cine e irremediablemente necesitamos saberlo todo de ella. Nos enamoramos en ese intercambio de cuatro frases sin importancia del desconocido con el que nos fumamos un cigarrillo a la salida de una discoteca. De la chica que te sonríe en el baño de un bar cualquiera o de la persona que accidentalmente te roza la piel desnuda del antebrazo en la puerta del autobús. Pero si pensamos qué tienen en común todos ellos… Simplemente es el olvido. Tardaron el mismo tiempo en irse que en aparecer, y mañana ya ni siquiera serás capaz de recordar qué fue aquello que te hicieron sentir. Son como diminutas estrellas fugaces, un fogonazo de luz en la oscuridad, pero tan rápido y corto que apenas te da tiempo a ver su luz. —Tragué saliva. Tenía a Tyler, probablemente el segundo chico más deseado del campus, en mi cuarto hablándome de amor. Si algo había aprendido de los Washington Tigers era que la mayoría de ellos tenían una reputación prediciéndoles que nada tenía que ver con la realidad—. Y luego están los que echan raíces. Puedes arrancarlos una y otra y otra vez, que siempre volverán a florecer y empujarán por salir a flote en el mismo puto sitio. Esos son imposibles de olvidar y duelen cada vez que intentamos arrancarlos de cuajo. Estos son como un meteorito de grandes dimensiones, un fogonazo que ilumina todo el maldito espacio hasta dejarte ciega de amor ante tanta belleza. Tanta luz y tanta calma. Y en la vida solo nos vamos a encontrar con uno de esos. —Suspiró ante mi mirada. No podía apartarla de él, me había dejado completamente emocionada—. Tuve que meter la pata hasta el fondo con Savannah para darme cuenta de que ella es mi meteorito, mi mala hierba. La peor de todas.

—No entiendo qué quieres decir. —Negué ligeramente con la cabeza—. ¿Acaso importan las raíces aquí? No, porque solo hay un corazón llorando ahora mismo. Y es el mío. En cambio, el de Aiden

siento que es un desierto. Y en el desierto no crece nada —susurré con la voz rota, tragándome un nuevo sollozo—. Ojalá pudiera sacarlo de aquí dentro. —Señalé el lado izquierdo de mi pecho—. Ojalá pudiera volver al día en que nos conocimos en el Skils Bar, ojalá hubiera salido corriendo cuando mi mirada se cruzó con la suya… Ojalá no me hubiera mirado —aseguré, y me sentí destrozada por decir aquello. Porque estaba mintiendo, aunque me negase a admitirlo. Porque si tuviera mil vidas elegiría vivir una vez más todos los instantes que compartimos desde aquella primera vez que sin verle había llamado mi atención aquel acorde de guitarra—. En realidad hubiera dado igual, porque cuando le vi por primera vez lo sentí. Supe que había algo en él, una fuerza sobrenatural que no había experimentado jamás y que me impedía alejarme de él. Creía que solo se trataba de mi curiosidad e inocencia, de aquella Hailey muerta de miedo sobrepasada por el nuevo mundo que tenía delante —apunté con un leve quejido—. No estaba entre mis planes enamorarme de nadie, pero menos de alguien como Aiden. En mis primeros días en la UW recibía burlas, se metían conmigo y soportaba todo tipo de insultos. No hizo falta hacer nada. Simplemente que Aiden Carter, el maldito *quarterback* del equipo, me saludara fue suficiente para que el campus enmudeciera. Nadie se acercaba a mí, pero tampoco me molestaban. Podría haberme enamorado del chico que siempre camina con la nariz enterrada en un cómic y se choca con todo el que pase por su lado, o del chico con el que comparto clase los martes y se dedica a recuperar las horas de sueño. Podría haberme enamorado de alguien invisible como yo, de alguien que no provocase un tornado cuando abre una puerta. En cambio, lo hice del chico que lleva un letrero de neón anunciando problemas en la frente —sollocé. Me sentía idiota y no me importaba perder la poca dignidad que me quedaba frente a Tyler.

—Porque eso no se elige. Si pudiéramos elegir a quién vamos a entregarle el corazón, sería demasiado sencillo. Y la vida no está para vivirla con sencilleces —murmuró acariciándome la espalda, infundiéndome ánimo—. Tengo que irme —anunció levantándose—. ¿Por qué no intentas dormir un rato? —sugirió.

Sí, dormir me haría bien. Solo que era difícil hacerlo cuando, al cerrar los ojos, únicamente veía unos ojos azules como el cielo. De todos modos, decidí intentarlo. Me recosté en la cama y cerré los ojos, y esperé hasta que el sueño terminara por poseerme.



Me levanté de la cama y, tras deambular durante lo que me pareció

una eternidad, me metí en el baño, dispuesta a darme una ducha. Necesitaba encontrar el norte, pues me sentía como una brújula perdida, marcando en todas direcciones sin definir ninguna clara. Nunca antes me habían pesado tantos los pies para ir a trabajar, aunque sabía que me vendría bien una distracción. Caminé sin ganas, intentando pensar en otra cosa que no fuese él. Pero el descontrolado latido de mi corazón me dejaba en evidencia. Vi el local de Ava a lo lejos y me cerré con fuerza la chaqueta para protegerme del frío. Entré por la puerta y pronto me recibió un agradable calor. Saludé a mis compañeros, con los que llevaba meses trabajando allí, y la verdad era que me sentía como en casa. A pesar de nuestras pequeñas discusiones, casi siempre cuando el local estaba hasta arriba de gente impaciente, teníamos buen rollo.

—Llegas pronto —señaló Ava, sentada en el pequeño despacho improvisado que se había montado. Estaba con la cabeza enterrada en una pila de facturas y soplaba con frustración a menudo.

—¡Eh, Hailey! ¿Puedes ayudarme? —gritó Zoe desde el piso de arriba, asomando la cabeza y mostrándome el rubio de su pelo. Subí enseguida a echarle una mano, había unas cuantas cajas que recoger.

Pronto nos vimos envueltos por el trabajo, cada uno inmerso en sus propias tareas. Cuando quise darme cuenta, ya había terminado mi turno. Suspiré con decepción. No era que quisiera doblar turnos ni trabajar hasta caer rendida, pero hoy no quería regresar a casa ni sumirme en las cuatro paredes de mi habitación, que cada vez me resultaba más pequeña. Pero no podía quedarme, era una norma que había impuesto Ava: nadie iba a trabajar más de lo que exponía el contrato. Y no dudaba en pedirte que te fueras a casa cuando pasaban cinco minutos del fin del turno, aun cuando eso significaba dejar alguna tarea a medias. Era de agradecer que se preocupara de ese modo por nosotros, que fuese tan comprensiva e incluso benévola.

Como cada día, me pasaba por la cocina y cogí la bolsa que me había preparado Dan, el cocinero. Hoy tocaba ensalada de pasta. Yo era la única que se llevaba comida a casa, a veces incluso me avergonzaba de ello, pero así podría permitirme ahorrar algún dólar de más y enviarles un poco más de comida a papá y Jacob. Además, era comida que sobraba y que terminaría en el fondo de algún contenedor, y yo había aprendido cómo de valiosos eran esos alimentos como para desperdiciarlos. Así que al poco de comenzar a trabajar en el Skils Bar, antes de irme, me pasaba por la cocina, veía qué comida había sobrado y me preparaba algunas bandejas para llevarme a casa. Así tendría la comida para el día siguiente y apenas debía gastar dinero de mi sueldo en el supermercado. Hubo un día en el que Dan ya me había preparado una bolsa con varias bandejas de

comida. Sabía que a veces cocinaba algo especial solo para mí, me guiñaba un ojo antes de desaparecer con la comida, y yo le sonreía agradecida. Todos allí sabían de dónde venía y, a diferencia de mis primeros días en Seattle, nadie se había burlado de mí. Todos y cada uno de mis compañeros se habían ofrecido a ayudarme o se habían mostrado cercanos.

Salí a la calle y el frío me recibió de golpe como una losa sobre la cabeza. Observé el vaho salir de mi boca y sonreí al recordar las veces que Jacob y yo dormíamos en la misma cama en las peores noches de invierno para proporcionarnos calor el uno al otro, y jugábamos a ver quién de los dos hacía una nube más grande.

—Creo que no hay demasiadas personas capaces de sonreír con este frío.

—Aiden… —susurré, sorprendida de que estuviera aquí. No lo vi llegar. Temí mirarle, porque si lo hacía no sabía si sería capaz de lograr contener mis emociones. Ya solo su voz hizo estragos en mi interior—. Tengo que irme —anuncié, poniéndome en marcha.

—Espera —susurró, sujetándome del brazo.

—¿Qué quieres, Aiden? —espeté cansada, zafándome de su agarre y cruzándome de brazos—. No puedo continuar con esto. No puedes desaparecer cuando te dé la gana y volver cuando te apetezca creyendo que estaré aquí plantada esperándote. Has jugado conmigo todo el maldito tiempo. Desde el primer día lo has hecho. Me has buscado y me has utilizado cuando necesitabas que alguien te sacase de la realidad en la que vives, y no te ha importado una mierda dónde me dejaba todo eso a mí. ¿Y sabes qué te digo, Aiden? Que te den. Sigo sin saber quién coño eres ni qué buscas. Cuando creo que lo sé todo de ti, que puedo verte… Vas y haces algo diferente. Tal vez solo seas un cobarde y un mentiroso. —Negué con la cabeza—. Y yo soy una estúpida por enamorarme de ti —sollocé. Solté aquello alto y claro. Me daba igual mostrarme vulnerable ante él.

—No tenías que enamorarte de mí —farfulló.

—¿Ah, no? ¿Y qué se supone que tenía que hacer? —pregunté con la voz rota. Me recompuse cuando percibí que no iba a decir nada. Me reí sin gracia y proferí un gruñido que salió de lo más profundo de mi garganta—. ¿Sabes cuándo supe que me había enamorado de ti? Cuando me di cuenta de que me importaba una mierda que el mundo explotase si tú estabas a mi lado. Cuando sentí la forma en que mi cuerpo reaccionaba a ti, cómo se activaban mis terminaciones nerviosas, aquellas que ni siquiera conocía. Cuando la primera vez te miré y supe que jamás nadie me había mirado así, como si pudiera desnudarme el alma. Cuando acariciaste mis cicatrices, cuando vi la sombra del dolor atravesándote como si a ti te dolieran de la misma forma en que me dolían a mí. Cuando me obligaste a patinar y me

ofreciste una oportunidad de recuperar una libertad que creía muerta. Nunca en mi vida nadie me había hecho sentir como tú cada vez que me tocabas. Nunca había experimentado la explosión de emociones que traías contigo ni tampoco mi incapacidad para controlarlas. —Me sorbí los mocos antes de continuar. Debía tener una pinta horrible y Aiden había retrocedido unos cuantos pasos—. No sé las veces que juntos huimos en busca de algo que pudiera devolvernos las alas. Pero yo descubrí que mis alas no se han ido a ningún lugar. Las mías han ido a parar a ti, porque siempre me he sentido libre contigo. No era ese pájaro enjaulado, era como un maldito fénix: libre e imparable. Con unas alas enormes capaces de sobrevolar el Himalaya. —Tomé una bocanada de aire gélido y pestañeé en un vano intento de recuperar la visión, empañada por todas las lágrimas que derramaba —. Te quiero. Hace tiempo que esas palabras me queman la garganta y se entrelazan en mi pecho. Supongo que ahora debería decirte que ocurrió sin buscarlo, que no quería enamorarme de ti, pero no voy a buscar una excusa absurda, porque no soy ni cobarde ni mentirosa. Te quiero y me enamoré de ti sencillamente porque quise hacerlo. Porque te dejé entrar en mi vida sin invitación, permití que hicieras conmigo lo que quisieras, y no ha habido ni un solo día en que me haya ido a la cama sin pensarte. Así que… que esté en esta situación ahora mismo es porque me la busqué y porque tú no me lo has puesto fácil. —Nos quedamos en silencio, mirándonos. Aiden, con una inexpresividad abrumadora; y yo, desangrándome por dentro. Podrían haber pasado minutos, horas… Incluso años. Sentía que el tiempo se detenía y que yo solo estaba allí esperando que ocurriera algo. Cualquier cosa. En cambio, lo único que había era silencio y un Aiden impenetrable.

—No quería hacerte daño —farfulló confuso.

—No —aseguré—. Pero hacer daño a veces es inevitable —susurré, secándome las lágrimas. Miré al cielo. Comenzaba a llover; parecía que hoy algo teníamos en común.

—Ven conmigo —pidió, caminando hacia su coche. Estaba loco si creía que iba a meterme en el coche con él—. Hailey, por favor. Tengo que llevarte a un sitio para que lo entiendas —rogó. Dudé, pero terminé cediendo como una imbécil.

Esta vez el silencio que había sobre nosotros era tenso y palpable, incluso ensordecedor, aunque fuese contradictorio. Tal vez era el propio murmullo de nuestras mentes moviendo engranajes sin parar. O quizá eran todas las cosas que guardábamos haciendo amago de estallar.

Aiden detuvo el coche en las afueras de Seattle, en una pequeña urbanización con unas casas enormes y lujosas.

—Esa de ahí es la casa donde crecí. —Señaló a una en concreto. La que más sombría me pareció. Emanaba poder. Todo era

de mármol negro, blanco y dorado. A diferencia del resto, apenas parecía que alguien habitaba en ella, excepto por una luz que podía verse a través de una ventana y el movimiento del personal de servicio en la cocina. Si la miraba con determinación, casi trasmitía tristeza—. Cuando tenía siete años, un día regresé a casa con las calificaciones finales en la mano. Había aprobado todo con sobresaliente y me habían elegido el mejor alumno del año, otorgándome un diploma. Estaba feliz y orgulloso de mí mismo, y lo que más deseaba en el mundo era que mi padre se sintiera orgulloso de mí también. Fui con el papel y aquel estúpido diploma corriendo a su despacho. Llamé a la puerta esperando invitación y, cuando no la obtuve, entré igual porque había ruido dentro. Entonces me encontré a mi padre con el pantalón desabrochado y una mujer rubia encima de la mesa. Lejos de parar aquello, clavó la mirada sobre mí y terminó de follársela en mi cara —recordó. Joder. Cada día odiaba más a Adam Carter—. Corrí a buscar a mi madre. Era demasiado pequeño como para poder explicar lo que acababa de ver, ni siquiera sabía qué demonios estaban haciendo. Pero había visto cómo se besaban y, en mi cabeza de niño de siete años, no estaba bien que mi padre besase a otra mujer que no fuese mi madre. Se lo conté, le dije que papá estaba besándose con otra mujer en el despacho, y mi madre se mostró impasible. Simplemente, sonrió y me dijo que con el tiempo ya lo entendería. Me encerré en mi cuarto y lloré. No sé por qué lloraba, supongo que por la decepción o porque no me parecía bien, aunque no pudiera entender qué había visto. Más tarde llamaron a la puerta y entró mi padre. Me contó que el amor no movía el mundo, que te debilitaba y te hacía perder el tiempo. Que el amor era el peor enemigo de la humanidad. Nos complica la vida y solo trae dificultades. Ese fue el lema de mi familia desde ese día hasta el último. Crecimos con esos valores, los aprendimos y los interiorizamos. Cuando nos hicimos mayores, siempre se encargaba de recordarnos que podíamos acostarnos con quien nos diese la gana tantas veces como necesitásemos para desquitarnos de esa persona, pero estaba terminantemente prohibido mezclar el sexo con el corazón. Kaden siempre fue como mi padre. Pensaba igual que él, tanto que hasta renegó de su propia sexualidad por complacer los estándares de una sociedad cada vez más intolerante. Le gustan los hombres y, sin embargo, va a casarse con una tal Sophie. Creemos que somos una sociedad moderna, que avanzamos… Y la realidad es que seguimos juzgando algo tan sencillo como querer a alguien. Kaden salió con un chico un par de veces: Kevin. Supongo que cuando se dio cuenta de que estaba sintiendo algo por él se encerró en sí mismo. Después de aquel día no paraban de entrar y salir mujeres de su cama. Luego, Blair rompió esa especie de norma absurda y lo cierto es que en aquel

entonces yo ya estaba demasiado fuera de esa familia como para analizar o ver qué era lo que pasaba con Blair más a fondo —explicó.

—¿Por eso no puedes enamorarte? ¿Porque creciste creyendo unos valores absurdos? —Negué con la cabeza. No me creía aquello. No era eso.

—No —susurró—. No puedo enamorarme de ti, Hailey —dijo con dificultad.

—Eso ya lo has dicho.

—No he jugado contigo. No ha sido esa mi intención.

—¿Y cuál era entonces? —inquirí, clavando mi mirada en la suya por primera vez esta noche.

—No lo sé —murmuró.

—Increíble. —Suspiré, bajándome del coche en busca de un taxi que me llevara de vuelta al campus y al que no le importase que fuese a mojarle la tapicería con la ropa empapada de lluvia.

Salí del coche y corrí. Escuché de fondo las súplicas de Aiden, que gritaba mi nombre, y ni siquiera eso me detuvo.

Eran pasadas las tres de la madrugada cuando llegué a casa. Me fui directa a la ducha y dejé que el agua caliente me calentara el cuerpo. Cuando creía que había tenido suficiente, me vestí el pijama y me preparé un té hirviendo, y disfruté de él sentada sobre la cama, con la vista clavada en un punto fijo.

Ya no me dolía el corazón y tampoco estaba enfadada. Quizá porque estaba demasiado cansada hasta para sentir dolor.

CAPÍTULO 45

Aiden

Tres semanas después

Oficialmente se había terminado el semestre y los Washington Tigers, como era de esperar, habíamos ido a recoger el diploma oficial de nuestra graduación. A diferencia del resto de promociones, a nosotros no se nos hacía un acto como tal, pues se suponía que todos habíamos entrado en el equipo con la idea en mente de fichar por algún equipo, y graduarnos en una carrera solo era un requisito obligatorio e imprescindible. Recogimos el diploma con orgullo y después nos tomamos una cerveza con el entrenador en el campo como única celebración. Oficialmente estaba graduado en Economía y Finanzas, o eso decía el papel que sostenía en la mano.

—¿Me estás escuchando? —preguntó Tyler, cabreado, mientras dejaba de meter ropa en la maleta.

—Sí… Sí… El equipo, el piso… Savannah —repetí devolviéndole mi atención.

—Genial —gruñó—. ¿Qué se supone que vas a hacer en Navidad? Aún estás a tiempo de venir a pasarla conmigo y con mi familia —me recordó. Ya me había negado a ello.

—Tengo otros planes —mentí desviando la mirada.

—Estoy preocupado por ti, Aiden —reconoció—. Dejé que pasara el tiempo y te centrases en aprobar los exámenes, pero no puedo continuar evitándolo. Y tú tampoco. —Suspiró—. Entiendo que estos últimos meses has pasado por muchas cosas. Sé que dejar ir a Blair fue duro para ti y sé que descubrir la verdad de todo, de quien eres… Tuvo que ser complicado. Y sé toda la mierda que tienes encima ahora mismo, que estás entre la espada y la pared, pero si no sueltas lo que sientes va a destruirte. Y después está Hailey.

—¿Qué pasa con ella? —dije furioso. Últimamente, siempre que se mencionaba a Hailey me cabreaba.

—No sé qué ha ocurrido, pero lleváis tres semanas evitándoos. No tengo ni idea de lo que ha estado haciendo Hailey, además de estudiar para los exámenes, pero sé qué has estado haciendo tú. Y te has pasado tres semanas estudiando y has intentado follarte al menos una decena de chicas, que han salido corriendo avergonzadas de tu

cuarto antes de que llegara a ponérsete dura. No has tocado la guitarra ni tampoco te has venido a tomar una cerveza con nosotros, y no te he visto sonreír ni una sola vez o meterte conmigo o con Sav.

—Ya lo sabes —escupí apartando mi mirada. Tyler lo sabía todo, era mi amigo y confiaba en él. Sabía lo complicada que estaba mi vida y odiaba que me dijera cómo se suponía que tenía que actuar.

—Lo único que sé es que te estás equivocando y si no cambias el rumbo de tus decisiones vas a hundirte solo —dijo enfadado—. Escogiste la opción fácil, Aiden. Crees que eres un héroe y lo único que estás haciendo es convertirte en un cobarde, porque es más sencillo que reconocer que te has enamorado de Hailey y que prefieres pensar que sacrificarte por ella es mejor que luchar juntos. Porque te da miedo lo que sientes. Te asustas cuando estás frente a ella y te domina lo que sientes.

—¡¿Y qué importa si la quiero?! —grité empujándolo. Mostrando la misma furia con la que él me observaba—. No puedo permitir que le pase algo malo o a su familia… Ella no necesita esta mierda, Tyler —dije con la voz rota y presa de miedo.

—Lo que Hailey necesita tú no lo sabes. ¿Por qué no le has preguntado a ella qué quería? —soltó. Maldita sea. Me quedé mirándole sin decir nada, y él sonrió con ironía porque ya conocía la respuesta y yo me negaba a reconocerlo—. Porque si hubiera sabido la verdad te hubiera agarrado de la mano e iría a lanzarse de cabeza contra el tsunami sin tener la menor idea de nadar y sin importarle las consecuencias. Porque ella no es como nosotros, no tiene nuestra fragilidad. Hailey es dura. Ha pasado por tanto dolor en su vida que no le teme a nada ni a nadie, porque sus desgracias le enseñaron que el juego de la vida se gana peleando.

—Tanto ensalzar a Hailey va a hacerme creer que te gusta —dije mirando por la ventana.

—Vete a la mierda, Carter —dijo con seriedad—. Lo único que quiero es ayudarte, pero es imposible hacerlo cuando no te dejas. Algún día comprenderás que no estás solo, pero quizá para ese día hayas lanzado tu carrera deportiva, tu vida y a tu chica por la borda. —Cerró la maleta y ambos tragamos saliva. Nunca nos habíamos separado y ahora tocaba escoger caminos diferentes. Me acerqué a él y nos fundimos en un abrazo—. Llámame si necesitas algo, capullo. —Noté su sonrisa en la voz. También la emoción que se negaba a mostrar.

—Dile a Savannah que a ella también voy a echarla de menos —murmuré. Habían decidido irse juntos a Oregon, pese a que a Sav aún le quedase un año para graduarse, por ello pidió un cambio de expediente. —Espero que me regales entradas para ver los partidos —bromeé separándome de él.

—Si cambias de opinión, en menos de una hora estás en DuPont, con tu segunda familia —me recordó. Asentí. Mi segunda familia, aunque siempre los había considerado como la única.

Tyler salió por la puerta y dejó el apartamento que compartíamos vacío. Ya ni siquiera quedaban mis cosas, puesto que las había trasladado al ático, donde se suponía que debía vivir a partir de ahora. Ya solo quedaba yo por salir y me estaba costando hacerlo. Aquel apartamento guardaba grandes momentos con Tyler y los chicos. También años que, si los miraba en perspectiva, fueron los mejores de mi vida. Y dolía desprenderse de esos recuerdos, que comenzaban a pesar demasiado. Pero todavía me quedaba un lugar. Mi sitio. Subí por las escaleras de emergencia hacia la azotea. Aquel rectángulo fue mi refugio durante años, ahí no había nada que pudiera alcanzarme. En la cima de este edificio de ladrillo me había sentido invencible. Pero me había olvidado de que desde hacía meses aquella azotea no solo era mi refugio, sino también el suyo. Habían pasado tres semanas desde que salió corriendo bajo la lluvia de mi coche y este tiempo nos habíamos evitado tanto que nos habríamos visto unas tres veces.

Nos miramos durante unos segundos que se hicieron eternos y después ambos bajamos la mirada.

—Enhorabuena. He oído que ya te has graduado —dijo, aclarándose la garganta. La miré y esta vez me fijé en ella. En sus ojeras, en los ojos rojos y las mejillas sonrojadas. Había estado llorando.

—¿Va todo bien? —pregunté despacio.

—Sí —asintió—. Solo que es Navidad y que soy casi la única persona en todo el campus que no vuelve a casa. —Parecía tan triste que tuve que contenerme para no ir a abrazarla.

—Tengo un regalo de Navidad para ti —solté de pronto. Era algo que había pensado hacía unos meses, pero que me había propuesto olvidar dadas las circunstancias.

—¿Para mí? —susurró, casi inaudible.

—Sí —confirmé—. Pero tienes que confiar en mí —añadí, pasándome la mano por la nuca con nerviosismo.

—Confío en ti, Aiden —aseguró, regalándome una sonrisa tímida.

—Entonces prepara una maleta con algo de ropa —pedí.

—¿Nos vamos de viaje? —bromeó.

—Algo así —respondí, no muy convencido—. Te recogeré en media hora. Hay que darse prisa, no tenemos mucho tiempo —dije mirando el reloj.

Había ido al ático a por algo de ropa y lo necesario, y media hora más tarde estaba estacionando el coche frente a Hailey, que ya

estaba esperándome fuera. Apenas había cogido una mochila. Sonreí porque no se imaginaba lo que le esperaba.

Se subió al coche, se colocó el cinturón y suspiró. Parecía nerviosa y ansiosa. Yo me sentía igual. Puse el coche en marcha y pronto circulábamos por la interestatal. Era raro todo entre nosotros, daba la sensación de que teníamos que hablar de algo, aclarar lo que había pasado… Pero no lo hicimos y el silencio en esta ocasión resultaba desagradable.

—Parece que vamos al aeropuerto —rompió el silencio, frunciendo el ceño.

—Es que vamos al aeropuerto. —Sonreí.

—¿Qué? —farfulló. Le tendí unos papeles que guardaba en el hueco del reposabrazos del coche—. Tienes que estar de broma… —dijo con desconcierto—. ¿¡Vamos a Florida!? —No dije nada. Simplemente, sonreí y me relajé al ver su expresión de felicidad en la cara.

El camino al aeropuerto no era muy largo, pero me lo pareció mientras veía Seattle desapareciendo poco a poco por la ventanilla.

Cuando llegamos a la cola, me giré y miré a Hailey. Que estaba sonriéndome y mirando todo, alucinada. Quizá, cuando regresásemos, las cosas habrían cambiado entre nosotros, aún más de lo que ya lo habían hecho. Me había dado cuenta de que, en realidad, lo único que deseaba en este instante era olvidarnos de las últimas tres semanas. Volver a ser los que éramos por un ratito y sentirnos libres, aunque fuese dentro de una burbuja, justo a punto de alzar el vuelo.

Pese a las dudas y el futuro incierto.

Pese a lo que no podía ser.

Pese a todo.

—Escúchame, Hailey… Yo… —empecé, pero me vi tartamudeando por el nerviosismo.

—Olvídalo, Aiden —se apresuró a decir—. Dejémonos llevar. Solo eso —susurró, abrumada, sin dejar de mirar a su alrededor. Imaginé que el ajetreo del aeropuerto debía aturdirla; mucha gente, indicaciones, movimiento, pantallas informativas en todos lados…—. ¡Esto es increíble! Cuando me dijiste que tenías un regalo pensé en una camiseta o un peluche, pero… ¿Florida? ¿Te has vuelto loco?

—Sarasota concretamente —puntualicé—. Querías ver el mar, ¿no?

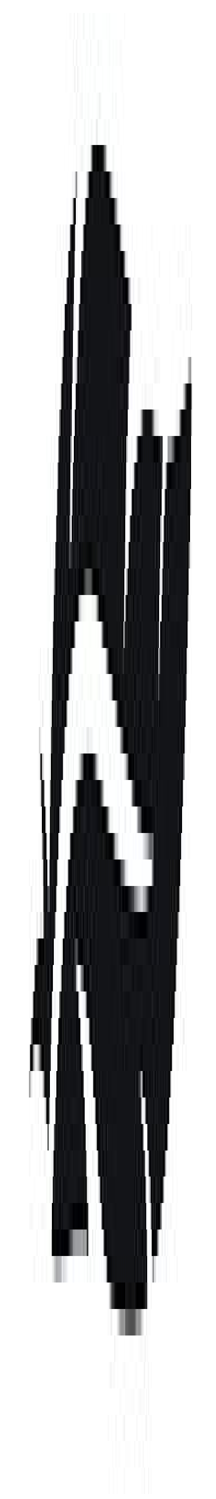
—Gracias —murmuró sin encontrar palabras que decir, visiblemente afectada.

Me giré con los labios apretados y el alma en los pies y enfilé los pasos hacia el control de seguridad, donde Hailey imitaba mis movimientos con atención. Después nos dirigimos, apresurados, a la zona de embarque y por fin pudimos sentarnos en el avión que nos

llevaría a nuestro destino. Había escogido viajar en primera clase, por lo que cuando llegamos a nuestros asientos gozábamos de unos agradables sillones alargados donde podríamos estirar las piernas. Nos facilitaron una manta y todo tipo de comida y bebida. Me había clavado en la memoria la expresión del rostro de Hailey ante todo eso. A veces, se me olvidaba de dónde venía.

Desde la ventanilla del avión, las montañas se veían como una enorme sábana blanca. Las contemplaba en silencio. Las nubes, que lo salpicaban todo aquí y allá. Apoyé el codo en el reposabrazos y sonreí para mí sin dejar de observar las vistas.

—Es increíble que esta cosa pueda volar y dejarnos en la otra punta del país en apenas cinco horas —dijo con inocencia mientras le daba un mordisco a un plato de pasta. Que no tenía demasiada buena pinta, pero que olía maravillosamente.



No importaba que fuera invierno ni que hiciese frío, aterrizamos en

Sarasota y nos fuimos directos a la playa. Nos quitamos la ropa y nos zambullimos en el oleaje. Nadamos, nos sumergimos y volvimos a salir a flote. Hailey no pudo contener la emoción y estalló en un llanto de felicidad, tumbada sobre la arena.

—¿Por qué Florida? —preguntó cuando recuperó el aliento.

—¿Y por qué no? —respondí, encogiéndome de hombros. No era el estado más bonito con costa del país. Tampoco teníamos tiempo para recorrerla de arriba abajo o asomarnos a cada acantilado, por mucho que lo deseara. Solo estábamos de paso y únicamente habíamos venido hasta Florida para ver el mar antes de nuestro destino final.

—Llámame loca, pero la gente normal no suele coger un avión ni recorre miles de kilómetros sin una razón. —Se rio. Creo que podría componer una canción únicamente con la melodía de su risa—. ¿Hasta cuándo estaremos aquí?

—Hasta… —Miré el reloj, fingiendo pensar—. Cuatro horas como mucho.

—¡¿Qué?! —exclamó—. ¡Estás completamente loco! ¿Quieres decir que… hemos pasado cinco horas dentro de un avión únicamente para disfrutar cuatro horas de la ciudad antes de volver a Seattle?

—He dicho que tenemos cuatro horas para hacernos una foto con el Unconditional Surrender Sculpture, dar un paseo por South Lido Park, visitar el acuario y terminar la tarde paseando por Cayo Hueso antes de volver al aeropuerto —enumeré todos los sitios que había encontrado en la guía de Sarasota y que habían llamado mi atención. Me puse en pie y le ofrecí mi mano para levantarse. Tiré de ella ligeramente y nos subimos al coche de alquiler que habíamos cogido en el aeropuerto.

La primera parada fue para fotografiarnos en el Unconditional Surrender Sculpture. No tenía nada de especial. Sin embargo, era una parada obligatoria en Sarasota. Aquella pareja gigante, besándose, representando la popular imagen que se tomó en 1945 tras finalizar la II Guerra Mundial entre un marinero y una enfermera. Quizá la realidad no fue tan idílica, pues se dice que aquel marinero había besado a todas las mujeres que se había encontrado a su paso por Times Square. No creía que besar a alguien sin su consentimiento fuese lo correcto, pero, después de una guerra de por medio, miles de muertes y crueldad, no me parecía una atrocidad salir a la calle a regalar besos y abrazos. A continuación, fuimos a Lido Park. Paseamos por sus áreas boscosas, le dimos de comer a las aves y fotografiamos diferentes especies, para terminar la visita comiendo un gofre con chocolate en la arena. Y, finalmente, el acuario. Hailey se sorprendió de que, igual que ella, yo tuviera una primera vez, y era que nunca había ido a un acuario. Supongo que si hubiera tenido una familia

normal hubiéramos realizado alguna excusión, como mínimo, al acuario de Seattle. Pasamos al menos dos horas perdidos dentro del fondo marino. Vimos tortugas gigantes, tiburones y peces exóticos. Fue mágico. Me sentí como ese niño de ocho años que visitaba por primera vez el acuario y se quedaba embobado mirándolo todo. Y, cuando quise darme cuenta, era hora de regresar al aeropuerto.

—Gracias por esto —susurró mientras pasábamos los controles de seguridad—. Por todo. Nunca he tenido un regalo de Navidad, pero sin duda este hubiera sido el mejor. —Se lanzó a mis labios y los devoró como si no estuviéramos en un aeropuerto rodeados de gente. Y no me importaba que lo hiciera, adoraba la capacidad que tenía de extinguir lo que había a nuestro alrededor.

—Esto solo fue una locura rápida —dije, separándome un centímetro de su boca—. El verdadero regalo aún no lo has visto. —Sonreí contra su boca, volviendo a besarla.

Me pregunté si era que nunca tendría suficiente de ella, joder. Claro que no. Era imposible aburrirse de Hailey. Y, ahí, en mitad del aeropuerto, con Hailey enroscada a mi cintura y su espalda contra una columna, estábamos peligrosamente condenados a ser sancionados por el espectáculo que estábamos dando… O a terminar jodidamente más rotos de lo que ya estábamos, si es que eso era posible. Daba igual las órdenes que ejerciera la parte racional de mi cerebro, pues el corazón tomaba su propio rumbo sin importarle las consecuencias de las decisiones que tomaba como un maldito kamikaze.

CAPÍTULO 46

Hailey

Jamás hubiera imaginado que después de las tres últimas semanas estaría, por primera vez, en un avión viajando a algún lugar con Aiden a mi lado. Hubiera creído que era una broma pesada y con poca gracia, porque en esas tres semanas mi corazón se sentía como si lo hubiera lanzado contra el asfalto. Había estudiado hasta quedarme dormida encima de los apuntes día tras día y había ingerido una cantidad de helado de chocolate que me avergonzaba admitir. Pero había aprobado cada asignatura con matrícula, y eso hacía que me sintiera orgullosa de mí. También significaba que me darían una bonificación extra de cien dólares por cada matrícula, o eso prometía la documentación de la beca.

—Esto solo fue una locura rápida —dijo, separándose un centímetro de mi boca. Anhelando sus labios—. El verdadero regalo aún no lo has visto. —Sonrió contra mi boca.

Jamás hubiera imaginado lo que aquellas palabras escondían. Ver el mar fue lo más increíble que había retenido en la retina en toda mi vida. Lo primero que pensé fue en lo imponente que parecía y cómo lograba hipnotizarte con el vaivén de las olas y el sonido, augurando calma, de cada ola rompiendo en la orilla. Después imaginé todo lo que escondería y que éramos incapaces de apreciar. Solo éramos capaces de ver la superficie, la piel del océano. En cambio, los secretos, los tesoros, los barcos perdidos… Todo eso permanecía ahí dentro, inalcanzable y sepultado por litros y litros de agua. Luego nos sumergimos sintiendo el frío del invierno, erizándonos la piel, y el agua salada, reconfortándonos. Podría haberme quedado en ese instante el resto de mi vida. Flotando. Pero Aiden tenía otros planes y primeras veces que ofrecerme. Sarasota no era demasiado grande ni tenía demasiado que ver, pero albergaba unas playas preciosas y con eso me bastaba para creer que sería el sitio más bonito que vería en toda mi vida.

Me golpeó la decepción cuando estábamos de nuevo en al aeropuerto y el día había durado tan poco que deseé poseer veinticuatro horas más. No quería regresar a Seattle, todavía no. Porque cuando lo hiciéramos nosotros volveríamos a ser los que

fuimos en las últimas semanas, porque no podíamos ser otros. Porque yo estaba enamorada de él y le había ofrecido el corazón en la mano, y él simplemente lo había cogido para romperlo. Y estar allí, en esa especie de tregua que nos habíamos declarado, no solucionaba las cosas ni menguaba el dolor. Sino que sabía casi con certeza que, cuando volviésemos a Seattle, todo iba a estar más roto que antes. Porque lo sentía. En cada maldito segundo que pasaba a su lado le quería más y únicamente con estar a su lado complicaba las cosas un poco más.

—Necesito que te pongas esto —pidió, sacando un antifaz del bolsillo. Me reí, quitándoselo de las manos.

—¿Qué es esto? —pregunté desconcertada.

—Un antifaz —respondió fingiendo inocencia.

—Eso ya lo veo —dije cruzándome de brazos.

—¿Confías en mí, Hailey? —susurró en mi oído, peligrosamente cerca. Maldije entre dientes y proferí un gruñido desde lo más hondo de mi pecho. ¿Confiaba en él? Sí, sí que lo hacía, maldita sea. Y no tenía ni idea de por qué.

—Sí —aseguré.

—Pues póntelo —ordenó. Temblé, pero le hice caso.

Con los ojos tapados me condujo por el aeropuerto de la mano, me ayudó en los controles de seguridad y se encargó de ponerme el cinturón de seguridad en el avión. Después me colocó unos auriculares gigantes y reprodujo una lista de música propia. Era él, su guitarra y su voz. Joder. Estaba empezando a creer que quería torturarme. Se comportaba de esta forma y luego huía de mí por lo que me hacía sentir. Era imposible no enamorarse de ese Aiden.

No sabía de qué iba todo esto, simplemente hice lo que me pidió sin protestar. Y, cuando me di cuenta, me sorprendí al notar cómo el avión aterrizaba. El viaje a Seattle se me había hecho más corto que a Florida, quizá tenía que ver con que me pasé la mayor parte del viaje durmiendo.

—¿Puedo quitarme esto ya? —rogué señalando el antifaz.

—No —dijo riéndose—. Aguanta un poco más hasta llegar.

—¿Hasta llegar a dónde? —quise saber—. ¿Qué hora es?

—Las cinco —respondió mientras me conducía con cuidado por unas escaleras y me ayudaba a colocar sobre los hombros la mochila que había traído.

Nos subimos a lo que intuí que sería su coche y pronto comenzamos a movernos. Hicimos una parada en algún lugar. Aiden salió del coche y regresó con un dónut de chocolate gigante, que compartimos mientras hacía esfuerzos por no llenarme la cara de comida.

Condujimos durante al menos media hora más, o eso me

pareció a mí. Después Aiden detuvo el coche y me ayudó a salir.

—Feliz Navidad, Hailey —susurró en mi oído, justo antes de quitarme el antifaz. Apreté los ojos con fuerza por el impacto de la claridad y esperé a acostumbrarme antes de volver a abrirlos.

Se me nubló la vista y un mar de lágrimas incontrolables caían por mis mejillas. Ni siquiera era capaz de abrir la boca para agradecerle lo que había hecho por mí; estaba sobrecogida y abrumada. Explotaba de felicidad por dentro y estaba profundamente agradecida por ello, así que dejé que esa emoción se apoderara de mí y se acomodara en el fondo de mi ser.

Dicen por ahí que no hay nada como volver a casa. En mi caso, había infinidad de cosas mejores que regresar al lugar al que pertenecía, sobre todo cuando este no tenía nada para ofrecerte. Sin embargo, corría por mis venas una débil corriente de excitación, recordándome lo kamikaze que era. Cogí una profunda bocanada de aire fresco, con olor a campo, tan diferente al de la brisa marina que había respirado hacía unas horas. Había pasado medio año y aquí estaba ahora, cuando las montañas se tapaban de nieve en invierno, cuando el frío apretaba con ganas y la comida flaqueaba más de lo que ya era habitual. Observé a mi alrededor, las casas deterioradas y en ruinas que había a ambos lados de la carretera, llena de baches y basura. En algunas creí ver una ligera mejora. Y luego clavé la mirada al final de la calle. Observé durante varios minutos el único hogar que había conocido hasta hacía escasos seis meses y una inesperada paz me inundó, haciendo que esbozara una sonrisa, porque esa casa era una de esas a las que se les podía apreciar una mejora.

Había salido de Bearden sin mirar atrás, con una mochila vieja y roída como único equipaje, pero llena de sueños que alcanzar y una promesa que cumplir. Y de algún modo liberé a mi familia.

—Papá —susurré cuando le vi observarme pasmado desde la puerta de nuestra casa mientras caminaba por la carretera con rapidez, esquivando la basura y algún tractor madrugador, en su dirección.

—¡Hailey! —gritó, aún paralizado.

—¡Papá! —grité entre lágrimas para que me oyera bien. Que todo el mundo se enterara de que estaba aquí.

—¡Hailey! —Jacob salió corriendo en mi busca hasta fundirnos en ese abrazo que llevábamos demasiado tiempo esperando. Había crecido, lo noté porque esta vez tuvo que agacharse más de lo habitual—. Te echaba de menos —susurró contra mi oído.

—Hailey… —Papá sollozó detrás de mí. Nos miramos durante unos instantes, y pronto Jacob y yo nos lanzamos a sus brazos y los tres nos fundimos en un abrazo que significaba todo para nosotros. En un abrazo con el que habíamos soñado antes incluso de marcharme a

Seattle, pues me había ido sin tener la menor idea de cuándo regresaría. Siempre había creído que cuando volviera a pisar Bearden sería ya con mi título en la mano—. ¿Qué haces aquí? —interrogó, separándose un poco de mí.

—Aiden… —empecé, señalando al culpable en cuestión. Luego me di cuenta de que no sabía cómo explicar esto.

—Soy un amigo de Hailey de la universidad. Encantado de conocerle, señor Peterson. —Agradecí en silencio que saliera en mi ayuda.

—Puede llamarme Daniell —respondió, estrechándole la mano con desconfianza. E inmediatamente Jacob se presentó ante Aiden.

Papá sugirió entrar mientras Aiden anunciaba que iba al coche. Todo estaba cambiado. Habían reparado las ventanas rotas y ya no entraba tanto frío como de costumbre. Además, papá había comprado pintura en un color arena y había pintado todas las paredes de la casa. También visualicé mantas recién salidas de la tienda, algo de ropa nueva y una pequeña chimenea en el salón que antes no estaba ahí, y en la que papá y Jacob trabajaron durante meses. Tampoco había goteras y habían reparado las tablas rotas del suelo, con las que era casi habitual cortarse. También habían comprado un sofá de segunda mano para sustituir lo roto y viejo que estaba el anterior. Me emocioné enseguida al comprobar que su vida había mejorado conmigo fuera. Sabía que todas las cajas de alimentos que enviaba cada mes les habían facilitado la vida, y ahora lo que ganaban con el taller lo habían invertido en el hogar.

—Si hubiéramos sabido que venías… Hubiéramos ido a por leña para encender la chimenea o hubiéramos limpiado un poco, incluso tenemos comida acumulada de todas esas cajas que nos llegaron… Podríamos haber preparado algo para comer o… —Papá estaba nervioso y preocupado. Sonreí.

—Papá, es genial. No necesitamos nada de eso. Con estar aquí juntos, justo en Navidad, ya es un regalo de la vida. —Esbocé una sonrisa y recibí otras dos a cambio.

—¡Estás preciosa! ¿A que sí, Jacob? —exclamó papá, mirándome de arriba abajo.

—Sí, ya se viste como los ricos —bromeó, mirando mis pantalones vaqueros y mi jersey rojo de lana.

—No me vendría mal algo de ayuda por aquí —gruñó Aiden, trastabillando en la puerta. Corrí a ayudarle, traía un carro lleno de cajas.

—¿Qué demonios es esto? —farfullé ayudándole.

—Regalos —dijo con una amplia sonrisa, encogiéndose de hombros. Como si no nos hubiera brindado ya el mejor regalo—. ¡Y

desayuno! ¿O crees que solo he comprado dónuts de chocolate para ti? —Me tendió una caja con al menos una docena de dónuts de chocolate, churros, magdalenas y un termo que aún ardía de chocolate caliente.

—*Wow*… —Jacob no podía articular palabra de la emoción y papá se mostraba similar. Ambos intentaban ocultar cómo se les hacía la boca agua, tal vez por vergüenza o quizá porque nunca experimentaron nada parecido. Los entendía porque esa había sido mi primera reacción cuando el primer día que conocí a Mía me esperaba con un perrito caliente y un plato de patatas.

Fui yo la primera en dar el paso. Me acerqué a la pequeña mesa y cogí un dónut con un vasito. Me siguió Aiden, y finalmente Jacob y papá. Presté atención al primer bocado, quería guardar para siempre esa imagen porque sabía lo que ese simple dónut significaba para ellos. Nunca habían comido nada tan sabroso y no se preocuparon por ocultarlo. Tuve que hacer un esfuerzo para contener las lágrimas nuevamente, estaba tan feliz de estar allí… Miré a Aiden, que estaba a mi lado. Me rodeó los hombros y me acercó a él, sonriéndome. Parecía relajado y feliz de estar allí. Me pregunté qué pensaría de todo aquello si lo comparaba con su casa y su vida, pero lejos de juzgarlo era como si lo admirase. Nos perdimos en los ojos del otro, le regalé una mirada llena de significado y le di las gracias en silencio. No me pasó desapercibida la mirada de complicidad de papá y Jacob ni la sonrisita de este último.

Desayunamos el chocolate caliente y decidimos pasar el resto del día en casa cuando vimos caer los primeros copos de nieve. Papá y Jacob insistieron en que no podían quedarse con nosotros y perder dos días de trabajo, pues el día de Navidad, incluso en los suburbios de Bearden, no se trabajaba. Supongo que por tradición o simplemente porque un día no iba a cambiar la economía de nadie. Pero Aiden, que parecía encantarle a todo el mundo, terminó convenciéndoles. Al final, nos pusimos unos abrigos y salimos a buscar algo de leña para estrenar la chimenea. Nos reímos de Aiden y de sus problemas para caminar con agilidad sobre la nieve, o de cómo se sonrojó cuando descubrió para qué necesitábamos un hacha. Regresamos a casa hacia el mediodía y, mientras papá le enseñaba a Aiden a encender la chimenea, Jacob y yo preparábamos algo de comer.

—Hailey… —me llamó Jacob. Me giré a mirarle, dándole invitación a continuar—. Gracias por enviarnos tanta comida variada. —Me abrazó y yo tragué el nudo de mi garganta malamente—. Tenías que ver la cara de felicidad de papá cuando ese día cenamos por primera vez en mucho tiempo algo caliente. Gracias a eso hemos podido reparar algunas cosas en casa. No es que ahora sea un palacio, continúa siendo la misma pocilga de siempre, pero un poco más

agradable y cómoda. —Sonrió nervioso, pasándose la mano por la nuca—. ¿Cómo es, Hailey? —susurró esperanzado.

—¿Cómo es el qué?

—El mundo y la vida ahí fuera —apuntó—. Imagino que bien, porque te veo tranquila y feliz. O eso pareces.

Dejé de remover el guiso y me apoyé sobre la pared, reflexionando sobre eso.

Sobre la felicidad, y, como imágenes sacadas de un fotomatón, visualicé mis últimos seis meses. El día que llegué a Seattle, cuando conocí a Mía y asistí a mi primera fiesta universitaria. Las clases divertidas con Liam. Ava y mis compañeros del Skils Bar. Cuando conocí al equipo de los Washington Tigers y la primera vez que, junto con Aiden, recorrí cada rincón de Seattle. La Bahía de Elliot, su noria, cuando subimos a lo alto del Space Needle o follamos en la azotea del Sky View Observatory. Cuando nos encontramos cara a cara con nuestras cicatrices e hicimos de nuestras imperfecciones una guerra, desnudándonos el uno frente al otro sin saber que íbamos a perder. Especialmente yo, que había abandonado el corazón por el camino. Cuando bailamos en Gas Work Park al ritmo de *Thousand Years*, o cuando se subió al escenario y cantó *Kiss Me* de Ed Sheeran dedicándomela en secreto. O simplemente cada conversación irrelevante en la azotea. Nuestro sitio, como a mí me gusta llamarlo. Fui feliz en todos esos instantes. Pero también recordé otros. Mis primeros días, cuando caminar por el campus era atravesar una guerra cruzada de insultos y burlas, cuando colgaban fotos en los pasillos o cuando ni siquiera se esforzaban en ocultar el desagrado. Ahí solo podía sentir tristeza. Incluso visualicé a Matt y el miedo paralizándolo todo. También la ansiedad colonizándome el cuerpo al no saber con certeza cómo estaban papá y Jacob. La añoranza de nuestros días juntos o las conversaciones acerca de nuestros sueños con Emily… Fui consciente de que todas las emociones fuertes tenían algo en común (la felicidad, la tristeza, el miedo…), y era que, cuando dejábamos de sentirlas, ya solo nos quedaba la calma. Y ahí estaba la verdadera felicidad. En construir una vida con, como principal pilar, la calma. De mirar nuestro reflejo en el espejo y únicamente ver tranquilidad.

—El mundo ahí fuera es infinitamente mejor de lo que te imaginas, Jacob. Pero eso no quiere decir que lo que ya conocemos sea peor, simplemente son diferentes. Hasta esta mañana no tenía ni idea de lo mucho que había echado de menos Bearden hasta que puse un pie de vuelta. Eso no quiere decir que quiera recuperar esta vida, significa que fui feliz aquí con vosotros y que en Seattle estoy justo donde quiero estar, porque es por lo que luché casi toda mi vida y me proporciona tranquilidad —respondí después de unos minutos—. Cuando salgas de aquí entenderás de lo que hablo, porque serás tú

quien lo esté viviendo.

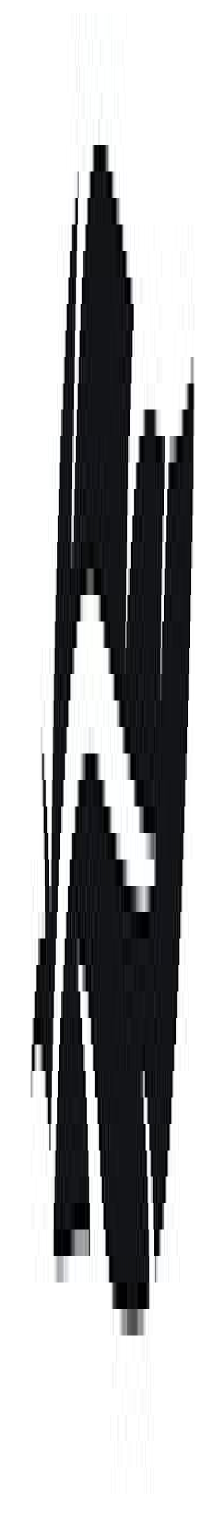
—¿Crees que lo lograré? —dijo en un hilo de voz.

—¡Por supuesto! Te darán la beca y te irás —aseguré haciéndole cosquillas.

—¿Por qué no dudaste? —soltó como si tuviera una bomba en las manos—. No te lo estoy echando en cara, yo mismo te hubiera obligado a irte si hubieras dudado. Es… Simplemente, si lo pienso, a mí me costaría irme sin mirar atrás y no saber qué pasaría con papá. En cambio, tú no miraste hacia atrás ni siquiera cuando nos despedimos en la estación de autobuses. Te ajustaste la mochila y caminaste hacia delante sin titubear. Hiciste lo que tenías que hacer, lo que papá y yo queríamos que hicieras con valentía. Y es obvio que a todos nos ha ido mejor y ahora sé que papá estará mejor cuando me vaya yo… Pero… Me resulta inevitable pensarlo.

—Porque se lo prometí a mamá —dije al fin—. Tenía que cumplirlo. —Volví a girarme y me centré en revolver el guiso que ya estaba cocinado.

Comimos alrededor de la mesa, era la primera vez que estábamos en casa para la hora de comer y podíamos gozar de un plato caliente para paliar el frío. La chimenea parecía funcionar, pues ya podía notarse más calor en el ambiente. El resto de la tarde nos lo pasamos viendo películas, Aiden se había traído su ordenador portátil y le había descubierto Netflix a mi familia. Así que al menos disfrutamos de seis horas continuadas de sofá, películas y palomitas, que Aiden había comprado en la tienda de los dónuts. Pero el problema vino cuando descubrió que en el tercer mundo no había microondas, y hacerlas en la sartén fue una catástrofe que terminó con la cocina llena de palomitas saltando rebeldes y un ataque de risa resonando por las paredes. Antes de que cayera la noche, Aiden y Jacob salieron a la nieve y jugaron al fútbol mientras papá y yo nos poníamos al día hasta terminar derramando lágrimas. Pero qué sano era llorar de felicidad en el regazo de papá. Hablamos de todo, de cómo me iba en la universidad, de lo orgulloso que se sentía de mí, de cómo era mi vida allí y cómo les iba a ellos en Bearden. Hablamos también de Aiden, ya que había notado que existía algo entre nosotros. Y, aunque al principio intenté ocultárselo, pronto me vi contándoselo todo como si en lugar de mi padre fuese Emily o Mía. Después nos fuimos a dormir. Papá ofreció su cama a Aiden, pues yo compartía cuarto con Jacob, pero Aiden insistió en dormir en el sofá.



No recordaba lo que era despertarse a las seis de la mañana hasta que

Jacob se lanzó sobre mí y no paraba de gritar que bajase a desayunar. Me vestí y me arrastré hacia abajo. Había café, tostadas, huevos revueltos…

—Ese sofá es una porquería —gruñó Aiden—. Me he levantado a las cinco de la madrugada y he ido a comprar el desayuno, porque, si pasaba un solo segundo más tumbado en esa… cosa, iba a terminar paralítico —masculló, provocándome una carcajada. Papá y Jacob tomaban café y nos observaban desde la mesa con una sonrisa—. Feliz Navidad, por cierto —dijo señalando el pequeño árbol que papá y Jacob habían puesto, y que ahora estaba repleto de regalos—. ¡Venga, abridlos!

Nunca habíamos tenido regalos en esta casa. Nunca había visto tantos paquetes juntos. De hecho, cuando vi a Aiden traerlos todos creía que se trataba de simples cajas de decoración. Se había esforzado muchísimo, nos estaba brindando una Navidad única. Sabía que para él no era nada el dinero que se había gastado; para lo que nosotros era una fortuna… para él era lo que se ingresaba en su cuenta del banco cada minuto.

Había comprado menaje de cocina nuevo, cortinas, alfombras, sábanas y nórdicos calentitos, ropa, algún mueble nuevo que papá estaba deseando montar, comida, un balón de fútbol y dos entradas con dos billetes de avión y todo pagado para ver Los Angeles Rams en primavera.

—Muchísimas gracias, hijo —masculló papá con lágrimas en los ojos—. Esto es demasiado… No sé si podremos aceptarlo. —Se disculpó, negando con la cabeza y mirándome.

—Claro que podréis —aseguró Aiden, casi al instante que un montón de ruido, coches y villancicos llenaran nuestras calles.

Salimos atraídos por el ruido y vimos cómo una fila de puestos ambulantes de comida bajaban desde la zona alta de Bearden hacia nosotros. Todos los vecinos estaban asomados en la puerta o en la ventana, expectantes por lo que ocurría. Comenzaron a detenerse y abrir sus puertas, colocaron algunas mesas y acto seguido encendieron las cocinas.

—¡Este año vuestra tradicional guerra de bolas de nieve tendrá lugar después de una buena comida! —La voz de Aiden sonó alta y proyectada a través de unos altavoces. Inmediatamente, miré hacia él, que aún continuaba a mi lado—. ¡Feliz Navidad, Bearden!

—¿Qué has hecho? —pregunté mirándole.

—No era justo que los que viven en la zona alta disfrutasen de un mercadillo navideño tan grande, así que utilicé mi apellido y mi cuenta del banco para sobornar a algunos puestecitos de comida, asegurándome que sirvieran toda la comida posible y que preparasen algunas bolsas para llevar.

—¿Por qué has hecho eso? —dije emocionada.

—Porque puedo. —Se encogió de hombros, restándole importancia—. Porque nunca he hecho feliz a nadie y me parece más que justo hacer feliz en Navidad a toda esta gente y sacarles, por un segundo, de su día a día.

—A mí me haces feliz —susurré con lágrimas en los ojos. Nos miramos con intensidad. Me estaba costando una barbaridad no lanzarme a sus labios, y casi pude apreciar cómo él se contenía. Iba a responder, pero alguien se le adelantó.

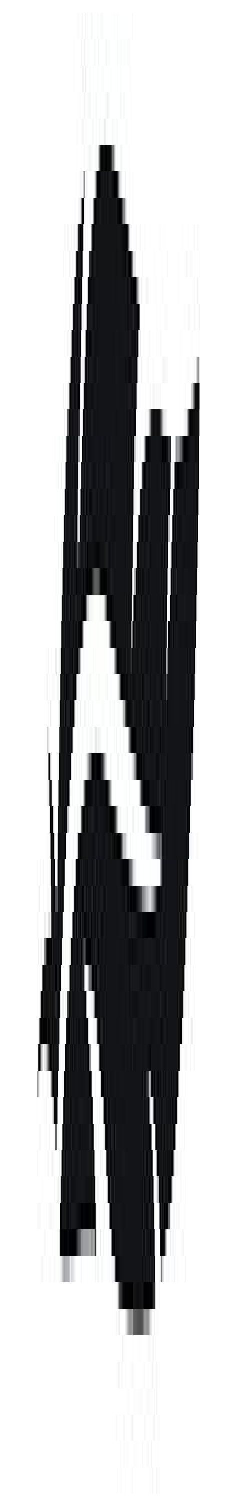
—¡A mí también me haces feliz, Aiden Carter! —Casi me caigo al oír su voz. Emily estaba aquí, sonreía radiante y llena de emoción. Nos abrazamos tan fuerte que temí rompernos—. Este tío me ha pagado el viaje en el pájaro volador hasta aquí —dijo sonriendo, señalando a Aiden. «El pájaro volador» era como solíamos referirnos a cuando veíamos un avión en el cielo.

—¿Hay algo que no hayas hecho? —pregunté sin poder creérmelo.

—La verdad es que no. Pero se acabaron las sorpresas, Peterson —dijo, tirando de Jacob y papá a por comida y animando a los vecinos a que disfrutaran de lo que quisieran sin privarse de nada.

Comimos, bebimos y disfrutamos como pocas veces pudimos. Hicimos la tradicional guerra de nieve y, cuando comenzó a anochecer, los vendedores salieron de los puestos y repartieron bolsas de comida.

—Hay una cosa más que nos queda por hacer. —Aiden agarró mi mano en la puerta—. Si no os importa, os la devuelvo en un rato —pidió mirando a papá y Jacob. Ambos asintieron.



—No. —Eso fue lo que dije cuando vi dónde estábamos.

—Hailey. —Su voz era autoritaria.

—Olvídalo. No voy a hacerlo —aseguré—. ¡Suéltame! —chillé cuando me colocó sobre su hombro de un movimiento—. No es por ahí, listillo —bufé.

—La gente normal suele entrar en los sitios por una puerta —dijo triunfal cuando esta se abrió sin mayor problema.

—No me puedo creer que hayas sobornado a Ben —musité alucinada.

—Tengo un poder de convicción exquisito —respondió, dejándome con los pies en el suelo.

Observé todo a mi alrededor. La pista de Bearden era bastante más pequeña que la de Washington University y el paso de los años se hacía cada vez más visible. Estábamos en el hielo, cara a cara, en silencio. Tenía las mejillas rojas por el frío y comenzaba a sentir un revoltijo de nervios en la boca del estómago ante el escrutinio de Aiden. Pensé en pedirle que dejara de mirarme de aquella forma que me cautivaba. Pareció leerme la mente porque dio un paso hacia mí esbozando una sonrisa.

—¿Patinamos? —Me tendió la mano. Mis labios se curvaron y, dubitativa, enlacé mis dedos con los suyos y comenzamos a deslizarnos por la superficie como si estuviéramos bailando. Deslizó la mano por mi espalda hasta reposarla sobre mi cadera y su pecho pegado por completo a mi espalda. Giramos varias veces y, cuando nos detuvimos, estábamos frente con frente, con la respiración acelerada. Aiden subió su brazo por detrás, envolviéndome, y yo a él por el cuello.

—Deja de mirarme como si esta fuera la última vez que vayamos a vernos —supliqué. Percibí algo raro en el ambiente, era como si tuviéramos una sombra bailando entre ambos.

—Quería darte esto —murmuró, sacando del bolsillo una pequeña cajita negra. La miré dubitativa, con recelo, hasta finalmente cogerla.

La abrí con cuidado, ante su atenta mirada.

—Aiden… —susurré, emocionada, mientras deslizaba por mi mano la pequeña cadena de plata con unas alas—. ¿Por qué unas alas?

—¿Recuerdas la primera vez que huimos en busca del lugar donde nos devolvieran las alas? O ¿la primera vez que descubrimos que éramos como un pájaro encerrado? —preguntó en un tono tembloroso y débil. Solo pude asentir, era incapaz de emitir sonido alguno sin romperme. Me mordí el labio inferior, que había comenzado a temblar frenético—. Quiero que siempre te sientas así de libre y que cuando no sepas dónde estás parada alces el vuelo una vez más, aunque sea en mitad de un tornado. Quiero que busques tu lugar en el mundo, Hailey, que experimentes y tengas miles de nuevas

primeras veces —dijo mientras me colocaba la cadena alrededor del cuello, apartándome el cabello hacia un lado.

—¿Y qué hay de ti? —susurré, tragándome todas las lágrimas hasta ahogarme con ellas.

—Yo ya encontré mis alas, Hailey —aseguró mirándome—. Y decidí que las prefiero volando libres antes que conmigo. —Me empujó contra su boca, devorándome con la mano enredada en mi pelo. Le devolví el beso, y la desesperación con la que se aferraba a mí me arrancó un gruñido. Terminamos en el frío hielo, sin ropa, con su cuerpo desnudo sobre el mío y deslizándose en mi interior con un movimiento dolorosamente lento. Oh, joder. Deslizó su mano sobre mí. Acercó la base de la mano hacia mi clítoris hinchado. Todas las terminaciones nerviosas de mi cuerpo cobraron vida. No quería que esto acabase nunca. Aiden se inclinó y me besó la garganta. Estoy segura de que sentía mi pulso palpitando. No podíamos parar el tren cargado de placer que nos golpeaba sin avisar. Enterró la cara en la curva de mi cuello y yo arqueé la espalda, estremeciéndome contra su cuerpo cuando llegamos al clímax con tanta fuerza que me sentía sobre el cielo.

CAPÍTULO 47

Aiden

Madrugada del 26 de diciembre
Bearden

—¿Qué haces aquí, hijo? Es tarde y te estás helando. —Me sobresalté con la voz de Daniell a mis espaldas. Caminó hacia mí, me colocó una manta sobre los hombros y me arropó como solo un padre sabía hacerlo—. ¿Va todo bien? —inquirió.

—Nada va bien —negué, formando una pequeña bola de nieve en las manos. Pero, ¿qué iba a decirle? Que acababa de follarme a su hija en la pista de hielo y después regresamos a su casa en silencio porque ya no teníamos nada más que decir. Yo lo sabía y ella también.

—Escondes algo. Lo supe desde el primer momento en que te tuve delante —reveló—. Vas a hacerle daño, ¿cierto? —preguntó con franqueza.

—Sí —admití. Esbozó una sonrisa—. ¿Le hace gracia?

—¿Acaso puedo evitarlo? —Enarcó una ceja, manteniendo la sonrisa—. Hailey va a sufrir porque ella va a elegirlo así y no será tu culpa cuando ocurra. Le dolerá porque está enamorada de ti, porque puedo ver el brillo en sus ojos y la conozco excesivamente bien, y tendrá que asumir las consecuencias —reveló—. Solo nos duelen las personas que nos importan, y si nos duelen es porque amamos. Y amar es un sentimiento tan único y particular que sería un delito privarnos de ello por el simple hecho de no sufrirlo. Y amar a alguien duele siempre. No necesitamos que la otra persona haga algo para herirnos, es algo que ya hemos elegido antes. Pero, como todas las cosas de la vida, termina curando. Sin embargo, ¿sabes qué es lo mejor? Que cuando alguien es para ti da igual las vueltas que demos, los entramados que tejamos o lo complicadas que se pongan las cosas, porque el destino siempre va a hacer que colisionemos de frente y a toda pastilla con esa persona. A la que, sin saberlo, habremos estado esperando toda la maldita vida. Quizá tengamos que pasar innumerables circunstancias hasta ese momento, quizá tengamos que creernos enamorados de otras personas e incluso sentir cada una de esas rupturas como cientos de agujas clavándosenos entre las costillas

—reflexionó, y me hizo pensar en ello un buen rato—. El ser humano pecamos de catastrofistas. Suponemos que pasar página o cerrar el libro y empezar uno nuevo es sinónimo de olvidar. ¿Y si solo es que por ahora no hay nada más que escribir? O ¿si ese libro que cerramos solo es la primera parte de toda una biblioteca? Hay historias más largas que otras. A veces, incluso nos cuesta ver el final y, cuando no somos capaces de saber qué ocurrirá mañana, nos inunda la ansiedad. El miedo irracional. La catástrofe más pura. —Suspiró. Me fijé en su barba desaliñada y las arrugas de la mala vida, visibles en su rostro—. Nunca he sentido tanto vacío en mi vida como el día en que me acosté en la misma cama de los últimos veinticinco años y cuando fui a girarme hacia el lado derecho con la firme intención de darle un beso a mi mujer, Anna, como cada noche desde el primer día en que decimos compartir nuestra vida… Lo único que encontré fue la almohada, vacía, sin rastro de su pelo. Eso sí que es catastrófico, eso sí que duele y nunca deja de hacerlo, porque ahí es cuando la vida te está diciendo que ya no hay más páginas que escribir. El dolor que se siente al perder el amor de tu vida y saber que jamás podrás volver a verle. Ni siquiera por casualidad, desde el otro de la calle —dijo emocionado. Podía notarse en la voz lo que continuaba amando a su mujer. Lo que la añoraba—. Solo la muerte puede separarte de esa persona. Mientras tanto, siempre va a haber una página en blanco, un cuaderno de notas o toda una enciclopedia para escribir la siguiente parte. —Me dio unos golpecitos en la pierna que me resultaron reconfortantes—. Hailey es de piedra, muchacho. Esa chica tiene una valentía, una fuerza y es tan temeraria que a veces me asusta. Te ha escogido a ti, no puedes cambiar eso ni tampoco elegir el grado de dolor que vas a infligirle. Haz lo que tengas que hacer, lo que sientas que debes hacer, y deja que sea la propia vida quien decida poner las cosas en su sitio según lo haya planeado.

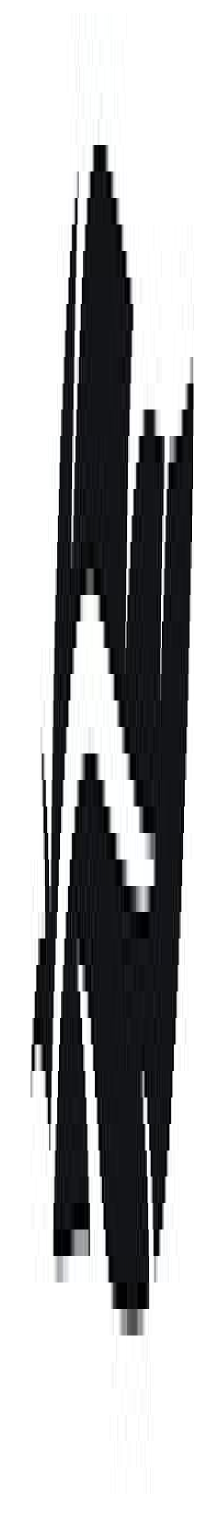
En la actualidad

La despedida entre Hailey, Jacob y Daniell fue agridulce, pues no sabían cuándo volverían a verse, pero estaban felices de poder haberlo hecho esta Navidad. Daniell no dejaba de agradecerme que llevara a Hailey hasta Bearden y yo me revolvía, inquieto, pues entendía lo que ellos sentían, pero realmente para mí fue un placer. Había visto con mis propios ojos la felicidad y el amor que se profesaba una familia que se amaba por encima de todo. Esa casa que se mantenía en pie por todo el cariño que albergaban sus paredes. Eran un hogar de verdad.

También nos despedimos de Emily. La primera vez que hablé con ella para contarle el viaje que estaba ideando, pensé en que en toda mi vida no había conocido a nadie que estuviera tan loca como ella. Era pura explosión de sentimentalismo y se emocionaba con el simple aleteo de una mosca sobre su nariz. Creí que dar con su

contacto sería tarea complicada, lo cierto es que bastó una llamada a la secretaria de Columbia para obtenerlo.

Esperé en el coche mientras Hailey hablaba con Sam en la carretera, pues nos habíamos encontrado con aquel chico de camino a donde estacioné. Supuse que tendrían una conversación pendiente. No se acercó demasiado a ella el día de Navidad, pero supe enseguida que era él por cómo me miraba. Con desaprobación.



Salimos de Arkansas a primera hora de la mañana y aterrizamos en

Seattle hacia el mediodía. Nos recibió el cielo cubierto, prometía tormenta y llovía con ganas. Frené el coche frente al edificio y me di cuenta de que ya no seríamos, ni siquiera, vecinos. Por instinto ambos miramos en dirección a la azotea.

—Desde ayer tengo la sensación de que todo esto forma parte de una despedida diseñada al milímetro. —Sonrió con tristeza. No habíamos hablado demasiado desde que regresamos de la pista de patinaje—. Y permíteme decirte que me resulta hasta cruel. Había pasado tres semanas, y justo cuando sentía que podía respirar un poco mejor vas y haces esto. Y me rompes más. Tengo un presentimiento de que esta será la última vez que te veré. —Me miró con los ojos llenos de lágrimas. Tuve que hacer un esfuerzo por no mandar todo a la mierda y borrar esa expresión de su rostro.

—Lo siento, Hailey —alcancé a decir, apartando la mirada. No era tan valiente como ella como para mantenerla.

—Te quiero, Aiden —dijo, abriendo la puerta del coche y bajándose.

—Y yo, Hailey. Jamás imaginé que fueras a dolerme tanto —susurré, aun sabiendo que jamás iba a escucharlo.

La vi caminar despacio bajo la lluvia, supe que estaba llorando por el movimiento de sus hombros. No podía quedarme allí más tiempo.

Aparqué el coche y caminé hacia el último bloque de edificios al otro lado del campus.

Llamé al timbre y esperé a que abriese.

—¿Qué haces aquí? —dijo poniendo una mueca ridícula. Acababa de llegar.

—¿Qué tal has pasado la Navidad en Arkansas? —pregunté con una falsa sonrisa, entrando en el apartamento sin invitación. Aún tenía su maleta en el pasillo.

—¿Qué haces aquí? —gruñó. Sabía que Matt había ido a pasar la Navidad con su familia, desde hacía semanas lo tenía bastante controlado.

—No vas a deshacer esa maleta —anuncié—. Vas a solicitar el traslado a Yale y vas a largarte de aquí.

—¿Y eso por qué? —se burló.

—Porque, si no lo haces, voy a ir a poner una denuncia en tu contra por intento de homicidio y abuso sexual —sentencié. Observé cómo palidecía, pero se recompuso enseguida.

—No tienes pruebas. —Se encogió de hombros con una sonrisa de satisfacción. Me estaba tentando a partirle la cara.

—Tengo las cicatrices de Hailey y la tengo a ella —apunté—. Y ya no sería su palabra contra la tuya. Sino que sería la tuya contra la de Aiden Carter, y cuento con el mejor abogado del país. Si quieres

que nos veamos las caras, nos las veremos.

—¿A dónde estás dispuesto a llegar por ella? —me retó.

—Idearía la forma de colocar el puto universo a sus pies —contraataqué—. ¿Responde eso a tu pregunta? —Se rio amargamente.

—Ya pedí una vez el traslado de expediente a la Washington University porque tenía que cumplir una misión —explicó—. Vas a tener que esforzarte más, Carter. Porque tú estarías dispuesto a bajar el mundo a sus pies y yo estoy dispuesto a ir a la cárcel solo por follármela tantas veces como lo has hecho tú.

Me abalancé contra él, agarrándolo del cuello y haciéndole impactar contra la pared con fuerza. Oí el crujido de su espalda mientras mi mano rodeaba su garganta y la apretaba con fuerza.

—No me hagas perder la paciencia —amenacé—. Vas a largarte de aquí hoy mismo y no vas a volver a acercarte a ella en lo que te quede de vida. He grabado esta conversación y me has dado la confirmación que necesitaba como prueba. El apellido Carter no pierde ningún juicio.

—Estás… loco… —dijo sin aire. Le solté—. Tres millones de dólares y me largo —pidió.

—Hecho —aseguré, caminando hacia la salida y girándome para mirarle una última vez.

Tres meses después
Seattle

Mi vuelo a Portland salía muy temprano y tendría el tiempo justo para llegar a la reunión de personal que había convocado para aquel mediodía en una de las empresas de mi abuelo. Quería supervisar que no se estuvieran cometiendo los mismos errores que la última vez.

Debería estar de regreso para llegar a tiempo a la inauguración de la nueva sucursal en Seattle de un pez gordo, y solo me consolaba saber que Jena asistiría.

En el aeropuerto me esperaba Connor, el chófer de Adam, que había venido a pasar unos días con su mujer y me estaba haciendo un favor. Le sonreí cuando lo vi y juntos nos encaminamos hasta el coche.

Miré la hora en mi reloj de pulsera.

—Será mejor que aceleres, no me gustaría llegar tarde a una reunión que he convocado yo mismo —rogué viendo el tráfico.

—Por supuesto. —Soltó una carcajada, mirándome por el retrovisor interior—. De todas formas, la multa la paga su padre —dijo riéndose. Era cierto, las multas corrían a cargo de la empresa.

Connor hizo lo que le pedí y tardamos poco más de cuarenta y cinco minutos en entrar en la ciudad y detenernos junto al edificio que tantos millones le había costado a mi abuelo, y que mi padre y Kaden habían dejado de lado hasta llevarlo al extremo.

No me resultó extraño el revuelo que parecía haber en la

oficina cuando me vieron llegar, eso había sido algo a lo que había terminado por acostumbrarme después de numerosas visitas. Desde el fallecimiento de mi abuelo, ningún Carter pisó las inmediaciones.

—Buenos días, señor Carter, lo esperan en la sala de reuniones —anunció una nueva secretaria, cuyo nombre no conocía y que no había visto hasta ahora.

—Gracias. ¿Cómo se llama? —le pregunté.

—Mindy, señor —respondió, titubeante y sonrojada.

—Bien, Mindy. Encantado de conocerte. Llámame Aiden —dije caminando de espaldas, pues llegaba demasiado tarde como para detenerme.

Dos horas y media después di por finalizada la reunión satisfactoriamente. No me gustaba el continuo movimiento de personal y me aseguré de dejárselo claro al Departamento de Recursos Humanos, encontrando así nuevas estrategias. Al parecer, Adam y Kaden preferían los contratos fugaces y precarios para así no tener que aumentar salarios por antigüedad. Eso se había terminado.

Fui directo al aeropuerto y nuevamente volé hasta Seattle. Me dolía el estómago de hambre, lo único que había ingerido en todo el día había sido un café en el aeropuerto. Observé la carta de la aerolínea y pedí un sándwich vegetal.

Una vez el avión tocó tierra me dirigí a la salida, donde me esperaba Jena. Estaba apoyada sobre su deportivo rojo con un vestido negro y perfectamente arreglada. Nos subimos corriendo al coche y nos incorporamos con avidez a la interestatal.

—Ha sido un día de locos —bramé, desapretándome la corbata y descalzándome.

—¿Cómo lo has hecho? ¡Desembucha! —exclamó asustándome.

—¿De qué cojones estás hablando? —La miré confuso.

—De Megan —explicó, abandonando la vista de la carretera para centrarla en mí.

—¡Mira a la carretera! —grité cuando oí cómo varios coches nos pitaban—. ¿Qué coño pasa con Megan?

—Busca *The New York Times.* ¡Ya! —exclamó.

«Filtradas imágenes de Megan Tylor en actitud cariñosa con otro hombre que no es Aiden Carter» (*The New York Times*).

«Se filtra un video explícito de Megan Tylor manteniendo sexo con el hijo de un reputado ministro» (*USA Today*).

Miré a Jena con la boca abierta. Sonrió ampliamente antes de proferir una carcajada que inundó el coche entero, y no pude evitar explotar con ella.

—Creía que había sido cosa tuya —aseguró, negando con la cabeza—. Acaba de demostrar frente a todo el país la clase de persona

que es, y acaba de cavar su propia tumba en la alta sociedad. —Suspiró—. Te has librado de ella —canturreó alegre.

Sí, me había librado de Megan. En estos tres meses se había convertido en el mayor problema de todos. Casi había anunciado nuestro compromiso en televisión, había concedido entrevistas a todos los medios hablando de nuestra idílica relación y nuestros supuestos planes de futuro. Me resultaba más fácil lidiar con Adam o Kaden que con ella. Nunca en mi vida había conocido a alguien que me produjese tanto desagrado. Y saber que ella misma se había borrado de mi vida… acababa de recibirlo como un soplo de aire fresco en plena ola de calor. Y por primera vez me sentía feliz. Por primera vez en tres meses era capaz de respirar.

Jena entregó las llaves de su coche en la entrada del lujoso edificio de veinte plantas, suelos de mármol y lámparas gigantes. Pasamos al salón, donde se celebraba la inauguración con el *catering*.

Saludé a varios ejecutivos hasta colocarme a la altura de Adam.

—No vas a salirte con la tuya —gruñó, lo suficiente bajo para que solo pudiéramos oírle Kaden y yo.

—Si te refieres a Megan, no he tenido nada que ver con que la prensa me esté dejando como el cornudo del año —repliqué. Apretó los ojos con fuerza.

—Ha mandado a la mierda un contrato millonario —bufó.

Me alejé de él, dejándole plantado. En los últimos tres meses cada encuentro era peor que el anterior. Éramos incapaces de fingir que no nos odiábamos y llegamos a las manos unas cuantas veces, en las que solo nos separábamos cuando Kaden intervino.

Cogí una copa de vino y caminé hacia Jena y Eddy, que habían hecho público lo suyo. La familia de Jena fue bastante más comprensiva de lo que se esperaba. Incluso planeaban irse a vivir juntos a un pequeño apartamento en el centro.

—¿Cómo estás? —se interesó Jena mientras me tendía un canapé.

—Agotado —respondí, llevándome la copa a los labios.

—No me refería a eso —señaló. La miré fijamente, dejándole claro que no tenía ni las ganas y mucho menos la fuerza para hablar de ello en este instante. Opté por encogerme de hombros y restarle importancia. De todas formas, daba igual cómo me sintiese.

Subí a la azotea y me encendí un cigarrillo mientras me perdía en las luces de la ciudad. Oí que alguien se aclaraba la garganta a mi espalda. Kaden.

—¿Qué haces aquí? —farfullé. Me sorprendí cuando me di cuenta de que tenía los ojos rojos e hinchados.

—No puedo más, Aiden —gruñó—. No puedo continuar

renegando de mí mismo, no puedo luchar contra lo que siento y no puedo cambiarlo —sollozó a mi lado—. Hubo un tiempo en que pensé que podría vivir libre si hacía que papá se sintiera orgullo de mí. Tuve que hacerme daño a mí mismo, odiarme por sentirme atraído por hombres, e incluso aceptar casarme con Sophie para darme cuenta de que nada de eso iba a cambiar mi identidad y que papá jamás iba a aceptarlo. Desde que descubrí que no podría ocultar eternamente lo que anhelo gritarle al mundo entero… Me di cuenta de que no puedo continuar con esto. Y tuve que conocer a Peter, que no quiere mantener lo nuestro en secreto, y yo no quiero seguir escondiéndome —admitió—. He roto con Sophie, aunque realmente no se puede romper algo que nunca llegó a cuajar. Ambos estábamos ahí por los intereses de otros. Y por idiotas, especialmente por eso —anunció—. Imagino que papá no va a tomárselo nada bien y no lo aceptará. Tampoco querrá saber nada de mí, pero tengo que hacerme a la idea de eso. No quiero seguir a su sombra ni ser la marioneta con la que mueve los hilos, ni continuar apropiándome de algo que te pertenece a ti por herencia y que yo siempre envidié. Siempre te envidié, Aiden. Hacías lo que querías y no le temías a nada ni a nadie, le desafiabas como nadie más se atrevía a hacerlo y asumías las consecuencias sin titubear. Siempre fuiste el más inteligente de los dos, destacabas allí por donde ibas: en el colegio, en los deportes, con las chicas… Yo no quería ponerme al frente de las empresas del abuelo. Tampoco estoy preparado para ello, no sé cómo hacerlo… Cada decisión que he tomado ha sido obra de papá. Quise ir al UW Medical Center, quise despedirme de Blair y no pude. No me lo permitió, pero, aunque me hubiera dejado asistir, me moría de vergüenza. ¿Qué iba a decirle a Blair? Hasta en eso me has ganado. La conexión que teníais entre vosotros era insuperable. —Estaba devastado. Este sí era el Kaden que yo conocía—. Peter y yo nos vamos de viaje a la India, y cuando regresemos alquilaremos un apartamento en el centro. Y, mientras, pensaré qué quiero hacer con mi vida.

—¿Te vas? —farfullé—. ¿Qué pasará con la empresa?

—Gravity S. L. es tuya, Aiden —me recordó—. Hay algo que debes saber —anunció, cogiendo una bocanada de aire—. Va a por ti y no va a parar hasta verte destruido. Si yo me voy querrá asumir él mismo el cargo, pero el testamento del abuelo va a ponérselo imposible. Sabe todo acerca de esa chica… Hailey. Sabe que no habéis vuelto a veros, y eso era algo con lo que él no contaba. Creía que siempre tendría algo con lo que pillarte, sin embargo… Creo que ya no lo tiene tan claro. Por no hablar de la metedura de pata de Megan. —Sacó del bolsillo algo, un *pendrive*, y me lo tendió—. Probablemente habrá una junta con todos los accionistas para solventar el problema. Ahí no tendrás nada que hacer, puesto que la gran mayoría son buitres

con los mismos principios que papá. Aquí dentro hay suficientes pruebas para llevarlo a los juzgados. A él, a mí y a todos los grandes socios del abuelo, que sin saberlo fueron cómplices. Malversación de fondos, contratos precarios e ilegales, bocas cerradas a base de cheques en blanco… Debes saber, Aiden, que si llevas a los juzgados lo que te vas a encontrar todos los negocios y esfuerzos del abuelo caerán. Yo estoy dispuesto a pagar por lo que hice, pero el abuelo no se merece que nadie manche su nombre, especialmente su propio hijo. Tampoco que todo el trabajo de toda su vida se vaya al garete. Pero vas a tener un arma contra nuestro… Bueno, mi padre. Hace apenas unos días, hallé rebuscando en su ordenador un documento con los datos de contacto del conductor que manejaba el camión que impactó contra el coche de Mike y Blair. Es sospechoso que ese hombre reciba una cuantía mensual de cinco mil dólares. Cuando lo vi pensé que debía tratarse de un malentendido, que lo que estaba pasando por mi cabeza en ese instante era una locura. Porque mi padre podría ser despiadado, pero solo en los negocios, ¿o me equivocaba? —Era una pregunta con respuesta y supe que Kaden ya la conocía—. Sí, lo hacía y estoy casi convencido de ello. Fue como estrellarme contra la realidad de bruces, sacándome la venda de los ojos. Yo me he equivocado, Aiden, todo el tiempo. He sido cruel con los empleados, he mirado por encima del hombro a quien consideré inferior y tomé malas decisiones casi a diario, pero ¿sabes qué no soy? Un hombre despiadado y codicioso, capaz de todo por salirse con la suya. Como lo es él. Muchísimo menos un criminal. Así que me largo de aquí a vivir mi vida con Peter, a gritarle al mundo entero que estoy enamorado de él y que soy gay. Que vengan a juzgarme lo que quieran, que jamás volveré a renegar de mí mismo ni a ocultarme. Estoy harto de papá, de la empresa y de este mundo de ricos vacíos, ávidos de un puñado de dólares más.

No dije nada. Cogí el *pendrive* y me lo guardé en el bolsillo. No sabía qué iba a hacer ni cuál sería el próximo movimiento, pero lo que sí sabía era que se avecinaban más problemas. Aun así, estaba orgullo de Kaden. Hacía tiempo que dejé de verlo como un hermano, él mismo se ganó esa posición, pero me sentía orgulloso de él.

Era irónico que él me hubiese envidiado a mí y yo… Ahora le envidiaba a él. Se largaba. Podía largarse y, en cambio, yo me encadenaba aún más aquí. Joder.

—Gracias. —Le di un abrazo cordial y asentí en su dirección —. Habla con mamá. Seguro que se alegra por ti —pedí.

—¿Hablas a menudo con ella? Desde que se fue no volví a llamarla.

—Sí, nos llamamos de vez en cuando —reconocí. Le vi asentir y desapareció entre la oscuridad de la azotea.

Llegué a casa bien entrada la madrugada, me fui directo a la cama, ansioso por quitarme el maldito traje y dormir cuatro días seguidos. En cambio, desde hacía tres meses era incapaz de dormir más de dos horas seguidas sin que esos malditos iris verdes se colaran en mis sueños. ¿Acaso nunca podría olvidarme de ella? A veces, incluso la odiaba. No existía ni un solo día en el que no pensara en ella, en que no imaginase qué estaría haciendo o si me pensaba. Y no soportaba que nadie me hablase de ella. Ni Jena. Ni Tyler. Ni Cam. O Mía. No quería saber nada de ella y, a la vez, deseaba conocerlo todo. No quería ser partícipe de su vida, saber si iba a clase o quedaba con alguien, si estaba bien o no… No quería saberlo porque, fuera cual fuera la respuesta, iba a notarlo de lleno en todo el pecho. Tampoco volví al Skils Bar y hacía tres meses que no tocaba la guitarra. Incluso rasgar las cuerdas dolía, joder. Por suerte, durante el día estaba demasiado ocupado encargándome de arreglar situaciones irreparables en las que había entrado la empresa. Y, cuando llegaba la noche, me aseguraba de estar lo suficientemente cansado para tomarme unas cuantas copas y caer rendido en el sofá sin brindarle la oportunidad a mi cabeza de reflexionar. Y, cuando llegaba el fin de semana, salía con algunos de los Washington Tigers que aún continuaban en Seattle, me emborrachaba y tonteaba con alguna chica sin intención de llevármela a la cama. Porque la única vez que logré meter a una chica en mi cama después de ella… Fue un completo desastre.

CAPÍTULO 48

Hailey

Seis meses después
Connecticut

Mía:
¡Vas a hacerlo genial!

Creo que no he estado tan nerviosa en toda mi vida.

Emily:
¡No me creo que estés en Connecticut!

¡Ni yo, aún no me lo creo!

Papá:
Estamos orgullosos de ti, cielo.

Os quiero y os echo de menos

Hacía dos meses que había encontrado un trabajo como becaria en una editorial, nunca imaginé que fueran a escogerme a mí entre tantos aspirantes. Tenía un buen horario y un salario ligeramente superior al del Skils Bar, pero no lo acepté por eso, sino por la oportunidad que se me brindaba. Iba a graduarme en Filología porque adoraba leer y soñaba con dedicarme al mundo editorial, descubrir nuevas historias, corregirlas y mejorarlas para que el público recibiera la mejor versión.

Fue más duro de lo que creía despedirme de Ava, mis compañeros y el Skils Bar. Encontrar aquel lugar había sido mi suerte, me había sentido como en casa. Se habían alegrado por mí. Organizaron una pequeña fiesta sorpresa de despedida y brindamos por nuevos comienzos.

En Connecticut se celebraba una enorme exposición anual de clásicos literarios. Jamás me hubiera imaginado que Isabella, mi jefa, me hubiera escogido para acompañarla. Pese a llevar únicamente un día en la ciudad, ya me había enamorado de sus calles, sus parques y

grandes edificios. Estaba feliz por estar aquí y estaba orgullosa de mí misma por todo lo que estaba logrando, ya casi podía tocar el futuro con las yemas de los dedos. Solo me quedaba un año por delante y la beca llegaría a su fin. Para ese entonces debía tener todos los créditos cursados en tiempo récord y, por fin, tendría un título para labrarme un futuro profesional y alcanzar esa vida que perseguía.

Había anochecido y después de una cena en un restaurante con mucho encanto, al fin, estábamos de vuelta en el hotel y podría acomodarme en la cama. Me di una ducha rápida, pues hacía calor en Connecticut y tenía el sudor pegado a la piel. Después, me metí en la cama y encendí la televisión, con la mala suerte de encontrarme de lleno con la cara de Aiden. Cerré los ojos con fuerza y cambié de canal. Prefería no saber nada de él, quizá así podría arrancármelo del pecho. Llevaba nueve meses dedicándome a estudiar y trabajar, y cuando llegaba el fin de semana continuaba sumida en apuntes o me armaba de valor para ir a patinar. Hasta la pista de hielo se había convertido en un lugar doloroso después de Aiden.

Nueve meses. Era el tiempo que había pasado. Nueve meses desde que salí con el alma rota y el corazón en la mano de su coche. Nueve meses desde que volvimos de Bearden. Nueve meses que habían dolido, asfixiado y quemado cada maldito segundo, y en los que me había sentido engañada.

Había visto a Aiden en las noticias de la mano de Megan, en reuniones importantes con su padre y viajes de negocios. Había concedido entrevistas y no había ni rastro del Aiden que había conocido, y quizá siempre fue el mismo. Tal vez era yo, que fui demasiado idiota, que siempre había creído que las personas eran lo que escondían y me coloqué una venda en los ojos para no ver lo que tenía delante. Al final, Sam resultó tener razón.

Nueve meses antes
26 de diciembre
Bearden

—Hola —saludé, acercándome a él. Sam me miraba de forma distinta, pero con la misma calidez de siempre.

—Hola —me devolvió el saludo, desviando la mirada—. ¿Cómo estás, Hailey?

—Bien. Realmente bien —susurré nerviosa.

—Parece que todo te está yendo bien. Parece que estás viviendo todo lo que antes soñaste. —Esbozó una sonrisa amplia, acercándose a mí y rodeándome con sus brazos—. Me alegra volver a verte, especialmente así de feliz —dijo, acariciándome el pelo.

—Lo siento —murmuré afectada.

—¿Por qué? Solo has hecho lo que tenías que hacer, lo que querías hacer. Y eso es con lo único que debes quedarte. Tú elegiste

qué camino seguir y yo escogí esta vida. Tomamos las decisiones que teníamos que tomar anteponiendo nuestros principios por encima del otro, tal y como debería ser siempre. —Se separó unos cuantos centímetros de mí—. Además, parece que has encontrado a tu alma gemela. No tenéis nada que ver el uno con el otro, pero quizá era eso lo que necesitabas. Al final, lo realmente importante es hallar a alguien que nos haga felices.

—Siempre fuiste muy bueno, Sam Middle —aseguré con lágrimas en los ojos.

—Siempre fui realista. No estábamos hechos el uno para el otro y darnos cuenta de ello nos ha permitido dar con la persona adecuada. —Sonrió con una expresión pícara.

—¿Qué insinúas? —Me reí.

—¿Recuerdas a Abby? —preguntó sonriendo.

—¿Abby Maddox? —exclamé atónita. Abby había intentado lograr la misma beca que yo, pero no tuvo tanta suerte.

—Hemos empezado a salir de vez en cuando —comenzó a explicar, sonrojándose y pasándose la mano por detrás de la nuca—. Con ella… es como si todo encajara al fin —susurró con seriedad.

—Sí. Te entiendo perfectamente, Sam —respondí, mirando en dirección al coche donde me esperaba Aiden antes de devolverle la mirada a Sam.

—Siento haberte dejado por un mensaje de texto. Hubiera sido más fácil hablarlo antes de que te fueras, pero estaba confundido y enfadado a partes iguales. Me sentía egoísta por desear que no te marcharas, cuando en realidad solo trajo cosas buenas para los dos. No me malinterpretes, pero jamás hubiera mirado a Abby si tú te hubieras quedado y pensar en esa posibilidad me rompe el alma —admitió.

—No te preocupes, Sam. Creo que hace mucho tiempo que debimos preguntarnos qué éramos y hacia dónde íbamos. —Sonreí, restándole importancia. Entendía perfectamente lo que quería decirme—. Tengo que irme. Espero que seas muy feliz con Abby y que las cosas vayan mejor aquí en Bearden. ¿Sin rencores? —pregunté sonriendo.

—Sin rencores —respondió, dándome un último abrazo—. ¡Hasta la próxima, chica triunfadora! —me gritó cuando había alcanzado la manilla de la puerta. Me giré, sonriendo, y lo vi con una expresión de felicidad que ojalá jamás se le borrara.

—¡Hasta pronto! —grité, despidiéndome con la mano.

En la actualidad
Seattle

Un viento cálido me recibió a la salida del aeropuerto de Seattle.

Inspiré hondo y el olor del sándwich del chico que comía a mi

lado en la parada de autobuses se enredó en mi nariz. Mi estómago protestó con un gruñido y me di cuenta de que no había ingerido nada en todo el día, salvo un té y un chicle.

Llegué a mi casa y como era habitual se encontraba vacía, pues Mía había decidido irse a vivir con Scott y yo debía encontrar una nueva compañera pronto para hacer frente al pago de alquiler.

Deshacía mi maleta y colocaba la ropa cuidadosamente en el armario cuando llamaron al timbre. Me encaminé para abrir y me sorprendió ver de quién se trataba.

—Jena —murmuré—. Susan —farfullé, intercambiando miradas entre una y otra.

—¿Podemos pasar? —pidió Jena.

—Claro —dije con incertidumbre, abriendo la puerta.

—¿Cómo estás? —preguntó.

—¿Qué hacéis aquí? —Estaba impaciente.

—¿Has…? ¿Has visto las noticias? —respondió Susan. Negué con la cabeza. Vi cómo Jena encendía el televisor e inmediatamente me quedé de piedra.

«Hace poco más de dos años, Kaden, el nieto mayor del prestigioso empresario Adam Carter, robaba a Aiden Carter el imperio que su abuelo había levantado con años y años de esfuerzo, con un plan trazado al milímetro por su padre, Adam Carter».

«Adam Carter se enfrenta a veinte años de prisión sin fianza por sus numerosos delitos: blanqueamiento de dinero, coacción, explotación laboral y presunto homicidio de su hija, Blair Carter».

«Gravity S. L. ha caído en picado en la bolsa y probablemente estemos ante la bancarrota más absoluta de la empresa».

«Aiden Carter, único heredero de Gravity S. L.».

«Adam Carter roba a su hijo, Aiden Carter».

«Los accionistas y socios, convencidos de que Aiden Carter es cómplice».

«¿Podrá Aiden Carter defenderse en los juzgados? ¿Quién ha dado el chivatazo?».

«Mañana la familia Carter se enfrenta urgentemente a la audiencia nacional y al veredicto del juez».

«Se han encontrado videos e imágenes de una chica, Hailey Peterson, en el ordenador de Adam Carter. Parecía tenerla en su punto de mira».

«¿Quién es Hailey Peterson?».

«Hay varias fuentes que confirman la existencia de un romance entre Aiden Carter y una chica de los suburbios de Bearden».

«Si se confirma la mala relación entre Adam Carter y su hijo mediano, ¿por qué Aiden Carter no reclamaba lo que era suyo? ¿Protegía a Hailey?».

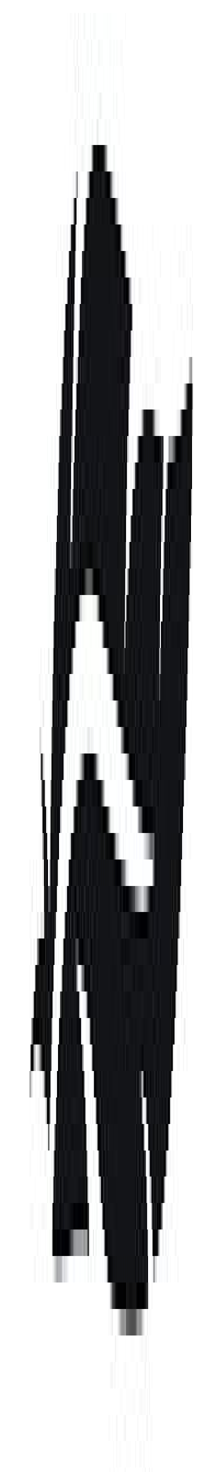
Apagué el televisor. No podía continuar presenciando aquello. Necesitaba respuestas. Susan y Jena me contaron todo. Susan, que visitó a Aiden en la empresa, oyó una conversación entre él y Adam donde su exmarido le amenazaba con atentar contra mí o mi familia si no cumplía lo que le pedía. Luego, Kaden, que se había alejado de su padre, le tendió un *pendrive* con todas las pruebas para imputarle, información que Aiden poseía y que no había utilizado. Susan, que sabía que podía llevar la empresa a la ruina y arruinar la reputación de Kaden, decidió entregarlo a la policía asumiendo las consecuencias.

No podía dejar de llorar. Me aferré al pequeño collar de plata que Aiden me había regalado y agarré con fuerza las alas.

—Aiden está destrozado. No quería que nada de esto saliera a la luz, prefería hundirse él mismo y sacrificarse… Yo… No podía permitirlo —se justificó Susan. La entendía. Solo quería proteger a su hijo, salvarle, aunque tuviera que arrastrar a su otro hijo. Kaden estaba dispuesto a asumir las consecuencias, sabía que había cometido demasiados errores y que debía pagar por ellos.

—En los últimos meses, estaba viviendo un infierno. Con la salida de Kaden de la empresa tuvo que ponerse al frente, pero siempre bajo las órdenes de Adam o… Iría a por ti —explicó Jena.

No sabía cómo encajar tanta información. Aiden había hecho todo esto por mí. Por mí. Joder.



Eran las nueve de la mañana. El juicio estaba por terminar, podía

verlo retransmitido en la televisión. Había muchísima gente. Todos los socios y accionistas estaban presentes. Susan, que testificaba junto a Kaden, que agarraba con fuerza la mano de Peter. Adam, que se mostraba impasible, como si nada de aquello fuera culpa suya. Y Aiden, que estaba demacrado; tenía los ojos inyectados en sangre, ojeras enormes, y se veía visiblemente afectado. Sabía lo importante que era para él la empresa de su abuelo, y en ese instante era todo lo que estaba en juego.

—*Aiden Carter…* —llamó la jueza—. *Tiene la oportunidad de defender su honor y el de la empresa si así lo desea* —apuntó. Aiden subió al estrado, vestía un traje gris oscuro y juró decir la verdad—. *¿Cómo se declara, señor Carter?* —preguntó la jueza.

—*Culpable*. —Hubo un silencio largo ante aquella respuesta. Jena, que estaba a mi lado, me agarró la mano con fuerza. ¿Qué estaba haciendo? ¡Él no era culpable!—. *Soy culpable de muchas cosas, señoría. Soy culpable, porque cuando se leyó el testamento de mi abuelo declarándome único heredero debí responder a su última voluntad. Debí dejar a un lado mi orgullo y hacerme cargo de lo que se me pedía. En cambio, lo dejé en manos de Adam Carter, quien demostró no estar a la altura y mancilló sin remordimiento los frutos de toda una vida de trabajo de su propio padre. Soy culpable, porque permití así que Adam arrastrara a Kaden a su juego. Kaden y yo siempre hemos sido diferentes. Él pretendía que su padre se sintiera orgulloso de él… Y yo siempre fui más rebelde. No acataba órdenes y no me dejaba manipular, por mucho empeño que este pusiera. Soy culpable, porque quizá si no me hubiera alejado de la familia podría haber hecho algo por Blair. Tal vez hubiera descubierto lo que su propio padre pretendía hacerle. Soy culpable, porque cuando descubrí todo esto, cuando Adam me habló sin tapujos de sus crímenes e ilegalidades, debí denunciarlo. En cambio, no lo hice y soy cómplice por ello. No lo hice porque soy culpable de querer proteger a Hailey Peterson y su familia.* —Hizo una pausa. Yo no podía dejar de llorar. Me había protegido y se había sacrificado por mí—. *No sé qué va a ocurrir con Gravity S. L. Pero estoy dispuesto a ostentar el cargo que me corresponde y hacerlo igual de impecable que mi abuelo, siguiendo sus pasos, metas y principios. Sé que será difícil que los grandes inversores recuperen la confianza, sé que algunos creerán que no pueden confiar en mí. Y yo querría lanzarles con atrevimiento una pregunta desde aquí: ¿acaso ustedes no se equivocan? ¿Acaso nunca han tomado una mala decisión? Yo no soy Adam Carter, tampoco Kaden Carter, y estoy muy lejos de parecerme a mi abuelo. Yo solo soy Aiden, y lo único que pretenderé será hacerlo la mitad de bien que mi abuelo e intentar reparar la situación tan precaria y fragmentaria en que se encuentra la multinacional en la actualidad. Quizá fracase, quizá el daño sea tan grande que resulte irreparable, pero si me dejan intentarlo… Haré todo lo que esté en mi mano para no perderlo todo* —rogó—. *No*

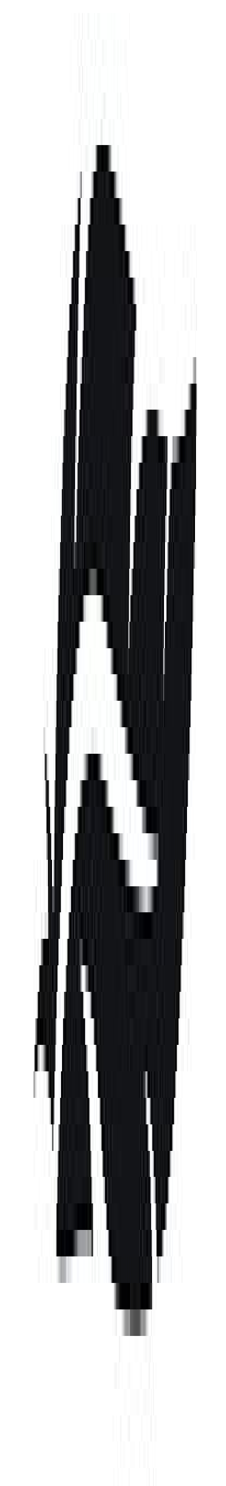
tengo nada más que decir, señoría —añadió. Hubo un silencio palpable. Aiden había logrado enmudecer la sala.

Hubo un descanso de veinte minutos, donde se deliberó el veredicto, que anunciaría la jueza.

—*Aiden Carter, es usted declarado inocente.* —Vi cómo Aiden tomó una bocanada de aire—. *Kaden Carter…* —llamó la jueza—, *es declarado culpable. Debe abonar una indemnización, en este caso a Aiden Carter, de nueve millones de dólares.*

»*Adam Carter, queda usted detenido por los múltiples delitos aquí presentados y se enfrenta a una condena de veinte años de prisión sin fianza. Se levanta la sesión.*

Hubo un revuelo en la sala. Susan, Kaden y Aiden se fundieron en un abrazo y algunos socios se acercaron a Aiden, imaginé que a darle la enhorabuena.



—Hailey… —Me sorprendió oír su voz. Me quité los auriculares y me

incorporé, abriendo los ojos. Estaba allí, en nuestra azotea. Caminaba hacia mí y se sentó a mi lado como en muchas ocasiones atrás.

—Aiden —logré articular.

—¿Por qué lo hiciste? —susurró emocionado. Sabía a lo que se refería. Después del juicio supe que Aiden necesitaba encontrarse, necesitaba poner en orden su vida de nuevo y tenía que hacerlo lejos de aquí, en el lugar que siempre soñó estar. Por eso, marqué el número de Michel Brown y le pregunté cómo de improbable era que aún continuase en pie la oferta de Los Angeles Rams, a lo que me respondió que Aiden siempre tendría un lugar en el equipo. Así que me tomé la libertad de hacerme pasar por su representante y asegurarle que Aiden firmaría ese contrato.

—Por lo mismo que tú escogiste hacer lo que Adam te pedía. Por protegerme —dije con la voz aplastada por la angustia.

—Pero yo… Te qui…

—No lo digas, por favor. —Levanté los ojos. Esta vez necesitaba que creyese mis palabras, que viera en mi mirada que hablaba desde el corazón—. Tienes que irte, Aiden. Tienes muchas cosas que hacer, tienes que solucionar muchos problemas y tienes que coger el rumbo de tu vida. No vamos en la misma dirección. Tú siempre vas a estar en la prensa, siempre van a hablar de ti… Has nacido para triunfar. Y yo solo quiero una vida tranquila. Un trabajo, una casita y el frigorífico bien lleno.

—¿Por qué no me preguntas qué es lo que quiero yo? —preguntó, clavando los ojos en mí. Pude notar el peso de su mirada en mí y, joder, no era capaz de devolvérsela.

—Quizá no basta con querer a alguien. Quizá a veces nos enamoramos de la persona equivocada —sentencié.

—No hagas esto, Hailey —suplicó—. Mírame, por favor. Nena, podemos buscar una solución y hacer que valga la pena. —Me obligó a mirarle a los ojos, cogiéndome la cara entre sus manos. Negué con la cabeza.

—Lo realmente valioso es, precisamente, tomar esta decisión. Apostar por algo y creer en ello, sin duda ni temor.

—¿De qué demonios estás hablando, Hailey?

—Una vez mi madre me dijo que el destino era algo así como un pequeño huracán girando en círculos y cambiando constantemente de dirección. Tú te vas a la derecha cuando ves que se acerca por la izquierda. Pero, entonces, el huracán cambia su rumbo también, persiguiéndote a ti una y otra y otra vez. Y no importa cuánto corras o qué direcciones escojas… Virará veloz siempre que tú lo hagas. Y lo hará porque no puedes huir de él, porque es tuyo, porque está conectado a ti desde mucho antes de nacer. Lo único que puedes hacer es continuar el camino, esperando a que se ponga a tu altura y decida

que ha llegado la hora de engullirte. Entonces, nos metemos de lleno en él y simplemente lo atravesamos. No hay estrellas fugaces para pedir deseos, no llueve ni sale el sol, tampoco te despeina el viento, incluso pueden detenerse las manecillas de reloj. Pero, cuando cruces al otro lado, cuando salgas de la danza circular de ese huracán y veas cómo se aleja porque ya ha cumplido su misión, la de llevarte justo al lugar donde tenías que estar, sabrás que habrá merecido la pena todo lo demás. —Esta vez fui yo quien buscó sus ojos, perdiéndome por última vez en aquel azul cielo. Observé cómo asentía. Había captado el mensaje, pero no por ello dolía menos.

—Lo entiendo —dijo colocándose de pie. Caminó hacia las escaleras de emergencia y antes de bajar se giró a mirarme—. Hasta otra, chica de las pestañas. —Sonrió de medio lado y me guiñó un ojo.

—Hasta otra, chico de la guitarra.

CAPÍTULO 49

Aiden

Un año y tres meses después

Tyler:
Ya estamos en la ciudad, capullo.

Scott:
¿Por qué hace tanto calor en Los Ángeles?

Scott:
Esto es el puto desierto.

Cam:
No des por culo, Scott. Que hayas nacido en Mount Vernon, el puto lugar más lluvioso del país, no es nuestro problema.

Mía:
Estoy de acuerdo con Cam.

Scott:
Sí, muy bien. Me daréis la razón cuando vayamos a hacer esa estúpida excursión al jodido letrero de Hollywood y tengan que venir a recogernos los servicios de emergencia por un golpe de calor.

Tyler:
Qué puto dramático.

Cam:
Eres insoportable, colega.

Savannah:
¿Por qué no lo echamos del grupo?

¡Bienvenidos a LA! El partido comienza a las siete, no lleguéis tarde. Estoy en una reunión, ¿quedamos a comer?

Tyler:
Trae la cartera, que eres tú el multimillonario más codiciado del país.

Scott:
Somos unos aprovechados.

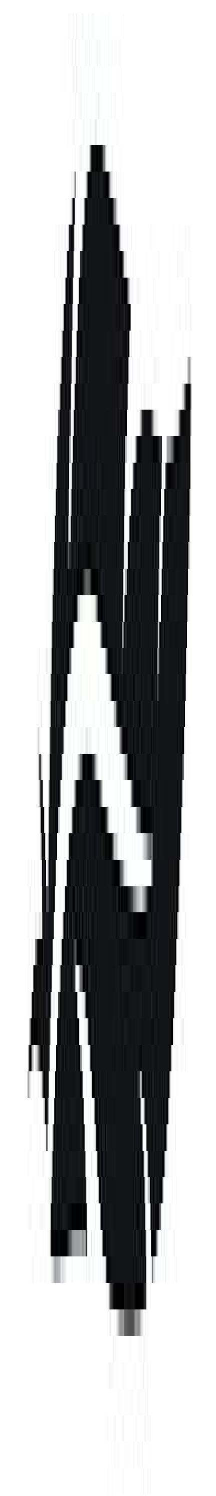
Me reí para mis adentros antes de guardar el teléfono móvil en el bolsillo y centrar mi atención en la reunión de esta mañana. Todo machaba de maravilla. Al final, Gravity S. L. volvía a estar en la cúspide de la pirámide. No dejaba de subir en la bolsa y recuperamos, a base de mucho esfuerzo y trabajo, el apoyo de todos los grandes inversores. Habíamos cambiado la política de la empresa, mejoramos las condiciones laborales de nuestros empleados e implementamos nuevas estrategias de marketing después de numerosos estudios de mercado analizados al milímetro. Contaba con un equipo maravilloso y había tomado mi propio rumbo sobre la empresa. Nuevos negocios en otros campos que llamaban mi atención como la telecomunicación, la moda o el cine. También comencé a deambular en el mundo hotelero con ayuda de mi madre y Kaden, quien también se había metido en el sector.

Al principio fue muy complicado compaginarlo todo. Los entrenamientos con el equipo, los partidos, los actos deportivos, los eventos a los que me invitaban y no podía faltar, y todo el trabajo que demandaba ser el dueño de una de las mayores multinacionales del país. Decidí traer la sede de Gravity S. L. hasta Los Ángeles, pues me resultaría imposible viajar a Seattle siempre que fuera requerido. Además, sentía que necesitaba otro lugar para comenzar de cero. A veces me veía sobrepasado, pero cada día me esforzaba más y me prometía a mí mismo que podría con todo. Además, contaba con la mejor socia posible. Jena, quien me introdujo en el mundo de la moda y era muy buena con los negocios. Incluso mezclamos la moda y el arte, pues Eddy nos ofrecía grandes ideas. Eddy trabajaba en una galería de arte. No fue difícil convencer a Jena para que trabajase aquí conmigo, simplemente se lo propuse y ella aceptó. Se había convertido en mi confidente y mejor amiga, nos habíamos convertido en uña y carne, y si lo pensaba me daba rabia haber perdido tantos años conociéndola y sin tenerla en mi vida de este modo. Incluso si echaba la vista atrás no podía imaginarme que hubo un tiempo en que nos acostábamos. En cambio, ahora, la veía como mi hermana pequeña.

Cuando llegué a Los Ángeles fui muy bien recibido por el equipo, el entrenador y todo el equipo técnico. Estábamos haciendo una muy buena temporada. Habíamos ganado todos los partidos y ya nos consideraban los campeones de la liga.

Vivía en un espectacular ático de tres plantas en el centro de

Los Ángeles y tenía de vecina a Lily, una arquitecta jubilada y divorciada que vivía rodeada de nietos y horneaba las mejores galletas de jengibre. Cada martes, cuando regresaba a casa, me encontraba una bolsa llena de galletas en el felpudo que al día siguiente llevaba a la oficina y compartía con el resto de los trabajadores.



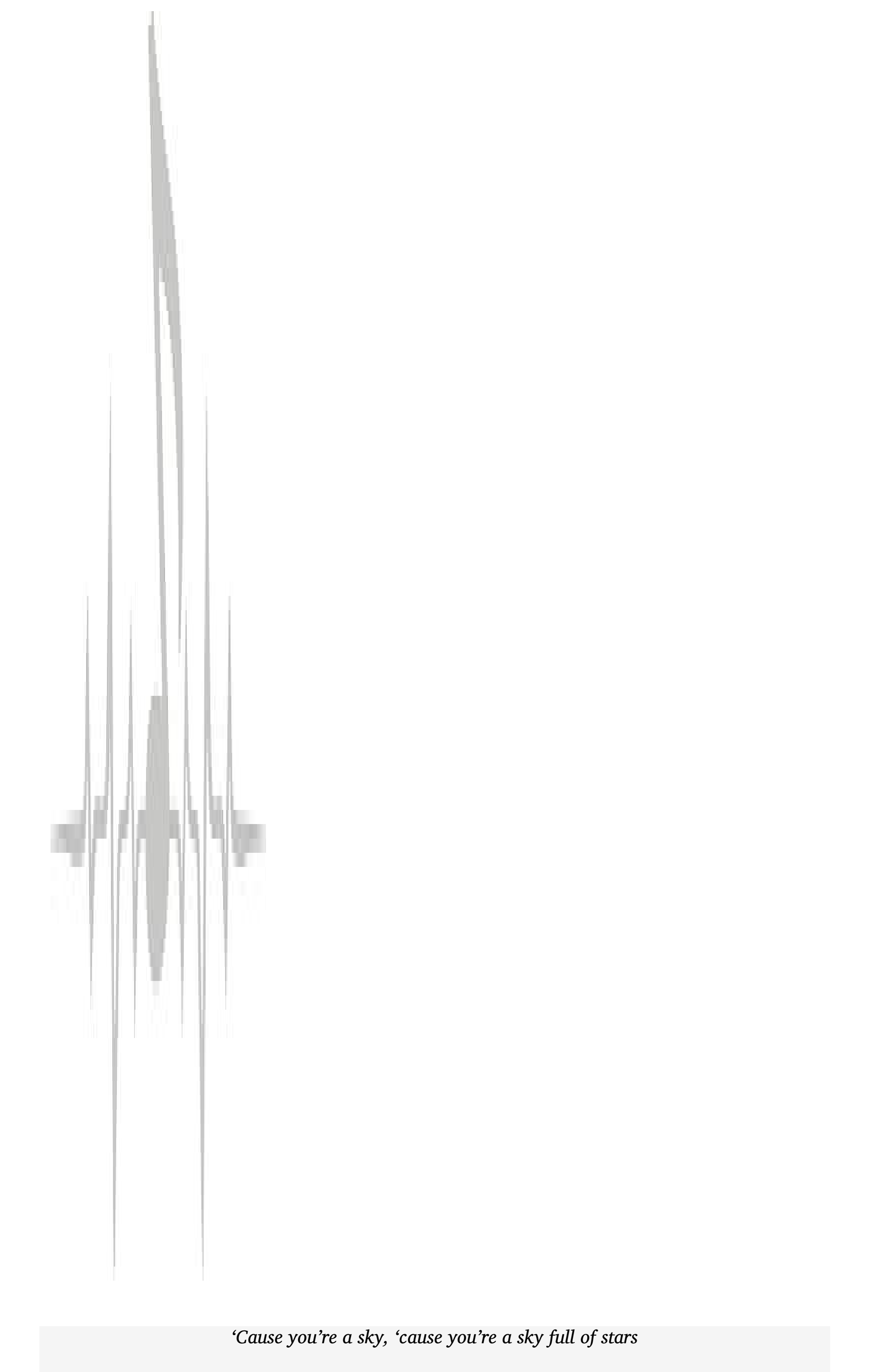
Después de la victoria de esta tarde y firmar unos cuantos autógrafos,

me dirigí con Tyler y los chicos al Wings & Music, un bar que había abierto hacía medio año y donde cada fin de semana se ofrecían conciertos benéficos. La entrada costaba tres dólares y ese dinero se destinaba a enviar alimentos a los lugares más pobres del país, entre ellos Bearden. Fue una iniciativa que puse en marcha junto con Eddy, que cada vez atraía a más y más artistas. Y era yo quien abría el escenario. Ya no era un secreto para el mundo mi pasión por la música. Siempre que tenía oportunidad salía a tocar la guitarra por la calle o me subía al primer escenario que encontraba.

—¡Este sitio es enorme! —exclamó Mía.

—Cuando decías que habías comprado un local para tener un bar… Pensé que sería algo pequeño, no un maldito auditorio —señaló Tyler, estupefacto.

El local estaba comenzando a llenarse y no tardaría en estar repleto. Caminé hacia la barra y pedí a Molly, Sharon, Trevor, Ethan y Mike, mi equipo de camareros, que se encargaran personalmente de que mis amigos no pasaran sed. Después, fui a prepararme antes de salir al escenario. Me quité el traje y vestí un pantalón corto negro y una camisa también negra. Cogí mi guitarra y salí al escenario, saludando a todos los presentes, y como siempre recibí una gran ovación. El *flash* de los teléfonos móviles o las cámaras de la prensa me cegaron momentáneamente. Rasgué las cuerdas de mi guitarra y pronto comencé con los primeros acordes de *A Sky Full Of Stars* de Coldplay.



'Cause you're a sky, 'cause you're a sky full of stars

I’m gonna give you my heart.
‘Cause you’re a sky, ‘cause you’re a sky full of stars,
‘Cause you light up the path.
I don’t care, go on and tear me apart.
I don’t care if you do, ooh-ooh, ooh…
‘Cause in a sky, ‘cause in a sky full of stars
I think I saw you.
‘Cause you’re a sky, ‘cause you’re a sky full of stars
I wanna die in your arms, oh, oh-oh…
‘Cause you get lighter the more it gets dark
I’m gonna give you my heart, oh…

CAPÍTULO 50

Hailey

—Sí —dije apresurada, levantándome de la silla del despacho de Isabella.

—¿Sí? —repitió esta.

—Sí —volví a decir.

—Cariño, ¿estás segura? —preguntó papá, que estaba a mi lado. Ahorré cada centavo que pude durante un año entero para pagarles el billete de avión a papá y Jacob para que estuvieran presentes el día de mi graduación. Ya estaba. Oficialmente era filóloga, y ahora estaba a punto de firmar el contrato de trabajo con el que siempre había soñado.

—Sí —dije una vez, pero esta vez cogí un bolígrafo de la mesa y firmé el contrato que Isabella me había puesto sobre el escritorio de roble.

—Es en Los Ángeles —señaló.

—¿Qué? —murmuré. Tal vez debí leer el contrato antes de firmar y no dejarme llevar por la emoción, pero no lo hice—. ¿En Los Ángeles?

—Sí, el contrato es para trabajar allí. ¡No te preocupes, lo harás genial! Cobrarás tres mil dólares al mes y tendrás libres los fines de semana —explicó viendo mi desconcierto.

—Tres mil dólares —farfulló Jacob.

—¡En Los Ángeles! —exclamó Isabella.

—¡Estamos muy orgullosos de ti, cariño! —Papá me abrazó.

—Gracias —dije levantándome—. Gracias por todo, Isabella. Por confiar en mí y darme una oportunidad. Tienes un equipo maravilloso y voy a echarte muchísimo de menos —reconocí, aún sin poder creérmelo. De todos los sitios a lo que podían enviarme… Tenía que ser Los Ángeles. Joder. Maldije la sonrisa que amenazaba con salir.

Me despedí de papá y Jacob, que regresaban a casa. Ojalá pudieran quedarse más tiempo. Pero, de todos modos, debía comenzar a empaquetar mis cosas, pues en una semana estaría en mi nuevo hogar en California.

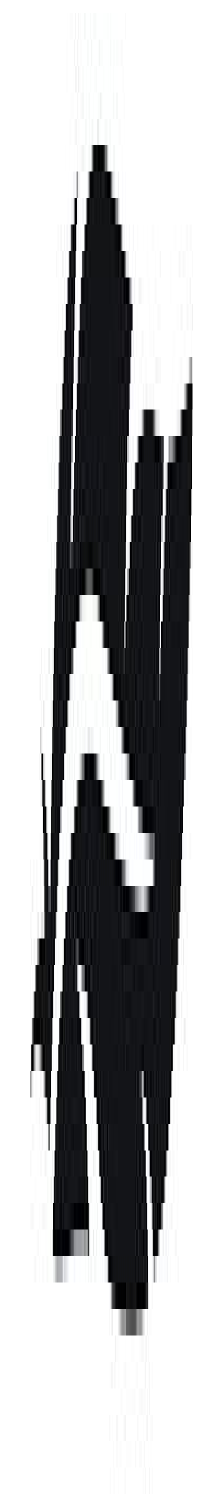
Decidí dar un paseo con Jaxon por el centro de Seattle y

tomar un helado de chocolate en la heladería de la esquina mientras le contaba lo de mi nuevo contrato. Jaxon era miembro del equipo de Isabella. Habíamos salido varias veces y tenía la sensación de que él comenzaba a tener sentimientos por mí que no eran correspondidos. Le esperaba fuera cuando de pronto me di de bruces contra un cuerpo gigante.

—Lo siento —me disculpé, levantando la cabeza de golpe y dándome de lleno con unos ojos que reconocería en cualquier lugar—. Aiden —musité.

—Hailey. —Se aclaró la garganta, confuso. Igual que yo, no esperaba encontrarse conmigo.

—¡Aquí estás! —Jaxon se colocó a mi lado, rodeándome la cintura y depositándome un beso en la mejilla. Quería que se abriera la tierra a mis pies y me tragara. No me pasó desapercibida la mueca de Aiden, pero pronto sonrió con cordialidad y asintió ligeramente en mi dirección antes de desaparecer con rapidez, calle abajo. Vi cómo se movía entre la gente como si estuviera huyendo de algo y casi echando a correr.



Me senté en la azotea por última vez, pues mañana dejaría Seattle

atrás. Iba a echar de menos aquel sitio. Estaba con los pies colgados de la cornisa, mirando por última vez el campus y despidiéndome de Washington University. Lo había logrado. Me había graduado. Había obtenido el trabajo de mis sueños y, al fin, podría comenzar de cero. Esta vez de verdad, con libertad y con toda la vida por delante. Sin Matt pisándome los talones, pues hacía seis meses había sido atropellado por una moto y nada pudieron hacer por su vida. No me alegraba por ello, ni siquiera le deseaba la muerte a Matt, pero sí me sentía tranquila.

—No esperaba encontrarte aquí. —Oí a mi espalda. Me llevé la mano al pecho del impacto. Me giré lentamente y ahí estaba. Joder. Casi un año y medio sin vernos.

—¿Qué haces aquí? —Me aclaré la garganta.

—Quería subir una vez más —explicó. No dije nada. Volví mi vista al frente—. Aún sigues llevando el collar. —Señaló mi cuello. Por instinto me aferré a esas alas—. Te has graduado. Vi una foto que Mía y Scott compartieron por un chat. Los has logrado, Hailey.

Durante este año y medio habían pasado cientos de cosas, a veces no sabía si le odiaba o le quería. Ya no lo sabía. Intenté olvidarme de él, y los meses fueron pasando, y justo cuando creía que lo había conseguido aparecía de nuevo en forma de recuerdo. Y era como romperme una vez más y tener la obligación de recomponerme.

No sabía nada de él, solo alguna noticia que salía en la prensa y que no podía evitar leer. Nadie me hablaba de él y yo no preguntaba. Así de simple y difícil al mismo tiempo.

—Sigues oliendo igual de bien —ronroneó, lo suficiente cerca como para desestabilizarme. Acarició con la yema de sus dedos mi cuello y me apartó el pelo hacia un lado. Joder, ese maldito vértigo que creía muerto. Esa maldita sensación de poder volar simplemente con su roce. Le miré muy lentamente; estaba tremendamente guapo y ese traje le quedaba de infarto. Choqué con una realidad aplastante. No quería que Aiden se convirtiera en un amor volátil. No quería que fuera esa persona que significó todo para mí, por la que hubiera cambiado la trayectoria de los planetas si él me lo hubiera pedido, para que un día cayera en el olvido desapareciendo sin más. Me daba miedo olvidarme de él y, sin embargo, ahora que lo tenía delante sentía que era imposible que fuera a hacerlo. Seguía tan enamorada de él que su ausencia continuaba hiriéndome.

Me pregunté si habría alcanzado todos sus sueños, si se habría enamorado locamente o si al fin se sentía libre. Como un pájaro en el Amazonas. Respiré hondo, intentando disipar el manto de angustia que se empeñaba en acampar en mi pecho.

Tenía la sensación de nadar constantemente a contracorriente. Y estaba agotada. Se me había entumecido el cuerpo. Se me había roto

el corazón de decepción al pedirle que no se emocionase, y, por una vez, solo una, se pusiera de acuerdo con la cabeza. En cambio, no hice nada de eso. Me estremecí cuando noté los labios de Aiden en mi cuello y mandé a la mierda el poquísimo raciocinio que me quedaba.

—Oigo tu corazón desde aquí —dijo, besándome detrás de la oreja.

—¿Y qué escuchas? —farfullé.

—A ti —respondió. Mierda. Estaba jodida. Me lancé a su boca y me respondió de inmediato. Pronto comenzó a sobrarnos la ropa. Besó mis pechos y los mordisqueó, hasta que mi espalda se arqueó de deseo.

Su mano me acarició la pierna izquierda, hasta llegar al muslo. Me dio suaves mordisquitos y pasó la lengua por encima. Me torturó durante largos minutos hasta que sentí que podía llegar a explotar solo con una caricia más. Con cuidado acercó su boca a la mía y sentí el peso de su cuerpo sobre mí. Nuestras miradas se encontraron durante unos segundos infinitos hasta que, por fin, me cogió por la cintura y con un movimiento rápido entró dentro de mí.

—Joder, Hailey —dijo hablándome al oído, a la vez que se movía, causándome placer… Solo podía concentrarme en sentir.

—Aiden —gemí, aferrándome a su cuerpo con firmeza. Sus ojos buscaron los míos. Me besó con fuerza a la vez que ralentizaba sus movimientos. Sus embestidas se volvieron más lentas, sus movimientos más cariñosos. Su boca me besó de nuevo, tiró de mi labio inferior y luego lo chupó con dulzura. Pegué mi mejilla contra la suya y me sujeté a él con fuerza.

—Olvidarte es lo más jodido que he tenido que hacer en mi vida —gruñó, en un tono tan imperceptible que dudé haberle entendido con claridad. Lo besé por todas partes, me aferré a él con todas mis fuerzas. Su cuerpo se apretaba contra el mío, piel con piel. Sus embestidas se hicieron más fuertes, más rápidas. Fui perdiendo la conexión con lo que me rodeaba, con los sentimientos, con los problemas, con todo. El orgasmo se acercaba peligroso, arrasando con todo. Grité de placer, arqueándome y dejándome caer nuevamente sobre el asfalto de la azotea. Él siguió moviéndose un par de minutos más hasta encontrar su propia liberación y después dejándose caer de espaldas contra el suelo. Nos quedamos un buen rato ahí, tumbados, en silencio, desnudos, con la mirada clavada en algún punto del firmamento. Hasta que el sonido del teléfono móvil de Aiden nos devolvió a la realidad, haciendo estallar todo a su paso.

—Mierda. Madison. Joder —farfulló mirando la pantalla.

Madison. Me incorporé de inmediato al reconocer ese nombre. Lo había visto en las noticias. Especulaban sobre la posibilidad de una relación. Me sentía idiota y tuve que hacer un gran esfuerzo por no

llorar.

—Esto no es lo que parece —se justificó—. Madison es… He quedado con ella un par de veces en el último mes… No es nada importante… Solo nos acostamos y…

—¡Lárgate! —grité, lanzándole la ropa a la cara y empujándole.

—¡Espera, Hailey! —Intentó agarrarme, pero fui más rápida que él—. ¿Qué querías que hiciese? Intentar pasar página es todo lo que intento hacer, Hailey. Igual que hiciste tú. Esta mañana estabas muy bien acompañada y, sin embargo, aquí estás ahora, conmigo —me echó en cara con furia. Me reí con incredulidad.

—¡No te atrevas, Aiden! No he pasado página, joder. ¡Eres tú! ¡Siempre has sido tú! —grité—. Desde la primera vez que te vi, joder —sollocé, cayendo de rodillas ante él.

—Hailey… —susurró, visiblemente afectado.

—Lárgate, Aiden —rogué, secándome las lágrimas—. ¡Lárgate!

—Es la segunda vez que me lo pides en esta azotea —dijo refiriéndose a un año y medio atrás. Sí, lo recordaba. No había ni un solo día que no lo hiciese.

—Pues, como la primera vez, espero que me hagas caso —pedí, poniéndome de pie y colocándome el vestido nuevamente. Dándole la espalda. Él ya tenía el traje impecablemente en su sitio—. Vete, Aiden. Vuelve a tu vida y olvida que algún día nos conocimos.

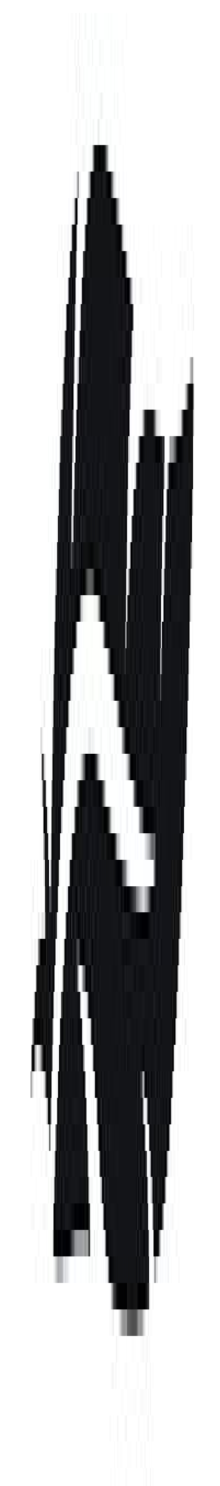
—La primera vez me hablaste del destino, ¿recuerdas? —preguntó. Maldita sea. Cómo olvidarlo…—. Pues el destino es el que nos está haciendo estar aquí en este instante… Y, sin embargo, me vuelves a pedir que me vaya. ¿Por qué lo haces esta vez? —Me miró, negando con la cabeza, y cuando no obtuvo respuesta se fue sin despedirse.

—¡Porque nunca me has dicho que me quieres, idiota! ¡Porque no tengo ni idea de lo que sientes por mí! —grité, lo suficiente alto como para saber que me estaba escuchando. Vi cómo se detenía. Esperé a que se girase, pero no lo hizo.

—¡Y tú elegiste por los dos! —gritó, dándome la espalda. Podía notar que respiraba con fuerza—. No me has preguntado si yo quería confiar en el destino o si, por el contrario, prefería darme de bruces contra el abismo. ¡Eres una mentirosa, Hailey Peterson!

—¡Y tú un cobarde! —espeté. Quería que al menos se girase, que tuviera el valor de mirarme a la cara—. Tú habías escogido por los dos mucho antes. Creías que debías protegerme de Adam y yo no necesitaba que vinieras a salvarme. Te quería a ti y me importaban una jodida mierda las consecuencias. —Vi cómo desaparecía de mi vista, y yo me dejé caer de culo en el suelo y lloré una vez más. Quizá

había sido injusta con él, tal vez me pasé sacando a relucir lo de Adam. Pero, cuando la ira lo emborronaba todo, nos hacía sacar la peor versión de nosotros mismos ante el dolor, provocando que en mitad de una discusión reaccionáramos hiriendo a la otra persona como si así pudiéramos aliviar la herida.



Mi primera semana en Los Ángeles transcurría sin complicaciones.

Había encontrado un apartamento precioso en el centro. Tenía una terraza llena de plantas, con una pequeña mesa de té al lado de un diminuto sofá. No era demasiado grande: una habitación con una cama enorme y mullida; un baño con unos acabados dorados que le daban un aspecto lujoso, aunque no tuviera nada especial; una cocina roja; y un salón que resultaba extremadamente acogedor.

Entre el caos del nuevo trabajo, la mudanza, reuniones y conocer a los que serían mis nuevos compañeros no había tenido tiempo para ver la ciudad. Mía, que apenas había visitado Los Ángeles hacía dos semanas, se había quedado prendada de este lugar. Estaba deseando salir y perderme por sus calles. Además, estaba al lado del mar. Joder. Jamás hubiera imaginado que terminaría viviendo cerca de la costa.

Llegué a casa muriéndome por descalzarme. Aquellos zapatos de tacón que Mía me había ayudado a escoger para el primer día en la oficina eran una tortura. Los lancé nada más cerrar la puerta de casa, dejé la americana negra en el perchero de la entrada y me quité el vestido de lunares que había escogido esa mañana. Abrí el frigorífico y cogí una cerveza. No era habitual en mí tomar alcohol a menudo, pero en esa ocasión la necesitaba. Me tumbé en el sofá con el televisor puesto y no tardé en dormirme.

A la mañana siguiente, al salir de la ducha, me encontré con cientos de mensajes de Emily, Mía, Liam, Tyler y Jena.

Emily:
¡Pon la tele!

Mía:
¡Busca el canal FOX!

Jena:
Deberías poner la tele.

Tyler:
Peterson, enciende el aparato ese que en el primer mundo llamamos televisión.

Liam:
¡No me lo puedo creer!

Busqué con curiosidad el canal. Me senté en el sofá, llevándome una mano al corazón cuando vi en pantalla a Aiden riéndose con las preguntas de una reportera en el plató del programa.

—*Hasta aquí la entrevista* —anunció la periodista—. *Creo que querías decir algo, ¿me equivoco?* —añadió. Aiden asintió nervioso,

tomándose su tiempo.

—*Quería lanzarle una pregunta a quienes me estén viendo y que dedicaran cinco segundos de su vida a respondérsela. ¿Cuánto tiempo necesitamos para amar a una persona? ¿Y cuánto para olvidarla? Os voy a contar una historia. La mía.* —Sonrió a cámara—. *Un día conocí a una chica. Lo primero que pensé era que llevaba unas pintas horribles.* —Se rio, haciendo que el público le siguiese—. *Luego me encontré con unas pestañas enormes y unos ojos verdes que hubieran cortado la respiración a cualquiera. Y tiene el nombre más bonito que he oído jamás, muy parecido al de un cometa. Pienso que no necesité más que aquel primer encuentro para enamorarme de ella, claro que por aquel entonces no lo sabía. Ni siquiera cuando en la soledad de mi mente solo pensaba en ella. Qué estaría haciendo. Si habría tenido un buen día. Si se sentía feliz o había tenido otra primera vez. Porque era la chica de las primeras veces. Un día me despedí de ella regalándole una pequeña cadena con unas alas. Éramos dos pájaros enjaulados tratando de encontrar el lugar a donde tiempo atrás se habían ido nuestras alas. Y fue duro darse cuenta de que no existía. No era un lugar, sino alguien. Ella tenía las mías. Lo supe porque cuando tuve la suficiente valentía para analizar qué era aquello que sentía descubrí que siempre había volado alto y a cualquier parte cuando estaba a mi lado, y regresaba a la soledad de mi jaula cuando se marchaba.* —Hizo una pausa, emocionado—. *Alguien me dijo una vez que daba igual las vueltas que diéramos o que deambulásemos por el mundo, que tarde o temprano nos encontraríamos de frente con la persona que llevábamos esperando toda la maldita vida. Hace una semana que volvimos a vernos y una vez más fui un idiota como tantas otras. Me fui sin decirle que tardé un segundo en enamorarme de ella y que fui consciente de ello en la terraza de mi ático, aquella madrugada que solo nosotros recordaremos. Me fui sin decirle que me pasaría toda una vida hablando con ella. Follando con ella. Soñando con ella. Todo con ella. Me fui sin decirle muchas cosas, así que voy a hacerlo ahora. Te quiero, Hailey, y siento todas las veces que no te lo dije. No sé en qué capítulo del libro vamos, no sé cuántos párrafos quedan por escribir, si continuamos en el prólogo o si ya alcanzamos el epílogo. Lo único que sé es quiero llenar todas las páginas en blanco que nos queden con nuestra historia de amor.*

Aiden caminó al centro del plató, cogió su guitarra y tocó los primeros acordes de nuestra canción. Aquella canción que un día me dedicó en el Skils Bar y que ya nunca más fui capaz de dejar de escuchar. Me quería. Y yo a él. Y explotaba de felicidad, de amor, de todo lo bueno que se podía experimentar en aquel momento en el que sabes que después de mil miedos, dudas y dolor esa persona te ama como tú a ella.

CAPÍTULO 51

Aiden

Salí de casa con el corazón aún en la garganta. A ratos creía que se había quedado allí, enganchado al pecho de Hailey y pidiendo deseos a las estrellas en nuestra azotea. Me sentía desubicado. Como si alguien me hubiera arrancado de mi propio cuerpo y de pronto no me perteneciera. Era angustioso.

Anoche no entraba en mis planes mirar a la cámara y abrirme en canal para Hailey hasta que estuve allí, en el plató de televisión, concediendo una entrevista casi dos años después. Hablando de cómo solventé los problemas de la empresa, cómo compaginé los negocios con mi carrera deportiva, la fama… Hablé de mi relación con mi madre y Kaden, cada vez más cercana, aunque quedaba un gran camino por recorrer para creer que éramos una familia. Me di cuenta de que quería que Hailey estuviera allí. Quizá el amor era eso, correr a los brazos de esa persona deseoso de contarle cómo te había ido el día o refugiarte cuando todo salía mal. Desde nuestro último encuentro no había podido sacármela de la cabeza. Durante todo el viaje desde Seattle a Los Ángeles fui pensando en lo que me había dicho: «¡Porque nunca me has dicho que me quieres, idiota! ¡Porque no tengo ni idea de lo que sientes por mí!». Aquellas palabras habían dolido, porque eran ciertas. Debí decirle que la quería en el primer momento en que lo supe, con la misma libertad que ella lo hizo. En cambio, no lo hice, porque me daba miedo. Me aterraba saber que existiría un día en el que Hailey se diera cuenta de que no era suficiente para ella y se iría. Y no podría soportarlo. No podría imaginarme una vida después de Hailey, así que sencillamente creía que lo fácil sería no tenerla a mi lado. Pero estaba harto de intentar olvidarme de alguien que había llegado a mi vida como un soplo de aire fresco, que se había encadenado a mi piel y había convertido en imborrable cada segundo a su lado. Era tremendamente doloroso vivir sin Hailey cuando lo único que deseaba era despertarme a su lado cada día. La echaba de menos, joder. Volver a tocarla después de un año y medio fue una sensación única, casi una tortura. Dieciocho meses, quinientos cuarenta y siete días, y cientos de minutos sin tocarla, sin oír el sonido de su voz, sin hacerla reír, sin ver cómo esos ojos verdes se clavaban

en los míos, sin sentirla a mi lado… Y no estaba dispuesto a soportar ni un segundo más. Así que antes de entrar al programa dije que quería decir algo. Probablemente Hailey ni siquiera llegaría a oírlo en directo, pero irremediablemente lo vería al día siguiente en la prensa.

Caminaba con mi guitarra por Rodeo Drive, a menudo me paraba en cualquier calle o plaza donde había cientos de artistas pintando, escribiendo o fotografiando, y me ponía a tocar. A veces era imposible hacerlo, pues todos me pedían fotos o algún autógrafo, pero intentaba tocar, aunque fuera una canción.

Me senté en un banco, miré los carteles publicitarios y solo me veía a mí mismo abriéndome en canal para Hailey. Toqué un par de canciones y entonces observé cómo la gente se separaba, como si estuviera abriéndole el paso a alguien. Perdí el hilo de la canción cuando la vi a ella, haciéndose hueco entre la multitud. Dejé de tocar cuando se colocó enfrente de mí y me miró con los ojos llenos de lágrimas, aferrada a esa cadena de plata que le regalé un tiempo atrás.

—Creía que jamás volverías —dije con la voz rota.

—Tardé demasiado en hacerlo —susurró, corriendo a abrazarme.

—¿Vas a quedarte? —pregunté titubeando. Sabía que hacía poco que se había mudado a Los Ángeles. Mía, Tyler y Jena me lo contaron.

—Sí. Si tú quieres que me quede, lo haré.

—Quiero que te quedes, Hailey —susurré sin apenas voz. La abracé y me sentí por fin completo, libre, con mis alas de vuelta—. Quédate.

Mis labios la buscaron, la encontraron, y cerré los ojos. Temblando. Sonriendo. Volando alto.

—Te quiero, Hailey. Con todo. Con nuestras sombras y nuestras luces, con cada cicatriz que llevamos marcada en el cuerpo, con las decisiones que tomamos y las que dejamos ir. Sé lo que es vivir contigo a mi lado y lo que duele vivir sin ti. Prometo hacerte feliz cada día. Matarte a cosquillas en el sofá y hacer que el sonido de tu risa retumbe en las paredes de nuestra casa. Sí, nuestra casa, Hailey. Y tendremos una azotea para hacerla tan nuestra como la de Seattle. —La volví a abrazar como si tuviera miedo de perderla de nuevo. Como si me aterrara que se diera la vuelta y desapareciera entre la gente.

—¿Aiden? —musitó contra mi pecho, llamando mi atención—. ¿Vamos? —dijo sonriendo.

—¿A dónde? —pregunté riéndome. Había leído en sus ojos lo que diría a continuación.

—A donde nos devuelvas las alas. —Esbozó una sonrisa, pegando su frente a la mía. Los presentes vitoreaban y aplaudían.

—Ya estamos volando, Hailey. ¿No lo notas?

—Creo que es el ciclón del que te hablaba hace un año y medio. Pienso que es el destino, el tuyo y el mío, escupiéndonos justo enfrente de la persona a la que pertenecemos. Me muero de ganas por descubrir todo lo que podemos construir juntos —murmuró besándome.

EPÍLOGO

El cielo nos arropaba como un manto cálido y el aire dulce del verano nos envolvía mientras paseábamos por la playa de la mano. Habían pasado casi dos años desde que nos encontramos cara a cara y decidimos no separarnos nunca más. Aiden tiró de mí y apretó mi mano con fuerza. Me miró a los ojos y sonrió con un brillo especial. Su aliento se fundió con mi piel y me estremecí ante el cosquilleo que se extendía por mi cuerpo. Si tuviera que elegir un instante, me quedaría en ese para siempre.

Tenía todo lo que necesitaba: un trabajo que adoraba, un apartamento bonito que compartir con Aiden, una azotea gigante como había prometido y un futuro de felicidad al lado de Aiden. Ya no había falta de recursos y tampoco becas por las que luchar. Al fin había encontrado mi lugar en el mundo y la vida que siempre anhelé alcanzar.

Jacob había obtenido la beca y en unos meses se mudaría a Yale. Papá se quedaría solo, pero llevaba una vida inmensamente mejor que antes. Continuaba enviándole comida, aunque él me pidiera que no lo hiciera. Aiden y yo reformamos el que había sido mi hogar durante un pequeño viaje que le regalamos a papá y Jacob para que disfrutaran por primera vez del mar, como aquella vez que Aiden me llevó a Sarasota. Cuando regresaron a Bearden, se encontraron con una casa totalmente diferente. Había ventanas y puertas nuevas. La fachada exterior fue pintada, la cocina reformada, las habitaciones, el baño, y hasta pedimos que pusieran calefacción. Desde entonces papá ya no tenía que preocuparse por nada. Solo por trabajar para él y permitirse descansar. Cada Navidad viajábamos a Bearden, y en Acción de Gracias papá y Jacob venían a Los Ángeles.

Cada mes solíamos viajar a Nueva York a ver a Susan, y a Kaden, que vivía en la Gran Manzana con Peter. La relación entre Aiden y su familia cada vez era más cercana, a veces incluso creía que podría recomponerse al completo algún día.

Emily se había graduado y ahora trabajaba en San Francisco; era una suerte tenerla tan cerca. Nos veíamos a menudo.

Mía, Tyler, Scott, Savannah, Cam y el resto de los chicos que un día formaron los Washington Tigers solían viajar a menudo a vernos, y habíamos establecido que un fin de semana al mes nos reuniríamos en Seattle.

—Hailey… —me llamó Aiden. Observábamos el cielo repleto de estrellas tumbados en la arena—. ¿Recuerdas el día que fuimos de

acampada? —preguntó. Jamás me olvidaría de aquel día en el Diablo Lake. Asentí mirándole—. Vimos una estrella fugaz y un cometa, y dijiste que necesitaríamos ciento veinte años para volver a ver alguno. ¿Lo recuerdas?

—Sí, ¿por qué?

—Porque ojalá pudiéramos pedirle un deseo para que nos regalara ciento veinte años de vida más para pasarlos juntos.

Aiden era mi brújula. Le miré a los ojos y le besé. Con ansia, deseo y todo lo que no podía expresar de otro modo. Le quería de todas las formas posibles. Por dentro. Por fuera. Por partes y completo.

Observé cómo se levantaba de golpe y caminaba hacia el coche. Esperé en la arena, impaciente. Regresó con una cajita en la mano y la guitarra.

—Feliz cumpleaños —susurró, tendiéndome la cajita. La abrí con cuidado, emocionada.

—Aiden… —susurré, sacando la cadena de plata con las alas colgando. Era exactamente igual que la que me había regalado años atrás.

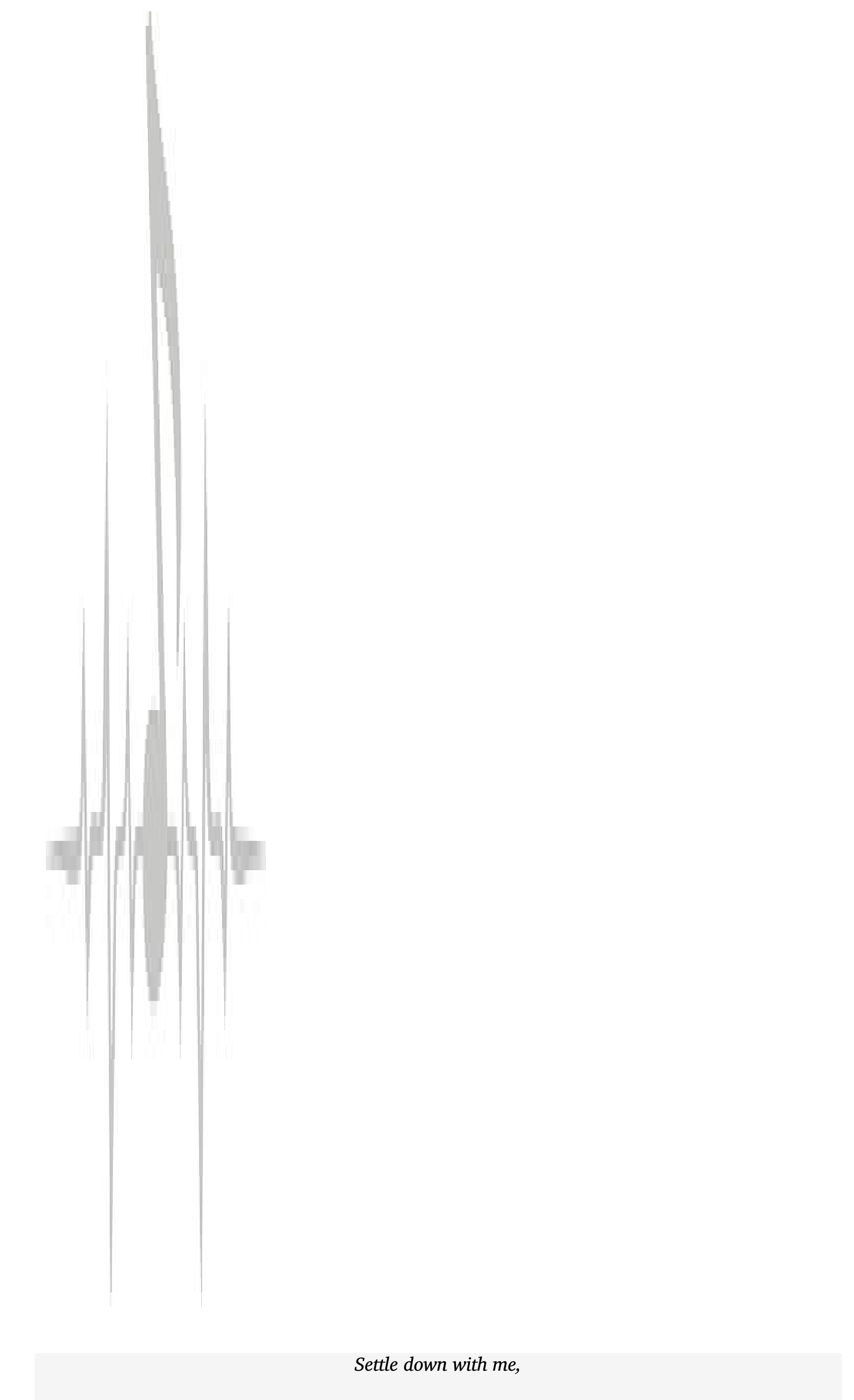
—Nunca en mi vida te vi tan triste como el día en que regresamos de nuestro viaje a Malasia sin ella colgada del cuello.

—Gracias —susurré, lanzándome a sus brazos.

Cogió la guitarra, tocó los primeros acordes de nuestra canción y pronto todos los presentes se acercaron a verle tocar.

—Esta canción es para la chica de las pestañas —dijo, sonriendo y saludando a la gente. La playa estaba preciosa con la oscuridad de la noche y las luces de los turistas haciendo pícnics.

—Te quiero, chico de la guitarra —grité para que alcanzara a oírme antes de perderse entre la letra de Ed Sheeran.



Settle down with me,

Cover me up,
Cuddle me in.
Lie down with me, yeah.
And hold me in your arms.
And your heart's against my chest,
your lips pressed to my neck.
I'm falling for your eyes,
but they don't know me yet.
And with a feeling I'll forget
I'm in love now.
Kiss me like you wanna be loved.
You wanna be loved…
You wanna be loved…
This feels like falling in love.
Falling in love…
Falling in love…

AGRADECIMIENTOS

Esta ha sido la mayor aventura desde que comencé en el mundo de la escritura, y también de la que más orgullosa y feliz me siento. Ha sido una aventura llena de desafíos, de perderse y encontrarse, y llegar a donde estoy ahora ha supuesto aún mayores dificultades.

Ha sido un viaje increíblemente intenso y, a ratos, complicado, pero muy satisfactorio.

Gracias al equipo de Ediciones Kiwi por esta oportunidad, su confianza y apoyo.

Gracias a mamá, papá y a mis amigos, por emocionarse ante mis éxitos como si fueran suyos.

A Belén, por ser mi lectora cero, y por estar siempre a un mensaje de distancia. A Anabel, que también ha podido leer esta historia desde el principio.

A Pelayo, por ser el que recoge mis miedos, lágrimas e inseguridades. Él cree que soy una escritora de la hostia. Siento todas las veces que me sumerjo en mi mundo mientras tú esperas a que vuelva a la vida real.

A María y a todas las horas de terapia que me descubrieron sin querer este precioso mundo literario. Sin ti este libro ni ninguna otra de mis historias existiría. En la vida todo pasa.

A Hailey y Aiden, porque simplemente no estaría aquí sin vosotros. Ojalá fuerais eternos.

Y, sobre todo, a ti. Por seguir leyéndome o por empezar a hacerlo. Por acompañarme en esta aventura. Espero que nunca pierdas las alas.

Gracias por llegar hasta aquí.

Nos vemos en el próximo viaje.

Lara